

CARDENAL GOMÁ



LA EUCARISTÍA
Y LA VIDA CRISTIANA

LA EUCARISTÍA
Y LA VIDA CRISTIANA

LA EUCARISTIA Y LA VIDA CRISTIANA

ESTUDIOS DE TEOLOGÍA Y PSICOLOGÍA SOBRENATURAL
ALREDEDOR DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y COMUNIÓN

POR EL

Emmo. Sr. Dr. D. ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS

CARDENAL - ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE ESPAÑA

Comisario general de la Santa Cruzada, Delegado Pontificio Castrense,
Canciller-Presidente de la Real Orden de Isabel la Católica,
Miembro de las Reales Academias de la Lengua
y de Ciencias morales y políticas.

TOMO PRIMERO

TERCERA EDICIÓN

CASA EDITORIAL
RAFAEL CASULLERAS

CLARIS, 15 — BARCELONA

1940

GRÁFICAS CASUGOM. SEPÚLVEDA. 79 - BARCELONA

EN LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace años se agotó la primera edición de este libro: no nos hubiésemos resuelto a publicar esta segunda sin las reiteradísimas instancias del editor, acosado por numerosas demandas que no podía atender. Nos parecía que la obra, escrita tiempo ha y entre grandes apremios, requería una revisión a fondo, y son escasas las horas que deja libres nuestro oficio pastoral para ocuparlas en la revisión de un libro de relativa densidad, de texto y de doctrina.

Releído el libro, poco hemos tenido que modificar en él; unos leves retoques han bastado para dejarlo ajustado, según nuestro pobre entender, de concepto y estilo. Más: repasado con detención, y como texto ya olvidado después de varios años de escrito, hemos de confesar que nos ha producido gran bien espiritual. Las inenarrables riquezas de la caridad de Dios, escondidas en el adorable Sacramento de nuestros altares, se han hecho presentes una vez más en nuestro espíritu, y hemos sentido acrecerse nuestra devoción y amor hacia Él a medida que íbamos avanzando en la lectura.

Es, sin mérito ninguno por nuestra parte, el efecto que ha producido en muchas almas según confesión benévola de gran número de lectores, sacerdotes y seglares. Bajo este aspecto es, entre nuestras publicaciones, la que nos ha proporcionado más consuelos. Es el mejor premio que puede apetecer un escritor eclesiástico, que no ha de tener más ambición que la de difundir la buena doctrina, ni otro gozo que verla fructificar en las almas en bienes de vida eterna. Es la ambición que sentía san Pablo cuando rogaba a los

fieles de Tesalónica que pidiesen a Dios por la difusión de la palabra divina — *ut sermo Dei currat* — y el consuelo tantas veces expresado por el inflamado Apóstol, de contemplar la eficacia espiritual de sus trabajos.

Nos ha forzado también a la reedición del libro el pensamiento de que nos hallamos aún en la conmemoración centenaria de la Redención, de la que es cifra y compendio la Santísima Eucaristía. Apenas hace un año salía de prensas nuestra obra Jesucristo Redentor, ya casi agotada; ha sido un estímulo para que diéramos nuevamente a luz este libro sobre la Eucaristía, que es como la Redención continuada a través de los siglos por el “Redentor vivo” en nuestros altares. Cada día interesan más las lecturas relativas a Jesucristo y a la obra grandiosa por Él realizada en la tierra: su “gran obra”, dentro del cuadro maravilloso de las que realizó para redimir a los hombres, es la Eucaristía. Es el “recordatorio de todas sus maravillas”: *Memoriam mirabilium suorum*.

Además, la Santidad de Pío XI, el gran Papa bajo cuyos auspicios aparecía la primera edición de este libro, acaba de pronunciar una palabra que da la máxima oportunidad a su reaparición. Quiere que se solemnice de una manera especial, en el mes venidero, la memoria de la institución del sacerdote católico y de la Eucaristía. Son las dos instituciones por las que quiso el Señor perpetuar su acción salvadora en el mundo. Nuestro sacerdocio continúa el suyo; nosotros no tenemos razón de ser sino en el sacerdocio de Jesús, que es radicalmente nuestro mismo sacerdocio. La Eucaristía perpetúa su sacrificio: es “memoria de su pasión”; memoria real y viva, no simple recuerdo o conmemoración, por cuanto el sacrificio de la Misa es la reiteración incruenta del mismo sacrificio de la Cruz. La lectura de este libro podrá fomentar en los sacerdotes el sentido de su dignidad, porque ellos “hacen” cada día la

Eucaristía, y en el pueblo fiel los sentimientos de gratitud y piedad hacia el gran Sacramento que intenta promover nuestro gran Papa, y de estima y respeto a la dignidad del sacerdocio católico.

Se está organizando, por otra parte, el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. Es nuestra raza, y es nuestra lengua, la que va a glorificar a Jesucristo en la Santísima Eucaristía. Es el Santísimo Sacramento que va a recibir los máximos honores en una ciudad que, fundada por españoles, ha llegado a ser emporio de gran fama y honor de la civilización cristiana. De allí se ha solicitado reiteradamente la reedición de este libro, y nos hemos impuesto el sacrificio de su revisión pensando en nuestros hermanos de allende el Atlántico. Recíbanlo nuestros hermanos de América como tributo de adoración a la Eucaristía en el futuro Congreso Bonaerense, XXXII de los Internacionales, como lo fué en su primera edición en el XXVI habido en Roma, y como mensaje de un Prelado español a aquel nobilísimo pueblo, forjado y nutrido por el genio y la fe de nuestra raza, que allá se volcó sin intermitencias desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, del que es florón magnífico la República Argentina.

Por fin, siempre será de actualidad un libro sobre la Eucaristía, porque siempre ha sido necesario despertar la atención del pueblo fiel sobre el hecho incomprensible de un Dios vivo que ha querido hacer su tabernáculo en medio de la sociedad cristiana, contriviendo real y substancialmente con los hombres. Jesucristo en la Eucaristía es el Rey Pacífico y el Ciudadano inmortal, Autor y promotor de la vida cristiana — que es decir civilización cristiana, — Orfebre divino que ha labrado a fuerza de siglos el alma de las sociedades más florecientes de la historia; es el Padre amorosísimo que, como nos lo pinta Isaías, ha sostenido

y alimentado al mundo cristiano con su propia substancia, como nutre la madre al hijo con la leche de sus senos: Ad ubera portabimini...

Pero el mundo no le conoce a Jesucristo Sacramentado. De la Eucaristía puede decirse lo que el Evangelista dijo de Jesucristo vivo en carne mortal: "Los suyos no le recibieron". No hiera lo que se ve cada día; y Jesús vive entre nosotros, por la misma humildad y prodigalidad de su presencia, como ciudadano desconocido. Hasta los que conocen el gran Sacramento lo hacen infecundo, por indiferencia o desvío, en el hecho de su vida. Este libro, lo esperamos en el Señor, puede ser indicador y guía que inicie a las almas en los grandes misterios del Santísimo Sacramento, particularmente de la sagrada Comunión.

Ojalá contribuyamos, con este nuevo esfuerzo, a despertar en el alma inmortal de nuestro pueblo su vieja fe y su amor, por nadie superado en el mundo, al adorable Sacramento del Altar. Porque España era grande, en los siglos XV-XVII, cuando la Eucaristía era el Sol que alumbraba los espíritus. Era entonces, cuando en los Autos Sacramentales se popularizaba la teología del Sacramento, y el "pueblo teólogo" — que tal se requería para espectador de aquel género dramático — afinaba su pensamiento y su sensibilidad cristiana en aquellas ficciones poéticas en que supo Calderón encerrar el meollo de la teología eucarística, entre discretos escolásticos y aletazos de insuperado lirismo.

Eran los tiempos de la noble toledana doña Teresa Enríquez, la llamada por un Papa "la Loca del Sacramento", que levantaba en Torrijos la Colegiata de Corpus Christi, y del humilde Pascual Bailón, hoy celestial Patrono de los Congresos Eucarísticos; y cuando los Arfe, padre e hijo, labraban sus Custodias — entre ellas la famosísima de Toledo, obra maestra de orfebrería, sin par en el mundo, —

carrozas triunfales en que Jesucristo Rey demostraba serlo de verdad en España.

Ni se ha interrumpido nuestra tradición eucarística: Coello pintará en el siglo XVII su Sagrada Forma para el Escorial, obra excelsa de apología y de piedad; y el XIX verá el prodigio de esta mujer madrileña, la Madre Sacramento, que derivó de la Eucaristía los tesoros de su caridad inagotable y que estos mismos días es levantada por Pío XI al honor de los altares.

Todavía hoy la piedad española alrededor de la Eucaristía es más vivaz y fecunda que en pueblo alguno. Que este libro ayude a sostenerla y fomentarla es nuestro ardiente deseo.

Toledo, febrero de 1934

EL AUTOR

PIO XI : PONTIFICI : MAXIMO

NUPER: TOTO: ORBE: PLAUDENTE

AD: PETRI: SEDEM: EVECTO

QUO: SOSPITE: CERTA: POPULI: VOTA: FOVENT

NOVIS: ECCLESIAM: PROTINUS: CORUSCARE: TRIUMPHIS

HUJUS: COMMENTARII: AUCTOR

IN: CHRISTI: DOMINI: VERBA: **EGO : SUM : PANIS : VITÆ**

QUEM: SUO: NOMINI: TANTUS: PONTIFEX: INSCRIBI: CONCESSIT

OCCASIONEM: NACTUS: AUSPICATISSIMAM

XXVI: CONVENTUS: EUCHARISTICI: INTERNATIONALIS

QUI: NUNC: ROMÆ: CELEBRATUR

IN: HONOREM: **JESU : CHRISTI : FILII : DEI : VIVI**

QUI: VIVUS: VIVIFICUS: IN: **SSMA. EUCHARISTIA**

ADORATUR: INMMOLATUR: SUMITUR

IN: PIETATIS: ATQUE: FIRMISSIMÆ: FIDEI: ARGUMENTUM

ANIMO: OBSEQUENTISSIMO

ID: QUIDQUID: EST: OPERIS: DEDICAT: OFFERT

**SECRETARÍA DE ESTADO
DE SU SANTIDAD**

Del Vaticano, 1.º junio de 1922.

Revmo. Señor:

Con particular agrado ha recibido el Santo Padre la valiosa obra sobre la SSma. Eucaristía que V. S. ha tenido a bien rendir devotamente ante Su Trono con una expresiva y afectuosa dedicatoria.

Su Santidad se ha complacido vivamente en el hermoso trabajo, que resulta oportunísimo en estos momentos en que de todas las partes de la tierra se ha trabajado a porfía en ofrecer a Jesús Sacramentado imponentes tributos de amor, y cuando aquí, en Roma, se le ha decretado el más solemne y glorioso triunfo.

Se congratula el Santo Padre con V. S. por su nuevo libro LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA, que es de esperar contribuirá a mantener vivos estos santos entusiasmos y a fomentar en las almas la piedad y la devoción al Divino Misterio del Amor. Y mientras por mi conducto le expresa sentidas acciones de gracias, en prueba de su paternal agradecimiento le concede de corazón la Bendición Apostólica.

Me es grato aprovechar esta ocasión para repetirme con sentimientos de mi consideración más distinguida

de V. S. Revma. Affmo. Servidor,

P. C. GASPARRI.

PRÓLOGO

Toda cuestión relativa a la vida del hombre es capital, porque el vivir del hombre no debe ser más que una tendencia continua a sus definitivos destinos: y nada hay, para un ser cualquiera, más trascendental que la consecución de su fin.

Esto bajo el punto de vista ontológico, o con respecto a las tendencias fundamentales de nuestra naturaleza. Dios quiso hacernos seres vivos, con vida inteligente y libre; y toda nuestra vida debe plegarse, desde las altas cumbres del pensamiento a las nimiedades de la cotidiana vida, a lo que Dios exige de nuestro pensamiento y de nuestra libertad. No hacerlo, es errar en el camino de la vida y perder el logro de nuestros eternos destinos.

Bajo el aspecto práctico, y atendiendo a lo que Dios quiere de nosotros en el estado actual de criaturas suyas sobrenaturalizadas, es decir, elevadas a un orden superior a nuestra vida natural, nuestro fin no es otro que Dios mismo, visto y gozado directamente, sin intermediarios, no por visión deductiva o de especulación, sino por contemplación real de su propia esencia, "tal cual es" usando una palabra de san Juan.

Esta visión sobrenatural de Dios es el fin último de toda criatura humana, en el plan actual de la providencia de Dios. Fin que no es esencial a nuestra naturaleza, porque ella no reclama más que la visión de Dios discursiva, como se ve la verdad encerrada en unas premisas o en un teorema en cuya visión intelectual descansa el humano pensamiento;

pero que hasta cierto punto puede llamarse "connatural" a nuestro ser, por cuanto Dios no quiso dejarnos en el estado de pura naturaleza, sino que al crear al hombre lo sobrenaturalizó. Fin que, además, es necesario por parte del hombre, puesto que Dios ha querido que los humanos destinos sean superiores a las tendencias normales de su naturaleza. No es libre el hombre de entrar en el círculo de lo sobrenatural o mantenerse fuera de él: su fin es Dios visto y gozado sobrenaturalmente; y para lograrlo es condición precisa, de por esta vida mortal y efímera, entrar y vivir en este ambiente sobrenatural.

Situados en este punto de vista, ya se ve la trascendencia del título que encabeza este libro que hoy damos a luz.

La vida sobrenatural, en el orden actual de la Redención, es la vida cristiana, en su iniciación, desarrollo y fin. Por Cristo, verdadero autor de la vida cristiana, hemos sido levantados al plano sobrenatural de la vida divina. Si la visión intuitiva de Dios importa una convivencia con Dios mismo, una participación de su misma vida, una deiformación de la nuestra, ya en nuestra vida de tránsito debemos hallarnos en un plano a nivel con el mismo Dios. ¿Cómo iríamos a un Dios trascendental, que está infinitamente sobre toda naturaleza, si Él mismo no nos levantara a Sí para que pudiésemos entrar en el goce de su propia vida?

Esta es la obra de Dios por su Cristo. Él fué quien "lo atrajo todo a Sí, cuando fué levantado sobre la tierra" (1): Él quien, roto el muro que separaba a los hombres, hizo de ellos una nueva raza, constituyéndose centro de unión de los hombres con Dios: Ut duos condat in semetipso in unum novum hominem (2). Jesucristo es el Camino

(1) IOH. 12, 32.

(2) EPH. 2, 14, 16.

que nos lleva a Dios, verdadero puente que permite a nuestra miseria salvar el abismo que de Dios nos separa; la Verdad, por la que se introduce en nuestra vida la vida de Dios, verdad esencial que, al comunicársenos por la fe en Cristo, viene a ser el “principio de la substancia de Dios en nosotros” (1); la Vida divina, porque es Dios y vive de Dios, y “vino para que la tuviésemos abundante” (2).

¡¡El Cristo es nuestra vida!!, decía el Apóstol (3). Es tan céntrica esta verdad en el sistema de la Redención y de la Teología cristiana, que sostiene, ella sola, el mundo maravilloso de la vida sobrenatural de hombres y pueblos. Si el Cristo es nuestra vida, toda nuestra vida debe “radicar en Cristo”, debe estar “informada de la vida de Cristo”, no debe “expansionarse más que en Cristo”, no debe tener más fin que el mismo Cristo, en cuanto es el medio para entrar definitivamente en la vida de Dios, término de nuestra propia vida. Con estas o equivalentes palabras describe san Pablo, el gran teólogo de la vida divina en el hombre, los caracteres de nuestra vida sobrenatural.

Y si “nuestro vivir es Cristo”, según profunda palabra del mismo Apóstol, no podemos prescindir, en psicología y pedagogía, en moral como en la vida social, de la idea central de la vida cristiana, que es la vida de Dios en nosotros.

No es concepto éste de pura piedad. Es algo fundamental en nuestra biología sobrenatural. Es el levantamiento de toda nuestra vida, que corresponde al levantamiento de nuestros destinos. Vivir en Dios, de Dios, para Dios, en cuanto se nos quiere dar físicamente, en su realidad subs-

(1) HEBR. 3, 14.

(2) IOH. 10, 10.

(3) COL. 3, 4.

tancial: he aquí la atmósfera del hombre en el estado actual de elevación por la gracia. Y para ello, debemos vivir en Cristo, de Cristo, para Cristo, "incorporándonos" a Él para que, junto con Él, podamos sumergirnos en la vida misma de Dios. La religión cristiana, en toda la complejidad de sus dogmas y preceptos, culto y sacramentos, no tiene más fin que hacernos vivir la vida de Dios por Cristo: Per Christum Dominum nostrum.

Así, la tendencia a Dios, que es el fin universal de toda criatura, queda profundamente modificada en el hombre. Ya no es él solo que tiende a Dios: va a Dios con Dios mismo. Hay en él un acoplamiento de fuerzas: la suya y la de Dios; la natural y la sobrenatural; la libertad y la gracia, usando una fórmula sintética de nuestra psicología sobrenatural. Ni Dios sin nosotros, ni nosotros sin Dios.

Como el Emanuel, "Dios con nosotros", es la fórmula real y eterna de nuestros sobrenaturales destinos, así debe serlo en nuestra ruta a Dios: Viventes Deo in Christo Jesu Domino nostro, decía en maravillosa síntesis el Apóstol (1). "Vivos para Dios, en Jesucristo nuestro Señor": tal es la fórmula representativa de nuestro ser y vivir y de nuestros destinos "nuevos", que corresponden a la nueva situación ontológica del hombre, al "nuevo hombre", creado según Dios en Cristo (2).

Pero he aquí una idea que es asimismo fundamental en el hecho de la vida cristiana. Ésta nos viene, en derecho, por la Pasión y muerte de Cristo: de hecho, nos viene por la fe y los sacramentos. Y la fe y los sacramentos tienen su expresión máxima, sintética, intensísima, en la Santísima Eucaristía. Es ella el centro de nuestra religión y culto, de

(1) ROM. 6, 11.

(2) EPH. 2, 15.

nuestro dogma y moral; el punto de convergencia de los demás sacramentos; la perpetuación de la convivencia de Cristo con los hombres; el sacrificio continuo, en el que se reproduce sin cesar la Pasión y muerte de Jesucristo: manantial perenne, por todo ello, de la vida de Dios en el mundo.

No puede, pues la vida cristiana, en absoluto, separarse de la Eucaristía. Es ella el medio normal de su inoculación en la vida del hombre. Dios y su Cristo así lo quisieron. El día en que sobre la Mesa de los altares cristianos no se pusiera el Pan de la vida, que es la divina Eucaristía, el mundo moriría para Dios. En cambio, si los hombres “conociesen el don de Dios”, si tomasen el bocado divino de la Eucaristía y lo hiciesen alimento normal de su espíritu, vivirían la vida de Dios, “a la manera que Cristo tiene en Sí y vive la vida de Dios”, dice la misma suma Verdad.

En este punto de mira nos hemos colocado al escribir sobre LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA.

El tema es alto, trascendental, pero, al propio tiempo, esencialmente práctico, y que debe vivirse, si no quiere el hombre perder el camino de Dios. Y ¿qué tema más apto para ejercitar el celo sacerdotal que señalar a los hombres, nuestros hermanos, el puro manantial de donde brotan las aguas que saltan hasta la vida eterna? ¿Hay algo de más provecho que cavar en esta mina de la Eucaristía, donde se esconden las inenarrables riquezas de nuestro Cristo, para hacer de ellas partícipes a los redimidos con la Sangre de Cristo? Si los que no comen a Cristo no pueden tener en sí la vida de Dios, lo que equivale a decir que no pueden lograr su definitivo destino, ¿habrá obra más laudable que decirles a los hombres quién es el Cristo que vive en la Eucaristía, y cómo se adentra, por la Comunión sacramen-

tal, en los senos de nuestra propia vida para transformarla en la suya, que es vida de Dios?

Un reparo podría ponerse a nuestro empeño. ¿Qué decir de la Eucaristía y de la Comunión que no se haya dicho ya en los innumerables tratados y libros de piedad sobre el Sacramento y sus efectos?

Reconocemos que no se puede decir cosa nueva del magnífico Sacramento y de la altísima función de la manducación eucarística. Vano empeño fuera buscar novedades en este punto. Jesús dió el tema eterno de LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA en su discurso de la sinagoga de Cafarnaum (1): el genio cristiano no ha hecho más que poner un pobre comentario a las profundas sentencias del divino Maestro.

A pesar de ello, nos anima la esperanza de que el libro, ya que no diga cosas nuevas, ofrezca cuanto menos alguna novedad, debida, más que a nuestro pobre ingenio, a la misma trascendencia del tema escogido.

Eucaristía y vida cristiana son dos conceptos, o mejor, dos realidades estupendas, colmadas de misterios, que se suman a los incomprensibles misterios de nuestra vida natural. Todo lo abraza el título de nuestro libro: el Sacramento y sus efectos, al ponerse en contacto por la Comunión con nuestro espíritu y entrar la vida de Dios en la corriente de nuestra propia vida, sobrenaturalizada ya por la misericordia del mismo Dios.

Del simple examen del índice analítico que va al final de la obra, ya se colige la naturaleza y orientación de la serie de estudios que integran este libro. No es un tratado teológico sobre la Eucaristía según el corte de los tratados

de nuestras escuelas teológicas, aunque hayamos procurado vaciar en él lo más fuerte y luminoso del dogma en este punto de la teología sacramentaria. Ni puede catalogarse en la serie de los libros de mera piedad, bien que esperamos sea provechosa su lectura para nutrir la dulce y fuerte piedad eucarística. Tampoco es obra de apologética, pudiendo, no obstante, hallarse en él aprovechables elementos, constructivos y de defensa, en orden al pensamiento y a la vida cristiana.

Mejor diríamos que es el libro un comentario amplio, tan amplio como lo reclama la complejidad del concepto y de la práctica de la vida cristiana, de las profundas, consoladoras y admirabilísimas palabras de Jesús: YO SOY EL PAN DE LA VIDA... EL PAN QUE YO DARÉ ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO (1).

Quizás el libro podría hallar su razón de ser, y hasta su fisonomía específica en el campo de la literatura eucarística, en las corrientes de la psicología y de la pedagogía modernas y en nuestro deseo de hacer ver el entronque de los principios naturales de nuestra actividad espiritual con los altos principios de la teología sacramentaria sobre la Eucaristía, de donde deriva la incomparable fuerza de la práctica de la Comunión como factor de la pedagogía cristiana. Bajo este aspecto, hemos subtitulado la obra: "Estudios de Teología y psicología sobrenatural alrededor del Santísimo Sacramento".

Es la vida sobrenatural una gran misericordia que ha hecho Dios al hombre, elevándole, en la totalidad de su ser, potencias y actividad, tan compleja como misteriosa, a un orden divino. Y esto sin detrimento de nuestro ser natu-

ral y de las manifestaciones de nuestra propia vida, antes elevándole a un grado de perfección inasequible a todo humano esfuerzo, individual o colectivo.

De aquí resulta esta maravilla de unos hombres divinizados, "dioses", "de la raza de Dios mismo", como nos llaman las divinas Escrituras. Seres extraordinarios, de vida simple y doble, hasta cierto punto: simple, en cuanto no hay más principio radical de nuestro vivir que el alma, principio vital que Dios nos dió: doble, porque el mismo Dios toma nuestra vida y la acopla a la suya, para hacerla vivir según la suya. "Edificio de dos plantas", "órgano de dos teclados", se ha llamado en ingeniosas metáforas al hombre sobrenaturalizado, en el que, si es verdad, que a los misterios de la vida natural se suman los más profundos de la vida sobrenatural, también es cierto que se multiplican las maravillas de ambas vidas, para manifestarse en estos tipos extraordinarios de vida cristiana que llamamos Santos; tipos selectos de la humanidad, de los que no nos ofrece ningún ejemplar la simple vida humana, por exquisita que se la suponga.

Sagrado himeneo de Dios y el alma, sobre todo en las altas manifestaciones de la santidad, que es la perfección de la vida cristiana, importa ésta un consorcio profundamente vital de Dios y el hombre. Siguiendo una ley biológica elemental, según la que los principios más vigorosos absorben y se asimilan a los más débiles, la vida de Dios, al apoderarse de nuestra vida, la transforma toda, porque la absorbe toda: Ut absorbeatur quod mortale est, a vita (1).

En ninguna parte se obra como en la Eucaristía esta conjunción, verdadera Comunión de Dios y el hombre, y esta transformación del hombre en Dios. La carne de Cristo

es el instrumento de que se vale el Espíritu de Dios para penetrar en nuestra vida y pulsar sus más secretos resortes. Es la vida del Cristo de Dios que, por la manducación del Cuerpo santísimo de Jesús, nos trae la energía de la vida divina, que no se esconde sólo en nuestro pecho como en un relicario donde la adoremos con estupor, sino que invade toda nuestra vida y se apodera de ella, desde las cimas del espíritu hasta las mismas manifestaciones de nuestra vida fisiológica: In carne nostra mortali (1).

Sorprender y señalar la acción del Sacramento, cuanto le es permitido barruntar a nuestra pobre inteligencia, en los diversos estadios, aspectos y manifestaciones de nuestra vida, será instrucción y estímulo para quienes se acerquen a la Mesa eucarística para recibir el Santísimo Cuerpo Redentor.

Por ello, después de haber estudiado en un capítulo preliminar del libro el concepto de vida cristiana en sus relaciones con el Sacramento, discurrimos en los tres siguientes sobre la misma vida en los tres grandes aspectos de la Eucaristía: Sacramento, Sacrificio y Comunión; para desentrañar, en los sucesivos, los misterios de vida divina que obra la Comunión eucarística al ponerse la vida de Dios en contacto con la inteligencia, el amor, la libertad, las pasiones, el sentido estético, el carácter, el pecado, la muerte, y esta aspiración profunda a la bienaventuranza que todos sentimos y de la que la Comunión eucarística es dulcísimo gaje.

Cuanto al momento, obedece el libro a la necesidad, en los tiempos que vivimos, de divulgación de los grandes principios en que se asienta la vida cristiana. A medida que se agranda y se intensifica la cultura en todos

(1) 2 COR. 4, 11.

los órdenes del humano conocimiento, se debilita el pensamiento religioso, que queda hoy relegado a un plano inferior, e inscrito, por la frivolidad corriente y por el positivismo pragmatista de nuestros tiempos, en la categoría de entretenimiento propio de gentes pobres de espíritu.

Sufrimos, además, gravísima crisis de ignorancia religiosa que afecta no sólo a los descreídos y a los simples, sino a muchos que practican, y creen saber lo bastante en materia de religión. Y la ignorancia religiosa no se combate con naderías espirituales; ni se va a la conquista de los espíritus fuertes con literatura religiosa de simple emoción. Por ello, no hemos dudado en aportar a un tema tan vital y a una práctica tan íntima, como es la Comunión del Cuerpo de Cristo, la contribución de lo que de más recio tienen la teología, la ascética y la psicología cristianas, tan íntimamente trabadas, aunque abajándolo al nivel de comprensión de la generalidad de los lectores.

Además, la casi coincidencia de la aparición de este libro con el magno Congreso Eucarístico internacional, el XXVI de la serie, que va a celebrarse en Roma, le da especialísima actualidad. El próximo Congreso Romano tiene por objeto primordial el reconocimiento y proclamación de CRISTO JESÚS, REY PACÍFICO Y PACIFICADOR en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía (1).

Lejos de nosotros creer que el concepto de Príncipe de la Paz que el Congreso de Roma va a vindicar para Cristo deba entenderse en un sentido meramente histórico, en cuanto fué Él un día el Pacificador de cielos y tierra; o en un sentido meramente externo y social, en cuanto trajo la paz bendita a los hombres de buena voluntad que le adora-

(1) Posteriormente, en el Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Chicago el año 1926, el XXVIII de la serie, se desarrolló como tema central el mismo de este libro: LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA.

ran, creyeran y siguieran. La acción pacificadora de Jesucristo es más universal, más duradera y más íntima. Es la gran función de la Comunión, por la que se da a los hombres para producir en ellos las riquezas de la vida cristiana, que no es otra cosa que la paz cristiana.

PAX. He aquí el lema divino que abarca toda substancia y todo efecto de nuestra religión. Paz en la tierra y paz en los cielos. Paz en nosotros, paz con Dios, paz con los hombres, nuestros hermanos. Paz individual y paz social. Paz de hombres con hombres, de razas con razas, de siglos con siglos. Paz que debe consumarse en la definitiva y eterna paz, en la que el Dios-Paz se dará en visión pacífica a sus hijos en el lugar de la paz: PAX.

Y esta paz es fruto de la Comunión con el Príncipe de la Paz en el Sacramento de la Paz. Cuando, en las sagradas asambleas, va a distribuir este Pan de Paz, dice el sacerdote: Pax Domini sit semper vobiscum... Y la asamblea, después de habérsela deseado recíproca al sacerdote, canta, adhiriéndose a la plegaria sacerdotal: Agnus Dei... dona nobis pacem: "Cordero de Dios... danos la paz".

Tal es el objeto, y tales las razones que nos han movido a la publicación de este libro, quizás el primero en que se haya abordado el asunto bajo todos los aspectos de la vida humana y, por lo mismo, el que más habrá incurrido en los defectos propios de quien no puede a veces andar sin tanteos, y que por ello necesita de la más amplia benevolencia de los cristianos lectores.

Legitiman nuestra audacia lo sugestivo y provechoso del tema y las ventajas que, a pesar de los defectos del libro, podrán sacar indudablemente quienes atentamente lo lean, en orden a la vida cristiana en esta tierra y, Dios lo quiera, de la vida eterna, donde tenemos nuestros destinos.

No será escasa recompensa para el autor si esta lectura contribuye alguna vez a templar las horas tristes de este destierro, ante la consideración de la inmensa bondad de nuestro Emanuel quien, en forma incomprensible a nuestro egoísmo, convive con nosotros en nuestros sagrarios y en nuestros pechos, como Pan divino que sostiene y alegra la vida de nuestro espíritu. Gelimar, rey de los vándalos, le pedía a su vencedor un pan para matar su hambre, una lira para cantar sus desventuras, y una esponja para enjugar sus lágrimas. Todos tenemos en este destierro el Pan de la Comunión, la lira en que hallen eco nuestros suspiros, Ut lyra Christus, y el consuelo de mezclar nuestras lágrimas con la Sangre del Cordero Inmaculado que cada día se inmola en nuestros altares.

LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA

CAPÍTULO I

PRELIMINAR. — LA VIDA CRISTIANA Y LA EUCARISTÍA

SUMARIO

1. EL CONCEPTO DE VIDA: ORGANISMO Y ESPÍRITU. — *Dificultad de definir la vida. — El curso de la vida. — Variedad de los seres vivos. — Vida orgánica y espiritual. — Ley de tendencia de toda vida.*

2. LA VIDA EN DIOS. — *Dios vive: la razón, la filosofía y la Biblia. — Naturaleza de la vida en Dios — La Trinidad. — Equivalencia entre la vida y la santidad en Dios.*

3. LA VIDA EN EL MUNDO. — *Es forma de imitación de la vida de Dios. — Variedad y origen de la vida en el mundo.*

4. NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA. — *Dos órdenes de vida. — Qué es la naturaleza. — La vida natural. — La vida natural no puede llegar a sobrenaturalizarse por sí misma. — Dios puede hacerlo.*

5. EL HECHO Y LA ESENCIA DE LA VIDA SOBRENATURAL. — *El hecho. — Naturaleza de la vida sobrenatural. — Es vida divina: La Biblia; la Tradición. — Razón histórica de la vida sobrenatural. — Razón metafísica: no es la Persona del Espíritu Santo; ni la fe. — Es la vocación final del hombre al consorcio sobrenatural con Dios. — Nomenclatura bíblica de la vida sobrenatural. — Trascendencia para la vida del hombre, del hecho de su vocación sobrenatural.*

6. LA VIDA CRISTIANA. — *Equivalencia en el estado actual del hombre, entre vida cristiana y vida sobrenatural—*

Admirable traza de Dios en la restauración de la vida sobrenatural. — El Verbo. — Cristo, Verbo-Hombre y Cabeza espiritual de la humanidad. — El Testimonio de Cristo y la vida cristiana. — El discurso de Jesús con Nicodemo. — Testimonio de los Apóstoles.

7. LA COMUNICACIÓN DE LA VIDA DIVINA POR CRISTO. — *La vida divina del hombre por la muerte del Hombre-Dios. — Teología católica sobre la virtud vivificadora de la muerte de Cristo. — Fórmula de san Agustín.*

8. TEORÍA DEL SACRAMENTO EN FUNCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA. — *El derecho fundado en la muerte de Cristo. — El hecho: Ley del sacramento. — Origen y naturaleza de los sacramentos. — La Humanidad de Cristo y los sacramentos.*

9. LA EUCARISTÍA EN LA ECONOMÍA DE LA VIDA CRISTIANA. — *El Sacramento Santísimo. — Teoría de santo Tomás sobre su fuerza vivificadora. — El discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaum. — Es admirable razonamiento sobre LA EUCARISTÍA Y LA VIDA CRISTIANA. — Conclusión.*

Vitam æternam dedit nobis Deus. Et hæc vita in Filio ejus est.

Dios nos ha dado la vida eterna. Y esta vida está en su Hijo.

(IOH. 5, 11.)

I. CONCEPTO DE VIDA: ORGANISMO Y ESPÍRITU. — La vida es lo más hermoso que puso Dios en el mundo. Alguien ha dicho que vale más un nido de ruiseñores que las inmensas moles que ruedan por los espacios. Es que un ser vivo nos habla de Dios con más profundidad y elocuencia que las ingentes masas de materia inerte.

¿Qué es la vida? Como todos los conceptos fundamentales, es difícil definir el de vida. En sus manifestaciones

sensibles, la vida es energía, desarrollo, movimiento. El llamado proceso vital, en una criatura viva, es un comienzo a la vida, una evolución de la misma según determinadas leyes, y un fin: el acabamiento o cese de vivir, que llamamos muerte, en la materia viva; un estado definitivo y eterno en los seres espirituales.

Esto es el hecho de la vida, el *curso* del ser vivo, como lo llama santo Tomás. La vida misma es algo más profundo: es el origen o causa íntima de todas estas manifestaciones: es este principio interno, misterioso, oculto en las entrañas mismas del ser vivo, y hasta cierto punto autónomo, determinante del movimiento vital. Los seres vivos tienen en sí mismos la razón de su movimiento, y dejan de ser vivos cuando los abandona el principio, individual y espontáneo, que les permite moverse a sí mismos. La piedra cae, el agua corre; pero no son seres vivos, porque no llevan en sí la causa de sus movimientos: es la gravedad, causa externa: logrado el equilibrio, estos seres cesan de moverse. La planta crece, el ave vuela, el hombre piensa: son fenómenos que se producen en estos seres vivos por fuerza intrínseca de su naturaleza, no por alguna energía exterior, “Comoquiera, dice santo Tomás, que los seres vivos se distinguen de los que no viven por el movimiento, llámanse propiamente vivos los que se mueven a sí propios según alguna especie de movimiento.” (1)

Es inútil querer ahondar en el concepto de vida. Si el origen de ella se escapa a toda investigación, filosófica o científica, más aún su naturaleza: es éste uno de los problemas en que deberá siempre el hombre pronunciar el *ignorabimus*, del filósofo. Usando una frase de Tyndall, gran físico, podemos decir que el hecho de la vida es de nuestro

(1) *Summ. Theol.* I, q. 18, a. 1, conclusio.

dominio, pero que este dominio está circunscrito y rodeado de misterios.

Un hecho hay, sin embargo, respecto de la vida, que cae dentro del conocimiento que nos dan la experimentación y el raciocinio: es la variadísima escala de los seres en que ella se manifiesta. Desde el pobre musgo, que se distingue apenas de la roca en que vegeta, hasta el pájaro de pintadas plumas y alegres trinos; desde el bacilo y el zoófito hasta el hombre, ¿quién no admira la profusión maravillosa de los tipos de vida? Muévase a sí propio el musgo, para nutrirse del pobre polvo y de la gota de agua, como se mueve el hombre para apacentar su cuerpo de los manjares que le placen, de emociones su parte pasional, su pensamiento de verdad y su corazón de amor; y estos movimientos, fatales, automáticos o libres, nos permiten clasificar al musgo, al ave y al hombre entre los seres vivientes, porque proceden de un principio interno y autónomo; pero ¿quién no ve la variedad asombrosa de los grados de la vida que así se diversifica en los tipos innumerables de los seres vivos?

Pero toda vida, a pesar de la multiplicidad de sus formas, se reduce a dos categorías trascendentales, que son las mismas a que se reducen todos los seres: espíritu y materia. La vida es *orgánica*, cuando el ser vivo es pura materia, organizada en determinada forma, peculiar del grado de vida que según su naturaleza le conviene: tal es la vida del vegetal y del bruto animal. Y es *espiritual*, cuando el ser vivo no es materia ni cuerpo, sino substancia puramente espiritual, como el alma humana y los ángeles. El hombre, *microcosmos*, “mundo pequeño”, porque consta de organismo y espíritu es la maravillosa criatura en que se junta todo género de vida: existe como las piedras, dice san Gre-

gorio, crece como los vegetales, siente como los animales y piensa como los ángeles.

Toda vida tiene su tendencia a un fin, nivelado con el rango que el ser vivo ocupa en la escala de la vida. La perfección de la vida y la armonía del mundo está en que todo ser y toda vida se desarrolle según las exigencias legítimas de su naturaleza. En este principio debe fundarse toda psicología y toda pedagogía humana. Las mismas religiones no tienen para el hombre otro fin que ordenar la vida humana según sus destinos: dogma, moral y culto, que son los fundamentos de toda religión positiva, no tienen más objeto que regular nuestra vida, espiritual y orgánica, en forma que logremos los fines que nos impuso Dios al crearnos.

2. LA VIDA EN DIOS. — Dios vive. Si la vida es el principio radical que permite a un ser moverse y obrar por sí mismo, Dios es la vida suma y perfectísima. Podríamos decir que Dios es a un tiempo principio y acto purísimo, esencial y absolutamente autónomo: es acción substancial y, por ello, movimiento eterno del Espíritu infinito, porque eternamente se comprende y se ama a Sí mismo; absolutamente autónomo, porque tiene en su misma esencia la razón de su ser, de su vivir y de su fin.

Dios vive. La misma filosofía pagana admitió esta verdad. La vida de inteligencia es la más perfecta: por lo mismo, Dios, cuya naturaleza es su entender mismo, debe ser la Suma Vida. "Por ello, dice santo Tomás, Aristóteles, una vez demostrado que Dios es inteligente, concluye que tiene vida perfectísima y sempiterna." (1).

Dios vive. ¿Cómo habría vida en el mundo si Dios no viviera? "Yo doy la muerte y la vida", dice el Señor (2).

(1) *Summ. Theol.* I, q. 18, a. 3, c.

(2) DEUT. 32, 39.

No sólo vive Dios, sino que Él mismo es su propia vida. Hay en Dios una ecuación absoluta entre su vida y su Ser. Vive porque es, y es porque vive. Substancia eterna, es Dios un acto substancial de vida eterna. Ser inmenso, posee Dios la plenitud de toda vida. Acto purísimo, es Dios la vida misma, con poder infinito, con eficacia y fecundidad infinita.

Este carácter lleno, absoluto, de la vida de Dios, le da la fuerza de un hecho y de una verdad indestructible, como Dios mismo. En el Viejo Testamento, Dios jura por su propia vida: *Vivo ego, dicit Dominus*: “Por mi vida, dice el Señor.” (1) En el Nuevo, Caifás, príncipe de los sacerdotes, conjura a Jesús. “por el Dios vivo”, que le diga si es el Hijo de Dios (2). San Pablo pone espanto al hablarnos de la posibilidad de caer “en las manos de Dios vivo.” (3).

Y ¡qué vida la de Dios! Su vivir es su entender y su hablar; y cuando Dios se entiende y habla a Sí mismo, es Padre de su Idea y de su Palabra; y su paternidad es tan fecunda, que engendra una Idea y una Palabra, personal y substancial, el Verbo divino, segunda Persona de la Trinidad, infinita como el Padre, porque es Dios como el Padre. Su vivir es su amar; y al amarse Dios, produce el Amor substancial, el Espíritu Santo, vivo y vivificador en grado infinito, como el Padre y el Hijo; y Padre, Hijo y Espíritu Santo “viven y reinan”, usando una fórmula litúrgica, en absoluta Unidad y en Trinidad misteriosa, con vida inmutable y eterna: *Qui vivis et regnas cum Deo Patre, in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum.*

(1) NUM. 14, 21; ISAI. 49, 18; EZECH. 5, 11, etc.

(2) MT. 26, 63.

(3) HEBR. 10, 31.

¡Qué vida la de Dios! Es la “Vida de las vidas”, dice san Agustín, *Vita vitarum* (1), en la que nada muere y que es fuente perenne de toda vida (2). Vida vivificatriz y fecundísima, de la que procede toda vida y todo movimiento y aliento de vida. Vida infinitamente sintética, en la que no sólo Dios, sino todo lo que no es Dios, es vida, por cuanto todo lo creado lo ha sido según la Idea de Dios, y es Idea en Dios; y la Idea de Dios es su Verbo: *Quod factum est. In Ipso vita erat* (3).

Pero, sobre todo, y para nuestro objeto, la vida de Dios es la santidad infinita del mismo Dios. Como hay una ecuación entre el ser y la vida de Dios, así la hay entre su vida y su santidad. Dios, por el hecho de ser vida infinita, es santidad infinita. “¿Quién es santo como Dios?” preguntaba el Profeta: nadie, porque nadie es substancialmente vivo como Dios. “Yo soy el Señor Santo,” dice Dios (4): lo es porque es el Señor vivo por esencia.

La razón es obvia. La santidad es la rectitud o perfección en los espíritus, y ésta es la adecuación entre la acción y la ley de la vida, como la ley de la vida es una adecuación con el fin de la misma. Y Dios es la rectitud infinita, es decir, la santidad infinita, porque Él es su propio obrar, su propia ley su propio fin. Acto, regla y fin se identifican en Dios porque son su propia substancia. Por ello es Dios substancialmente *Santo*. La actividad infinita de su vida, que es Él mismo, tiende con ímpetu también infinito, con equilibrio indestructible, a la posesión y goce de Sí mismo, que es su fin. Suprema ley, porque es la Inteligencia de rectitud suma; supremo bien, porque es el mismo Bien, es

(1) *Confess.* 3, 6.

(2) Ps. 35, 10.

(3) JOH. I, 3-4.

(4) Is. 43, 15.

asimismo Dios el supremo Amor: amor substancial que, porque es la rectitud substancial de todo el “peso de la vida de Dios”, en frase de san Agustín, se llama *Espíritu Santo*, por antonomasia. La santidad es la ordenación de la caridad; y Dios es la caridad substancial: *Deus, caritas* (1), fuente y ley de toda caridad. Por ello, ante el misterio eterno de la santísima vida de Dios, cántanle los serafines en el cielo el incesante trisagio: *Santo, Santo, Santo*, Señor Dios de los ejércitos (2).

3. LA VIDA EN EL MUNDO. — De esta vida íntima de Dios, vida sin vacío y sin límites, independiente de todo otro ser y de toda otra vida, quiso el mismo Dios crear reproducciones variadísimas, que admiramos en la maravillosa serie de los seres vivientes. Vida de las vidas es Dios: y toda vida es una forma de imitación de la infinita Vida. Cuando en el principio de las cosas creó Dios los cielos y la tierra, era ésta un caos; pero bajo la acción misteriosa del Espíritu de Dios, vivo y fecundo, apareció en la tierra el orden en los elementos y en las fuerzas que los agitan, y, tras el orden, pulularon sobre la haz de la tierra, y se movieron en los senos de los mares, y hendieron el aire cristalino seres vivos que participaban en algún modo de la vida de su Hacedor: “Produzca la tierra hierba verde, que haga simiente...”; “Produzcan las aguas reptiles de alma *viva*...”: “Produzca la tierra animales *vivos*...” (3).

¡Qué grande fué, en la historia de nuestra vieja tierra, el día, remotísimo, en que el primer césped bordeó ríos y mares con ancha franja de esmeralda, en que los monstruos marinos se agitaron por vez primera en el seno de las aguas, y el ave canora rompió con sus trinos el solemne

(1) I IOH. 4, 8.

(2) IS. 6, 3.

(3) GEN. 1, 11, 20, 24.

silencio de los bosques, y se sintió el crujir de la arena bajo la pesada planta de los grandes mamíferos! Pero mil veces más glorioso fué el día en que Dios, el mismo Dios vivo, formó un cuerpo del barro de la tierra y con su soplo divino le infundió el espíritu vital. *Et factus est homo in animam viventem...* (1). Y más aún lo fué el día en que, a la voz creadora de Dios, se poblaron los cielos de miríadas de espíritus angélicos, inteligencias puras, de vida pletórica e inmortal, de energía acérrima.

Toda esta vida, la del cetáceo y la del infusorio, del vegetal, del hombre y del ángel, es, en lo que tienen de esencial las naturalezas, una derivación extrínseca, un pálido reflejo de la vida de Dios. Muévase la vida de Dios en su mismo seno infinito, como las aguas del mar van y vienen, sin desbordarse, en incesante flujo y reflujo: y fuera de este mar de la vida divina, como un eco de sus armonías inenarrables, despliega la vida creada sus cadencias como un canto con que las criaturas vivas alaban y adoran al Rey por quien y para quien todas las cosas viven: *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus.*

4. NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA. — Hay, pues, dos órdenes de vida a los que en último término se reduce toda vida: la vida de Dios y la de sus criaturas. La primera es un océano, de profundidades infinitas; la otra, una gota de agua que la bondad y fecundidad del Dios vivo ha hecho caer sobre la creación.

Menos aún que una gota de agua; porque la gota y el mar son una misma substancia y una misma naturaleza; y entre la vida de Dios y la de su criatura hay, ontológicamente, una distancia infranqueable. Cada naturaleza tiene su vida: la vida del vegetal no es la de la bestia; ni vive

(1) GEN. 2, 7.

el animal como el ángel. Dios ha puesto entre géneros y especies una valla que no pueden romper las fuerzas de la naturaleza, pese a las doctrinas del evolucionismo científico. Pero es más fácil, en el orden natural, que un infusorio viva la vida de un serafín, que viva un ángel la vida de Dios. Es que la vida de Dios es *sobrenatural* con respecto a toda *naturaleza* creada. Aclaremos unos conceptos que son fundamentales en la doctrina y en la vida cristianas.

La naturaleza, dice santo Tomás, es la forma de una cosa natural, es decir, el conjunto de propiedades que constituyen a un ser en una especie o categoría determinada. La naturaleza es como los números, dice en otra parte el mismo Angélico; no pueden alterarse sin que cambie al mismo tiempo el lugar que ocupan en la escala de las cantidades (1). Son las naturalezas creadas como círculos que se tocan, pero no se compenetran: cada una de ellas está limitada por la circunferencia con que Dios acotó su ámbito: un hombre no es un ángel, ni un grano de arena un insecto. Con todo, tan natural es al hombre su naturaleza como a un gusano la suya, y, por lo mismo, toda criatura, con las solas propiedades o condiciones que le corresponden según su naturaleza, está encerrada dentro del orden natural; como todo artificio, usando una frase del Angélico, pertenece al orden artificial. Al fin, los seres naturales no son más que *artifícios de Dios*, Artífice supremo que formó las naturalezas según la idea que de todas ellas, existentes y posibles, hay en la mente de Dios mismo.

Concretando estas ideas al hecho de la vida, diremos que toda vida sin otra forma que su naturaleza, es natural; y que ninguna vida natural puede rebasar los límites a que Dios la redujo en la escala de los vivientes, ni menos sobre-

(1) *Contra gent.* 4; cp. 35 y 41.

pujar el nivel de la naturaleza, entrando en el seno infinito de la vida de Dios. Lo *natural* no puede ser *sobre-natural*, en el orden de la vida, como no puede serlo en el orden del ser. Es que la criatura no puede ser Dios, como lo finito no puede agrandarse hasta tocar el infinito.

Mas, si las naturalezas son como los números, ¿podrá el acoplamiento de vidas y la suma de energías vitales de orden natural rebasar este orden mismo para llegar a una *naturaleza sobrenatural*? Imposible. Lo sobrenatural es absoluto y trasciende toda naturaleza: lo *sobrenatural es lo* que está sobre toda naturaleza; es decir, es Dios, en su substancia, en su naturaleza, en su vivir y obrar. Levántase y agrándase cuanto se quiera la vida natural; jamás llegará a la vida misma de Dios, como no podrá tocar una circunferencia finita los límites de un círculo infinito.

Pero, si Dios se digna abajarse hasta su criatura para infundirle su propia vida; si una vida es elevada por Dios hasta tocar a Dios mismo, quien inocule su misma vida en el ser vivo de orden natural, hombre o ángel, entonces habrá una conjunción de la naturaleza con lo sobrenatural, porque Dios habrá añadido a la forma natural del hombre una nueva forma que le colocará, hasta cierto punto, en la misma categoría de Dios: se habrá ensanchado el círculo de la vida humana hasta tocar la vida divina; la vida del hombre será *deiforme*, usando una recia palabra que ha hecho suya la tradición cristiana.

Dios puede hacerlo. ¿Quién fuera capaz de poner vallas a su poder y a su amor? El que ha hecho la maravilla estupenda de hacer vivir la materia; que ha podido juntar en un solo ser, en unión substancial y armónica, espíritu y

carne; el que encerró en el vaso de barro de la vida humana la fuerza generadora del pensamiento, la soberana energía del amor, ¿por qué no podría dar a su criatura viva una participación de su propia vida, derivar del mar infinito de su vivir una tenue corriente de su vida sobrenatural y divina que confluyera en su criatura con la corriente de su pobre vida natural?

Naturaleza y sobrenaturaleza no son dos órdenes anti-téticos: sólo son distintos e infinitamente distante: ¿porqué. Dios, que ha dado la *naturaleza*, salvando el abismo de la nada, no puede acercarse a su criatura para comunicarle algo de su *sobrenaturaleza*?

5. EL HECHO Y LA ESENCIA DE LA VIDA SOBRENATURAL.—Esto no es ya hipótesis; es un hecho, consolador y estupendo, que se ha realizado en el mundo de los puros espíritus, los ángeles, y en el hombre. Es la elevación paradisíaca de nuestros primeros padres, que no sólo fueron creados vivientes “según su naturaleza”, *secundum genus suum*, como lo fueron los demás seres vivos según la suya, sino que Dios les dió una participación de su propia vida. “Vida de rectitud” (1), a semejanza de la vida de Dios: “Vida de inmortalidad” (2), que debía durar como la de Dios mismo: “Vida de justicia y santidad de verdad” (3), que se abrevaba en el mismo océano de la verdad y del amor de Dios. Palpitaba el pecho del primer hombre no sólo al ritmo de la vida *natural*, sino que su alma, y hasta su mismo cuerpo; sentían la divina irrigación de la vida *sobrenatural*.

¿Cuál es la esencia íntima de la participación de la vida de Dios al hombre? Si la vida es un misterio, la vida sobre-

(1) ECCL. 7, 30.

(2) SA. 2, 23.

(3) EPH. 4, 24.

natural es otro misterio, más profundo aún, añadido al de la vida natural.

Las frases y vocablos que en la Escritura y en la Tradición expresan los caracteres de esta vida son altamente ponderativos. Es, según la Escritura, una “participación de la naturaleza divina” (1), “una renovación de nuestro espíritu” (2), una adopción, por parte de Dios, en virtud de la cual “llamamos a Dios: Padre.” (3) Por ella somos “engendrados a una nueva vida” (4), “nacidos de Dios” (5), “hijos de Dios” (6), llamados a una conformidad y semejanza con el mismo Hijo de Dios” (7), y de tal manera levanta los sobre el nivel de nuestra naturaleza, que un día “veremos a Dios cara a cara, tal cual es” (8): es decir, que nuestra *naturaleza* se hallará en presencia inmediata, física, íntima, con el *Sobrenatural* por esencia, y podrá contemplar los arcanos del ser y de la vida de Dios, visión inaccesible a toda pura criatura.

¿Habrá atenuado la tradición cristiana la energía y alcance de las frases escrituarias? No: las ha añadido nueva fuerza al desentrañarlas. Porque la tradición ha considerado siempre nuestra elevación sobrenatural como una “divinización”, *theosis*, una unión con el mismo Dios, una transformación en Dios por graciosa concesión de Dios mismo. Ya en el cementerio de Priscila aparece, en la losa sepulcral de una mujer cristiana, esta inscripción que la dedica su esposo: “Somos de la misma raza de Dios...; tienes el

(1) 2 PETR. I, 4.

(2) EPH. 4, 23.

(3) GAL. 4, 6.

(4) COL. 3, 10.

(5) IOH. I, 13.

(6) I IOH. 3, 2.

(7) ROM. 8, 29.

(8) I IOH. 3, 2.

don de la semejanza divina" (1). "No es el Espíritu Santo un pintor vulgar, dice san Cirilo de Alejandría, que pinte en nosotros la esencia divina sin que nada quede de ella en nosotros: sino que siendo Él Dios y procediendo de Dios, se imprime invisiblemente en los corazones de quienes le reciben, como se imprime el sello en la blanda cera." (2) "Reconoce, oh cristiano, tu dignidad; y ya que has sido hecho *partícipe de la naturaleza divina*, guárdate de degenerar volviendo a tu pasada vida", dice san León (3). "Dios se hizo hombre, en frase de san Agustín, para que el hombre se transformara en dios": *Factus est homo Deus, ut homo fieret deus* (4). San Basilio, después de una descripción espléndida de la transformación que sufre nuestra alma por la gracia, expresa en dos palabras el fin de esta transformación: "Para que te vuelvas dios": *Ut deus fias* (5). Y santo Tomás, abarcando en una sola frase lo absoluto del sobrenatural y la transformación que en nosotros opera la vida de Dios al comunicársenos, dice: "Es preciso admitir que sólo Dios puede deificar, comunicando el consorcio con su divina naturaleza por cierta participación de semejanza, como es imposible admitir que algo arda sin calor." (6)

Hecho el hombre partícipe de la vida sobrenatural, es "mas que un hombre", dice Lacordaire; es un hombre "injertado en Dios", en frase recia de san Pablo (7). Es un hombre que, sin perder su personalidad, y sin que se alteren los constitutivos de su naturaleza, vive en un plano

(1) M. DE ROSSI: *Inscript. christ.* Vol. 2, pág. 26.

(2) S. CYRILL. ALEX. Asert. 34.

(3) S. LEO MAGN. Serm. 1 De Nativ.

(4) S. AUG. Serm. 13 De Tempore.

(5) S. BASIL. *De Spir. Sancto*, 9.

(6) 1, 2, q. 112, a. 1: Cfr. BELLAMY: *La vie surnaturelle*, pág. 130 y siguientes.

(7) ROM. 11, 24.

superior a la misma, con pensamiento y amor divinos, con aspiraciones divinas, con una fuerza divina que se ha compenetrado con la entraña de su vida natural y que, mejor que al poeta, le consiente decir: "Tengo a Dios en mí, y bajo su acción se acrece el calor de mi vida": *Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*. San Pablo traducía esta actuación de Dios con esta frase, que vale por todo el sistema del sobrenaturalismo y por toda la vida cristiana: "Vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí." (1)

Y ¿dónde radica, en último término, la razón de este total levantamiento de la vida del hombre al nivel de la vida de Dios?

La razón extrínseca es el amor de Dios, que quiso participar al hombre su propia vida: por esto la vida sobrenatural se llama vida de *gracia*. Esta vida es don de amor, no conquista del esfuerzo de la criatura: *Iustificati gratis per gratiam...: Salvati per gratiam...* (2) He aquí la razón que podríamos llamar histórica de nuestra elevación sobrenatural. No podía el hombre levantarse a sí mismo sobre su nivel: "¿Acaso puede el hombre añadir a su estatura un solo codo?" (3) De todos los cuerpos juntos, ha dicho Pascal, no podría hacerse saltar la chispa de un pobre pensamiento; de todos los cuerpos y espíritus juntos no podría arrancarse un latido de vida sobrenatural. Pasar del orden natural al sobrenatural, del humano al divino, sólo puede hacerlo el hombre dándole Dios la mano y la fuerza de su amor: "Sin Mí, dice Jesús, nada podéis hacer." (4)

Y la razón metafísica de la vida sobrenatural ¿cuál es?

(1) GAL. 2, 20.

(2) ROM. 3, 24: ACT., 15, 11.

(3) MT. 6, 27.

(4) IOH. 15, 5.

Puesta la hipótesis y el hecho de la vida divina en el hombre ¿cuál es la causa última, la razón más íntima y universal que sostiene y mueve y regula todo el funcionamiento de la vida de Dios en nosotros?

Es arduo el problema; y sin ahondar en cuestiones de escuela, lo resolveremos según el luminoso criterio de santo Tomás: “El porqué de la vida divina en el hombre es su vocación a la visión intuitiva de Dios.”

Pusieron algunos teólogos la razón de nuestra vida sobrenatural en la persona del Espíritu Santo que, conviviendo con cada uno de nosotros, nos comunicara la vida divina. Otros han querido que fuese la fe en Dios, no el Dios conocido por la luz natural de la inteligencia, sino el Dios revelado, Uno en esencia y Trino en personas: así, levantado el pensamiento del hombre, que es su razón específica, habría en nuestro ser una exigencia al levantamiento total de nuestra naturaleza y de todas sus facultades.

Ambas hipótesis tienen su parte de verdad. La inhabitación de Dios en el hombre, no sólo de una de las divinas personas, sino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es consecutiva a la vida sobrenatural por la gracia. Dios está según su naturaleza dondequiera que hay una derivación o participación de la misma; cuando el hombre se une a Dios con el lazo sobrenatural de la caridad, síntesis de la vida divina, Dios se une a él, y “a él vienen, y en él hacen su morada” las divinas personas (1).

Pero no podría admitirse como última razón de nuestra vida sobrenatural la convivencia de una Persona divina en nosotros, porque aun después de ello habríamos de admitir la elevación de nuestra misma vida a las alturas de lo sobrenatural: “Así en el ser como en el obrar sobrenatural, dice el Angélico, hay que admitir algo intermedio entre el

(1) IOH. 14, 23.

alma y su Dios: en el ser, porque todo ser en la criatura resulta de una forma; en la operación, porque es imposible que produzca una criatura una acción sobrenatural si sus facultades no han sido antes levantadas a este orden.”

Cuanto a la opinión que pone la esencia de la vida divina del hombre en la fe, es decir, en la inteligencia sobrenaturalizada, baste insinuar que el levantamiento del pensar humano al plano de la verdad divina es esencial a la vida sobrenatural. Es la fe el “principio de la substancia de Dios en el hombre”, dice el Apóstol (1), porque la inteligencia es el principio organizador y normativo de la humana vida, así en el orden natural como en el sobrenatural. Con todo, la elevación de la inteligencia no importaría la elevación de toda la vida, si no hubiese una exigencia de orden objetivo que reclamara la sobrenaturalización de todo el ser y de toda la vida del hombre. Es esta exigencia la visión intuitiva de Dios, definitiva esencia de nuestra vida sobrenatural.

Da de ello el Angélico una razón de gran sencillez y profundidad. El nivel de las cosas, dice, lo señala su fin: cada naturaleza tiene el suyo, que marca su altura en la escala de los seres: ninguna criatura puede rebasarlo. El fin de cada ser es su “bien”, el bien en cuya posesión descansa. Correlativas a este bien, ha dado Dios las aspiraciones y las fuerzas a sus criaturas: la piedra no aspira a vivir, ni puede: un caballo no siente el estímulo de la verdad, ni es capaz de lograrla. En cambio, la vida del hombre tiende a la verdad y al amor, y su fin natural es Dios naturalmente conocido y amado, porque Dios es el “bien” del hombre.

Pero Dios, por amorosa condescendencia, *gratis*, ha levantado el fin del hombre a un nivel infinito. El hombre

(1) D. THOM. *De veritate*, q. 27, a. 1, ad 10.

(2) HEBR. 3, 14.

no podía ver a Dios más que en el espejo del mundo, en cuyas maravillas puede, *cognoscibiliter*, como dice la Sabiduría, con conocimiento abstractivo y deductivo, verse la verdad del Criador (1). Ni podía amarle más que con el amor consiguiente a su natural e imperfectísima visión. Y Dios le brinda al hombre la visión intuitiva de su Ser y de su vida, visión que trasciende las naturales aspiraciones y fuerzas del hombre, cuando sobrepuja lo infinito a lo finito. Porque la visión intuitiva, con el goce de la posesión que le sigue, importa un contacto directo, una unión que podríamos llamar *física*, hasta cierto punto, entre la criatura y su Dios. Unión de pensamiento, que consentirá al pensamiento humano leer sin nubes y sin velos en la Inteligencia divina, ver las maravillas de la vida misma de Dios, ponderar los abismos de su poder, su grandeza, su eternidad. Unión de amores, que arrebatará al amor humano y le sumergirá en el torbellino del amor de Dios para anegarle en el océano de su misma felicidad. Plenitud de vida divina, sin dejar de ser humana, absorción de la vida humana en el seno de Dios sin “deshumanizarse”, sin perder su propia personalidad, y que dará el goce de la saciedad a una pobre criatura que se hallará envuelta en los mismos resplandores de la gloria de Dios: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua* (2).

Consecuencia de esta vocación final al consorcio definitivo, eterno y sobrenatural con Dios, es la sobrenaturalización de nuestra vida mortal. Si el fin señala el nivel de los seres, un fin divino sobrenatural exige la deificación de la criatura a tal fin destinada. Un fin-Dios, visto y gozado en su misma naturaleza, reclama una criatura-dios, hecha previamente partícipe de la misma naturaleza divi-

(1) SAP. 13, 1.

(2) Ps. 16, 15.

na: "Yo dije: Sois dioses." (1) La posesión de una vida divina importa la participación de la divinidad, en el ser, y en las fuerzas de la misma vida.

Digamos, por incidencia, que la forma o esencia de la vida sobrenatural en el hombre en cuanto a su "ser", es la gracia santificante, cualidad sobrenatural que comunica Dios a nuestro espíritu y que le "vivifica" para Dios "con vida divina", haciéndole propiamente hijo de Dios; y en cuanto a las *acciones* sobrenaturales, cuyo conjunto constituye propiamente el vivir sobrenatural, el principio motor es la misma gracia en cuanto informa y eleva las facultades de la vida o potencias por medio de las "virtudes" o fuerzas divinas consecutivas a la misma gracia, y en cuanto las determina y "mueve" para que con su funcionamiento produzcan los actos de la vida sobrenatural. Se aclararán estos conceptos al explicar más abajo el mecanismo de la psicología sobrenatural.

Estas son, esbozadas a grandes rasgos, las razones de nuestra vida sobrenatural. Razón "histórica", el amor de Dios, que quiso llamarnos a la vocación de hijos suyos; razón "final", la beatitud sobrenatural, término definitivo de la vida divina del hombre y su descanso eterno en la visión y goce de Dios; razón "formal", la exigencia de un equivalente "subjetivo" a aquel levantamiento objetivo o final; equivalente que llamamos "gracia", en su acepción de "estado", y que es lo mismo que "vida sobrenatural".

La excelsitud de este fin que Dios brinda e impone al hombre, hasta el punto de que éste no puede retrogradar al estado de una naturaleza pura y de una vida natural, nos explica el sentido de esta nomenclatura de lo que podría-

(1) Ps. 81, 6.

no podía ver a Dios más que en el espejo del mundo, en cuyas maravillas puede, *cognoscibiliter*, como dice la Sabiduría, con conocimiento abstractivo y deductivo, verse la verdad del Criador (1). Ni podía amarle más que con el amor consiguiente a su natural e imperfectísima visión. Y Dios le brinda al hombre la visión intuitiva de su Ser y de su vida, visión que trasciende las naturales aspiraciones y fuerzas del hombre, cuando sobrepuja lo infinito a lo finito. Porque la visión intuitiva, con el goce de la posesión que le sigue, importa un contacto directo, una unión que podríamos llamar *física*, hasta cierto punto, entre la criatura y su Dios. Unión de pensamiento, que consentirá al pensamiento humano leer sin nubes y sin velos en la Inteligencia divina, ver las maravillas de la vida misma de Dios, ponderar los abismos de su poder, su grandeza, su eternidad. Unión de amores, que arrebatará al amor humano y le sumergirá en el torbellino del amor de Dios para anegarle en el océano de su misma felicidad. Plenitud de vida divina, sin dejar de ser humana, absorción de la vida humana en el seno de Dios sin “deshumanizarse”, sin perder su propia personalidad, y que dará el goce de la saciedad a una pobre criatura que se hallará envuelta en los mismos resplandores de la gloria de Dios: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua* (2).

Consecuencia de esta vocación final al consorcio definitivo, eterno y sobrenatural con Dios, es la sobrenaturalización de nuestra vida mortal. Si el fin señala el nivel de los seres, un fin divino sobrenatural exige la deificación de la criatura a tal fin destinada. Un fin-Dios, visto y gozado en su misma naturaleza, reclama una criatura-dios, hecha previamente partícipe de la misma naturaleza divi-

(1) SAP. 13, 1.

(2) Ps. 16, 15.

na: "Yo dije: Sois dioses." (1) La posesión de una vida divina importa la participación de la divinidad, en el ser, y en las fuerzas de la misma vida.

Digamos, por incidencia, que la forma o esencia de la vida sobrenatural en el hombre en cuanto a su "ser", es la gracia santificante, cualidad sobrenatural que comunica Dios a nuestro espíritu y que le "vivifica" para Dios "con vida divina", haciéndole propiamente hijo de Dios; y en cuanto a las *acciones* sobrenaturales, cuyo conjunto constituye propiamente el vivir sobrenatural, el principio motor es la misma gracia en cuanto informa y eleva las facultades de la vida o potencias por medio de las "virtudes" o fuerzas divinas consecutivas a la misma gracia, y en cuanto las determina y "mueve" para que con su funcionamiento produzcan los actos de la vida sobrenatural. Se aclararán estos conceptos al explicar más abajo el mecanismo de la psicología sobrenatural.

Estas son, esbozadas a grandes rasgos, las razones de nuestra vida sobrenatural. Razón "histórica", el amor de Dios, que quiso llamarnos a la vocación de hijos suyos; razón "final", la beatitud sobrenatural, término definitivo de la vida divina del hombre y su descanso eterno en la visión y goce de Dios; razón "formal", la exigencia de un equivalente "subjetivo" a aquel levantamiento objetivo o final; equivalente que llamamos "gracia", en su acepción de "estado", y que es lo mismo que "vida sobrenatural".

La excelsitud de este fin que Dios brinda e impone al hombre, hasta el punto de que éste no puede retrogradar al estado de una naturaleza pura y de una vida natural, nos explica el sentido de esta nomenclatura de lo que podría-

(1) Ps. 81, 6.

mos llamar biología sobrenatural: "Reengendrados", "vivos para Dios", "renacidos", "renovados", "sellados con el sello de Dios", "hijos de Dios", "semilla de Dios", "poseedores de la substancia de Dios", "criaturas nuevas", "injertados en Dios": todas estas expresiones de los sagrados Libros significan una transformación profunda de la humana vida que exige, dentro del orden sobrenatural, el nuevo fin que nos ha impuesto la bondad de Dios.

Y señalan al propio tiempo una realidad capital en el ser y en el obrar del hombre; realidad que debe condicionar toda su vida, porque toda vida nueva importa una nueva ley que la gobierne. No hay sistema, filosófico o religioso, que haya agrandado y embellecido los horizontes de la vida humana como el sobrenaturalismo cristiano. El panteísmo es una locura; la fábula de Prometeo, que arrebató el fuego celeste para esconderlo en las entrañas de la vida humana, es ridícula; absurdos los sistemas de los libros sagrados de las religiones orientales cuando inventan quiméricas uniones del hombre con Dios. Es más: toda esta máquina monstruosa de las doctrinas, más o menos panteístas, de la teosofía y de las religiones falsas, no es sino un esfuerzo del pensamiento y de la fantasía del hombre para hallar un sucedáneo de la vida sobrenatural, recibida por el hombre y perdida por su culpa en los albores de la historia. Es la revelación de la inquietud del espíritu humano, en el que quedaron restos de una verdad y de una realidad primitivas, que forcejea por reconstruir, en el extravío de sus ensueños, lo que sólo Dios pudo conceder y puede revelar al hombre.

Sería fatal con todo, no ver en la doctrina de la sobrenaturalización del hombre sino un bello sistema. Como tal, es una maravilla del pensamiento y del amor de Dios; pero

esto sería poco si no fuese una *vida*, con toda su gloria definitiva, es verdad, más con todas sus exigencias, a veces bien duras. La vida sobrenatural no es solamente la elevación del ideal humano; ya fuera mucho para “entonar” la vida, obligándola a dar fuertes aletazos para lograr un nivel superior: es una elevación “forzosa”, salvando los fueros de la humana libertad, a un plano superior, de toda la vida y de toda su actuación que debe ponerse al compás del ideal-real que, o se logra, o se pierde con irremediable y eterna desgracia.

Vida que no se acopla a la vida natural como se acoplan dos fuerzas independientes que se apliquen a un mismo árbol motor y que puedan a voluntad separarse; sino que forman un solo sistema de vida por la compenetración mutua, que casi podríamos llamar fusión, de sus energías; porque el hombre divinizado no se deshumaniza, ni en su ser ni en su obrar, sino que vida y acción, cuando son perfectas, están perfectamente solidarizadas.

Vida trascendental y llena, como debe serlo la que da Dios con su amoroso abrazo a la criatura, y que llega en el hombre a toda la complejidad de su ser, de sus facultades y de su acción; que culmina en su pensamiento, iluminándolo con la luz misma de la verdad de Dios, y que vibra en nuestro mismo cuerpo de muerte, en cuya carne de barro “debe manifestarse la vida de Dios” (1).

Vida que empieza en la tierra y que no fine ya, si el hombre no rompe con su libertad la atadura de amor que con Dios le une, sino que se perpetúa para expansionarse y para ser coronada con un nimbo de gloria en el reino del Padre: “Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre” (2); donde pensamiento y amor se saciarán de Dios,

(1) 2 COR. 4, 11.

(2) Mt. 13, 43.

y nuestra misma carne se remozará, exultante, en la visión del Señor: "Y en mi propia carne veré a mi Dios" (1).

6. LA VIDA "CRISTIANA". — En los conceptos que acabamos de exponer hemos prescindido de las manifestaciones históricas de la vida sobrenatural, es decir, de las formas con que de hecho ha comunicado Dios su vida divina a los hombres, no intentando más que dar, en elemental bosquejo, una noción de la vida sobrenatural bajo el aspecto ontológico.

En el orden histórico fué la primera infusión de la vida divina en el hombre en su misma creación. Bajo las frondas del Paraíso desplegó la primera pareja, Adán y Eva, toda la majestad y gloria de la vida humana divinizada: vida pletórica de Dios, encumbramiento de la criatura, hecha santa, feliz e inmortal; para la cual debía ser la tierra un edén delicioso, preludio de los inefables goces de la gloria, pero que la concedió Dios al primer hombre condicionada: "Si comieres del árbol vedado, morirás" (2). Faltó la condición, que era la observancia de un precepto, infringiéndole en hora menguada la torcida libertad del hombre. Y vino en él la muerte de la vida divina: *Per peccatum, mors* (3).

Desde este momento, y en la actual economía de la gracia, no habrá más vida sobrenatural sino la que comunique Dios al mundo por mediación de Cristo, el Hijo de Dios humanado; es decir, no habrá más "vida sobrenatural" que la "vida cristiana", fórmulas sinónimas, expresivas ambas de la única restauración histórica de la vida sobrenatural en el mundo: "No hay otro cimiento (para la edificación del hombre en la vida divina) que el que está ya puesto, que es Cristo Jesús (4).

(1) JOB. 19, 26.

(2) GEN. 2, 17.

(3) ROM. 5, 12.

(4) I COR. 3, 11.

Esbochemos el maravilloso sistema de la vida divina por Jesucristo, “restauración” de la vida sobrenatural en el mundo.

Dios es la vida esencial, decíamos; y la vida de Dios es su santidad, porque es la rectitud infinita y el ímpetu infinito con que se ama a Sí mismo. Una participación de esta vida constituyó a nuestros primeros padres en la vida sobrenatural de justicia y santidad. Roto por el pecado de origen el canal por donde se comunicaba al hombre la vida divina, quedó el género humano sin esta vida, muerto para Dios: *Unius delicto, multi mortui sunt* (1). No sólo perdimos la vida sobrenatural, sino que el contragolpe de la caída dejó maltrecha la misma vida natural. Quedó en medio de tanta ruina, dice san Agustín, una gran miseria y una gran misericordia; venció la misericordia, y se puso remedio a la miseria, devolviéndonos Dios la vida sobrenatural perdida.

La traza de Dios para vivificar otra vez sobrenaturalmente al mundo, fué estupenda. No se la pudo dictar más que su infinita misericordia. “Nació primero Dios del hombre para que los hombres naciesen de Dios”, dice san Agustín en síntesis admirable: ésta es la fórmula del divino remedio: *Ut homines nascerentur ex Deo, primo ex ipsis natus est Deus* (2).

“En el seno del Padre vive su Unigénito” (3). Vive con la misma vida del Padre, porque, como Verbo de Dios, es consubstancial con el Padre: “Como el Padre tiene la vida en Sí mismo — es decir, es la razón de su misma vida —, así hizo que el Hijo (por la generación eterna) tuviese también la vida en Sí mismo” (4): vida eterna y santísima, infinita y fecunda como la del mismo Padre.

(1) ROM. 5, 15.

(2) S. AUG. *Tract. 2 in Ioh.* c, 1, 15.

(3) IOH. 1, 18.

(4) IOH. 5, 26.

Pero “el Verbo, Unigénito del Padre, se hizo carne”: *Et Verbum caro factum est* (1), es decir, se hizo hombre. Una persona divina tomó la naturaleza humana; un alma y un cuerpo humanos. Por este hecho, la vida de Dios llenó substancialmente al Hombre-Dios. Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, está lleno de la divinidad, porque su persona es divina: “En el Cristo mora substancialmente la plenitud de la divinidad” (2); y está unido, por lo mismo, con la plenitud de la santidad. *Tu solus Sanctus, Jesu Christe*. Es Jesús el segundo Adán, formado, más que el primero, en la justicia y santidad de verdad. Ante la persona histórica de Jesús, Dios vivo y hombre vivo, Hombre-Dios santísimo, ¡con qué entusiasmo podemos decirle a Dios las palabras de la Liturgia: “Oh, Dios, que de un modo admirable creaste la dignidad de la humana naturaleza, y por modo más admirable aun la restauraste...! (3).

Pero Cristo no recibió la vida de Dios para sí solo. Cabeza espiritual del género humano, todos los que a Él se incorporen “serán hechos hijos de Dios” (4), con la vida misma de Dios. Antitipo de Adán, será causa de la nueva vida divina, como Adán lo fué de la muerte a la primera vida: *Per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum* (5). La plenitud de la vida divina rebosará de la santísima Humanidad de Cristo, para llenarnos de ella a todos: “Todos hemos recibido de su plenitud” (6): “Estamos llenos en Él de la vida de Dios”: *In illo repleti* (7).

Tan céntrica es la figura y la actuación de Cristo en la

(1) IOH. 1, 14.

(2) COL. 2, 9.

(3) *Oratio Offert. Miss.*

(4) IOH. 1, 12.

(5) 1 COR. 15, 21.

(6) IOH. 1, 16.

(7) COL. 2, 10.

infusión de la nueva vida divina al mundo, que Él aparece como el primordial objetivo de Dios en el plan de la restauración espiritual del hombre. “Dios le envía, hecho de mujer, para que recibamos la adopción de hijos suyos” (1): “En Él nos eligió, antes que el mundo fuese, para que tuviésemos vida de santidad en la caridad” (2): La redención no la tenemos sino en Cristo: *In Christo habemus redemptionem* (3). Los escritos del nuevo Testamento, especialmente algunos pasajes de san Juan y de san Pablo, nos dan la impresión de que Cristo es el corazón que envía a todo el cuerpo de la gran familia humana la irrigación de la vida de Dios, de que tiene plétora; la Cabeza de donde descende el bálsamo sagrado de la santidad para empapar todo el cuerpo de la raza redimida: *Sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam... in ora vestimenti...* (4). ¿Qué extraño que de “Cristo”, el Ungido de Dios con la plenitud de su santidad y de su vida, la vida nueva del mundo se llame vida “cristiana”?

El mismo Jesús se nos presenta en el Evangelio como Vida y como dador de la vida al mundo: “Yo soy la *vida*”, les decía a sus discípulos la noche antes de morir (5): “Yo soy la resurrección y la *vida*, decía a Marta, llorosa por la muerte de su hermano; el que cree en Mí no morirá jamás” (6). “Yo vine para que tengan *vida*, y la tengan abundante” (7). Quiso Jesús que esta su vida irradiara copiosa por todo el mundo: “Porque yo vivo, *viviréis* vosotros (8): y en la sublime oración de la Cena, le decía al Padre: “Dis-

(1) GAL. 4, 5.

(2) EPH. 1, 4.

(3) *Ibid.* 1, 7.

(4) IOH. 132, 2.

(5) *Ibid.* 14, 6.

(6) *Ibid.* 11, 25-26.

(7) *Ibid.* 10, 10.

(8) *Ibid.* 14, 19.

teme poder sobre toda carne, a fin de que dé yo la *vida eterna* a todo lo que me diste" (1).

Es la vida de la que el mismo Jesús hablaba con entusiasmo en su trascendental diálogo con Nicodemo, el fariseo: "El que no *renasca* otra vez, no puede ver el reino de Dios...": "Quien no *renasca* por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios...": "El Hijo del hombre debe ser exaltado, para que todo el que crea en Él no muera, sino que logre la *vida eterna*...": "De tal suerte amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito, a fin de que quienquiera que en Él crea, no muera, sino que tenga la *vida eterna* (2). La viveza del diálogo habido por Jesús con Nicodemo, en el silencio de la noche: *Venit ad Jesum nocte*; el carácter magistral de la enseñanza de Jesús, a quien se presentó el príncipe de los judíos como a un maestro: *Scimus quia a Deo venisti magister* (3), la fuerza dialéctica del raciocinio de Jesús en su discurso; las alegaciones proféticas; el tono enfático de Cristo, al que añade la aserción superlativa *Amen, amen dico tibi*, dan a esta pieza capital del magisterio de Cristo, que podríamos llamar *Discurso fundamental sobre la vida cristiana*, todo el valor sintético de un proyecto de vivificación espiritual del mundo que Jesús venía a realizar.

Los Apóstoles se embebieron de este concepto céntrico de la enseñanza y de la misión vivificadora de Cristo: "¿A dónde iremos, si Tú tienes palabras de *vida eterna*?", decía Pedro a Jesús. San Juan escribía, alborozado, en su primera carta: "Se manifestó la *vida*, y la hemos visto, y os damos testimonio de ello, y os anunciamos la *vida eterna*, que era en el Padre y que se nos apareció" (4). San Pablo

(1) IOH. 17, 2.

(2) *Ibid.* 3, 3, 5, 15, 16.

(3) *Ibid.*, v. 2.

(4) I IOH. 1, 2.

nos habla de “nuestra *vida*, oculta con Cristo en el seno de Dios” (1): proclama a la faz del mundo la ley de la vida de Jesús “que debe manifestarse hasta en nuestra misma carne mortal” (2): y dice que la expansión de nuestra vida debe venirnos de nuestra Cabeza, que es Cristo: *Crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus* (3).

¿Qué extraño, después de este “sentido de vida” que se rezuma de los libros inspirados, que en la predicación cristiana de todos los siglos, en la Teología y en la Liturgia se insista, como en un principio fundamental, en el concepto de una vida que no es nuestra vida natural, sino la que nos viene por Cristo, de Cristo y en Cristo; y que en el mismo Símbolo de nuestra fe la profesemos en el *Espíritu vivificador* y en la *vida eterna*, coronamiento definitivo de la vida cristiana: *Credo in Spiritum Sanctum vivificantem... Credo vitam æternam?*

7. LA COMUNICACIÓN DE LA VIDA DIVINA POR CRISTO. — Jesucristo, por ser Dios, está lleno de la vida de Dios: esta vida, que es la vida “cristiana”, la recibió Jesús para sí, pero no para represarla en la grandeza de su ser de Hombre-Dios, sino como Cabeza, para difundirla por todo el cuerpo de la humanidad: *Propter nos homines, et propter nostram salutem...*

¿Cómo Dios abrió en Cristo las compuertas de la vida divina para que los hombres se remozaran en sus aguas vivas que saltan hasta la vida eterna? ¿Cuál es el medio transmisor de la vida divina al mundo?

En la actual economía, y por una de aquellas contraposiciones en que se complacen la sabiduría y el poder de

(1) COL. 3, 3.

(2) 2 COR. 4, 11.

(3) EPH. 4, 15.

Dios, *la vida divina viene al mundo por la muerte*. La vida cristiana brota, como de su causa, de la muerte de Cristo. “Del árbol del Paraíso se originó la muerte, dice la Liturgia; del árbol de la Cruz resurgió la vida: *Unde mors oriebatur, inde vita resurgeret* (1). “La muerte y la vida se batieron en duelo nunca visto: el Jefe de la vida, muerto, reina vivo”: *Dux vitæ mortuus, regnat vivus* (2).

Penetremos un momento en este tremendo misterio de la muerte del Hombre-Dios.

Para la restauración de la vida divina en el mundo no había necesidad de que un Dios muriera: un solo hálito del pecho de Dios-Hombre podía hacer reentrar a la humanidad en la corriente de la vida de Dios. Un suspiro de Dios es infinito; y bien puede colmar el vacío, en cierta manera infinito, por la relativa infinidad de su malicia, que el pecado del hombre produjo al matar la vida sobrenatural de su espíritu (3).

Pero Dios quiso que muriera su Hijo, por un exceso de amor: *Propter nimiam caritatem* (4). Así, dice santo Tomás, satisfizo con su muerte por la muerte a que estábamos condenados, nos quitó el temor de la muerte y, muriendo Él como si la mereciera, nos dió ejemplo de morir espiritualmente al pecado (5). Fué la muerte del Salvador, dice san Agustín, remedio de las dos muertes nuestras; y su resurrección nos procuró dos resurrecciones; ya que su cuerpo, en la muerte y en la resurrección, fué instrumento de nuestra vida interior y ejemplo de la resurrección exterior (6).

(1) In Miss. de Passione, *Præfat.*

(2) In Miss. Dom. Resurr. *Seq.*

(3) D. THOM. *Summ. Theol.* 3, 1, 2 ad 2.

(4) EPH. 2, 4.

(5) *Summ. Theol.* 3, q. 50, a 1, c.

(6) S. AUGUST. *De Trinit.* lib. 4, c. 3.

Cuanto a la razón fundamental de la virtud vivificadora de la muerte de Cristo, la teología católica es admirable y profunda: resulta de la equivalencia entre la muerte espiritual del hombre y la muerte física del Hombre-Dios. Más que equivalencia; porque la muerte de Dios es de un positivo valor infinito, y la muerte espiritual del hombre tiene sólo una infinidad negativa, porque es un alejamiento infinito de la vida. Por eso dice el Apóstol que “donde abundó el delito, *sobreabundó la gracia*” (1). La muerte de Cristo tiene toda la razón de un “tesoro de vida”, para saldar una “deuda de muerte”. Dios, vida esencial, es el acreedor; los hombres, que perdieran la vida que Dios les comunicara, los ~~deudores~~; Cristo, representante y substituto universal de todos los muertos a la vida de Dios, es el “precio de compra” de nuestra vida: *Pignus hæreditatis nostræ, in redemptionem acquisitionis* (2).

¿Cómo pudo Cristo indemnizar a Dios de la pérdida de la vida divina en el mundo? Si Cristo era Dios, ¿podía Dios pagarse a sí mismo? Si era hombre, ¿podía pagar a Dios?

Pudo hacerlo, porque era un Hombre-Dios; una naturaleza humana unida substancialmente a la Persona del Verbo de Dios; un Hombre lleno, *corporaliter*, como dice el Apóstol, es decir, personalmente, de la vida de Dios. En Cristo, la santísima vida de Dios se corrió hasta el Hombre, para inundarlo con su plenitud; y la vida humana se sumergió en el océano de la vida de Dios, para vivir del mismo Dios. En Cristo, la vida sobrenatural de Dios se hizo “cristiana”; porque Cristo vivo es el “Hijo de Dios vivo”: *Tú es Christus, filius Dei vivi*, le decía san Pedro en ocasión solemne.

(1) ROM. 5, 15.

(2) EPH. 1, 14.

Por ello, cuando muere Cristo, no muere como Dios, sino como Hombre-Dios. Su muerte es precio infinito de vida, no por ella misma, sino por la divinidad de quien la sufre. En Cristo es Dios quien paga; porque es Dios quien muere en la naturaleza humana que tomó. No hay en Él más que una Persona, el Verbo de Dios, con dos naturalezas, la divina y la humana, que lo constituyen acreedor y deudor: acreedor como Dios; deudor, como Hombre, desde que salió fiador de sus hermanos los hombres.

Concreta san Agustín esta doctrina en esta fórmula admirable: "Cristo era Hijo de Dios en sí mismo. Que fuese Hijo del hombre lo recibió de nosotros. De lo suyo, Hijo de Dios: de lo nuestro, Hijo del hombre. Lo menos que es, de nosotros lo recibió: lo que más es, nos lo dió a nosotros, porque murió por lo que tiene de Hijo del hombre, no por lo que tiene de Hijo de Dios. Con todo, murió el Hijo de Dios; pero murió según la carne, no según el Verbo que se hizo carne y moró entre nosotros. Luego, *si Él murió, murió de lo que tiene nuestro: y si nosotros vivimos, de lo suyo vivimos*. Ni Él pudo morir de lo suyo; ni nosotros vivir de lo nuestro" (1).

¡Fórmula admirable la del grande Obispo! *Quod mortuus est, de nostro mortuus est: quod vivimus, de illo vivimus*. Murió de lo nuestro: vivimos, en cambio, de lo suyo. Pagó, con la disolución de su humana naturaleza, que esto es morir, lo que debíamos por la muerte voluntaria de la vida sobrenatural de nuestro espíritu. Saldada nuestra deuda con la paga generosa e infinita de su Sangre, revivió, en derecho, el espíritu del hombre a la vida sobrenatural que, porque nos viene de Cristo, se llamará *vida cristiana*. Así, por un trueque divino en que la Vida murió, nosotros fui-

(1) S. AGUSTÍN: Sermón 127, c. 6, n. 9.

mos trasladados de la muerte a la vida. *Translati sumus de morte ad vitam* (1).

De donde se sigue que, en la actual economía, la Humanidad santísima de Cristo es el instrumento de que se valió Dios para la divinización del hombre. Cuerpo y alma de Cristo eran el vaso de la vida divina: rota por la muerte la Humanidad del Hijo de Dios, el licor de la vida divina pudo difundirse por el mundo y convertir en el verjel umbroso de la vida cristiana lo que era triste páramo, en que el pecado había matado lo que el Apóstol llama la "semilla de Dios".

Tratándose de un estudio sobre la *Eucaristía y la vida cristiana*, hemos de fijarnos en estas capitales ideas de la muerte de Cristo y de la instrumentalidad de su Humanidad santísima en la infusión, en el mundo, de la vida sobrenatural, como puntos cardinales de la doctrina a desarrollar en este libro.

Memorial de la pasión y muerte de Cristo, Sacramento del Cuerpo del Señor, es decir, continuación, en la historia de los siglos cristianos, de la obra de la Redención y de la vida misma del Redentor, hay en la Eucaristía los dos elementos fundamentales de la restauración de la vida sobrenatural en el mundo: la Humanidad misma del Señor y la reproducción cotidiana, misteriosa, por real, de su muerte. Es también la Eucaristía el vaso de la vida divina que diariamente se rompe para que se difunda el licor de Dios y vivifique las almas.

Concretemos las funciones del sacramento en general, y de la Eucaristía en particular, en la economía de la restauración de la vida sobrenatural.

(1) IOH. 3, 14.

8. TEORÍA DEL SACRAMENTO EN FUNCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA. — Jesucristo estaba lleno de la vida de Dios. Por la muerte de su Humanidad santísima, que sufre el Hombre-Dios como substituto universal de los pecadores, Dios se da por pagado de la deuda de muerte, y devuelve al mundo la vida sobrenatural. En verdad que Dios recibió un gran precio por nuestra vida divina: *Empti estis pretio magno* (1). Por este hecho, Cristo es origen y cabeza de la vida cristiana. San Pablo nos habla, con elocuencia soberana, de este resurgimiento de los espíritus a la vida de Dios: “Estando muertos en el pecado, os convivió con Él, perdonándoos todos los delitos, cancelando la escritura que nos era adversa y clavándola en la cruz...” (2). “Si por el delito de uno reinó la muerte, con mayor razón los que recibieren la abundancia de la gracia, y del perdón, y de la justicia, reinarán en la vida por Jesucristo único” (3).

Esto en derecho, porque la muerte de Cristo es un hecho universal en que estaba lo que podríamos llamar la “razón jurídica” de nuestra reintegración a la vida divina.

Hay otra razón jurídica de nuestra muerte sobrenatural: el pecado de Adán: razón que se convierte en hecho desgraciado así que somos engendrados a la vida natural. La muerte espiritual se nos acarrea por el hecho de ser hijos de Adán pecador. Somos hijos de muerte por ley de generación. ¿Cómo venimos a ser hijos de vida sobrenatural? ¿Por qué ley se concreta en un hecho individual y personal el derecho universal a la vida por Cristo, ya que Él murió por todos: *Pro omnibus mortuus est?* (4).

Por la ley del sacramento. Es éste, en la acepción más concreta, de los siete instituidos por Cristo, un signo sim-

(1) 1 COR. 6, 20.

(2) COL. 2, 13-14.

(3) ROM. 5, 17.

(4) 2 COR. 5, 14.

bólico de la vida divina que el Hijo de Dios trajo al mundo. No un signo meramente doctrinal o “especulativo”, destinado a revelarnos los arcanos divinos de la vida sobrenatural; sino un signo “práctico”, efectivo, que contiene y produce la vida sobrenatural que representa.

La vida sobrenatural tiene un punto de arranque o causa productora, que es la pasión y muerte de Cristo: una forma de producirse en la vida humana sobrenaturalizada, que es la gracia y las virtudes sobrenaturales que la acompañan, y un fin definitivo adonde tiende, que es la vida eterna. El sacramento es signo de estas tres etapas de la vida divina, dice el Angélico (1).

Hay en el sacramento, como en todo símbolo, algo que se ve y algo que no aparece: son “palabras visibles”, como gráficamente los llama san Agustín, que producen en la vida sobrenatural lo que hacen en la vida natural. El agua, lava; el pan, nutre; el aceite, suaviza y cura; etc. En esta armonía del orden natural y sobrenatural estriba la razón y el simbolismo del sacramento. “Si fueses incorpóreo, dice el Crisóstomo, te hubiese Dios dejado dones incorpóreos, desnudos de materia: pero, porque eres alma y cuerpo a la vez, te da lo espiritual por medio de cosas sensibles” (2).

Podía Jesús derivar de su muerte la vida cristiana, para cada uno de nosotros, con un acto puro de su voluntad. Bien podía hacerlo quien curó a distancia al hijo del centurión y santificó al Bautista en el seno de su madre. Pero quiso instituir los sacramentos para *humillarnos*, haciéndonos buscar la vida divina en algo material, ya que por algo material la perdimos; para *instruirnos*, porque el símbolo es el medio más universal y eficaz de enseñanza; y

(1) *Summ. Theol.* 3, 60, a 3.

(2) S. CHRYSOST. *Homil.* 82 in Mt.

para *ejercitarnos*, puesto que la vida sobrenatural es militante y pragmática, a semejanza de la natural (1).

Son, pues, los sacramentos, en cuanto a su origen, de institución divina; en su realidad, son algo sacratísimo, porque sagrada es la vida cristiana que contienen y producen en el mundo. Ellos son el instrumento de que se vale Dios para individualizar la vida divina que Cristo trajo a la tierra. Si la muerte de Cristo es la vivificación, en derecho, del mundo espiritual, los sacramentos son el procedimiento ejecutivo por el que la vida de Dios llega a las almas.

Tienen los sacramentos cierta equivalencia con la santísima Humanidad de Jesús, en cuanto ésta es lo que llaman los teólogos el *instrumento conjunto*, por el que el Verbo restauró la vida divina; y aquellos son los *instrumentos separados* que la distribuyen, produciéndola en cada uno de los hombres. La Humanidad de Jesús deriva la vida divina del océano mismo de la divinidad, con la que está unida en la persona del Verbo. Los sacramentos la derivan de los inagotables tesoros de vida divina que la humanidad de Jesús conquistó con su pasión y muerte. Así los sacramentos se adentran, por la persona histórica de Jesús que los instituyó, hasta el mismo seno del Dios vivo, para adentrarse luego hasta los profundos senos del espíritu humano y llenarlos de la vida de Dios que, como vasos o canales sagrados, han recibido de Dios mismo.

San Agustín comenta bellamente estas palabras de san Juan: "Un soldado abrió su costado" (de Cristo), en esta forma: "Empleó el Evangelista un intencionado vocablo al escribir *aperuit*, "abrió", no "atravesó", o "hirió", o cualquier otro: para significar que allí se abría la puerta

(1) *Summ. Theol.* 3, 61, 1, c.

de la vida, por donde salieron los sacramentos, sin los cuales no se ingresa en la vida que es la vida verdadera" (1).

Del pecho abierto de Cristo-Dios, que acababa de conquistarnos la vida que debía hacernos "criaturas nuevas" (2), salió, por el cauce septiforme de los sacramentos, la vida cristiana que el divino seno atesoraba; y por estos cauces sagrados llega a cada uno de nosotros para vivificarnos:

*Ex hoc perennis gratia
Ceu septiformis fluvius;
Stolas ut illic sordidas
Lavemus Agni in sanguine* (3).

Así, imaginándonos a la divinidad como un océano de vida sobrenatural; a la Humanidad de Cristo como una cascada inmensa de vida cristiana que de los infinitos senos de Dios se despeña sobre la tierra; a los sacramentos como siete ríos que de la cascada se originan para fertilizar al mundo; y a la familia humana regenerada como el campo, de ubérrimos frutos, regado por las divinas aguas de los sacramentos, nos formaremos una idea, cierto que imperfectísima, de lo que estos signos simbólicos representan en la economía general de la divinización del mundo por la infusión, en los hombres, de la vida de Dios.

9. LA EUCARISTÍA EN LA ECONOMÍA DE LA VIDA CRISTIANA. — Como conclusión que brota naturalmente de los principios expuestos, y como punto de enlace de las ideas generales de este capítulo con la materia a desarrollar en los sucesivos, concretemos la posición del Sacramento de la Eucaristía, *Santísimo Sacramento*, en el plan divino de la comunicación de la vida cristiana al mundo.

(1) S. AUG. *Tract.* 120 in *Ioh.*, n. 2.

(2) GAL. 6, 15.

(3) *Offic. Sacr. Cord.*, Hymn. ad Mat.

Tiene santo Tomás una página bellísima, admirable síntesis teológica, que nos señala a la Eucaristía como el medio más trascendental de la divinización de los hombres. Sienta el Angélico la tesis de que los sacramentos son la causa instrumental de la producción de la gracia, y así lo prueba: "Dice el Damasceno que la naturaleza humana de Cristo era como un órgano de la divinidad: y por ello esta naturaleza participaba algo en las operaciones del poder divino; como es el que Cristo curara al leproso tocándole, pues era este contacto de Cristo el que causaba instrumentalmente la salud del leproso. Así, pues, como la humana naturaleza participaba en Cristo instrumentalmente de los efectos de la operación divina en lo corporal, así también en lo espiritual: por lo cual la Sangre de Cristo, por nosotros derramada, tuvo eficacia ablutiva de los pecados: "Lavónos de nuestros pecados con su Sangre" (1): "Fuimos justificados en su Sangre" (2). Y así la humanidad de Cristo es la causa instrumental de la justificación, causa que se nos aplica espiritualmente por la fe, y corporalmente por los sacramentos... Por lo cual, *el más perfecto de los sacramentos es aquel que contiene realmente el Cuerpo de Cristo, es decir, la Eucaristía, fin y consumación de los demás*" (3).

A esto, pues, se reduce el razonamiento del Angélico. La vida cristiana viene al mundo por la Humanidad de Cristo, como instrumento de su Divinidad: luego, con mayor abundancia dará esta vida el sacramento que contenga el mismo instrumento u órgano de la divinidad: y este es el "Sacramento del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo".

(1) APOC. 1, 5.

(2) ROM. 3, 24.

(3) D. THOM. q. 27 *De Verit.*, a 4, c.

De hecho, Jesucristo y los Apóstoles no nos hablan de *vida divina*, de *vida eterna*, de una manera concreta y expresa, en las fórmulas de institución de ninguno de los demás sacramentos. Se habla de “renacimiento”, por el agua y el Espíritu Santo; de “remisión de los pecados”; de “resurrección de la gracia por la imposición de las manos del presbiterio”: de la “infusión del Espíritu Santo”, en los Sacramentos del Bautismo, Confirmación, Penitencia, Extremaunción y Sagrado Orden. Todo son fórmulas de la vida divina; porque vida divina es el renacimiento espiritual y la justificación y la infusión del divino Espíritu y la gracia de la ordenación. Pero sólo en el discurso profético del Pan eucarístico habla Jesús del *Pan de vida*, con tal insistencia, precisión y entusiasmo, que impone a los pocos oyentes que le quedan, pues la mayor parte no pueden soportar ni la grandeza del misterio, ni la estupenda fórmula en que se concreta, *comer la carne del Hijo del hombre*, el pensamiento capital de que el Pan que promete será instrumento por el que infundirá la vida divina en el mundo.

Es trascendental el discurso de Jesús, tema divino que han comentado la teología y la ascética de todos los siglos cristianos, base de este estudio sobre *La Eucaristía y la vida cristiana*. Por ello debemos transcribirlo y comentarlo con brevedad.

Era el año segundo de la predicación de Jesús, un año antes de su pasión, próxima la Pascua judía. En las laderas de una montaña que se levanta al noroeste del mar de Genesaret, Jesús había saciado milagrosamente a millares de galileos que le habían seguido para oír su doctrina y ver sus milagros (1). El día siguiente, aquella turba, ávida de

(1) Иоh. 6, 1-4.

las palabras y de las obras de Cristo, regresaba en sus barcas de Cafarnaum, donde había llegado Jesús la pasada noche, que había sido de tormenta (1). Jesús enseñaba en la sinagoga de la ciudad, donde le hallaron los testigos del gran milagro de la multiplicación de los panes, obrado el día anterior. “Me buscáis — les dijo Jesús al verles —, no porque presenciaraís el gran prodigio realizado, sino porque pudisteis saciaros de pan: trabajad, no por el manjar que perece, sino por el que dura hasta la vida eterna: os lo dará el Hijo del hombre”. — Y ¿qué hemos de hacer, le dijeron, ~~para~~ trabajar las obras de Dios? — “Creer a quien me envió”, repuso Jesús. — Y “¿qué signo nos das, para que creamos en ti?” *Quod ergo tu facis signum ut credamus?* (2).

Y entonces dióles Jesús en promesa a los cafarnaítas el gran signo de la nueva Alianza, el Misterio de la fe, la santísima Eucaristía. “Moisés — dijo Jesús —, os dió pan del cielo: pero el pan verdadero del cielo os lo da mi Padre, es el Pan de Dios que bajó del cielo y *da la vida* al mundo”. — “Danos siempre de este pan, Señor”, le dijeron sus oyentes a Jesús. — “Y Jesús les dijo: *Yo soy el pan de la vida*: quien venga a mí no tendrá hambre, ni sufrirá sed el que en mí crea”. — Murmuraban de él los judíos porque había dicho: Yo soy el pan vivo que bajé del cielo: y Jesús les responde: “No murmuréis unos con otros. Nadie puede venir a mí si no le atrae el Padre que me envió: y yo le resucitaré el día postrero. Os digo en verdad que el que cree en mí tiene la *vida eterna*”. — Yo soy el *pan de la vida*, prosigue Jesús, entonando el pensamiento y la frase, que se hacen cada vez más claros, decisivos enfáticos: “Vuestros padres comieron el maná en

(1) IOH. 6, 16-21.

(2) *Ibid.* 26-30.

el desierto, y murieron". "Éste — sigue Jesús, señalándose seguramente a Sí mismo, acompañando el gesto a la palabra, — éste es el pan que baja del cielo, para que no muera quien comiere de él". "Yo soy el *pan vivo* que bajé del cielo", repite Jesús con insistencia: "El que comiere de este pan *vivirá eternamente*: y el pan que yo daré, añade, revelando definitivamente el misterio, *es mi carne para la vida del mundo*." (1).

En este punto culminante del discurso de Jesús, se anima la sinagoga: el milagro obrado ayer era estupendo: el que habla es, sin duda, un profeta, un enviado de Dios: sus palabras vienen garantidas por las divinas obras que realiza. Con todo, lo que acaba de enseñarles Jesús es un absurdo: más que de un incomprensible misterio, parece tratarse de repugnante antropofagia. — "Por ello disputaban con calor los judíos unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" — Y Jesús responde, no desvirtuando o explicando en sentido metafórico sus anteriores frases, sino ahondando, con el buril de su palabra, las líneas en que debía quedar concretado el tremendo misterio: "Os aseguro que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis *vida* en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la *vida eterna*; y yo le *resucitaré* en el día postrero. Porque mi carne es verdadero manjar, y mi sangre, bebida de verdad. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. *Como el Padre viviente me envió, y yo vivo a causa del Padre, así el que me come vivirá también por mí*. Éste es el pan que descendió del cielo. No como el que comieron vuestros padres, y murieron. El que come este pan *vivirá eternamente*" (2).

(1) IOH. 6, 32-35: 41-52.

(2) *Ibid.* 53-59.

Inútil que se quejen algunos discípulos de la ruda claridad de la doctrina que acaba de predicar Jesús. Inútil que “muchos de sus discípulos se retraigan de él, y ya no le acompañen más en sus correrías”. Jesús no retrocede: está dispuesto a quedar solo, para sostener su tesis, inverosímil para quienes no habían aún medido la fuerza de su poder y los senos de su amor: —“¡Qué!, les dice a los que le quedan, los doce solos: ¿quizás también vosotros queréis dejarme?” (1).

En el discurso de Cafarnaum, verdadero discurso sobre *La Eucaristía y la vida cristiana*, Jesús ha definido las relaciones del futuro Sacramento de su Cuerpo y Sangre con Dios vivo, consigo mismo vivo y con la humanidad que deberá ser vivificada. Un solo versículo de lo que san Juan nos ha conservado del admirable discurso dogmático, el 58, encierra toda la doctrina que en este capítulo hemos expuesto.

He aquí la exposición que de él nos da el mejor comentarista de los Evangelios, el español Maldonado: “Aquella vida eterna y divina que tiene Dios por propia naturaleza, la tuvo Cristo, como hombre, por su unión hipostática con la divinidad; por la cual unión, todo lo que era de Dios derivóse a la humana naturaleza: y a nosotros se nos ha concedido por esta unión que, tomando el Cuerpo y la Sangre de Cristo, seamos una cosa con Él. Porque así como por aquella unión hipostática se verifica que aquella naturaleza divina y gloriosamente inmortal sea propia de la naturaleza humana de Cristo, así por nuestra unión con su Cuerpo se hace nuestra. Y este es el sentido de las palabras: *Como el Padre vivo me envió, y yo vivo por causa*

(1) Ioh. 6, 61, 67, 68.

del Padre, así el que me come vivirá también por mí" (1).

¡Oh, santísima Hostia de nuestros altares, verdadero nudo vital que ata los hombres a Dios y a Él los incorpora, para que se transfunda su vida divina, santa e inmortal, en nuestra pobre vida humana, deleznable e imperfecta! Mis ojos ven atónitos las maravillas de la vida natural que tan pródigamente produjo el poder de Dios en el mundo: las maravillas del *micro-bíos*, de la "diminuta vida", que sólo atisba mi sentido a través del microscopio, y de los *cete grandia*, los cetáceos gigantescos, los mamíferos de ingente mole; las maravillas de la materia organizada, verdadero Dédalo cuyos secretos sólo Dios conoce, y las del espíritu inmortal, que "se adentra hasta los profundos senos de Dios".

Esto no es nada: hay, sobre todo esto, las maravillas de la santísima y clarísima y fecundísima vida de Dios, que Dios, por incomprensible amor a su criatura, nos ha comunicado, elevándonos a un orden *sobrenatural*, viniendo para ello Él mismo a la tierra y tomando nuestra carne flaca, a la que colmó la plenitud de su propia vida, a fin de que "de ella todos participáramos" (2).

Toda esta vida, la de Dios, la de su Cristo, la que ha de correr por el mundo para colmar los espíritus de vida divina, para empujarlos a las alturas de Dios, para llevarlos a la vida eterna, "toda esta vida está en su Hijo": *Hæc vita in Filio ejus est* (3): y este Hijo la encerró en el Pan de este Sacramento: *Ego sum panis vivus*. Hay una ecuación, incomprensible, pero garantida por la palabra del Hijo

(1) MALDONADO: *In hunc loc.*

(2) IOH. 10, 10.

(3) 1 IOH. 5, 11.

de Dios, entre el mismo Hijo de Dios y el Pan vivo de nuestros altares; *Yo soy el Pan vivo*. Adoremos, rendidos, el misterio de la vida divina que se encierra en el Sacramento, *Santísimo*, como la misma vida de Dios:

*Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui...*

CAPÍTULO II

LA EUCARISTÍA, PAN DE VIDA DIVINA COMO OBJETO DE CULTO CATÓLICO

SUMARIO

1. TRES ASPECTOS DE LA EUCARISTÍA. — *Sacramento y Sacrificio. — Reserva y Comunión. — El Sagrario, el Altar y la Mesa eucarística.*

2. RELIGIÓN Y VIDA DIVINA. — *La religión es una vida. — Aberraciones de la vida religiosa en la historia. — Ley universal del sacramento o signo en la vida religiosa. — El sacramento del Dios vivo.*

3. LA PRESENCIA REAL. — *El "Pan vivo". — Presencia verdadera: real: substancial, de Cristo en la Eucaristía. — La promesa de Jesús. — La Cena. — Las prácticas tradicionales de la Iglesia. — El hecho del Catolicismo. — Razones del Angélico sobre la conveniencia de la presencia real.*

4. LA TRANSUBSTANCIACIÓN. — *Noción dogmática de la transubstanciación. — Es conversión maravillosa: sobrenatural: singular. — Pruebas de la transubstanciación.*

5. LA VIDA DEL VERBO EN LA EUCARISTÍA. — *La Eucaristía, prolongación de la Encarnación. — Vida divina del Verbo. — El Verbo, Hijo, Idea, Imagen del Padre. — La vida del Verbo, según san Juan.*

6. EL VERBO HECHO CARNE. — *La vida humana del Verbo. — Noción de la Encarnación. — La vida humana de Jesús en la Eucaristía.*

7. LA VIDA SENSITIVA DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA. — *¿Qué es la vida sensitiva? — Actividad espiritual del alma de Cristo en la Eucaristía. — Sin milagro no vive Jesús en la Eucaristía la vida de sentido y de emoción. — ¿Se realiza el milagro? — Razones de conveniencia en pro.*

8. LA VIDA DIVINA DE JESÚS-HOMBRE. — *Doble aspecto de la vida divina en Jesús. — Cristo, Hombre-Dios por la vida de unión substancial de las dos naturalezas en la unidad personal del Verbo. — La vida divina de Jesús-Hombre por la gracia santificante. — Pasaje de Isaías. — Sobrenaturalización total de Cristo por la gracia.*

9. LA VIDA CELESTIAL DE JESÚS. — *Cristo en el Sacramento "tal cual es". — El Rey de la gloria, Cristo. — Plenitud de gracia en Cristo, que importa plenitud de gloria. — El cántico del Apocalipsis al Cordero de Dios.*

Ego sum panis vivus. Yo soy el pan vivo.

(JOH. 6, 51.)

I. TRES ASPECTOS DE LA EUCARISTÍA. — *Ofrécenos la Eucaristía dos aspectos fundamentales: el de Sacramento y el de Sacrificio. Y aún en el concepto de sacramento podemos considerar una doble idea y un doble hecho; la idea y el hecho de la Reserva del Sacramento, para los fines del culto público y privado y como repuesto sagrado del divino Pan para quienes de él necesiten fuera del sacrificio; y la idea*

y el hecho de la *Comunión* o manducación del Sacramento.

Todos los demás sacramentos consisten en una simple acción, puesta la cual cesa el sacramento en su entidad, aunque no en sus efectos. Sólo la Eucaristía permanece en su ser sacramental pasada la acción que la produce. Esta acción es el sacrificio.

Concretando en forma sensible estos tres aspectos de la Eucaristía, podríamos decir que ella, como sagrada reserva, es Pan vivo en el SAGRARIO; como sacrificio, es función vital en el ALTAR; y como manducación sacrificial, es Pan vivificador en la MESA EUCARÍSTICA. Desarrollaremos el primer aspecto en el presente capítulo, dejando el de sacrificio y comunión para cada uno de los dos siguientes.

2. RELIGIÓN Y VIDA DIVINA. — La religión, objetivamente considerada, es una vida. Dios ha puesto los resortes de esta vida en lo más mínimo del ser humano, y ha querido que la actuaran, bajo todo cielo, con la fuerza incoercible con que se manifiesta todo lo que es connatural al hombre. Como vivimos, así somos religiosos. “La irreligión, dice Lacordaire, se presenta en la historia siempre bajo una forma accidental, unas veces proscrita, otras tolerada, rara vez poderosa, y nunca llegando a fijarse como la expresión pública y social de una nación” (1).

Sólo que esta vida es monstruosa cuando se desarrolla fuera del ambiente sobrenatural y legítimo en que Dios quiso se moviera y expansionara. Templos y altares donde se ha consumado todo crimen; libros llamados divinos, en que se ha albergado toda mentira; ritos y sacramentos en que se ha concretado toda locura; dioses miserables en que ha hallado refugio toda pasión: aquí ha llevado a los hombres la aberración de la vida religiosa.

(1) LACORDAIRE: *Conferencias*, 53.

Jesucristo, vida esencial como Dios, vida llena de la vida de Dios como hombre, fundó la verdadera religión, es decir, instituyó una sociedad humana, la Iglesia, de la cual Él mismo es Cabeza. *Caput supra omnem Ecclesiam* (1), y de la que formaran parte “todos los que quisiesen ser hechos hijos de Dios”, “partícipes de la misma naturaleza divina”, constituyendo “sociedad con el mismo Dios” (2); dilatándose así sobre la tierra, por una participación creada de la misma vida divina que nos viene por Cristo, la vida infinita y perfectísima que se despliega en el mismo seno de Dios: “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (3).

Pero fijémonos en un hecho universal que concretaba san Agustín en esta fórmula: “Cuando los hombres quieren agruparse para vivir una religión, no pueden hacerlo sino alrededor de ciertos signos visibles o sacramentos: *Sacramentorum visibili consortio* (4). La razón, que señalábamos en el capítulo anterior, es obvia; el hombre es espíritu y materia: la vida religiosa radica en el espíritu; pero éste no se eleva normalmente a su propia región sin el empuje inicial de la actividad de su cuerpo: este es, hasta cierto punto, el intermediario del espíritu en sus relaciones con Dios. “En los sacramentos, dice santo Tomás, pueden considerarse dos cosas: el culto divino y la santificación del hombre: el primero dice relación del hombre que va a Dios; el segundo, de Dios que baja al hombre” (5).

Y he aquí porque Jesucristo, el “Autor de la verdadera vida religiosa” (6), conservando en su Iglesia la ley univer-

(1) EPH. I, 22.

(2) I IOH. I, 3.

(3) COL. 3, 3.

(4) S. AUG. *Contra Faust.*, c. 2, in fine.

(5) *Summ. Theol.* 3, 60, a. 4.

(6) ACT. 3, 15.

sal del sacramento, purificándola de las afrentas que le había inferido la depravación del sentido religioso en la humanidad, abrogando los sacramentos legales de la religión mosaica, quiso vincular la vida cristiana en signos sensibles que Él mismo instituyera, en los que se vaciara al agua purísima e inagotable de la vida de Dios, lograda para los hombres con su muerte, para que, a través de ellos, participara nuestro espíritu del ritmo de la vida divina, de cuyo infinito piélago la derivan.

Pero, lo que no pudo soñar ningún fundador de religión, es que un signo sacramental contuviese la vida infinita de Dios mismo, bajo el triple aspecto de sacramento, de sacrificio y de manducación sacrificial; de objeto del culto, de función primordial del culto y de manducación de la víctima sacrificada.

La religión mosaica fué la más perfecta, antes de la cristiana: era su preparación y su símbolo, invención de Dios mismo para preparar el advenimiento de la verdadera vida religiosa. Con todo, en aquella religión, en que se adoraba al Dios vivo, no se dignó Dios permanecer vivo, personalmente, entre sus adoradores. Sus sacrificios eran ofrendas miserables de vidas de animales. La manducación sacrificial no era más que un recuerdo histórico, símbolo de la liberación de un pueblo y de su constitución civil y religiosa, y a la vez prefiguración de nuestra manducación eucarística. Dios no *vivía* con su pueblo; ni el pueblo vivía de Dios más que en el sentido espiritual de la incorporación por la fe al futuro *Emanuel*, Dios con los hombres, que al llegar la plenitud de los tiempos debía comunicarles su propia vida.

No es así en el pueblo cristiano. Nuestro Dios está vivo en nuestros tabernáculos para recibir nuestras adoraciones: vive y muere en nuestros altares para aniquilar cada día

la muerte, y desatar sobre el mundo los torrentes de la vida divina: y deja que le comamos vivo, tal como vive en el tabernáculo y en el altar, para hartarnos de su propia vida. De esta suerte la vida divina lo llena todo en nuestra vida religiosa porque el mismo Dios se nos da vivo en sus actos culminantes, adoración, sacrificio y comunión, verdadero soporte de la vida cristiana.

Desarrollemos el concepto de la vida divina en el Sacramento.

3. LA PRESENCIA REAL. — La Eucaristía es el *Pan vivo que bajó del cielo*, porque en ella “está verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre”, dice el Concilio de Trento. Lo que equivale a estas tres afirmaciones.

a) Jesucristo está en la Eucaristía *verdaderamente*; es decir, no como en un signo, símbolo o figura, representativos del Hijo de Dios humanado, como pudieron representarlo en la ley antigua la serpiente de bronce o el cordero pascual; sino según su misma verdad. El pan y el vino no son meros signos representativos de la Carne y de la Sangre de Jesús: es la Eucaristía la misma Carne y Sangre del Hijo santísimo de María, del que vivió y trató con los hombres, de quien por ellos murió y vive y reina inmortal en los cielos.

b) Está Jesús en la Eucaristía *realmente*, no por una proyección, digámoslo así, de nuestra fe y de nuestra piedad, sino con absoluta independencia de nuestro pensar y de nuestro querer. La presencia de Jesucristo en la Eucaristía es objetiva, y producida exclusivamente por las palabras sacerdotales de la consagración. Es una indignidad y un crimen, dice enérgicamente el Tridentino, *indignissimum sane flagitium*, no admitir la presencia real, ex-

trínseca, de Jesús en el Sacramento. Decir, por ejemplo, con Calvino, que la fe es la que determina la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; o, con Le Roy, que la presencia real no tiene más valor que el de su pragmatismo, esto es: Tal es en sí la realidad del dogma de la presencia real, que debemos guardar ante la Hostia consagrada la misma *actitud* que guardaríamos ante Jesús que se hiciese visible.

c) La presencia de Jesús en la Eucaristía, además de verdadera y real, es *substancial*. No está allí solamente por su fuerza o acción, como en los demás sacramentos; o por los efectos que produce en nosotros por la fe que en él tenemos, como quiso Calvino; sino según su substancia, es decir, según su Persona adorable y según su doble naturaleza, divina y humana.

Estas tres afirmaciones se reducen a la confesión única de nuestra fe por la que profesamos la verdad, tan consoladora como incomprensible, de que en el Sacramento de nuestros altares está Jesús vivo, el "Hijo de Dios vivo". Como san Pedro respondía a los requerimientos de Cristo, que le pedía su confesión sobre la realidad de su persona, así podemos nosotros decir, ante la Hostia divina: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (1).

No demostraremos prolijamente la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Somos hijos de la fe católica: por ello humillamos nuestra frente y doblamos nuestras rodillas ante el Sacramento del altar. Este dogma es una verdad fundamental de nuestra vida religiosa. Es tan clara su exposición en las páginas del Evangelio, y la historia de su institución es tan completa, que no puede negarse el dogma fundamental eucarístico sin negar a Cristo toda fe y a los Evangelios toda autoridad.

(1) MT. 16, 16.

Jesús *promete* la realidad de su presencia, vivo tal cual es, en el discurso de Cafarnaum, que comentábamos en el capítulo anterior. Hay en él una gradación admirable de pensamiento y de expresión que revelan el designio de Cristo de descubrir a sus discípulos la verdad estupenda de quedarse en carne viva y en sangre viva para alimento sobrenatural de los espíritus. Toma pie el divino Pedagogo del pan material que ha multiplicado milagrosamente (1), para adoctrinarles sobre la necesidad del pan espiritual de la fe (2), y llegar así a la afirmación culminante de que dará al mundo un “pan vivo, que es su carne”; siendo necesario para la vida eterna “comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre”.

Esta parte del discurso de Jesús no tolera una interpretación metafórica. Ante el escándalo de los judíos y la deserción de sus discípulos, Jesús hubiese aclarado la metáfora, dulcificando el texto de su discurso. No quiso hacerlo, como lo hizo siempre que sus locuciones obscuras o figuradas pudieron dar a sus oyentes ocasión de errar (3); por el contrario, quiso dejarles con la impresión de que se trataba de una verdadera sarcofagia, o manducación de carne humana, antes que retroceder un ápice en la promesa de una realidad cuya misteriosa verificación histórica no estaba su auditorio en condiciones de comprender, y que no hace más que insinuar el divino Maestro (4).

Transcurrido un año, la noche del primer Jueves Santo, Jesús *realiza* la promesa misteriosa. “Tomad y comed, que este es mi Cuerpo”, les dijo a sus Apóstoles, después de

(1) IOH. 6, 11, 26.

(2) *Ibid.* v. 11, 51.

(3) Cfr. IOH. 3, 3-5; MT. 13-36, 16, 6; IOH. 11, 11-14.

(4) IOH. 6, 64.

bendecir el pan. Y tomando una copa con vino, dió gracias, y dijo: "Bebed de ella todos, porque ésta es mi Sangre, la Sangre del Testamento Nuevo, que será derramada por muchos en remisión de los pecados" (1).

La claridad meridiana de estas fórmulas; la solemnidad del momento, en que Jesús ordenaba sus disposiciones testamentarias; la suma importancia de los documentos que el Redentor daba a sus discípulos en orden a la vida de su Iglesia; la misma concordancia con las palabras de la promesa: "El pan que yo os daré es mi carne": "Tomad y comed, este es mi Cuerpo": "Si no bebiereis mi Sangre": "Bebed del cáliz todos: es el cáliz de mi sangre"; la convicción de los discípulos, que creen con fe sencilla las palabras de Jesús y reciben con suma reverencia la primera Comunión: todo excluye una interpretación metafórica de las palabras de la consagración.

La tradición cristiana las recibió siempre como representativas de una verdad idéntica, a saber: la existencia real de Jesús en el pan y vino consagrados. Como a un viandante no se le debe pedir que deje el camino real, dice Bossuet, tampoco se nos puede exigir a nosotros que dejemos el sentido propio y literal de las palabras de la institución de la Eucaristía (2). Cuando se ha dejado este camino no ha sido posible encontrar dos interpretaciones concordes: cerca de cuatrocientas contaba Belarmino entre los exégetas protestantes. El mismo Lutero escribía: Sudé no pocas veces y sufrí graves congojas para la interpretación de estos textos, pero he debido rendirme: no hay manera de soslayar la verdad: el texto del Evangelio es demasiado claro" (3). Y

(1) Mt. 26, 26; Mc. 14, 22, sig.; Lc. 22, 17, sig.

(2) BOSSUET: *Exposición de la doctrina de la Iglesia Católica*, 10.

(3) LUTH. *Epist. ad Argent.*

Melachton decía: "Estas palabras: *Esto es mi Cuerpo*, brillan como un rayo: ¿qué puede oponerles el espíritu aterrado?" (1).

Tenemos, pues, en la Eucaristía a Jesús vivo. A estos testimonios bíblicos hay que añadir multitud de prácticas, observadas en la Iglesia desde remotísimos tiempos, y que son como la concreción viva, en la historia del arte y del culto cristiano, de la convicción íntima, fundada en aquellas palabras, de la realidad de la presencia de Jesús en la Eucaristía.

No hay liturgia católica alguna, a través de todos los siglos, que no reconozcan el dogma y que no rinda culto de adoración a la Eucaristía en cuanto ella encierra la divinidad y la humanidad santísima de Jesús.

El pan y el vino consagrados se guardan siempre con veneración profunda, y se cuida con nimiedad de que no se pierda una partícula o una gota de las especies sacramentales. No se recibe el Cuerpo del Señor sin discutir antes de la conciencia y sin purificar el cuerpo por el ayuno.

A pesar de las reservas impuestas por la llamada "disciplina del arcano", que no consentía la revelación de los misterios de la fe cristiana a los paganos, los testimonios patristicos de la verdad de la presencia real son numerosos, claros, y llegan a formar una literatura imponente a partir del siglo IV. "Puesto que el mismo Señor lo afirma, y dice de este pan: *Esto es mi Cuerpo*, ¿quién se atreverá a dudar de ello? Y ya que Él mismo nos lo asegura, y dice: *Esta es mi Sangre*, ¿quién podrá fluctuar y decir que no es su sangre?" (2) "Tiene robusta voz la Sangre de Cristo sobre la tierra, escribía san Agustín, cuando, después que la beben,

(1) MELANCH. *De verit. corp. et sanguinis*.

(2) S. CIRIL. JEROSOLIM. *Mystag. Catech.*, 4.

todo el mundo dice: *Amen: Así es.* Es la clara voz de la Sangre, que la misma Sangre arranca de la boca de los redimidos por la propia Sangre." (1)

No sólo es un dogma la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: es un hecho vivo en la historia de la Iglesia, desde los ágapes de los tiempos apostólicos hasta los grandes Congresos Eucarísticos del siglo xx. La Eucaristía, en cuanto encierra a Cristo vivo, en cuanto es fuente de vida divina, ha sido en todos los tiempos el centro del culto católico, el corazón de la vida religiosa, el punto de convergencia de Dios y de los hombres, el divino motor de la vida cristiana, el objeto de la fe en su acto más difícil, pero más universal. Si Jesús no estuviese en la Eucaristía real y substancialmente, no como un recuerdo o símbolo, nuestro culto sería ficción ridícula, la historia del Catolicismo un enigma, nuestra teología una fábula y nuestro arte un delirio de la fantasía. Y si la conciencia universal de los católicos se engañara en punto tan vital de su religión, cuando Dios hubiese consentido que oyendo la clara voz de sus enseñanzas erráramos, podríamos decirle sin rebozo, en frase de Ricardo de San Víctor: "Señor, si hay error en nuestra fe, es que Tú nos engañaste." (2)

Por lo demás, a estas razones de autoridad y de hecho, podríamos añadir no pocas de estas razones de conveniencia que constituyen como el peso humano de la teología católica y revelan la maravillosa armonía que hay entre el hecho del sobrenaturalismo cristiano y el humano pensamiento. Razones que no convencen a las inteligencias protervas, como dice Dionisio Cartusiano, pero que son al oído suaví-

(1) S. AUG. *Contr. Faust.*, 1, 12, c. 10.

(2) RICH. A S. VICT. *De Trin.*, 1, 2.

simas, *dulciter sonant*, y demuestran lo razonable de nuestra fe.

De ellas insinúa tres el Angélico. La presencia real de Jesús en la Eucaristía la reclamaban la perfección de la ley nueva, la gran caridad de Cristo y la perfección de la fe, dice el gran teólogo. Si Jesucristo no hubiese estado en la Eucaristía más que en símbolo o figura ¿en qué hubiese diferido nuestro sacrificio cristiano de los de la Ley antigua? ¿No eran éstos asimismo figurativos del sacrificio futuro? ¿Cómo nuestro gran sacrificio hubiese podido llamarse “completivo” de los incompletos sacrificios viejos, y realidad de las sombras de la ley mosaica? Más que un poco de pan y vino, revela la presencia de Dios y su providencia y su amor el maná que todas las mañanas caía del cielo para saciar, con todo sabor, al pueblo de Israel.

Exigía, hasta cierto punto, la real presencia la perfección del amor de Cristo. Es nuestro gran Amigo, porque tomó nuestra misma carne y se hizo nuestro Hermano: y es propio de la amistad convivir con los amigos. Sólo Dios podía realizarlo, y la grandeza de su amor le llevó al estupendo prodigio.

Lo reclamaba también la perfección de nuestra fe. La fe, continúa el Angélico, es de las cosas invisibles: Cristo es Dios y hombre: como adoramos su invisible divinidad, así era conveniente que pudiésemos adorar su carne visible por manera invisible en el adorable Sacramento (1).

Por la presencia personal y permanente del Hijo de Dios entre los hombres se levanta y robustece el espíritu religioso de sus hijos: se patentiza la paternal providencia y el amorosísimo poder de nuestro Dios; se fomenta la es-

(1) *Summ. Theol.* 3, 76, a. 1.

peranza en medio de las tormentas de la vida; tiene el hombre un punto de referencia adonde orientar todos sus actos en su camino a Dios, el mismo Dios que es fin de nuestra vida y compañía deliciosa de nuestra ruta.

La real presencia es la que estimula no sólo las virtudes cristianas, sino toda actividad humana, dándole tal dirección, altura y fuerza, que en vano se buscaría en todo lo que no fuese nuestro Dios, vivo y permanente en medio de los hombres. Las maravillas del arte cristiano brotaron del pensamiento del Dios vivo en el Sacramento. La filosofía ensanchó sus dominios al investigar la razón sobre el admirable hecho y sobre la fe indestructible de la presencia real. En el mismo orden social, no hay compensador de las humanas diferencias, pacificador de las inevitables luchas, claridad para el pensamiento popular, divino fermento del sentido religioso, aun en su forma más rudimentaria, como la convicción de que el mismo Dios vive y mora en nuestros altares y en nuestros tabernáculos.

Ante la realidad, dulce y tremenda, de Jesús en la Eucaristía, decía el Crisóstomo: "Este Cuerpo no fué vencido al ser azotado y clavado. Cuando el sol le vió crucificado, desvió sus rayos: por él rasgóse el velo del templo, y las peñas y la tierra retemblaron. De este Cuerpo ensangrentado y traspasado por la lanza, manaron fuentes saludables de agua y sangre para salud del mundo... Es el mismo Cuerpo que en un pesebre adoraron los Magos con temor y temblor... El bocado de este Cuerpo es fuerza de nuestra alma, nervio del espíritu vínculo de confianza fundamento, esperanza, salvación, luz y vida nuestra..." (1)

(1) S. JOAN. CHRYSOST. *Homil.* 24.

4. LA TRANSUBSTANCIACIÓN. — “Es un dogma para los cristianos el hecho de que en la Eucaristía el pan pasa a ser carne y el vino sangre”, dice la Secuencia de la Misa del Corpus:

*Dogma datur christianis,
Quod in carnem transit panis
Et vinum in sanguinem.*

Este cambio, mutación, o conversión de substancia se llama, en el lenguaje de la teología católica, *transubstanciación*. Vamos a dar aquí somerísimas nociones, que otra cosa no admite la índole de este libro, sobre este acto, profundamente misterioso, que se realiza al pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración, y que es determinante de la presencia real de Jesús en el Sacramento.

No se preocuparon los Apóstoles, ni los antiguos cristianos, del “modo” de ponerse el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en la Eucaristía. A su fe sencilla le bastaba el “hecho”. Y el hecho lo revelaban categórico, diáfano, las palabras del Señor: “Éste es mi Cuerpo”: “Ésta es mi Sangre”. Pero ¿quién le pone trabas al humano pensamiento cuando se trata de escudriñar las profundas cosas de Dios? Y ¿por qué no hacerlo si esto sirve para afirmar nuestra fe, para defenderla de los ataques enemigos, para enamorarnos de la bondad y sabiduría de nuestro Dios?

Es dogma de fe que en la consagración se opera un cambio profundo, substancial, en la materia que el sacerdote, con reverencia inclinado, sostiene en sus manos. Sin entrar en disquisiciones sutiles, propias de entendimientos avezados a la especulación metafísica, el pueblo tiene derecho, cuando tiene cierto conocimiento de las cosas divinas

y puede comprender estas verdades, a que se le explique el modo cómo se verifica la estupenda conversión (1).

En todo ser corpóreo, tal como el pan y el vino, hay dos realidades distintas: una invisible, la *substancia*, que se resiste a la división y al análisis, que escapa a la acción de todo reactivo; y otra que cae bajo la acción de los sentidos, del tacto, del olfato, del gusto, de los ojos: son los *accidentes*, color, sabor, cantidad, peso, etc.

Tienen el pan y el vino su substancia propia y sus accidentes específicos, como el cuerpo humano; y, por lo mismo, el Santísimo Cuerpo de Cristo tiene asimismo su substancia y sus accidentes característicos. La transubstanciación es esta maravillosa conversión o cambio de toda y sola la substancia del pan en toda y sola la substancia del Cuerpo de Cristo, y de toda y sola la substancia del vino en toda y sola la substancia de la Sangre purísima del Redentor. Pronunciadas las palabras de la consagración, quedan del pan todos y solos los accidentes, como los del vino. Por ello la presencia real no aparece: el Cuerpo y la Sangre de Jesús son invisibles, como lo fueron sus respectivas substancias mientras vivió y trató con los hombres. En cambio, persisten las cualidades del pan, color, sabor, gusto, peso y cantidad, porque la acción sacramental no las altera. Resta añadir que, por concomitancia, es decir, por la inseparabilidad entre la substancia y todo lo demás que corresponde a la integridad de Cristo, se pone en el Sacramento, en virtud de la transubstanciación, todo Cristo, cuerpo, alma y divinidad; el cuerpo con sus mismos accidentes, extensión, figura, etc., pero todo "a manera de substancia", como se dirá en su lugar.

(1) CAT. ROM. q. 35.

Tal es, en síntesis simplicísima, la noción de esta conversión maravillosa, singular, sobrenatural que llamamos transubstanciación.

En ella hay una verdadera conversión o cambio: el pan y el vino no se aniquilan; porque sus accidentes quedan, y la substancia pasa a otro estado, a saber, substancia de cuerpo y de sangre.

Conversión *maravillosa*, no halla ejemplar en ninguna otra conversión, y sí sólo analogías que nos permiten barruntar algo del prodigio eucarístico. Es instantánea, hasta el punto de no necesitarse preparación progresiva de las substancias del pan y del vino para que, sin espacio de tiempo computable, pasen a ser el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Conversión *sobrenatural*, se debe toda al poder directo de Dios que da eficacia a la palabra sacerdotal para que se verifique.

Y dentro de las conversiones sobrenaturales, es *singular* y *única*: Jesús, en las bodas de Caná, los santos en algunas circunstancias, han convertido una substancia corpórea en otra, pero con mutación de los accidentes, lo que no importa un nuevo "estado" de la cosa que ha venido a substituir a la primera. Mientras que en esta admirable conversión el Cuerpo y la Sangre de Cristo son "naturalmente" el mismo en la realidad viva del cielo y en la de la Eucaristía; pero difieren, en cuanto el estado *sacramental* del Cuerpo y Sangre del Señor es un estado especial distinto del modo de ser *natural* o *histórico* de Jesús. Cada uno de nosotros resucitará con su propio cuerpo; será el mismo que tenemos en cuanto a sus constitutivos naturales, pero tendrá una modalidad diversa correspondiente al nuevo estado. Análogamente puede decirse del Cuerpo del Señor en su estado sacramental.

Cuanto a las razones o pruebas de la transubstanciación, arranca la primera de todas de la misma fuerza eficaz y ejecutiva de las palabras de la consagración. Los sacramentos, dice el Angélico, hacen lo que significan: las palabras que significan la presencia real deben hacerla; y la presencia real exige necesariamente la transubstanciación. Si el pan no dejara de ser pan, no habría en la Hostia el Cuerpo de Cristo, y las palabras de Jesús: "Esto es mi Cuerpo", lo que equivale a esta locución: "Lo contenido bajo estas especies es mi Cuerpo", no tendría explicación posible.

Otra razón es la que da santo Tomás. La transubstanciación, dice, es la única manera posible de producir la presencia real. ¿Se produciría acaso por movimiento local del Cuerpo de Cristo que bajara del cielo para ocupar el lugar del pan? Pero Cristo no se mueve de la diestra del Padre; ni hay por qué admitir un hecho innecesario como lo fuera la creación de un nuevo modo de ser local del divino Cuerpo. ¿Acaso sería una producción nueva del Cuerpo de Jesús la que determinara su presencia en el Sacramento? Entonces no podría salvarse la identidad del Cuerpo que nació de María, con la multiplicidad de estos otros cuerpos que se producirían de nuevo en virtud de las palabras sacramentales. No es, pues, el Cuerpo que baja del cielo o que se produce sobre el altar: es la conversión de las sustancias la que opera la maravilla de que Jesús vivo esté dondequiera se reproduzca el Sacramento.

No queremos ahondar ¡Señor! en las maravillas que obra vuestra mano, para comprender lo incomprensible. Nos basta a nosotros, hijos de la fe, la palabra de la fe; y ésta nos dice que las palabras de la consagración producen la transubstanciación; y que por esta acción divina todo Vos, substancialmente el mismo, realmente el mismo que estáis

en los cielos, vivo, glorioso, inmortal e impasible, estáis en el adorable Sacramento.

¡Todo Vos, Señor! Y ¡todo Vos vivo! Porque vuestro Cuerpo se pone en el Sacramento tal como es, y asimismo vuestra Sangre. Si nuestros ojos no ven la dulzura de los vuestros, y el latir de vuestro Corazón y la Sangre generosa y divina que circula por vuestro Cuerpo, la fe nos dice que está todo allí substancialmente, de un modo que sólo vuestro amor pudo inventar. El pan se ha hecho vuestra Carne, os diré con el cantor del Sacramento, y el vino vuestra Sangre. Si me falla el sentido al querer descubrir el misterio de vuestra vida escondida en el Sacramento, mi fe no vacila; y mi corazón, exultante de gozo, me dice que no pronunciasteis sin eficacia, ni las pronuncian vuestros ministros, las palabras que son pasmo del cielo y alegría de la tierra: “Esto es mi Cuerpo”: “Éste es el cáliz de mi Sangre...”

5. LA VIDA DEL VERBO EN LA EUCARISTÍA. — La consagración del pan y del vino obra la transubstanciación; y por ésta, la substancia del pan y del vino, toda y sola, se convierte en la substancia, toda y sola, del Cuerpo y Sangre del Redentor. Una substancia inerte se ha mudado instantáneamente en el Cuerpo y Sangre humanos de Jesús; y como estos elementos substanciales son en Jesús vivos, vivos se hallan en la Eucaristía; y como quiera que se hallan inseparablemente unidos al alma y a la divinidad, también en el Sacramento está el alma santísima de Cristo y la Persona del Verbo que sustenta cuerpo y alma. Analicemos cada uno de estos elementos, adentrándonos en los abismos de vida, divina y humana, que en la Eucaristía se encierran.

Si la Eucaristía es el pan vivo: *Ego sum panis vivus*,

¿cuál es la vida que hay en ella? Es la misma vida divina, en su purísima esencia y en su expansión infinita. Hay en la Eucaristía la misma vida de Dios, porque en ella está el Verbo, que es vida substancial, porque el "Verbo es Dios"; y en el que viven, como en germen primordial y fecundísimo, todos los seres: "Todo lo que ha sido hecho, es vida en el Verbo." (1)

La Eucaristía es como una prolongación y extensión de la Encarnación y de la vida real de Jesús. El Verbo de Dios humanado es el mismo que vivió en la tierra, que reina hoy en el cielo y se perpetúa en la tierra en el estado sacramental eucarístico, que sólo difiere accidentalmente de sus otros estados. Hay, pues, en el Sacramento la Persona del Hijo de Dios, segunda de la Trinidad beatísima. Si Jesús se dignara dejarnos oír su voz humana a través de los velos de la Eucaristía, nos diría las inefables palabras con que reveló a los hombres su divinidad: "El Padre y Yo somos una misma cosa": "Del Padre salí y al Padre voy": "Antes de que Abraham fuera, Yo soy": "Glorifícame, Padre, con la gloria que ante Ti tuve antes de que el mundo fuera." (2) A nuestras preguntas sobre la realidad de su Persona, nos diría, con san Pedro: "Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo". Y si con el Sumo Sacerdote le preguntáramos, como en la noche de la Pasión, si es el Cristo, Hijo del Dios bendito, nos respondería enfáticamente: "Yo lo soy." (3).

Y la Persona divina de Jesús, el Verbo, es viva con la misma vida del Padre, porque es el pensamiento substancial del Padre.

(1) JOH. I, 3-4.

(2) *Ibid.* 10, 30; 13, 3; 8, 58; 17, 5.

(3) MC. 14, 62.

Todo ser vivo tiende a reproducir su propia vida, a expansionarse en otro ser vivo, el hijo, con quien le une la semejanza de naturaleza. Y Dios, Vida de las vidas, en cuanto es Padre engendra un *Hijo*, Espíritu infinito como Él: es el Verbo, persona única en Jesús, que goza de la misma vida infinita que Dios Padre.

Todo ser inteligente tiende a producir una idea, expresión de su conocimiento; y la Inteligencia infinita produce también su *Idea*. Sólo que nuestro pensar es intermitente y no produce más que una idea accidental, adecuación imperfecta de lo que pensamos: y Dios, acto puro e infinito, produce una Idea, una Palabra, *Verbum*, que es infinita y personal como el Padre, y que vive con la misma vida del Padre; porque, en Dios, vivir es entender. Es la Persona adorable de Jesús, y ella está en la Eucaristía.

Como Hijo de Dios e Idea substancial de Dios, el Verbo es la *Imagen*, también substancial y personal, del Padre: "Imagen de Dios": "Figura de la substancia de Dios." (1) Y esta Imagen brillantísima, "más refulgente que el sol", verdadera *Cara de Dios*, como dicen los teólogos, debe ser viva como el mismo Dios. "Si el hombre es imagen de Dios porque goza de vida racional, ¿qué diremos de esta perfectísima *Vida* que el Padre comunica a su Imagen? Porque un Dios vivo engendra un Dios vivo: y el Hijo dice de Sí: "Yo soy la vida." (2).

Hijo, Idea, Imagen del Padre, el Verbo es asimismo el *Ejemplar* de todas las cosas, en el que todas las cosas viven, como en la mente del artífice tiene vida toda su obra. Nada ha sido hecho fuera del Verbo, que podríamos llamar la divina Matriz de toda la creación, el eterno Concepto

(1) I COL. I, 15; HEBR. I, 3.

(2) JANSSENS: De Deo Trino, p. 529.

de todas las cosas. Subamos a los cielos y bajemos a los abismos; en todas partes hallaremos a Dios, porque en todas está Dios y en todas vive Dios: y esta vida, principio y sostén de toda vida y de todo ser, anterior y posterior a toda vida, que vive donde no hay otra vida, está en el Verbo de Dios. Y toda está en el Sacramento de nuestros altares, porque en él está Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre. Esta fe es la de todas las generaciones cristianas, que se han postrado ante el gran Sacramento del Dios vivo, y han repetido la confesión de Juan el Evangelista "Este es el verdadero Dios y la vida eterna." (1)

¡Cómo la cantaba esta vida del Verbo el discípulo amado, que había sido testigo del diálogo transcendental de Jesús y Nicodemo, que había oído y descrito maravillosamente el *Sermón de la Vida*, en Cafarnaum, que había pasmado al mundo con la descripción del Verbo, Luz de los hombres, porque era la vida de Dios: "*Et vita erat lux hominum...*!" (2) ¡Cómo la cantaba cuando ya no podía ver a Jesús, luz de sus ojos, y le recordaba, el joven de la Cena, en las añoranzas de la vejez, y decía alborozado, con la esperanza de verle pronto en el cielo: "Lo que desde un principio fué, lo que oímos y vimos con nuestros ojos, lo que nuestras manos palparon del Verbo de la Vida, y la Vida se manifestó, y la vimos, y damos testimonio de ella, y os anunciamos aquella vida eterna que era en el seno del Padre y que se nos apareció!" (3)

Del seno del Padre salisteis, vivo como el mismo Padre, ¡oh Jesús! Salisteis, de toda la eternidad, como sale el rayo del foco luminoso, como nace el hijo del padre como el

(1) I IOH. 5, 20.

(2) IOH. I, 4.

(3) I IOH. I, 1-2.

pensamiento brota de la inteligencia, como se produce la imagen ante un espejo. Pero al salir del seno de Dios salió con Vos todo el Ser y toda la Vida de Dios, porque sois el mismo Dios, Luz esencial de la Luz esencial; luz viva, porque sois luz de pensamiento, eternamente vivo y substancial. Por ello toda la vida de Dios está en Vos, Hijo, Verbo e imagen de Dios. Como Dios, sois la "Vida de las vidas", Jesús; piélago insondable donde se mueve y se agita, sin salir de sí misma, la vida infinita de Dios. Una sola vibración de vuestra vida, una palabra vuestra, Verbo vivo de Dios, llenó los senos de la creación sin dejar de ser vida en Vos. Y todo el poder y fecundidad y hermosura de esta infinita vida, la encerrasteis en esta pequeña Hostia, porque en ella encerrasteis vuestro purísimo Cuerpo, y vuestro Cuerpo no puede estar sin Vos. Nuestra vida menguada quedaría aniquilada ante Vos, Hijo de Dios vivo, si llegara a ver el misterio tremendo de vida que formasteis al formar el Santísimo Sacramento en que moráis.

6. EL VERBO HECHO CARNE. — ¿Cuál es, además de la vida del Verbo, la vida que hay en la Eucaristía? Es la vida humana que vivió el Verbo cuando "se hizo carne y habitó entre nosotros". Es la misma vida que, como dice san Basilio, "no nace al mandato del Padre, sino que brota, en poder y plenitud, del seno de Dios: Dios de Dios, Luz de Luz, Vida de la vida; pero que, para comunicarnos la vida de Dios, acopló una vida humana a su Persona divina" (1).

El misterio adorable de la Encarnación es el verdadero eje de toda economía de la vida sobrenatural en el mundo. La vida divina se ha participado a los hombres porque an-

(1) S. BASIL. *Oratio de Fide*, Homil. 25.

tes ha querido Dios participar de la vida humana. La Encarnación no es la conversión del Verbo en carne o en hombre, que ésta es la significación de "carne" en *Et Verbum caro factum est*: ni es la absorción de una vida humana, de una naturaleza humana, en el Ser de Dios: sino que es "hacerse Dios hombre". Es tomar la Persona del Verbo una naturaleza humana concreta, es decir, un cuerpo y un alma humanos, unidos ya por las mutuas relaciones vitales correspondientes a la humanidad, quedando así constituido un ser divino-humano, Dios perfecto y Hombre perfecto, con todas las facultades que corresponden a la integridad del ser humano, sin abdicar ninguna de las prerrogativas de la perfección infinita de Dios.

Este Dios-Hombre es Jesucristo, Hijo del Padre según su generación eterna, e Hijo de María según su generación temporal. Así la vida de Jesús es doble, considerándola en los mismos constitutivos de su Sacratísima Persona: hay en Él la vida de Dios, Vida de las vidas, y la vida de un hombre, con alma y cuerpo, inteligencia y voluntad, sentidos y pasiones, con todas las profundidades de la humana vida en el orden anatómico, fisiológico y psicológico, y con las externas manifestaciones históricas de la "vida" de un hombre.

En la Eucaristía está Jesús, Dios vivo, pero hombre vivo al mismo tiempo. La Humanidad santísima de Cristo aquel hombre que "vivió y trató con los hombres"; el niño de Belén; el hijo del industrial: *Filius fabri*; el obrero de Nazaret, hijo de María; el gran Taumaturgo de la Palestina; el predicador de las sinagogas; el orador popular y divino, que levantaba en vilo a las muchedumbres y que habló "como jamás haya hablado hombre alguno": el gran

Profeta, vaticinado por Moisés, que predijo la ruina del templo, de Jerusalén, y los tormentos de su pasión dolorosa, y las persecuciones de sus discípulos, y la expansión universal de su religión y de su doctrina; el mismo Jesús, que corría, “haciendo el bien y curando a todos”, por los caminos de su ingrata patria, que hizo penitencia en el desierto, que en pobre barca cruzaba el riente mar de Genesaret; su cuerpo gallardo, “el más hermoso de los hijos de los hombres”, irrigado por la corriente de la sangre de su Corazón magnánimo; su alma santísima, que escogiera Dios la mejor entre las posibles, de inteligencia profunda y acérrima, de voluntad rectísima, de sentimientos dulces y exquisitos: aquí está todo. La vida terrestre de Jesús, “bien que terminada, hace siglos, en cuanto a su evolución temporal y su forma exterior, permanece radicalmente en la Eucaristía, porque conservará eternamente sus razones esenciales, sus orígenes íntimos, así como su belleza intrínseca, su virtud infinita y sus incomparables caracteres.” (1)

Y, ¡qué vida la vida humana de Jesús! En sí misma, es la obra clásica de Dios: “¡Señor, ésta es tu obra!”, exclamaba el profeta: *Domine, opus tuum*. Dios no pudo hacer un hombre más perfecto; porque, si no lo fuera, no se hubiese unido a él Dios para producir la maravilla de un Hombre-Dios. Jesucristo debía ser el *Hombre-tipo*, concreción histórica del ideal del hombre perfecto que hay en el Verbo de Dios. En su manifestación histórica, la vida de Jesús es la más noble, la más clara, la más pura y trascendental, la más fecunda y gloriosa que vieron los siglos. Hombre que habla “no de lo suyo, sino de lo que oyó en el

(1) MGR. GAY: *Fragments Eucharistiques*, p. 109.

seno del Padre" (1); que, salido del paupérrimo taller de Nazaret, se ofrece al mundo transfigurado por la luz inefable del Tabor; que prensado, como las uvas en el lagar, por las torturas de un martirio sin ejemplo en la historia, llama a la vida en el seno mismo de la muerte, y vive "para no morir ya más" (2); que acaba la delineación y la constitución fundamental de la sociedad más gloriosa, duradera, santa y universal que los hombres han visto, la divina Iglesia, y luego traspone un día, el de su Ascensión a los Cielos, los horizontes para Él mezquinos de la tierra, y obra la estupenda maravilla de subir al Padre para anegar su vida humana en la gloria que se conquistó, dejándola al propio tiempo escondida en unas apariencias de pan; para saciar así, dice un Santo Padre, con la plenitud de su vida, a los ángeles y a los hombres.

En nuestros altares, al adorar la Hostia divina, no sólo debiéramos ver con los ojos de la fe al Verbo de Dios que vive la misma vida de Dios, sino representarnos la figura humana de Jesús vivo, con aquel rostro "en el que desean saciar sus ojos los ángeles", "Cara del Cristo de Dios", *Facies Christi tui*, en la que se ve el resplandor del mismo Padre: "Felipe, decía Jesús, quien me ve a mí, ve también a mi Padre": con los bucles de su cabellera que le torman marco espléndido, y que caen sobre sus hombros "como púrpura de rey acanalada" (3): con aquellos divinos ojos, de que estaba prendado san Agustín y que le hacían exclamar: "Mírame, para que te ame": *Aspice me, ut diligam te*: con sus labios "ungidos por la gracia", llevando en sus manos "el cetro con que rige su reino", sentado en "el tro-

(1) IOH. 15, 15.

(2) ROM. 6, 9.

(3) I PETR. 1, 12; PS. 83, 10: IOH. 14, 9: CANT. 7, 5.

no que le preparó Dios por siglos de siglos, cubierto de riquísimo manto perfumado con mirra y áloes..." (1); envuelto en nubes de incienso, escuchando con amor nuestra plegaria, llenándonos, generoso, de sus dones.

7. LA VIDA SENSITIVA DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.— Sin dar amplitud al desarrollo de este concepto, y sólo para ofrecer dulce pábulo a la piedad eucarística, expongamos algunas ideas sobre la vida sensitiva de Jesús en el Sacramento.

Llamamos vida sensitiva a toda función del ser humano que no puede verificarse sin el concurso actual del organismo. Abraza, por lo mismo, no sólo la actividad de nuestros sentidos externos, sino de los internos, imaginación, memoria sentiva, facultades instintivas, etc. Como no vemos sin ojos, y sin oído no percibimos los sonidos, así tampoco podríamos imaginar ni recordar las cosas sensibles sin los órganos internos correspondientes a estas facultades. Lo mismo podemos decir de la actividad emocional. Es el cuerpo humano un arpa delicadísima, a la que arranca el alma armonías de vida maravillosas.

Jesús, en su vida terrestre, como en su actual vida gloriosa en el cielo, vió, oyó, habló, sintió las emociones propias de nuestra naturaleza. ¿Ejerce también, en su estado sacramental, estas funciones? ¿Ve con sus ojos, desde la Hostia Santa, las multitudes que le adoran, las profanidades que ante Él se producen? ¿Oye el murmullo de la plegaria de sus devotos, siente las dulces emociones del Padre que se ve amado de sus hijos?

Es verdad inconcusa que todo Cristo está en la Eucaristía. En virtud de la transubstanciación hay en el Sacra-

(1) Ps. 44, 3, 7, 9.

mento no sólo el **Cuerpo** y la Sangre del Señor, sino todo lo que objetivamente **está unido** al Cuerpo y a la Sangre del Señor. En la Hostia y en el Cáliz está Cristo entero: *Totus et integer Christus*, dice el Tridentino. Hay, pues, allí, ojos y oídos, manos y **corazón**, cerebro y nervios del Señor : todo lo que se requiere para la vida sensitiva.

Asimismo es verdad certísima que el alma de Jesús en la Eucaristía ejerce toda aquella actividad vital que es propia del alma sin el actual concurso del cuerpo. En el adorable Sacramento, el espíritu de Jesús posee todos los tesoros de su ciencia adquirida, infusa, beata: ama asimismo con ese amor racional, con esa caridad ardentísima que inclina a su alma al Padre, a su Madre bendita, a los hombres sus hermanos, al mundo entero.

Pero ¿ve y oye Jesús, y experimenta las emociones que son compatibles con su vida bienaventurada? Respondemos que no es esto posible sin un milagro. La razón es que los sentidos y facultades sensibles de Jesús están en la Eucaristía en el estado sacramental, de un modo distinto al que podríamos llamar natural histórico, es decir, sin extensión, a manera de substancia, conservando su facultad radical correspondiente, pero sin poder naturalmente ejercerla, porque no hay contacto de materia, ni comunicación de movimiento, donde no hay la extensión de la materia en su estado natural. ¿Cómo se formaría la imagen en la retina de Jesús sin su extensión? ¿Podría el sonido hacer vibrar el oído de Jesús, o saltar de gozo su Corazón, por la comunicación nerviosa de las percepciones sensibles?

¿Hace Dios el milagro? Secreto es éste escondido en los tesoros de la sabiduría de Dios. Mas, si tantos y tan portentosos milagros se realizan en el Sacramento, ¿por qué no podríamos admitir el hecho de que la bondad del

Señor, del divino Emanuel, que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, le lleva a usar con nosotros de esta suavísima condescendencia? ¿No parece se hallarían como mutiladas las facultades sensitivas de Jesús si, permaneciendo en el Sacramento según su facultad radical, no ejerciesen las funciones que les son propias? En vez de una inconveniencia, de un relajamiento en el ser y en la vida eucarística de Jesús, que han querido ver algunos teólogos en la hipótesis de la expansión vital de los órganos sensitivos del amabilísimo Redentor, ¿no aparece, por el contrario, una altísima conveniencia en que prolongue en cierto sentido su vida terrestre, comunicándose sensiblemente, una generación tras otra, con los hombres de todo tiempo el que quiso “ser visto en la tierra y conversar con los hombres?”

Y por lo que toca a nuestra personal piedad ¡qué consuelo el pensamiento de que Jesús nos ve, y nos oye, y se complace entre las multitudes recogidas de los templos, y siente los entusiasmos de las turbas clamorosas que en calles y plazas, como en otro tiempo en las ciudades de la Palestina, le bendicen y aclaman y le cantan regalados himnos! Y la idea de que el Corazón santísimo del Cristo de Dios siente para nosotros las dulces afecciones del corazón de Padre, de Hermano, de Amigo nuestro, ¿no es estímulo de nuestra piedad obsequiosa, consuelo de nuestros pesares, bendito reconfortante en nuestras pusilanimidades y desmayos?

“Mírame, Jesús, para que te ame”, podríamos decir así con el ardoroso Agustín. Óyeme, para que sientas los matices de mi voz, y con ellos sienta tu Corazón los estremecimientos del Padre que conoce la voz de la miseria de su hijo. Esparce tus miradas dulces, serenas, por los ámbitos de tus templos, para que obliguen a tus manos amorosas a

derramar sobre tus pueblos los tesoros de tus gracias. ¿Qué cosa más propia del Verbo de Dios humanado, del Redentor de nuestro linaje, que perpetuar su convivencia, hasta en el orden sensible, con los hombres cuya carne tomó, y adentrarse, por el sentido y la afección, en la vida de los redimidos?

8. LA VIDA DIVINA DE JESÚS-HOMBRE. — Hay aún otra vida en la Eucaristía, como la tuvo Jesús en su vida mortal: es la vida divina que vive la Humanidad de Cristo: es la *gracia* de Jesús. Jesús es el *Cristo*, es decir el *Ungido* de Dios. Dios le ungió con la plenitud de la gracia de su Espíritu: y la gracia del Espíritu de Dios es una participación de la vida de Dios. Plácenos considerar este aspecto de la vida de Jesús, aunque su gracia se haya ya expandido en la forma definitiva de la gloria, porque ello nos permitirá conocer un interesantísimo aspecto del ser de nuestro Redentor divino.

Hay en Cristo un doble aspecto de la vida divina. En Él la naturaleza humana está substancialmente unida a la Persona del Verbo, sin confusión ni mezcla, conservando en Él la naturaleza humana sus específicos caracteres: es decir, Jesús es hombre absolutamente igual a nosotros, excepto el pecado. Esta unión personal hace que alma y cuerpo de Jesús sean alma y cuerpo del Verbo de Dios: porque si mi alma es mía, porque pertenece a mi persona, el alma de Jesús es de la Persona del Verbo, única en Cristo. De aquí que la plenitud vital del Verbo se comunica, cuanto Dios puede comunicarse a una criatura, a todo el ser humano de Jesús, alma y cuerpo; porque el Verbo no tomó la carne sola o el alma sola, sino la carne vivificada ya por el alma.

Es así como de la persona histórica de Jesús se debe

decir que es un Dios-Hombre o un Hombre-Dios, con la plenitud del ser y de la vida de Dios, y con la plenitud del ser y de la vida de hombre, pero con la máxima transfusión de la vida divina en la vida humana; porque es la elevación máxima de la vida humana al nivel de Dios, hasta formar una unidad personal con Él. Es lo que llaman los teólogos *gracia de unión*, es decir vida de unión con Dios, en virtud de la cual, de tal suerte Jesús-Hombre vive la vida de Dios, que debe llamarse con toda propiedad Hijo natural de Dios, por serlo el Verbo, única Persona que hay en Jesús. Esta gracia de unión es la que hace divino el fondo mismo del ser y de la vida de Cristo, la que hace de Jesús un "sujeto divino." (1)

Miremos otro aspecto de la vida divina de nuestro Señor Jesucristo. La gracia de unión importa, por necesidad, la plenitud de la gracia en Cristo. La vida del Verbo no sólo debe atraer, hasta elevarla a las alturas de Dios, a la naturaleza humana de Jesús, sino que debe compenetrarse con ella hasta impregnarla, en su ser, en sus potencias y en su acción, de la savia misma de Dios. Es la *gracia santificante* que, como dice santo Tomás, "sigue a la gracia de unión como el resplandor sigue al sol." (2). Por esta gracia queda Jesús-Hombre lleno de Dios: *Plenus gratia*; y obtiene "el primado de la gracia entre todos los hombres, porque habita en Él toda la plenitud de Dios." (3)

Un día, en los comienzos de su vida pública, "llegó Jesús a su ciudad de Nazaret y, según su costumbre, entró un sábado en la sinagoga, y se levantó para leer. Y le entregaron el libro del profeta Isaías. Y al abrir el libro, halló

(1) MARMION: *Le Christ, vie de l'âme*, p. 157.

(2) *Summ. Theol.* 3, 7, a. 13.

(3) COL. 1, 18-19.

el lugar donde estaba escrito: "El espíritu del Señor sobre mí; por lo cual me ungió, y envióme a evangelizar a los pobres, curar a los de corazón contrito, predicar el perdón de los cautivos..." Plegado otra vez el libro, devolviolo al ministro, y se sentó. Y tenían en Él los ojos todos los de la sinagoga. Y empezó a decirles: "Hoy se ha realizado en vuestros oídos esta profecía (1). Es decir, lo que habéis oído, se ha cumplido en mí: Yo soy el ungido por antonomasia: sobre mi espíritu ha venido de lleno el Espíritu de Dios: *Spiritalis unctio*.

¿Cómo no, dice Bossuet, "si el Espíritu Santo es propio de Cristo? El Verbo divino lo produce con su Padre: y cuando el Verbo se hizo hombre, produjo este Espíritu, como un Espíritu que le era propio, en el Hombre a quien se unió." (2)

Y ¡qué irrupción, qué infinita expansión la de la vida del Espíritu Santo en la Humanidad de Cristo! ¡Qué divinos resplandores en su inteligencia! ¡Qué santísimos ímpetus en su voluntad! ¡Cómo el pecho de Cristo se dilataba, y se ensanchaba el Corazón divino al recibir las cascadas de la gracia del Espíritu de Dios: *Imple superna gratia quæ tu creasti pectora!* ¡Cómo toda la vida humana de Jesús vibraría al unísono con la vida divina, mejor que las arpas eólicas que los antiguos colgaban en los sauces vibrarían al chocar la brisa en sus cuerdas delicadas!

Todo quedó sobrenaturalizado en Cristo; pensamiento y amor, sentimientos y pasiones. La misma vida orgánica quedaría como impregnada de la virtud y de la gracia de Dios. Sobre Él vinieron todas las virtudes y todos los Dones del

(1) Lc. 4, 16-21.

(2) BOSSUET: *Elévations*, XIII sem., 2 élév. — Cfr. Lc. 24, 49; Joh. 15, 26; 16, 14; Act. 10, 38.

divino Espíritu. Todo elemento de su vida moral quedó divinizado. Fué hecho, en toda la acepción de la palabra del Apóstol, el hombre de Dios, *Homo Dei*, porque era con toda razón el Hombre-Dios. Ni un pensamiento de su inteligencia soberana, ni un solo impulso de su voluntad, ni un latido de su corazón bendito quedaron fuera de la órbita y de la eficacia de Dios. Hasta en su Cuerpo se transparentaba aquella vida del Verbo que brotó del seno del Padre y que quiso resplandecer en el organismo de un hombre mortal. El don de profecía, el de milagros, el de escrutador de corazones, el poder de realeza y de sacerdocio integraron la gracia estupenda del "lleno de gracia"; resultando de todo ello la vida humana más completa y más profunda, y más robusta y delicada, porque era la vida más divina que la vida de Dios puede producir al comunicarse a su criatura.

¡Jesús, *Cristo* de Dios! El Espíritu Santo os fué dado sin medida: *Quem enim misit Deus... non enim ad mensuram dat Deus spiritum* (1). Nacisteis *Santo Hijo de Dios*, por la acción del Santísimo Espíritu de Dios (2); y vuestra santidad es la misma vida de Dios que os ha inundado, para que, constituido Cabeza de la humanidad divinizada, nos hicieseis a todos partícipes de la vida de Dios. Nosotros creemos que en la Hostia de nuestros altares se esconde esta vida sobrenatural, porque en la Hostia, junto con Vos, está todo lo que os pertenece a Vos. Vida *cristiana*, en el estricto sentido de la palabra, espléndida como vuestro ser: vida llenísima, que se precipita sobre vuestra alma con toda la plenitud de Dios, y que de ella rebosa para llenar la irri-

(1) IOH. 3, 34.

(2) LC. 1, 35.

gación de la vida cristiana a toda la anchura de los espacios y a toda la duración de los siglos.

9. LA VIDA CELESTIAL DE JESÚS. — Pero, lo que hay más propiamente en la Eucaristía es la vida celeste de Jesús. El Cuerpo sacratísimo de Cristo se pone, por la transubstanciación, en el Sacramento tal como es en el momento de la consagración. Vivo y mortal se puso en las manos de Jesús al pronunciar Él por vez primera las santísimas palabras: “Esto es mi Cuerpo: Éste es el cáliz de mi Sangre”. Muerto estaba el día siguiente en la cruz, y muerto hubiese estado en la Hostia que entonces se hubiese consagrado. Hoy, vivo y gloriosamente reinante en el cielo, sentado a la diestra del Padre, la conversión del pan importa la presencia real de Jesús en el Sacramento según su estado de vida celestial y gloriosa.

Subamos, pues, con la mente al cielo de los cielos, donde mora el magnífico Rey de la gloria. Pero ¿quien es capaz, mi Dios, de barruntar los misterios de la vida celeste? San Pablo, arrancado unos momentos a las lobregeces de la carne que nos aprisiona, introducido en espíritu en aquella mansión de luz eterna, balbucía después ante los hombres lo que su lengua no podía explicarles. Allá vería al Cordero de Dios, “en la cumbre del monte Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil, con el nombre del Cordero y el de su Padre escrito en sus frentes”; y cómo le seguían, dondequiera que fuese, los virginales coros. Le vería como *Templo vivo* de la celestial Jerusalén: *Templum est Agnus*: templo donde la divinidad no está oculta, sino que se manifiesta con resplandores de magnificencia y gloria innarrables. Veríales como *Luminar* esplendoroso de la celestial ciudad, que no necesita sol ni luna, tanta es la cla-

riedad de Cristo que la inunda: *Et lucerna ejus est Agnus* (1). El Tabor es sombra si se compara con la gloria de Jesús en el cielo. Un momento en que la vida de Dios, represada en los senos del alma de Cristo, irrumpe en su Cuerpo mortal, le transfigura, hasta dejar atónitos a los discípulos que le ven: ¿qué será en el cielo, sumergidos en el seno de Dios, cuerpo y alma de Jesús, rompiendo por todos los poros de la vida humana la gloria del Verbo al que cuerpo y alma están substancialmente unidos?

La gloria es la consumación de la gracia. Es la vida divina en su etapa definitiva de fruición eterna, de radiante manifestación de su belleza. A la plenitud de la gracia responde la plenitud de la gloria. La *gracia de unión* que hace no haya en Cristo más que un yo divino, que es la Persona del Verbo, se transforma en el cielo en lo que podríamos llamar *gloria de unión*; vida gloriosa del cuerpo y del alma de Jesús, que no tienen más soporte personal que la Sabiduría de Dios, “más resplandeciente que el sol”, que “en pureza vence a la misma luz”, y que coloca a la Humanidad viva de Jesús a la diestra de Dios vivo, el más alto lugar que puede ocupar una criatura glorificada: *Propter magnam gloriam tuam... Qui sedes ad dexteram Patris... Tu solus altissimus, Jesu Christe.*

Por la *gracia santificante*, Jesús-Hombre es la criatura que recibió más vida de Dios, que sintió con más vehemencia los latidos de esta vida en todas sus facultades operativas, que colaboró más con Dios, no haciendo sino lo que Dios quería. Esta *absorción* de la vida humana de Cristo por la vida de Dios, asimilación absoluta de una criatura libre por la fuerza de Dios, se traduce en el cielo

(1) APOC. 14, 1; 22, 23.

en la *deificación* más absoluta que cabe en criatura, con la absoluta gloria que le corresponde. En la gracia de Cristo no cabe aumento: tampoco en su mérito: luego, ni cabe en su gloria, que es el fruto de la gracia, la paga del mérito. Si la vida divina se traduce en el hombre en un “desmedido y sublime y eterno peso de gloria”, en expresión ponderativa del Apóstol (1), ¿cuál no será el *peso de gloria* que corresponderá a la gracia *inmensa* de Cristo, como la llama san Buenaventura, y a la cooperación perfectísima de su libertad a esta inmensidad de gracia?

Esta plenitud de la gracia santificante, en cuanto es derivada a todos los hombres, de todos los siglos, constituye a Cristo *Cabeza viva* de toda criatura que vive vida divina. Es lo que llaman los teólogos *gratia capitis*, gracia de Cabeza, a la que corresponde una glorificación excelsa en el cielo. ¡Qué gloria y qué vida la del reino de Jesús en el cielo, y cómo redunda esta gloria en el que es “Cabeza de todo principado!” (2)

San Juan vió en su Apocalipsis al Cordero de Dios, Jesús glorioso, al lado del trono donde Dios mismo se sienta: los más encumbrados espíritus quemaban ante él aromoso incienso, que subía de riquísimos pebeteros. con cítaras de oro acompañaban regalados himnos: y, absorto el vidente ante el espectáculo glorioso, oía el estallido de millones de voces angélicas que decían: “Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, del poder y de la divinidad: a Él la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición”. A estas voces se juntaba “la voz de multitud inmensa, como fragor de grandes aguas, como estampido de fuertes truenos, diciendo: Aleluya, porque reina ya el Señor, nuestro

(1) 2 COR. 4, 17.

(2) COL. 2, 10.

Dios, Todopoderoso. Alegrémonos, saltemos de gozo, demosle gloria, porque ha llegado la hora de las bodas del Cordero, y su Esposa se ha preparado". Es el canto de la humanidad redimida, que junta sus alabanzas a los cantos de los espíritus angélicos. Y este canto épico, este concierto sublime, después de llenar todos los ecos del empíreo, repercutía en la tierra, y en los abismos, y en los mares: y toda criatura decía: "A Dios y al Cordero, alabanza, y honor, y gloria, y poder por los siglos de los siglos." (1)

¿Qué es esto más que la gloria intrínseca de aquella vida celestial de Jesús, ejemplar y arquetipo de toda vida bienaventurada, cabeza y corazón de donde fluye y adonde vuelve toda la vida divina en el mundo; pan de los ángeles, en cuya visión se sacian aquellas puras inteligencias; vida radiosa e inmutable, la más alta vida después de la de Dios?

¡Hostia divina! Mi fe descubre en Ti a Jesús, que en Ti vive bajo la apariencia de pan, tal como vive en el cielo. Angeles de la gloria circundan nuestros altares y tabernáculos, y en ellos rinden sin cesar sus adoraciones" al que vive por los siglos de los siglos". Nosotros rendimos ante Ti nuestra pobre frente, y decimos con los ancianos del Apocalipsis: *¡¡Amen!!* Jesús, Pan vivo, *Panis vivus*, porque en Ti vive el Verbo de Dios; porque en Ti hay el mismo principio vital que te dió en la tierra una vida como la nuestra; porque esta vida humana ha sido penetrada por el óleo santo de la vida sobrenatural, y glorificada en la consumación de una vida toda felicidad y honor. *¡¡Amen!!* Alámente los hombres en la tierra, para que, ya que has querido vivir entre nosotros, halles aquí un eco de las glorificaciones que recibes en los cielos.

(1) APOC. 5, 12-13: 19, 6-8.

CAPÍTULO III

LA EUCARISTÍA, FUNCIÓN DE VIDA DIVINA COMO ACTO ESENCIAL DEL CULTO CATÓLICO

SUMARIO

1. EL SACRIFICIO, FUNCIÓN PROFUNDAMENTE VITAL. — *Noción del sacrificio. — Razón ontológica y psicológica de las ofrendas sacrificiales. — La vida humana y el sacrificio. — Substitutivos de la vida humana en los sacrificios.*

2. EL SACRIFICIO Y LA VIDA SOBRENATURAL. — *Adán sacrificador en su estado de vida sobrenatural. — Hecho-mentira perpetrado por Adán: Eritis sicut dii. — Marca de sangre de los sacrificios expiatorios. — Insuficiencia del sacrificio de la vida natural para lograr la sobrenatural.*

3. EL SACRIFICIO DE LA CRUZ Y LA VIDA SOBRENATURAL. — *La muerte de Jesús, función profundamente vital de Dios-Hombre vivo. — Jesús, Sacerdote vivo, Hostia viva y Dueño de su vida. — Frutos de la Cruz: adoración: acción de gracias: impetración: expiación.*

4. EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO Y LA VIDA CRISTIANA. — *La Cruz explica el misterio de vida que se encierra en*

todo sacrificio. — Los sacrificios legales, figurativos del de la Cruz. — La Cruz y la Misa. — Identidad entre ambos sacrificios y sus diferencias.

5. LA EUCARISTÍA Y LA ADORACIÓN. — *Qué es la adoración. — Incapacidad del hombre para adorar debidamente a Dios. — Valor latréutico de la Misa. — La Misa, centro de la vida cultural de la Iglesia. — La liturgia de la Misa y su sentido de latría.*

6. LA MISA, SACRIFICIO EUCARÍSTICO. — *La acción de gracias en la humanidad. — El rito cristiano y la acción de gracias. — Carácter eucarístico de la liturgia de la Misa. — La Misa, eucaristía viva.*

7. LA MISA Y LA EXPIACIÓN. — *La Expiación y sus fases. — Universalidad de los sacrificios expiatorios. — Carácter expiatorio de la Misa. — La Misa y la virtud redentora de Cristo. — Tradición histórica y doctrinal sobre el carácter expiatorio de la Misa. — Sumario de la doctrina sobre la virtud expiatoria de la Misa.*

8. LA MISA Y LA IMPETRACIÓN. — *La oración: su exigencia objetiva y psicológica. — Jesús y la plegaria. — La Misa, síntesis de la plegaria de Jesús. — Es la oración clásica del Catolicismo. — Carácter impetratorio de la liturgia de la Misa.*

Si enim cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus: multo magis reconciliati, salvi erimus in vita ipsius.

Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayor razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida.

(Rom. 5, 10)

I. EL SACRIFICIO, FUNCIÓN PROFUNDAMENTE VITAL.
—Si la religión, como hemos dicho, es una vida, el sacrificio, que pertenece a la esencia de la religión, debe ser un acto profundamente vital. Su naturaleza y su historia demuestran que realmente es así.

Es el sacrificio “la ofrenda sacerdotal de una cosa sensible, inmutándola o destruyéndola, en señal legítimamente instituída del honor y reverencia que el hombre debe a su Criador.” (1)

Hay entre Dios y el hombre una relación indestructible que podríamos llamar de carácter vital. Dios vivo ha creado al hombre, ser vivo, con el triple género de vida que a Dios plugo crear en el mundo. Este acto de la creación origina una relación de soberanía por parte de Dios, de dependencia por parte del hombre: y en esta relación se funda una función de servidumbre, la *latría*, de los griegos; es decir, el reconocimiento de la majestad, del poder, del señorío de Dios de quien hemos recibido el ser y la vida.

Reconocimiento; esto es, acto espiritual de pensamiento, libertad y amor, que son lo más alto y profundo de la vida del hombre y que arrastran a todo su ser y a toda su

(1) BILLOT: *De Sacrif. Missæ, Præmium.*

vida para rendir pleitesía integral al Dios vivo que le dió la vida. Reconocimiento que tiene su concreción más universal y más viva en el sacrificio, y que puede manifestarse en las cuatro grandes formas en que aparecen los sacrificios en la historia: la *adoración*, por la que confesamos a Dios como Señor absoluto de nuestro ser; la acción de gracias o *eucaristía*, por la que correspondemos a sus beneficios con la gratitud de nuestro corazón y de nuestro espíritu; la *impetración*, que hace solicitar a nuestra miseria nuevos dones del supremo Dador de todos ellos; y la *expiación* o propiciación, que es el reconocimiento de nuestra miseria moral, con la ofrenda para aplacar a Dios ofendido.

Cuerpo y alma del hombre son, pues, solidarios en esta función vital de servidumbre, llámase adoración, acción de gracias o petición de dones. El acto vital interno se junta a la función vital externa para integrar el elemento *sacerdotal* o personal del sacrificio. "El acto sacrificial externo, dice el Angélico, significa el sacrificio espiritual interior, por el que el alma se ofrece a sí misma a Dios, porque los actos externos de la religión se ordenan a los internos." (1)

Si el hombre fuese dueño de esta vida que ha recibido de Dios, si entre el hombre y su vida pudiese naturalmente darse la relación que hay entre sacerdote y hostia, no necesitaría hostia distinta de su misma vida que ofrecerle. Él mismo sería sacrificador y ofrenda; y, entregándole a Dios la propia vida, es decir, dándose la muerte, le rendiría a Dios el supremo homenaje de latría.

Pero Dios no la quiere la vida corporal del hombre. Una sola vez le pidió a un patriarca, para probar su fe, la vida de su hijo; y contentóse con la voluntad y con las

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 85, a 2.

primicias de la acción del padre. Detuvo Dios la mano armada de Abraham al ir a ofrecerle la vida de Isaac, que el mismo Dios le pedía.

Ni puede el hombre inferirse a sí mismo la muerte, porque no recibió de Dios la vida en dominio, sino en mero usufructo. Por ello los sacrificios humanos son una monstruosidad moral; pero son la demostración histórica de esta exigencia vital de ofrecerse el hombre, en alguna forma, a su Hacedor.

Y he aquí que, en la imposibilidad de inmolarse a sí mismo, el hombre le ofrece a Dios en sacrificio *cosas*, que son substitutivas de su persona. Ya el sacerdote no es el elemento único del sacrificio: debe haber una ofrenda, distinta del mismo, que por la acción sacerdotal sea inmutada o destruída, como debiera serlo la misma vida del oferente, si Dios se la exigiera.

Por esta ley fundamental de substitución de la vida humana en los sacrificios, no son todas las cosas materia apta para ofrenda. Como la función sacrificial es profundamente vital, así debe serlo, dentro de su orden, la cosa que se sacrifique. La ofrenda debe ser un símbolo de la vida humana que no puede ser inmolada. Así aparece en la historia de todas las religiones: así en los sacrificios legales del antiguo Testamento: "Son los *animales*, por los que se sustenta la vida humana, dice santo Tomás: son las cosas que nacen de la tierra y que sirven para el uso del hombre: el *pan*, que se come; el *vino*, que se bebe; el *aceite* y la *sal*, que sirven de condimento en las comidas; el *incienso*, que es medicamento aromático y fortificante..." (1)

De esta suerte se completa la noción y la razón simbólica del sacrificio. Es una cosa "viva", o "que sirve para la

(1) *Summ. Theol.* 1, 2, q. 102, a. 3, ad 2; a. 3, ad 13.

vida" que es destruída o transformada, en substitución de la misma vida humana, por un acto vital de orden externo, traducción del acto espiritual por el que el hombre reconoce el supremo dominio de Dios sobre sí y sobre todo. Es la concentración de toda la vida que se traduce, simboliza y ofrece en un acto de culto supremo a Dios, en cuanto trasciende sobre todo ser y sobre toda vida, *secundum omnimodum excessum*, como dice Tertuliano.

Prescindimos, en estas someras nociones, de la prioridad de los sacrificios latréutico, eucarístico e impetratorio, cuyos conceptos se darán más abajo, sobre el sacrificio de la expiación. En su manifestación histórica, es tan antigua la expiación como la adoración. Caín y Abel ofrecen sacrificios ante las mismas puertas cerradas del Edén. Caín ofrece sólo frutos de la tierra en homenaje de sola adoración: Abel mata lo mejor de sus rebaños en sacrificio de expiación. Quizás en ello, según Weith, está la razón de que no agradaran a Dios los sacrificios de Caín. La soberbia no le deja reconocer su pecado.

Tampoco tratamos aquí del sacrificio de Jesús, único en que el mismo sacerdote ha sido la víctima; en que ha sido legítima la mactación personal por parte del oferente; y en que la vitalidad del sacrificio, como vamos a demostrar, ha llegado hasta la misma infinidad de la vida de Dios.

2. EL SACRIFICIO Y LA VIDA SOBRENATURAL. — Elevado el hombre al orden sobrenatural, la función sacrificial hubiese sido un acto profundo de vida sobrenatural. Si Adán sacrificó antes del pecado, fué su sacrificio, en cierta manera, una función de vida divina, porque su espíritu participaba de la vida de Dios. ¡Qué sacerdocio el de Adán inocente! Era él la síntesis de la creación: culminaba su espíritu sobre toda manifestación del mundo visible y se

adentraba hasta los mismos senos de Dios, cuya vida vivía. Por ello era un mediador sin par, que podía recoger toda palpitación del ser y de la vida creados, para rendirlos en homenaje ante su Hacedor, en una función sacrificial de orden divino.

Si al sacrificar pertenece al orden del derecho natural, según el Angélico (1), esta misma exigencia de la naturaleza debía ser satisfecha en el estado de divinización del hombre. Más aún; el sacrificio del hombre santo, y lo hubiésemos sido todos sus descendientes sin el pecado primero, hubiese sido, para el propio hombre y para el mundo, fuente inagotable de vida divina, porque hubiese sido la reiteración de lo más vital de la religión; y ésta no es sólo atadura del hombre a Dios, sino gaje de los dones de Dios al hombre.

Pero éste perpetró una gran mentira. Mentira-hecho, como lo es el quererse substituir a Dios: *Eritis sicut dii...* En vez de ofrecer sacrificios, quiso Adán recibirlos. Y esta mentira que "falseaba, dice Weith, la misión del hombre ante Dios y ante las criaturas, acarreó infaliblemente la destrucción de la doble vida del hombre, es decir, la muerte del alma y la del cuerpo." (2)

Ya no se presentará el hombre ante los altares de Dios sólo para adorarle, agradecerle y pedirle sus dones; le atezará el remordimiento de la ofensa que ha inferido a Dios, y sentirá profundas ansias de congraciarse otra vez con Él, de reanudar la relación vital, íntima, armónica con su Hacedor. Pero como no hay otra paga para cancelar la deuda de la muerte que la paga de la vida, el arrepentimiento

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 85, a. 1.

(2) WEITH: *Eucarestia*, trad. ital., p. 16.

buscará en el sacrificio de la misma vida el equilibrio de la expiación.

De aquí la marca de sangre que caracteriza la historia de los sacrificios después del pecado. Dios mismo sancionó su derramamiento en los sacrificios legales antiguos. Más tarde, dirá el Apóstol que todas las cosas se purifican con la sangre, y que sin ella no hay perdón de pecados: *Sine sanguinis effusione, non fit remissio* (1). En la sangre está la vida: *Anima enim omnis carnis in sanguine est* (2). Su efusión sería el precio justo de la vida sobrenatural, si el valor de una muerte natural fuese equivalente a la ofensa hecha a Dios por el sacerdote Adán y que acarreó su muerte. Pero la ofensa, por la parte de Dios, es infinita, dice el Angélico: la vida del hombre, destituído de la vida de Dios, es menguada: inútil que la ofrezca a Dios para su reconciliación con Él.

Esto nos explica el sentido de las tremendas frases bíblicas por las que se nos presenta a Dios desdeñando y despreciando los sacrificios del hombre: "No quiero ofrendas de vuestras manos" (3). "No me agradan vuestros holocaustos (4): Los bosques del Líbano, y los animales que en él se albergan, no le bastan en sacrificio." (5) "¿Acaso como yo carne de toro, o bebo la sangre de los machos de cabrío?" (6) "No me ofrezcáis ya más sacrificios inútilmente." (7).

La suma de toda vida natural, decíamos, no es capaz de formar un acto de vida sobrenatural. El holocausto de

(1) HEBR. 9, 22.

(2) LEV. 17, 14.

(3) MAL. 1, 10.

(4) IER. 6, 10.

(5) IS. 40, 16.

(6) PS. 49, 13.

(7) IS. 1, 13.

toda vida natural creada es asimismo incapaz de restaurar la vida sobrenatural perdida.

¡Miserable condición la del hombre caído! Podrá adorar a Dios, agradecer e impetrar sus dones; pero sus sacrificios serán mezquinos: no palpará en ellos la vida misma de Dios, cuyas fuentes secó el pecado. Podrá hacer correr la sangre en los altares expiatorios que levante; pero esta sangre no ablandará el corazón de Dios hasta abajarle a poner su vida divina en contacto con la vida manchada del hombre.

3. EL SACRIFICIO DE LA CRUZ Y LA VIDA SOBRENATURAL. — Jesucristo crucificado es la solución del tremendo problema. La inmolación de Cristo es la suma latría, eucaristía, impetración y propiciación, porque es función profundamente vital del Hijo de Dios vivo que da su vida para que en el mundo se restauren la adoración, acción de gracias, petición de dones y expiación de crímenes, en el orden más elevado que Dios pudiese exigir.

En la oblación de Cristo en la Cruz, sacerdote, ofrenda y acto sacrificial son la más alta expresión de la vida sobrenatural.

Ya hemos hablado de la vida divina del ser de Jesús. Vida del Verbo de Dios, que es la misma vida de Dios. Vida de Hombre-Dios, que es la vida humana de Dios; sobrenatural, porque es la misma vida de Dios que por la gracia de la unión hipostática se traspasa a Jesús-Hombre, hasta llenarlo de la divinidad “substancialmente”, en frase del Apóstol. Vida divina de gracia santificante, porque el Espíritu de Dios ha colmado de santidad al Hombre-Dios. Tal es la Hostia viva, la “cosa” u ofrenda que puede ascribirse a Dios en substitución de la vida del hombre.

Hostia divina que es al propio tiempo un sacerdote, vivo con la misma vida de Dios: "Porque aunque Cristo no fuese sacerdote en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, con todo, uno mismo fué en Él el sacerdote y Dios." (1) Tan sacerdote, que es la fuente de todo legítimo sacerdocio y el principal Sacerdote" (2); porque el origen fontal de toda consagración sacerdotal es el poder santificador de Dios, y Cristo recibió la unción de la misma divinidad, a la que estaba substancialmente unido. Sacerdote-hombre, porque así lo reclama la exigencia de representar al hombre: "Tomado de entre los hombres"; "lleno de las humanas debilidades": *Circumdatus infirmitate* (3); es decir, con una vida capaz de encarnar los humanos sentimientos y experimentar toda la miseria del hombre que quiere adorar debidamente a Dios y congraciarse con Él. "Sacerdote santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y más elevado que los cielos" (4); porque debía ser santísima y altísima la función sacerdotal que reconciliase a los hombres con Dios.

Más aún; Jesús, Hostia viva y sacerdote vivo, tiene en sus manos su propia vida. "Nadie me la quita, decía, sino que yo la entrego por mí mismo: tengo poder para entregarla, y lo tengo para tomarla otra vez." (5)

Este Sacerdote máximo puede, en un acto supremo de dominio de su vida, ofrecerla a Dios en holocausto y expiación, y entonces será, dice san Gregorio Niseno, "Sacerdote y Cordero de Dios" (6); "Sacerdote y ofrenda" (7); "Víctima, sacrificio, altar, Dios, hombre, rey, pontífice,

(1) D. THOM. *Summ. Theol.*, 3, q. 22, a. 3, ad 1.

(2) *Ibid.* q. 22, a. 6.

(3) HEBR. 5, 2.

(4) HEBR. 7, 26.

(5) IOH. 10, 18.

(6) *In Christi resurrect.*, Orat. 1.

(7) S. AUG. *De civ. Dei*, cap. 21.

Cordero; todo en todo por nosotros.” (1) Su sacrificio tendrá un valor infinito, porque será un acto vital, esencialmente sobrenatural, pues arrancará de la Persona del Verbo, única que hay en Cristo, y terminará en la inmolación de una vida que, si es humana, es vida del mismo Dios, porque es vida de un Hombre-Dios.

¡Abismos insondables de vida los que en la Cruz se adivinan! Si el sacrificio es la ofrenda sacerdotal de una cosa sensible, inmutándola o destruyéndola, en señal legítimamente instituída del honor y reverencia que el hombre debe a su Criador, en la Cruz se realizan todas estas condiciones en su grado máximo. Es en ella donde cuelga la libérrima ofrenda que hace de sí mismo, de su vida física y sensible, el Sumo Sacerdote Jesús, consagrado con la unción de la divinidad. Allí se destruye la vida de Jesús, porque la muerte es la destrucción de la vida; y se destruye legítimamente, porque lo hace el supremo Legislador, que funda con ello el rito de una Ley nueva: *Novum Testamentum*. Y es en ella donde muere la Vida en protesta del honor y reverencia que el hombre debe a su Criador, porque Jesús no hace más que cumplir la voluntad del Padre al entregarle su espíritu.

Por ello, sobre las ruinas de la más excelsa vida natural acumuladas en la Cruz por la divina catástrofe de la muerte del Hijo de Dios, debía revivir la vida sobrenatural en la tierra. Era un Hombre-Dios quien moría en tremendo sacrificio para restaurarla; era el hombre redimido quien debía otra vez vivir la vida de Dios.

¿Frutos de vida divina que brotan del árbol de la Cruz? Es el primero la ADORACIÓN perfecta, la suma servidumbre,

la latria prestada a Dios por un Hombre en el mismo plano sobrenatural y en la misma altura de Dios, por su “Hijo, sacerdote, eternamente perfecto” (1). Cuando en el Gólgota, Jesús inclinaba su sagrada cabeza y moría: *Inclinato capite...* (2), en esta actitud humilde, en esta voz robusta, “con gran clamor”, y en esta suprema reverencia con que entrega su vida (3), en este acto de vitalidad profunda, porque es el acto supremo de la libertad del Hombre-Dios, se consumaba el único sacrificio de adoración a Dios adecuado a la infinitud de su Ser. El mundo, atónito, se estremeció ante la grandeza del holocausto.

La Cruz es Eucaristía o ACCIÓN DE GRACIAS. Jesús fué Eucaristía viva: “Te doy gracias, Padre, porque me has oído”, decía ante la tumba de Lázaro (4). “Y tomando el cáliz, dió gracias, y dijo...” (5). San Pablo quiere que nuestra vida sea rebotante de acciones de gracias en Cristo (6). La muerte de Jesús, como su vida, y como síntesis de ella, es la gran función eucarística de los siglos. El sacerdote Jesús agradece con ella al Padre los dones de que le ha colmado; la unión hipostática, la santificación, la paternidad sobrenatural en el mundo de los espíritus, el poder absoluto que le dió, *Omnis potestas*, en el cielo y en la tierra, y sobre todo, la mediación que le hizo Redentor de la humanidad.

El sacrificio de la Cruz es IMPETRACIÓN. Nadie pudo jamás orar como Cristo. En Él era el mismo Yo el que rogaba y el que concedía: y si el Padre “siempre le oía en sus plegarias” (7), ¿cuánto más debía oír la voz de su san-

(1) HEBR. 7, 28.

(2) IOH. 19, 30.

(3) HEBR. 5, 7.

(4) IOH. 11, 41.

(5) MT. 26, 27.

(6) COL. 2, 7.

(7) IOH. 11, 42.

gre, "más elocuente que la de Abel" (1), figura de su sacrificio? ¡Súplica de perdón, y de santificación, y de conquista, y de destrucción del crimen, y de vida y gloria sobrenatural la que el divino Orante, extendidos en Cruz los brazos, dirigiría al Padre, acompañado de los suspiros de su pecho dolorido y del gotear de su Sangre que salía de cien heridas, bocas divinas de muda, pero eficacísima oración!

Pero, sobre todo, la Cruz es propiciación o EXPIACIÓN. Ella es el puente que echó Cristo desde la tierra a las riberas de Dios, inabordables antes por el pecado. Ella es la que estrecha en sus brazos a los hombres para introducirlos a la vida de Dios. Ella, en frase sublime de la Liturgia, es la balanza en que se pesó el precio de nuestra vida y que, al ponerse a fiel, nos arrancó de las fauces de la muerte:

*Statera facta corporis
Tulitque prædem tartari* (2).

Es la Cruz la realidad completiva de los antiguos sacrificios sangrientos por los que la humanidad reconoció de una manera solemne, durante siglos, la deuda de sangre que había contraído con Dios. Cristo paga esta deuda; nos reconcilia con Dios y nos redime para siempre: *Æterna redemptione inventa* (3).

4. EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO Y LA VIDA CRISTIANA.
— Toda la vida religiosa de la humanidad gira en torno de la Cruz. Si el sacrificio es como la entraña de la vida de relación entre Dios y los hombres, la Cruz es el hecho que nos explica el misterio de vida que se encierra en todo sacrificio.

(1) HEBR. 12, 24.

(2) *In Off. de Pass.*, Hymn. ad Vesp.

(3) HEBR. 9, 12.

Cristo crucificado aparece en la cúspide que une las dos vertientes de la historia. Los sacrificios anteriores a Cristo eran figurativos del sacrificio del Calvario. "Aunque en la Ley antigua se ofrecían diversos animales, con todo, el sacrificio diario, que se ofrecía mañana y tarde, era el cordero: con lo cual se significaba que la oblación del verdadero Cordero, es decir, Cristo, era sacrificio consumativo de todos los demás" (1). Cristo crucificado era, pues, en esperanza el resorte de la vida religiosa del Testamento Viejo. También lo será del Nuevo: no en esperanza, o por simple recuerdo, sino por la reproducción real, numérica, del sacrificio de la Cruz, que se realizará, por la amorosa sabiduría de Dios, sobre los altares cristianos cada vez que se ofrezca el sacrosanto sacrificio de la Misa.

Cristo ha muerto una sola vez. Si hubiese tenido que sacrificarse personalmente para borrar los pecados de todos los tiempos, hubiese tenido que morir con frecuencia desde el principio del mundo, dice el Apóstol: *Oportebat eum frequenter pati ab origine mundi*. Pero no quiso morir más que una sola vez en su ser físico de Hombre-Dios: *Per hostiam suam* (2). Por esto los sacrificios de la Ley antigua, y el Santísimo Sacrificio de la Misa en la Nueva, son los substitutivos del sacrificio único, universal, absoluto y sempiterno de la Cruz. Así la Cruz puede con toda razón llamarse la única fuente de vida divina en el mundo, después de la catástrofe del Paraíso en que murimos para Dios.

Pero ¡qué diferencia entre las hostias antiguas y la Hostia inmaculada de nuestros altares! Aquéllas eran tan sólo ansias, remedo, esperanza, simulacro de vida. La Misa, sacrificio cristiano, es la misma plenitud de vida de la Cruz. Es también la "Hostia de Jesucristo": *Hostia sua*, según

(1) D. THOM. *Summ. Theol.*, 3, q. 22, a. 3, ad 3.

(2) HEBR. 9, 26.

la gráfica expresión de san Pablo, porque el mismo Sacerdote, la misma ofrenda, la misma función vital de Cristo en el Calvario, se hallan en los altares cristianos. Sólo difieren, el sacrificio de la Cruz y el de la Misa, en la forma de la ofrenda: *Sola offerendi ratione diversa*, dice el Tridentino (1). En la Cruz hubo muerte real, y real derramamiento de la Sangre de Jesús: en la Misa son místicas, aunque reales, la mactación de la Víctima divina y la efusión de su Sangre. La substancia de ambos sacrificios es idéntica.

Puntualicemos las semejanzas y diferencias de ambos sacrificios y ponderemos el valor de vida sobrenatural de la Santa Misa.

La Cruz y la Misa son, substancialmente, el mismo rito divino, la misma Liturgia santa, cuyo fin es establecer una corriente de vida divina en el seno de la humanidad. "Cristo, dice santo Tomás, *inauguró* con su pasión el rito de la religión cristiana, ofreciéndose a sí mismo oblación y hostia a Dios" (2). "Sacrificio único para nuestra salvación", llama san Agustín al de la Eucaristía (3), en cuanto es la secular prolongación de la inmolación de Cristo en el Calvario.

La Cruz es, pues, un hecho divino que funda un derecho a la vida divina: es la conquista de la vida de Dios por el Hombre-Dios: *Vexilla Regis prodeunt...* (4): es la compra del hombre para Dios: *Empti enim estis pretio magno* (5). La Misa es la participación personal de los frutos de la conquista; la distribución de la vida comprada al alto precio de la Sangre de Dios. "Quien resucitó de entre los muertos,

(1) CONC. TRID. sess. 22, cap. 2.

(2) *Summ. Theol.* 3, q. 62, a. 5.

(3) *Contr. Cresc.* lib. 1, cap. 25, n. 30.

(4) *In Off. de Pass.*, Himn. ad Vesp.

(5) I COR. 6, 20.

no morirá más ; pero, por la Hostia de nuestros altares sufre de nuevo misteriosamente por nosotros. Porque cada vez que le ofrecemos esta Hostia de su Pasión reiteramos la Pasión misma para nuestro perdón" (1).

Del hecho capital de la Pasión de Cristo, y de la Cruz que la sintetiza, arranca la vida sobrenatural del mundo. La Misa dice una relación esencial a la Cruz, en cuanto es la representación efectiva de la Pasión del Señor y su reproducción numérica. Luego ambos sacrificios encierran el mismo valor de vida sobrenatural; sólo que en la Cruz arranca este valor directamente de los méritos de Cristo oferente, y en la Misa el valor de vida sobrenatural se deriva de la Cruz. Ésta, la Cruz, es la fuente de vida que brota del acto sacrificial en que Cristo se inmola sangrientamente; aquélla es la corriente que lleva a través de los siglos la vida lograda por la oblación "única" de Jesús.

Como sacrificio objetivo e histórico ponderábamos la vitalidad suma del sacrificio del Calvario: una ofrenda viva, que es el mismo Hijo de Dios vivo: un Sacerdote Sumo, que lo es por ser el Hombre más cercano de Dios por la plenitud de vida que tiene como Unigénito del Padre (2): un acto libérrimo, por el que se inmola; y la libertad, hija del pensamiento y de la voluntad, es lo más vital en el hombre. En la Misa hay la misma ofrenda: "Éste es mi Cuerpo": "Ésta es mi Sangre": y con el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad. El mismo sacerdote vivo, porque el sacerdote-hombre es sólo un partícipe delegado del Sacerdocio de Cristo. Igual acto libérrimo, porque libérrimamente entregó a sus discípulos, en la Última Cena, la potestad sacerdotal, y les mandó que le sacrificasen, como Él lo hacía: *Hoc facite in meam commemorationem*.

(1) S. GREGOR. MAGN. *In Evangel.* 1. 2., Homil. 37.

(2) D. THOM. *Summ. Theol.* 3, q. 26, a. 2 ad 1.

Hay, con todo, diferencias notables entre ambos sacrificios. En el de la Cruz, se ofrece Cristo en sus propias especies: en la Eucaristía, bajo las de pan y vino. En aquél, era Jesús mortal; en éste, se inmola inmortal. En el Calvario muere Jesús muerte horrenda; sufre atroz martirio; derrama su sangre y expira, por la separación de los dos elementos que constituyen el ser humano, alma y cuerpo. En el Altar no hay separación ni muerte real, ni hay sangre derramada; la inmolación es mística; unas palabras misteriosas que pronuncia el sacerdote sobre el pan y el vino, son la mística espada que, sin matar a Cristo, que es impasible e inmortal; sin separar de hecho el cuerpo de la sangre de Jesús, porque el cuerpo de Jesús es vivo, y vivo se pone en la Hostia, con todo, ponen a Cristo en el altar "como muerto", como le viera san Juan en su Apocalipsis, por cuanto las palabras de la consagración tienen por sí mismas eficacia para separar el Cuerpo de la Sangre de Jesús.

¡Oh, inmolación que no mata, holocausto que no destruye, reproducción viva de la muerte de Cristo inmortal! ¡Qué profundidades de vida divina se atisban en nuestros altares, ante esta blanca Hostia, ante esta Copa de vino donde no aparece palpitación alguna de vida! Con todo, es ésta la función vital del mundo; toda la sublimidad de la Cruz aquí está. Como la Cruz, la Misa es vida de Dios, porque es el eterno pontifical que celebra en todo lugar y horizonte el Hijo de Dios vivo, inmolándose libérrimamente, *quia ipse voluit*, así mismo, que es la Vida, *Ego sum vita*, para dar la vida al mundo.

¡Oh, muerte reiterada de Cristo que ya no muere! Muerte deliciosa, que Cristo glorioso ve todos los días desde el cielo reproducirse en la tierra; que, sin dolor ni daño de la Víctima, sabes arrancar del seno del Inmortal los tesoros

de la vida divina que haga inmortales a los hombres. ¡Jesús! *Sacer esto*: déjate inmolar a cada instante, para que el mundo pueda vivir en Dios por Ti.

5. LA MISA Y LA ADORACIÓN. — La adoración es el acto esencial de toda religión. Y aun podríamos decir que es toda la religión; porque toda la vida religiosa se funda en esta relación de dependencia entre el hombre miserable y el Dios Óptimo Máximo que trasciende sobre toda criatura, *secundum omnimodum excessum*.

Adorar es rendirse ante el ser adorado, por el reconocimiento humilde de su señorío absoluto sobre la vida. Acto de pensamiento y de voluntad, de pensamiento que conoce y de voluntad que se dobliga, la adoración es el peso de toda la vida que se concentra alrededor de las facultades racionales y gravita toda ella hacia Dios.

Ella es un deber primordial de la humana vida: "Te adoramos, por la excelsitud de tu gloria...": *Propter magnam gloriam tuam...* He aquí lo que exige Dios del hombre, como lo exige de toda criatura racional. Los ángeles del cielo no hacen más que adorar a Dios, cantando su gloria con el eterno Trisagio: *Santo, Santo, Santo...* Del fondo mismo de la creación visible parece salir el himno que cantaban los tres jóvenes: "Benedicid al Señor, obras todas del Señor": *Benedicite...*

Pero ¿qué le dará al gran Dios el hombre miserable? Pegará su frente al suelo, y hundirá su mente en la nada de su espíritu; tomará un puñado de incienso y lo consumirá en el fuego sagrado, para que Dios aspire su perfume; levantará piras formidables y le ofrecerá en holocausto las mieses de sus campos y las vidas de sus rebaños; quizás él mismo se mutile, y entregue a su dios la propia vida en holocausto. Éstas son las funciones de la vida religiosa en

la historia de los diversos pueblos. Todo ello es nada para Dios. Si "las naciones son para Él como una gota de agua, un adarme en su balanza; las islas son polvo miserable..." (1), ¿cómo podrá llegar nuestra vida de adoración al corazón de Dios?

La Iglesia, la Esposa de Cristo, tiene el deber primordial de ofrecer a Dios culto de adoración. Es la religión oficial de Dios sobre la tierra, la única religión legítima. La primera función de su vida deberá ser un acto de adoración profunda y un himno excelso de glorificación. La Misa es este acto trascendental: es la suma latría y la máxima alabanza de Dios.

Es ella la pura ofrenda vaticinada por Malaquías, por la que se "magnifica el nombre de Dios entre las naciones": *Magnum est nomen meum in gentibus* (2). Víctima y sacerdote son en la Misa de valor infinito. No hay que insistir en la identidad del sacrificio de la Cruz y de la Misa. En ésta, como en aquélla, se ofrece el Hombre-Dios, "Imagen de Dios invisible. Primogénito de toda criatura, por el que y en el que han sido criadas todas las cosas, en el cielo y en la tierra; que es ante todo y que es la razón de todo; Cabeza del cuerpo de la Iglesia; principio y primogénito de los muertos, que tiene la primacía en todas las cosas; en quien se complugo Dios depositar toda plenitud" (3). "Hijo amado de Dios, en quien tiene sus complacencias" (4), Jesús, que "no quería más gloria que la de su Padre" (5), "se anonadó a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (6),

(1) Is. 40, 15.

(2) MAL. I, 10-11.

(3) COL. I, 15-19.

(4) Mc. I, 11.

(5) Ioh. 7, 18.

(6) PHIL. 2, 7.

para que así la vida y la muerte de Jesús, por la infinidad de su Ser y por su total rendimiento ante Dios, resultara la latría absoluta, es decir, servidumbre y glorificación que estuviesen al nivel del mismo Dios. Este es el holocausto pacífico de la Misa, cuya reiteración y humildísima forma sacrificial aumentarían el valor de latría de la Cruz, si cupiese aumento de adoración en el acto de un Dios que muere por la gloria y por el servicio de Dios.

Este sentido de adoración ha encarnado en la Liturgia de la Santa Iglesia. La Misa es el centro de la vida cultural de la Esposa de Cristo: todo converge en el sacrificio de nuestros altares, desde las líneas arquitectónicas de los templos hasta el último detalle de las Horas canónicas que en ellos rezan los ministros de Jesús. Templos y altares se erigen en honor de Dios, *ad Dei honorem cultumque*, dice san Agustín (1). El Oficio Divino, *pensum servitutis* de la Santa Iglesia, obra maravillosa de fe y de amor de la Esposa al Esposo, tributo perenne de latría que la sociedad de los redimidos paga a su Dios, Criador y Redentor, es el espléndido marco que encuadra el Santo Sacrificio; y el Oficio Divino no es, en la intención de la Iglesia, más que una glorificación continua de Dios, solidaria con la gloria que Cristo su Hijo le tributó en la tierra: "Señor — dice el ministro al empezar su Oficio —, en unión de aquella intención con que en la tierra le pagaste a Dios el tributo de tu alabanza, te pago el deber de estas mis Horas". Y al finirlas, postrado de hinojos, las dedica a la "Sacrosanta e Individua Trinidad, a la Humanidad de Cristo Crucificado..., en tributo de alabanza, honor y gloria", que desea se prolongue por siglos de los siglos.

(1) S. AUG. *De civit. Dei*, 8, 27.

En la Liturgia de la misma Misa se ha dado especial relieve al carácter latreútico de nuestro sacrificio. Se han recogido en ella los acentos con que los ángeles se asociaron a la inauguración de la latría de Cristo en su nacimiento: *Gloria in excelsis Deo...*, a los que se añade la glorificación de la asamblea: *Laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te*. Antes del momento culminante del sacrificio, sacerdote y pueblo unen sus voces a las de los celestiales espíritus para cantar la sublime doxología: “Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria”. Y al terminarse el Canon, levantando el sacerdote con ambas manos la divina Víctima, pronuncia la solemne fórmula doxológica: “A Ti, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, por Cristo, con Cristo y en Cristo, sea todo honor y gloria”: *Omnis honor et gloria*. En el mismo Canon aparece la expresión sacerdotal del tributo de latría que es la Santa Misa: *Sacrificium laudis*, “Sacrificio de alabanza”: *Hanc igitur oblationem servitutis nostræ*, “Ofrenda de servidumbre” que presenta al Señor sus esclavos: *Nos servi tui* (1).

Tal es el espíritu de honorificante servidumbre con que debiéramos asistir al tremendo sacrificio. Nuestra unión con el Adorador Jesús debiera ser gaje de nuestra servidumbre de cuerpo y alma, como dice la Liturgia: “Para que, uniéndonos a tu divino sacrificio, te sirvamos en cuerpo y alma” (2).

. 6. LA MISA, SACRIFICIO EUCARÍSTICO. — La Eucaristía es *acción de gracias*. Bajo este aspecto, es el sacrificio cristiano parte integrante de la vida religiosa de la huma-

(1) Canon Mis.

(2) *Missa contra persecut. Eccl., Secreta.*

nidad. El grito de todas las religiones, después del supremo acto de adoración, es la voz del reconocimiento. Es el acto espontáneo de la vida que públicamente confiesa la largueza “del Padre de las luces, de quien viene todo don perfecto” (1). Es la corriente del amor agradecido que sube de la tierra al cielo, y que responde a la corriente del amor dadivoso que del cielo sin cesar viene a la tierra.

Y ¿quién mejor que nuestra religión divina, quién más que la Iglesia conoce y puede agradecerle a Dios sus soberanas dádivas? Si ella “no tiene mancha ni arruga” (2) ¿a quién lo debe sino al Dios humanado que “la limpió, para hacer de ella un pueblo agradable al mismo Dios?” (3). ¿A quién se han confiado los tesoros de la sabiduría y de la gracia de Dios? ¿Quién, sino ella, puede trazarles a los hombres sus caminos, y llevarles a la realización de los grandes ideales en la tierra, y prometerles el peso ingente de la gloria eterna, de que nos habla el Apóstol?

Por esto, “dar gracias, dice Batiffol, es un elemento integrante de los misterios cristianos.” En la descripción que del culto cristiano hace san Justino, la oración pronunciada sobre el pan y el vino es designada con la expresión: “Dar gracias”: “El obispo, dice san Justino, dirige a Dios oraciones y acciones de gracias, tanto como lo consienten sus fuerzas”. Y con más precisión en otra parte: “Por el nombre de Jesús crucificado se dirigen plegarias y oraciones de gracias al Padre y Creador del universo” (4).

Cuando la forma del gran rito eucarístico ha quedado definitivamente fijada, no dejando, en su expresión oficial,

(1) IAC. I, 17.

(2) EPH. 5, 27.

(3) TIT. 2, 14.

(4) BATIFFOL: *Leçons sur la Messe*, p. 182.

libertad al celebrante para formular sus sentimientos sacerdotales de gratitud, se ha visto en ella la cristalización de esta vida eucarística que hace latir el corazón de la Iglesia.

Hay en la Liturgia de la Misa un momento solemne que precede a la misma *Acción* o función sacrificial: es el *Prefacio*, oración solemnísimá, de subido lirismo, que sirve de preparación y prólogo al acto esencial del sacrificio; y en esta introducción al gran acto vital de la Iglesia el sacerdote, levantando al cielo las manos, le dice al pueblo: *¡¡ Sursum corda!!* Levantemos nuestros corazones: — *Habemus ad Dominum*, responde el pueblo: “Al Señor los hemos levantado”. — *Gratias agamus Domino Deo nostro*: “Demos gracias al Señor, Dios nuestro”. — “Es cosa digna y justa”, responde la asamblea. — “Sí: lo es; es cosa digna y justa, racional y saludable, que el hombre, siempre y en todas partes, dé gracias al Señor santo, al Padre Omnipotente, al Dios eterno”, dice el celebrante. Y luego, tomando el sacerdote en sus manos el pan y sustituyéndose a la persona de Cristo, “da gracias al Padre”: *Tibi gratias agens...* “Acción de gracias sobre el pan y el vino, las palabras de la institución, la fracción del pan y distribución del pan y del vino a los Apóstoles: tales son, dice Batiffol, las tres peripecias de la Cena en la historia evangélica: y estas tres peripecias van a ser exactamente reiteradas por la Liturgia”.

Y es cosa singular que Dios haya querido que el sacrificio de la Misa que es, como el de la Cruz, latréutico, propiciatorio y eucarístico, fuese denominado en la Liturgia, en la ciencia Sagrada, en el mismo lenguaje del pueblo, la *Eucaristía*; es decir, la *acción de gracias*, como queriendo significar que la Eucaristía es el corazón vivo de la Iglesia;

y que de él procede y en él se avalora hasta el infinito la acción de gracias que la humanidad le debe a Dios.

Porque todo acto eucarístico de la vida del hombre sería mezquino si Dios, como le da sus dones, no le hubiese dado la misma acción de gracias con que pagar la enorme deuda de gratitud que sobre él pesa.

¡Digna Eucaristía de Dios la Santa Misa! En ella se ofrece a Dios el Cuerpo inmolado y la Sangre santísima del mismo Dios. Más aún; en esta Hostia santa y en este Cáliz sagrado todo se sublima y se eleva a Dios: se han sublimado hasta los mismos elementos de la materia inorgánica, que por la acción vital de la planta se han transformado en materia viva; el pan y el vino, por la acción omnipotente de la palabra de Dios, se han transubstanciado en el Cuerpo y Sangre del Hombre-Dios; el alma humana de Cristo, la misma divinidad, se han asociado a un Cuerpo y Sangre a los que están inseparablemente unidos. Así, cuando el sacerdote toma en sus manos este pan vivo, y lo ofrece a Dios en acción de gracias, es el ritmo de una vida sublime el que se produce en el ara santa: vida de Dios, que lleva la energía a todo ser y a toda vida, y que en aquellos momentos se transforma en *Eucaristía* santísima, en acción de gracias substancial e infinita. Himno de gratitud a cuya armonía concurre, en cierta manera, toda la Creación, en el que entran las voces de todos los hombres, al que avalora hasta el infinito la voz del Dios humanado. Así como Jesucristo es el medio de donde fluye toda gracia del cielo, dice el Angélico, así es el centro adonde converge toda gratitud de la tierra; y los dones de Dios bajan a nosotros por el mismo camino por donde suben a Dios nuestras acciones de gracias: *Quod quidem est per Jesum Christum* (1).

(1) D. THOM. *Ad Rom. Lect.* 5.

Asistamos con corazón eucarístico al gran misterio de la Misa, y pidamos al Señor, con la Liturgia, la ciencia de “vivir siempre en acción de gracias”: *Ut in gratiarum semper actione maneamus* (1).

7. LA MISA Y LA EXPIACIÓN. — La vida humana, cuando exorbita de la voluntad divina, desata contra sí la cólera de su Hacedor. Para reentrar en la vida de amistad con Dios es necesaria la expiación o propiciación. Es esta no sólo un retroceso o rectificación en la vida de pecado, sino un acto vital positivo que aplaque la cólera de Dios; es decir, que mueva a Dios a quitar el obstáculo de su indignación, puesto por el pecado, y con ello a ser especialmente benévolo y benéfico con nosotros (2).

Tiene, por lo mismo, la expiación tres fases o aspectos: una que mira a Dios, haciéndonoslo *propicio*; una que mira al crimen, mancha del alma que se borra por la *expiación* propiamente dicha; y otra con relación a la pena, por la que tratamos de pagar o *satisfacer*, con actos contrarios al pecado. Propiciación, expiación y satisfacción, son una rectificación de la vida que se pliega sobre sí misma, ya que no para destruir lo que es indestructible, el hecho mismo de su desviación, a lo menos los múltiples efectos de orden espiritual que del desorden de la vida se originan.

Fuera del grosero mahometismo, no hay religión, entre todas las históricas, que no tenga sacrificios expiatorios. Como es de ley natural que el hombre adore y dé gracias a Dios, así ha venido a serlo la expiación sacrificial.

(1) *Missa in Domin. infra Oct. Ascens., Postcommunio.*

(2) Cfr. VIVA: *De Missæ Sacrif.*, q. 3.

Sobre toda la humanidad pesa la conciencia de un crimen primitivo que nos mancilló a todos, a más de las desviaciones personales de que está llena la vida de todos. Por ello, dondequiera que haya florecido la vida humana, allí se han levantado altares y se han ofrecido sacrificios de expiación.

Único altar donde la expiación fué absoluta es la Cruz. Sin la efusión de sangre no hay perdón de pecados: la efusión de la sangre de Dios en la Cruz debía tener fuerza remisiva para todo crimen. Fué la vida del Hombre-Dios, santísima, porque era la vida de Dios mismo, que se substituía a la vida mancillada de los hombres y, en derecho, nos introducía a todos de nuevo en la participación de la vida de Dios, porque “murió por todos”: *Pro omnibus mortuus est*. Era Jesús como un pecado vivo, substancial, en expresión recia del Apóstol: *Eum pro nobis peccatum fecit* (1). Su muerte, porque su vida era de valor infinito, debía ser propiciación máxima, expiación completa, satisfacción absoluta. Dios aplacado, borrado el crimen, pagada la deuda: he aquí la eficacia de la muerte de Dios en Cruz.

La Misa es la aplicación de la virtud *redentora* de la Cruz, dice el Concilio de Trento. En el mismo se fulminó anatema contra los que decían que la Misa era sólo sacrificio de adoración y acción de gracias, o pura conmemoración del sacrificio de la Cruz, pero no sacrificio expiatorio (2). Cada vez que se consuma este sacrificio, se consuma otra vez la obra de nuestra Redención; es decir, que los frutos abundantísimos, *uberrimi fructus*, de aquella Hostia cruenta, derivan al mundo por este sacrificio incruento (3).

(1) 2 COR. 5, 21.

(2) CONC. TRID., Sess. 22, cap. 1 y 2.

(3) CATECH. ROM., par. 7-8: *Missa in Dom. 9 Pent., secreta*.

El mismo Jesús reveló este carácter expiatorio del sacrificio eucarístico: "Ésta es mi Sangre, que será derramada "para la remisión de los pecados": *In remissionem peccatorum*".

Esto es asombroso. Dios podía fundar nuestra redención en el solo sacrificio eucarístico, sin morir. ¿No hubiese sido un acto vital del Hombre-Dios, y por lo mismo infinito, capaz de llevar la vida divina a todas las generaciones? ¿No hubiese sido un sacrificio tremendo, incomprensible, el sacrificio de un Dios que, más que humanarse, se reduce a la triste condición de aparecer una cosa insensible, pan y vino, sujeta a las veleidades de los hombres y a la fuerza ciega de los elementos?

Pero no: Jesucristo no se contentó con el sacrificio de la Última Cena, real, pero figurativo del sacrificio "futuro" de la Cruz, que debía consumarse el día siguiente. Logró la redención eterna, dando su vida "una sola vez", *semel* (1). La muerte de Cristo es la síntesis de su vida: la Cruz es la floración de toda su existencia: en la última palpitación de la vida de Cristo se condensa toda su virtud redentora. Y esta virtud, esta fuerza infinita, "comprada con el precio infinito de la sangre del Cordero de Dios, inmaculado e incontaminado" (2), la encerró Cristo en la Eucaristía, memorial del sacrificio "pretérito" de la Cruz, para que se "multiplicara" a través de los tiempos y en todo lugar: *In omni loco*. Es la redención que se "personaliza", si así puede decirse, por la aplicación de la Redención copiosa del Calvario.

Es esto un profundo misterio de la bondad y del poder de Dios que confunde nuestro nativo orgullo. Pero es una verdad céntrica de la doctrina cristiana y una ley fundamental del organismo a que pertenecemos. No hay religión

(1) HEBR. 10, 10, 14.

(2) I PETR. 1, 18-19.

sin función expiatoria: si la Misa no es sacrificio redentor ¿dónde está la hostia sangrienta que redima al pueblo escogido? ¿Diremos, con Lutero, que basta al mundo la Cruz o la simple conmemoración del sacrificio de Jesús? ¿Cómo, entonces, Jesús funda una religión sin esencia, porque la funda sin perpetuidad de sacrificio? Nuestra religión, que se pliega sobre la religión mosaica, como que es la realización perfecta de sus figuras, la floración histórica de sus tipos (1), ¿no deberá tener un sacrificio perenne, *juge sacrificium*, como lo fueron los de la antigua ley, sombra y dueño del grande y universal sacrificio del Nuevo Testamento? (2).

Pero hay, sobre esto, una razón perentoria de que en la Misa se ha condensado la vida de expiación del pueblo cristiano durante veinte siglos: es el carácter absolutamente histórico de nuestro rito sacrificial y su permanencia, a través de los siglos cristianos, como sacrificio de expiación. La Santa Misa fué instituída por el mismo Cristo, en ocasión solemne, “el día antes de morir”: *Pridie quam pateretur*; en forma categórica: “Haced esto”: *Hoc facite*; como sacrificio representativo de su muerte en Cruz: “Cada vez que hiciereis esto, “anunciaréis”, es decir, proclamaréis la muerte del Señor” (3); con la misma eficacia infinita de aquella oblación única, punto culminante de la historia humana y fuente de donde deriva toda Redención, desde el Paraíso hasta hoy. Si no tuviese esta eficacia, no serían reos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo los que comulgan en pecado, según frase tremenda del Apóstol; es decir, no matarían la Vida, cuanto es de su parte, haciéndola víctima de un crimen en el mismo punto donde se verifica la redención.

(1) HEBR. 10, 1.

(2) DAN. 8, 13: HEBR. 9, 24.

(3) 1 COR. 11, 26.

La tradición doctrinal de la expiación en la Misa es perenne y llena. "Cada año, dice Tertuliano, hacemos ofrendas por nuestros difuntos, rogamos por sus almas y pedimos su refrigerio" (1). "En otros tiempos, escribe san Ambrosio, se ofrecían corderos y cabritos; hoy Jesucristo, renovando su pasión, se ofrece como sacerdote para la remisión de nuestros pecados" (2). "Sacrificio de nuestra Redención", llama san Agustín a la Misa: *Sacrificium pretii nostri* (3). Desde la *Doctrina de los Apóstoles*, que contiene la Liturgia más antigua de la Iglesia, hasta la redacción definitiva de los Misales en los diversos ritos de la Iglesia católica; desde los Padres apostólicos hasta los grandes teólogos de la escolástica; de las fórmulas sencillas y categóricas de los escritores antiguos hasta las novísimas disquisiciones de la teología moderna alrededor de la doctrina definida por el Concilio de Trento, no hay una nota que disuene en esta creencia universal de la función expiatoria de nuestro sacrificio; no por su virtud autónoma, sino por la que deriva de los méritos redentores de Cristo crucificado. Al recorrer la historia de la Misa, y la literatura teológica y litúrgica sobre su valor expiatorio, diríamos que la práctica y la creencia del pueblo cristiano no son más que un comentario secular a las palabras de Jesús en la última Cena; "Éste es el cáliz de mi Sangre que será derramada en remisión de los pecados".

Pues bien; es imposible que, estando la tierra cuajada de millares de altares cristianos, y consumándose en ellos, todos los días, millares de veces, la inmolación, real y mística, del "Cordero de Dios que quita los pecados del mun-

(1) TERT. *De Corona Milit.*, c. 3.

(2) S. AMBROS. *De Offic.*, lib. 1, c. 48, n. 238

(3) S. AGUST. *Confess.*, lib. 9, c. 11.

do", no sea este sacrificio germen fecundo de vida cristiana. ¡Qué! ¿Así se prodigaría "la Sangre del Hijo de Dios que borra todo pecado" (1), sin raer de la tierra el crimen, muerte de los espíritus? La sangre de toros y machos de cabrio, dice san Pablo, purificaba a los judíos de los crímenes legales; y esta Sangre divina, antitipo de aquello "¿no nos purificará de las obras de la muerte, a nosotros que hemos de servir al Dios vivo?" (2). El Cuerpo de Cristo, inmolado en la Cruz, fué el gaje de nuestra reconciliación con Dios, matándose en él la enemistad que nos causaba la muerte: *Interficiens inimicitias in semetipso* (3); y sobre los altares cristianos, ante la Víctima propiciatoria, idéntica a la Víctima de la Cruz ¿no se obrará la reconciliación del hombre con Dios?

Y ¡qué abundosas las aguas de vida que brotan de nuestros altares! Los vivos y los difuntos reciben la irrigación sagrada de estas aguas vivas. Pecados, penas, satisfacciones, necesidades de la vida del cuerpo y del espíritu; todo halla en la Santa Misa inagotable tesoros de vida divina. Y en los ríos de gracia que de los altares derivan, halla el mundo la limpieza de sus culpas, el alivio de las penas por ellas merecidas, un complemento a sus mezquinas satisfacciones, un aumento de vida por el aumento de gracia, solaz en las lobrequeces del destierro y remedio a los males que nos disputan la pacífica posesión de la vida del cuerpo y del espíritu: "Si dijere alguien que el sacrificio de la Misa sólo aprovecha al que comulga, y que no debe ofrecerse por los vivos y difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y demás necesidades, sea excomulgado" (4).

(1) 1 IOH. 1, 7.

(2) HEBR. 10, 13-14.

(3) EPH. 2. 16.

(4) CONC. TRID. sess. 22, cap. 9.

Ya puntualizaremos, al tratar de LA EUCARISTÍA Y EL PECADO, los efectos del Sacrificio y del Sacramento sobre nuestra vida en orden al pecado y a sus anejos. Baste ahora insinuar los conceptos generales de la doctrina católica en este punto. Si la Misa es el mismo sacrificio de la Cruz, con un valor de propiciación equivalente, ¿podrá el sacerdote presentarse ante el trono de Dios, como Jesucristo a quien representa, y exigirle que borre el pagaré en que se acreditan nuestras deudas, *delens quod adversum nos erat chirographum decreti?* (1). No; jamás ha sido éste el senar de la Iglesia. La Misa no confiere su gracia y su virtud como los sacramentos, *ex opere operato*, es decir, por la simple realización del rito sacrificial. Ella no es un instrumento “eficiente” de la gracia, sino un medio con que nos “aplicamos” la virtud redentora del sacrificio de la Cruz. No da la Misa la “justificación”, es decir, no borra directamente al pecado por la infusión de la caridad, vida del alma. Su eficacia consiste en alcanzar de Dios, por la Sangre de su Cristo, la gracia sobrenatural, actual, que nos empuje a la consecución de la vida divina, si carecemos de ella, y nos logra una mayor intensidad, si ya vivimos en unión de caridad con Dios. He aquí por qué los efectos de la Misa son limitados: los limita la voluntad de Dios, y, sobre todo, la miseria nativa de nuestra condición humana que, con la imperfección de su ofrenda, represa la vida divina sobre nuestros altares.

Pero, tratándose de la Misa, siempre serán una hermosa realidad las palabras de Zacarías: “Pondré una fuente accesible a la casa de David y a todos los habitantes de Jerusalén, para la remisión de todo crimen” (2).

Aquí, en esta fuente, “puede el hombre alcanzar el per-

(1) COL. 2, 14.

(2) ZACH. 13, 1.

dón de sus crímenes, aun los más atroces. Aplacado Dios por esta ofrenda, le concederá la gracia y el don de la penitencia", principio de la justificación (1).

Aquí se borra el pecado venial, no por la acción inmediata de la Misa, sino porque su virtud de impetración nos alcanza amor y contrición, por cuyos actos se evitan o se lavan estas manchas cotidianas que atenúan en nosotros los ardores de la caridad, de la que el pecado venial, dice santo Tomás, es irreconciliable enemigo.

Aquí tenemos un omnipotente instrumento de perdón de nuestras deudas. Todo pecado tiene su razón de culpa y su reato de pena: borrada la culpa por la caridad, queda aún enorme deuda de pena temporal que pagar a Dios. La Misa es un tesoro infinito y una oración excelentísima: tesoro con que podemos pagar a Dios las propias deudas; oración con que podemos impetrar la remisión de la pena debida a los pecados. Y este fruto de satisfacción se obtiene siempre y por la acción directa del mismo sacrificio, porque es inherente al mismo. "De igual manera que la obra, en cuanto es meritoria, da por sí misma y directamente cierto derecho a la gloria y al aumento de gracia, así, en cuanto es satisfactoria, debe por sí misma y directamente extinguir o reducir la deuda. Por ello es que la Misa cancela, en todo o en parte, la pena temporal debida por el pecado" (2).

¡Oh, qué necio es el hombre! Dios ha llenado la tierra de altares cristianos como ha sembrado de estrellas la bóveda del cielo. Como ellas son el encanto de una noche serena, así tus altares, mi Dios, debieran encantar la inteligencia y el corazón de los hombres. Tú has puesto en ellos

(1) CONC. TRID. sess. 22, cap. 2.

(2) Cfr. FRANZELIN: *De Eucharis. ut sacrificio*, *Thes. 12*: HUGON: *La Sainte Euch.*, p. 339.

“la propiciación por la fe en la sangre de Jesús” (1): la propiciación de Dios, “que da la vida sobrenatural a los hombres”: *Ut vivamus per eum... misit Filium suum propitiationem pro peccatis nostris* (2).

Pero los hombres huyen de tus altares, oh Dios. La voz del sacerdote sacrificador resuena mil veces bajo las bóvedas del templo vacío; y las aguas de la vida no corren por el mundo, porque no hay quien las derive del altar. ¡Pueblos degenerados los de hoy, que en el desamparo en que han dejado el sacrificio vivificador, tal vez en el ensañamiento estúpido contra Dios, su Cristo y sus sacerdotes, se condenan, en suicidio incomprensible, a la muerte de su impotencia, o a la que les acarrea a las naciones la maldición de Dios, cuando le niegan lugar y tiempo para sus sacrificios: “No me ofreciste el cordero del holocausto, ni me embriagaste con el perfume de la grasa de tus víctimas... a Mí, que borro tus crímenes por mi bondad...; por ello entregaré a la ruina a Jacob, y al ludibrio a Israel” (3).

8. LA MISA Y LA IMPETRACIÓN. — La vida cristiana está llena de necesidades de todo orden. Cada uno de nosotros puede decir, en el orden natural como en el sobrenatural: “Señor, soy un indigente y pobre”: *Vide quoniam inops et pauper ego sum* (4). La oración, en el sentido de petición u obsecración, es el medio normal de implorar el socorro que debe venirnos de Dios, llamando a las entrañas de su misericordia y apelando a los tesoros de su poder y de sus dones.

La oración es acto profundamente vital: es el pensamiento y la libertad del hombre que apelan a la magnifi-

(1) ROM. 3, 25.

(2) 1 IOH. 4, 9-10.

(3) IS. 43, 23 sigs.

(4) PS. 85, 1.

cencia y a la bondad de Dios, y le llaman para que intervenga en nuestra propia vida, y se prestan a la colaboración con Dios, Vida de las vidas, en nuestra misma vida.

Jesús, en su vida mortal, cumplió con esta ley de la plegaria, que es, en cierta manera, el medio por el que Dios quiere se comuniquen su vida al mundo. Él, que vino para que la tuviésemos, y la tuviésemos abundante, no sólo insistió repetidas veces en la enseñanza y en las exhortaciones a la oración, como es de ver en casi todas las páginas del Evangelio, sino que Él mismo oró con frecuencia. Cumplió, como buen judío, el precepto de la plegaria ritual, en la casa, en la sinagoga, en el templo, y “pasaba las noches en oración a Dios”; “Iba al monte, solo a orar” (1).

La oración del huerto nos da la sensación de la humildad, constancia y abnegación de la oración de Jesús. El sacrificio de la Cruz no es sólo una hostia de alabanza, un holocausto eucarístico y una inmolación *pro peccato*: es función soberana de oración. Oran en ella el Corazón y los labios de Cristo, rezando salmos, acomodando su plegaria a las circunstancias del momento. Oran sus brazos abiertos: Orante divino que, mejor que Moisés, hace bajar sobre la tierra la salvación de su pueblo. Ora por las llagas abiertas de su cuerpo, de las que chorrea aquella Sangre “de voz más elocuente que la de Abel”. Y no se ha acabado con ella la vida de súplica de Jesús: sentado a la diestra del Padre, “vive siempre intercediendo por nosotros” (2).

La Misa es como la síntesis de la plegaria de Jesús: es la oración primordial de la Iglesia; es la función vital en que se juntan el pensamiento y la libertad y la vida entera de Jesús al pensamiento y libertad de sus hijos y de la Iglesia, para impetrar del Padre los dones de la vida divi-

(1) Lc. 6, 12; Mc. 6, 46; Lc. 9, 28.

(2) HEBR. 7, 25.

na para el mundo. Oración humildísima, más, si cabe, que la que ofreció Jesús en las tremendas humillaciones de la Cruz; porque allí, como dice santo Tomás, la divinidad sola estaba escondida, pero aquí se oculta hasta la humanidad de Jesús. Oración perseverante, que no cesa jamás, porque la Hostia divina se ofrece en todo lugar y en todo tiempo. Oración pública y universal que la Esposa de Cristo, cuerpo místico de su Cabeza, dirige al Padre en nombre de toda la raza de los redimidos. Oración que no importa defecto de poder en el Cristo orante, sino que es una simple representación hecha al Padre por Jesús de lo que quiere se conceda a los hombres; y que es tanto más eficaz en el Santo Sacrificio cuanto se reduce el Señor en él a un estado más humilde. Oración que no puede menos que hacer violencia al cielo, por el valor infinito del Sacrificio y por la infinita dignidad y santidad del Pontífice que formula la plegaria.

Por ello la Misa es la oración clásica del cristiano; es ella la única voz capaz de responder a nuestras necesidades multiformes. "Por el Sacrificio del Altar podemos pedir y obtener no sólo los dones sobrenaturales y las gracias de salvación propiamente dichas, sino las bendiciones y beneficios de orden natural. En el altar hallamos cada día poderosos recursos para vencer las tentaciones, para practicar las buenas obras, para progresar en el camino de la virtud, para perseverar en la vida de la gracia. Nuestro Misal contiene oraciones para las necesidades más diversas; necesidades de todo género: lluvia, tiempo favorable, perdón de los pecados, castidad, humildad, caridad, paciencia. Todas estas plegarias hallan eficaz apoyo en el sacrificio de la Misa. La eficacia del sacrificio es tan universal como la de la plegaria (1).

(1) GIHR: *L'Eucharistie*, p. 358.

El sacrificio de la Misa es el punto céntrico de la vida de oración de la Iglesia. Toda la Liturgia converge en el altar, todas sus aspiraciones las deposita la Madre Iglesia en manos del sacerdote celebrante; toda palpitación de su vida halla resonancia en esta *Acción* que, como es fuente inagotable de vida para la Iglesia, así es la voz secular de su plegaria.

¡Oremus! Dice en la Misa repetidas veces el sacerdote: “Oremos”. Es Cristo que nos invita por su representante a orar con Él. En la antigua liturgia era todo el pueblo que de pie, o de rodillas, o postrado en el suelo, según las solemnidades, seguía las preces sacerdotales, que no hacían más que recoger las aspiraciones de la asamblea; y al terminar el sacerdote, respondía el pueblo, con gran clamor, con aquel *Amen* que, en expresión de san Jerónimo, resonaba como un trueno en nuestros templos. ¡Qué fuerza la de aquella plegaria pública, hecha con Jesús, vivo en el pueblo como el pueblo vivía en Él, en el momento de la inmolación de Jesús; en que después de haber el pueblo juntado sus aspiraciones a las de Jesús, la gloria del Padre, la vida de la Iglesia, la extensión de su reino, el perdón de los crímenes, pedía el pueblo para sus reyes y obispos, para la paz y la guerra, para los herejes e impíos, para los pobres y enfermos, para las necesidades locales y personales! Entonces podía decir el pueblo las palabras de Jesús: “Señor, yo sé que siempre me oyes”, porque la oración del pueblo era depositada en el Corazón de Jesús Víctima, y a Jesús el Padre siempre le oye.

Jesús les decía un día a sus discípulos: “Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá” (1). Lo

(1) Mt. 7. 7.

mismo nos dice desde nuestros altares. Por esta mi Sangre, la misma del Calvario; por estas mis llagas, por las que saliera un día mi vida; por este mi Corazón, que latió en mi vida mortal en ansias de darla al mundo; por esta mi muerte, que místicamente se reproduce sobre estos blancos lienzos, símbolos de la envoltura de mi Cuerpo en el sepulcro; por mi vida, que os ofrezco cada día millares de veces, pedid la vida; la vida en su acepción más amplia: la vida del cuerpo y la del espíritu; la natural y la sobrenatural; la de la tierra y la del cielo, con todos los bienes que a toda vida acompañan.

Y ¿por qué no, si el sacrificio de la Misa es impetratorio de cualesquiera beneficios que de Dios vienen: *Sacrificium Missæ est impetratorium cujuscumque beneficiorum Dei* (1); si por este sacrificio incruento se nos proporcionan en forma ubérrima, dice el Tridentino, los ubérrimos frutos de la Cruz: *Uberrime percipiuntur...*?

CAPÍTULO IV

LA EUCARISTÍA, PAN DE VIDA CRISTIANA COMO MANDUCACIÓN SACRIFICIAL

SUMARIO

1. SACRIFICIO Y COMUNIÓN. — *La comunión, rito fundamental de todas las religiones. — Elevación universal del rito religioso por el Cristianismo. — Excelstitud de nuestra Comunión sacrificial.*

2. “EL PAN QUE YO OS DARÉ ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO” (Ioh. 6, 52). — *La Gran Cena, de Jesús. — La carne, en la Biblia y en la promesa de Jesús. — El Cuerpo del Señor. — El pensamiento de Jesús al instituir la Comunión: incorporar al hombre a su propia vida. — Transfusión de la vida cristiana por la manducación sacramental. — Trascendencia, en nuestra religión, de este pensamiento de Jesús.*

3. VIVIFICACIÓN DEL ESPÍRITU POR LA MANDUCACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO. — *La Carne vivificativa. — Tertuliano, el Concilio de Efeso, santo Tomás. — Dos clases de Comunión: Sacramental y espiritual.*

4. “YO VINE PARA QUE TUVIESEN VIDA ABUNDANTE...” (Ioh. 10, 10). — *Gracia y vida divina: su equivalencia. — La Eucaristía da abundancia de vida porque da abundancia de gracia. — Da la Eucaristía más gracia que los demás sacramentos? — Razones en pro de la afirmativa.*

5. LA EUCARISTÍA Y LAS LEYES DE LA BIOLOGÍA SOBRENATURAL. — *Principio fundamental: inversión, en la manducación eucarística, de la ley biológica de asimilación.* — *Analogías, según santo Tomás, entre los efectos de la manducación ordinaria y de la eucarística.* — *La Eucaristía, a) SUSTENTA la vida sobrenatural. — Es el pan del alma. — Es pan de unión con la Vida: b) DESARROLLA la vida sobrenatural. — Ésta no conoce la ley del retroceso. — Invitaciones, en los escritos apostólicos, al crecimiento en Cristo. — Santo Tomás y la doctrina del crecimiento espiritual por la Comunión. — La Eucaristía, sacramento de plenitud de vida. — La liturgia de la Misa. — La Eucaristía, sacramento de la caridad: c) REHACE la vida sobrenatural. — La vida sobrenatural y sus desgastes. — La Comunión y las gracias actuales. — La Comunión, remedio del pecado venial. — Sentido de refección que aparece en las oraciones Postcomunio, de la Misa: d) DELEITA la vida sobrenatural. — El banquete eucarístico, en la profecía y en la historia. — El vino, representativo del placer. — Razón teológica. — La liturgia de la fiesta del Corpus.*

6. LA EUCARISTÍA Y LAS LEYES DE LA PSICOLOGÍA SOBRENATURAL. — *Analogía entre la vida sobrenatural y la natural. — Multiplicidad de los principios operativos en ambas. — Las virtudes teologales. — Los Dones del Espíritu Santo. — La Eucaristía da la plenitud a nuestro ser sobrenatural. — La Eucaristía y las potencias de la vida sobrenatural; las virtudes infusas. — La Eucaristía y las reservas de la vida sobrenatural: los Dones. — La Comunión como acto meritorio. — La caridad en la vida divina del hombre. — Resumen y conclusión.*

Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me.

Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo a causa del Padre; así, quien me come también vivirá a causa de Mí.

(Ioh. 6, 58.)

I. SACRIFICIO Y COMUNIÓN. — Uno de los ritos fundamentales que se hallan en todas las religiones, como el hecho mismo del sacrificio y el derramamiento de sangre, es la comunión, es decir, la participación común en un banquete, complemento del sacrificio, en el que los comensales o partícipes de la inmolación comen los manjares sagrados que han servido para la ofrenda sacrificial, con cuyo acto comunican con la divinidad. “No hay duda, dice Pellisson, que todas las falsas religiones derivan de la verdadera, y los sacrificios del paganismo, de los sacrificios ordenados a los primeros hombres, de los que Abel y Caín nos ofrecen el ejemplo; sacrificios que no eran más que la sombra de un gran sacrificio en el que Dios debía inmolarsé por nosotros. En toda la tierra se comía la carne de las víctimas; en todas las naciones el sacrificio, que terminaba en una comida, era mirado como un festín solemne del hombre con Dios. De donde viene que se lee con tanta frecuencia, en los antiguos poetas paganos, “el festín de Júpiter”, “los manjares de Neptuno”, para significar las víctimas de las cuales se comía después de haber sido inmoladas a estas falsas divinidades. Y si los judíos ofrecían holocaustos, es decir, sacrificios en los que la víctima era totalmente quemada en honor de Dios, se los acompañaba de la ofrenda de una golosina, a fin de que en estos mismos sacrificios

hubiese algo que comer para el hombre" (1). Así el espíritu y la misma vida de la divinidad, de la que estaban como impregnados los manjares que habían servido para el sacrificio, se comunicaban a los comensales, que en cierta manera eran elevados al consorcio de Dios (2).

La religión cristiana lo ha elevado todo: dogma y moral, sacerdocio y culto. El sacrificio, función la más vital del culto social en todas las religiones, debía ser en el Cristianismo soberanamente elevado en todos sus elementos. Y lo ha sido en la oración, base de todo sacrificio, que es lo más alto y puro que ha salido jamás de pensamiento y corazón humano: en la misma víctima, que es substancialmente divina, por la unión personal de Dios y el hombre en el Hombre-Dios que se inmola; en la ofrenda, pura, inmaculada universal, el pan y el vino, "primicias de los alimentos y símbolos de la vida", como les llama Gerbet, que han sido materia de la ofrenda en la mayor parte de las religiones, y de los que en el sacrificio cristiano no queda más que un velo, debajo del cual se esconde el Verbo de Dios, pan sobresubstancial de nuestros espíritus; en la misma inmolación, que ya no es cruenta, ruidosa, repugnante, como en los viejos sacrificios, sino mística, con las realidades tremendas de la muerte de un Dios, que reproduce; pero con todos los caracteres de una hostia pacífica.

Pero en la comunión sacrificial, en la participación de la víctima como manjar, elemento común del sacrificio en todas las religiones, es donde ha rayado más alto la restau-

(1) PÉLISSON: *Traité de l'Eucharistie*, pág. 182. Cfr. GERBERT: *Considerations sur le dogme de l'Eucharistie*, pág. 21, donde se hallarán descritos los ritos y fórmulas de la comunión en gran número de religiones falsas, algunos de ellos con raras semejanzas con nuestra comunión eucarística.

(2) Cfr. HUBY: *Christus*, págs. 67, 490.

ración cristiana del sacrificio y de la vida religiosa. Porque la Eucaristía, cuya recepción es la verdadera manducación sacrificial de la religión cristiana, ya no es sólo el vino de la felicidad de la religión de los chinos, que promete a sus partícipes los favores de Confucio; ni el pan sagrado de los persas, que aleja la muerte; ni las libaciones de griegos y romanos, que eran vínculo de concordia entre los pueblos por la participación del mismo sacrificio ofrecido a divinidades fermentidas; sino que nuestra Comunión eucarística es la real manducación del Hombre-Dios; la comunicación más íntima que puede darse, después de la unión beatífica, entre el hombre y la substancia del Verbo de Dios; la unión más estrecha posible en el orden vital, después de la unión substancial, entre la vida de Dios y la vida del hombre. La Comunión cristiana eleva y satisface las ansias que ha sentido la humanidad de todos los siglos de unirse a Dios, de vivir la vida misma de Dios; porque no sólo es gaje de los favores divinos y mística lazada del alma con el Ser supremo, sino unión real con Dios, cuando la Comunión es legítima, en la forma simbólica de la manducación, con eficacia decisiva en orden a la participación de la misma vida de Dios.

Sentemos el hecho de esta verdad, consoladora y tremenda, y expliquemos los efectos generales de la Comunión eucarística en orden a la vida divina en el hombre.

2. “EL PAN QUE YO OS DARÉ ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO” (1).—Son estas palabras de Jesús, pronunciadas en el discurso de la promesa de la Eucaristía, las que concretan mejor la maravillosa invención del Hijo de Dios para dar al hombre su propia vida por medio de un

(1) ION. 6, 52.

manjar de orden corporal. Equivalen a éstas: "Mi carne es el pan que yo daré a los hombres en comida para que vivan la vida de Dios".

Había prometido Jesús una gran cena: *Homo quidam fecit cœnam magnam* (1). Este hombre era el mismo Jesús, Dios y hombre verdadero: lo revelan las palabras con que termina la parábola: "Os digo, en verdad, que ninguno de aquellos hombres gustará *mi cena*". En el sermón de Cafarnaum, del que están tomadas las palabras del epígrafe, Jesús concreta la naturaleza del manjar que servirá en su cena: dará en comida su propia carne. Más tarde, cuando en realidad celebre la gran Cena, dará de hecho a sus discípulos su propia carne y mandará que la coman: "Tomad y comed: esto es mi Cuerpo".

Entremos un momento en el pensamiento de Cristo y veamos, a la luz de la teología y de la exégesis, cómo la Eucaristía es el alimento de la vida divina de los hombres.

"Carne", en el lenguaje bíblico, es el equivalente de "hombre" de humanidad, en el sentido personal y concreto: "No temeré lo que me haga la carne", decía David (2): "Calle toda carne ante la faz del Señor", gritaba Zacarías (3): "Toda carne verá la salvación de Dios", predicaba el Bautista (4): y san Juan anunciaba al mundo la gran nueva de la *encarnación* del Verbo, es decir, de la *humanización* de Dios, con las famosas palabras: *Et Verbum caro factum est*: "Y el Verbo se hizo carne" (5).

Pero el hombre entero, hasta en la hipótesis de la grosera antropofagia, no puede ser comido; tiene un alma es-

(1) Lc. 14, 16.

(2) Ps. 55, 5.

(3) ZACH. 2, 13.

(4) Lc. 3, 6.

(5) IOH. 1, 14.

piritual, y los espíritus no se comen; sólo el cuerpo puede ser objeto de manducación corporal. "Mi carne", pues, en el lenguaje de Jesús, equivale a "mi Cuerpo". De hecho, cuando comulga por primera vez a sus discípulos, no les da más que el cuerpo: "Esto es mi Cuerpo". San Pablo, hablando de la comunión eucarística de los primeros cristianos, les dice que no discernen "el Cuerpo del Señor": *Corpus Domini*. Cuando el sacerdote nos presenta la Santa Eucaristía en el acto de la Comunión, nos dice: "Que el *Cuerpo* del Señor guarde tu alma..." La fiesta eucarística por antonomasia es la Fiesta del *Cuerpo* del Señor: *Festum Corporis Domini*: "El Cuerpo", *Corpus*, como en gráfica metonimia decimos en español.

Jesús, pues, nos da su Cuerpo como pan; es decir, nos lo da para que lo comamos como pan. El pan es el alimento más universal y más completo; la denominación de pan que se da al cuerpo de Cristo es simbólica: como el pan es el alimento normal del hombre en su vida física, así el Cuerpo de Cristo será el alimento normal de la vida para la que Dios lo da.

Y aquí se descubre el pensamiento de Cristo. Él había venido al mundo para darnos la vida de Dios. No hay necesidad de insistir en un concepto ya desarrollado y que es elemental en el hecho y en la teología del Cristianismo. Por ello se encarnó el Verbo, llenando substancialmente de la vida de Dios a la humanidad santísima de Jesús. Por ello murió el Verbo humanado, para que su muerte fuese el precio de la vida del mundo.

Pero esto no bastaba. No era la humanidad, tomada en su conjunto, la que había muerto a la vida de Dios: eran los hombres, uno a uno, los muertos por el pecado: la deuda era universal; pero cada uno de los hombres era deudor. Como el hecho de la solidaridad en la muerte espiritual se

había consumado por la incorporación, si así vale decirlo, de los hombres al pecado, a medida que venían a la vida; así el hecho de la solidaridad en la vida sobrenatural debía venir por la incorporación de cada uno de los hombres a la santísima vida del mismo Dios. Es la gran verdad que expresaba san Agustín con frase inmortal: *Qui vult vivere, habet ubi vivat, habet unde vivat: accedat, credat: incorporetur vivificetur*: "Quien quiere vivir, tiene donde vivir, tiene de donde vivir: acérquese y crea; incorpórese, para ser vivificado" (1).

Ahí tiene fijo su pensamiento Jesús cuando dice que su carne es el pan de la vida del mundo: a dar su Cuerpo en comida a cada uno de sus hijos para consumir la Redención en cada una de las almas y hacerlas vivir a la vida de Dios. La Comunión eucarística es como la última etapa de la obra vivificadora de Jesús. El Verbo se encarna, no para encarnarse, sino para morir; y muere el Verbo encarnado, no para morir, sino para que la vida lograda por su muerte llegue a las mismas entrañas de cada uno de los hombres por la manducación de su Cuerpo.

Tan trascendental es, en el pensamiento de Jesús y en la vida cristiana, el hecho de la ingestión de la vida divina por la ingestión del Cuerpo del Hombre-Dios, que Jesús hace de su carne y sangre comida y bebida de los hombres, conminándoles, si no la comen y beben, la muerte del espíritu: "Mi carne es, en realidad, comida; y mi sangre es realmente bebida". Los que coman su carne y beban su sangre, tendrán vida eterna; pero no la tendrán, y en afirmarlo es categórico, rotundo, enfático, Cristo Jesús, aquellos que no comieren su carne ni bebieren su sangre: "En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del

(1) S. AUG. *In Evangel. Ioh. Trac. 26, 13.*

Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros (1). Es Jesús vivo, con la misma vida de Dios, que salta del seno del Padre al pesebre de Belén, de Belén al Calvario y del Calvario al pecho de cada uno de los hombres, para extirpar la muerte en su misma raíz y llevar, con la comida de su Cuerpo, la vida misma de Dios a nuestro espíritu: "Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por Mí." (2).

Tal deberá ser la creencia y el hecho capitalísimo en la religión de Jesús. Acto fundamental de la misma será el sacrificio del Hijo de Dios hecho hombre; pero en la idea y en el hecho del sacrificio, y como condición para lograr las frutos de vida que del mismo derivan, irá envuelta la idea y el hecho de la manducación de la carne sacrificada del Hijo de Dios. Al prometernos en comida la carne que dará la vida al mundo, dice Knabenbauer, afirma Jesús a la vez el hecho del Sacrificio y de la Comunión. Se nos da la carne de Jesús en comida después de su muerte, para que se vea la relación que hay entre la Eucaristía y la Cruz. De la Cruz brota la vida: la Comunión sacrificial es la que deriva a cada uno de nosotros la vida de Dios (3).

3. VIVIFICACIÓN DEL ESPÍRITU POR LA MANDUCACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO. — ¿Cómo se opera la maravilla de la transfusión de la vida divina, espiritual, sobrenatural, por una función de orden fisiológico y natural, como es la manducación? ¿Qué equivalencia hay entre la comestión de un Cuerpo y la vivificación del espíritu?

Nos hallamos aquí en plena teoría y en vivísima eficacia del Sacramento. Dios ha querido que la materia, en de-

(1) IOH. 6, 54, 56.

(2) *Ibid.* v. 58.

(3) Cfr. KNABENBAUER: *In Ioh.* p. 244.

terminadas condiciones por su Cristo estatuidas, fuese vehículo de vida divina para nuestras almas. El agua del Bautismo, lava el alma de una mancha espiritual; el aceite de la Confirmación y de la Unción fortifica el espíritu con la infusión de gracias especiales de Dios que la acompañan. El pan y el vino consagrados, más que otra materia de los demás sacramentos, porque es el *Santísimo Sacramento*, debe llevar al alma la vida de Dios bajo una forma especial. Es la gracia o la vida de nutrición, *gratia cibans*, como la llaman los teólogos. Tertuliano tiene una frase robusta, gráfica, para concretar este efecto de la Eucaristía en nuestro espíritu: "Nuestra carne, dice, se nutre del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, para que el alma se sacie, se cebe de Dios": *Ut anima de Deo saginetur* (1).

Es que "la carne del Señor, usando una frase del Concilio de Efeso, es vivificatriz, porque se ha hecho propia del Verbo, capaz de vivificarlo todo. " (2). Pudo Dios sin intermediario, por un acto de su voluntad, comunicarnos su vida, como pudo redimirnos sin el instrumento de la Humanidad del Verbo. Pero no quiso: se acomodó a la miseria de nuestra naturaleza, carne y espíritu, para que, puesta en contacto nuestra materia con la que se dignó escoger como vehículo de su vida divina, llegara la vida de Dios hasta los senos de nuestra alma.

Santo Tomás concreta repetidas veces, con la precisión y fuerza de costumbre, este pensamiento, que es como la base doctrinal de la eficacia vivificadora del Sacramento: "La Pasión de Cristo, aunque corporal, tiene, no obstante, eficacia espiritual procedente de la divinidad a la que su carne está unida como instrumento..." "El Verbo, en cuanto desde el principio era Dios, vivifica las almas como agente

(1) TERT. *De resurrect. car.*, 8.

(2) CONC. EPH. Canon II.

principal; pero su carne y los misterios en ella realizados obran instrumentalmente en orden a la vida del alma." (1).

Esto por lo que atañe al elemento que podríamos llamar "objetivo" de la Comunión, que es el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor. Jesús ha encerrado su carne, *Caro mea*, bajo las especies sacramentales, en la forma que ya veremos; y esta Carne lleva una fuerza vivificadora en el orden espiritual sobrenatural, porque es la Carne sacratísima del mismo Verbo de Dios, quien usa de ella como instrumento vivificador de quienes la comen.

Pero la manducación eucarística, como en la ordinaria, no basta la excelencia del bocado para que su substancia aproveche; se requiere que el elemento "subjetivo", el que come, esté dispuesto para las funciones de nutrición y asimilación. ¿Cómo el espíritu del hombre se asimila, mediante una función fisiológica como es la manducación, la vida de Dios que se esconde en la Carne de Dios?

La condición fundamental es que el hombre sea capaz de recibir el Sacramento como tal, y basta para ello ser bautizado; un infiel que se acercara a la Comunión no recibiría el Sacramento, dice el Angélico, porque no tomaría la Hostia sino como un simple manjar (2).

A la condición esencial del Bautismo se añade otra: la de la unión espiritual entre Dios y el hombre. La manducación material, fisiológica, del Cuerpo de Cristo es condición indispensable, pero no suficiente para la vivificación del espíritu. Hay una Comunión que da la vida y otra que da la muerte. "Quien me come, vive por causa de Mí, y en estas palabras de Cristo se señala la forma espiritual de la manducación, dice san Buenaventura; pero el que come

(1) D. THOM. *Summ Theol.* 3. 49, 1, ad 2: 3, 62, 5, ad 1.

(2) *Summ. Theol.* 3, 80, 3 ad 2.

indignamente, según el Apóstol, come su propio juicio, y aquí se señala un modo distinto de comer, que no es espiritual; luego la manducación del Cuerpo de Cristo es múltiple." (1).

Así lo entendió siempre la tradición católica: "Hay una manducación sacramental, por la que se recibe sólo el Sacramento, sin su efecto; y una espiritual, por la cual percibe el hombre el efecto de este Sacramento, por el que se une espiritualmente con Cristo por la fe y la caridad." (2). La primera, la sacramental, es camino y condición necesaria para la espiritual: es el contacto físico de las especies de pan con el cuerpo del hombre que las recibe en comida, y junto con ellas el Cuerpo de Cristo que en ellas se esconde, sin que haya contacto propiamente dicho entre la carne de quien comulga y la Carne de Cristo, por razones que se dirán. Esta simple comunión material se llama impropriamente comunión, o "común unión", porque en realidad no es más que una "conjunción" o "indistancia" entre Cristo y el que comulga (3). Antes al contrario: si a esta comunión o contacto mecánico de las sagradas especies con la carne del comulgante no acompaña la comunión espiritual, y ello es debido a indignidad del sujeto, el efecto producido es opuesto a la comunión: es una mayor separación: es comunicación de muerte, en vez de serlo de vida divina.

Lo que en esta sagrada manducación vivifica sobrenaturalmente al hombre es la comunión espiritual con Cristo, que debe acompañar a la sacramental: "Por parte del comulgante se requiere el deseo de unión con Cristo, lo que realiza el amor." (4). El amor es el que hizo venir del cielo a

(1) S. BONAV. 4, d. 9, 2. 1, q. 1.

(2) D. THOM. *Summ. Theol.*, 3, 80, a. 1.

(3) Cfr. SALMANT. Disp. 10, dub. 1, a. 10.

(4) D. THOM. In 4, dist. 12, q. 3, a. 1, sol. 2.

la tierra al Hijo de Dios, el que le hace entrar en el pecho del comulgante para unirse a él, *ad omnimodam unionem*: así es el amor el que debe llevar al comulgante a unirse con Cristo. A través de los velos eucarísticos y de la carne del que comulga, busca Cristo el espíritu del hombre: a través de una función material y de las especies sacramentales debe ir el hombre en busca de Cristo. Y al encontrarse el espíritu del hombre con Cristo por la fe, el deseo y el amor, es cuando el Sacramento hace su "cosa", como dicen los teólogos, es decir, produce su efecto, que es la unión, la adunación del hombre con Cristo, y la consiguiente vivificación del espíritu del hombre por el espíritu de Cristo. El Cuerpo de Cristo ha sido el vehículo que ha llevado la vida de Dios hasta el pecho del comulgante: la manducación de este Cuerpo y el deseo de unirse a Cristo, es decir, la comunión, sacramental y espiritual al mismo tiempo, es la que, por parte del hombre, ha establecido el contacto con la vida de Dios, que pasa a vivificar el espíritu del hombre según la medida de la fe, del deseo y el amor.

¡Carne santísima de Cristo! Sois el Pan de la vida sobrenatural del mundo. Si el agua del Bautismo, desposada con el Espíritu Santo, es capaz de dar la vida divina al hombre: si el Oleo santo aumenta su vigor espiritual, ¿qué no haréis vos, Carne de mi Dios, hipostáticamente unida al Verbo, vida substancial de Dios?

¡Oh, Jesús! Sobre los altares de vuestro Sacrificio habéis puesto vuestro Cuerpo, y habéis dicho: "Tomad y comed." Es que en vuestra carne se obró la resurrección espiritual del mundo. El mundo vive vida divina por vuestra Carne, por vuestro Cuerpo; porque en él sostuvo vuestra divinidad la Pasión salvadora. ¡Y ahora nos lo dais todo en Pan de vida divina, Cuerpo y virtud vivificadora

de vuestra Pasión, para que lo comamos! Haced que lo comamos bien: que en el bocado de vuestro Cuerpo santísimo busque nuestro espíritu al vuestro, y a él se aglutine: y que la vida de Dios, de la que vuestra Carne es vehículo, entre en mi pobre espíritu para vivificarlo en Vos: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

“YO VINE PARA QUE TUVIESEN VIDA ABUNDANTE”.—El Cuerpo de Cristo, es decir, la Santísima Eucaristía, es el pan de la vida sobrenatural. ¿En qué medida nos la da?

En la misma medida con que nos da la gracia. “La gracia de Dios es la vida eterna”, dice el Apóstol (1); “Es, dice san Agustín, un principio vital que se halla en estado latente en los niños, y que prorrumpe en actos en los adultos.” (2). Por la gracia somos hijos de Dios, porque tenemos en nosotros la semilla de Dios, somos nacidos en Él, y en uniformidad de vida divina le veremos un día como es (3).

La Eucaristía nos da abundancia de vida divina porque nos da abundantísima gracia. Es la *Eucaristía*, es decir, la “buena gracia”, porque en ella se nos da personalmente al que es lleno de gracia, y porque en ella se nos da la mejor gracia, que es la vida eterna. Atónita la Iglesia ante la dignación de Cristo, que se nos da en comida, dice en el *O sacrum convivium*: “¡Oh, convite sagrado, en el que se recibe a Cristo y se llena de gracia el espíritu... *mens impletur gratia...*”

¿Da la Eucaristía más gracia, es decir, más vida divina que los demás sacramentos? Ignora el hombre los designios de Dios en la economía de los sacramentos, por los que se difunde su vida por el mundo. “Es cosa totalmente

(1) ROM. 6, 23.

(2) S. AUG. *De Peccat. remiss.* Lib. I, c. 9.

(3) I IOH. I, 2. 9.

incierta, dice Lugo, y sólo por Dios conocida; por lo que, aunque así pueda piadosamente creerse, no puede con todo sólidamente probarse.” (1).

Pero hay sólidas razones que abonan la creencia piadosa. La Eucaristía es el sacramento más santo y venerable, dice el mismo Lugo. Sacramento Santísimo, “en el que derramó Dios sus riquezas en favor de los hombres”, como dice el Tridentino, que condenó a quienes afirmaban que todos los sacramentos eran iguales. Si los sacramentos son los instrumentos que dan la vida de Dios a los hombres, ¿por qué no será más abundante la vida divina que confiera el más divino de los sacramentos?

Hay más: “El Verbo encarnado, considerado en su naturaleza divina, era el arquetipo especial de la semejanza que la gracia imprime en el fondo de nuestras almas. En un plano inferior, pero real, esta apropiación le conviene igualmente en su naturaleza humana, ya que, según la expresión de san Juan, es de su plenitud que nosotros recibimos las efusiones de la gracia. Desde este momento, parece que la Eucaristía debe poseer una virtud particular para comunicarnos la vida de Dios... La santa Comunión nos acerca a ella de una manera más íntima y más inmediata que en los demás sacramentos: ¿no es justo, por ello, que nuestra alma reciba en la Comunión como una impresión más limpia de la divinidad, grabándose en el fondo de su substancia con caracteres trazados por el Sacramento del amor?” (2).

Añadamos a ello que la vida divina vino al mundo por la humanidad santísima de Cristo. Del árbol de la Cruz colgaba un día el fruto de la vida, Cristo Jesús, como árbol del paraíso colgó otro tiempo el fruto de “la manzana nociva”, como le llama la Liturgia, cuyo bocado nos ocasionó

(1) LUGO: *De Eucharistia*, Disp. 1, 11.

(2) BELLAMY: *La Vie Surnaturelle*, p. 261.

la muerte. Dios señaló este fruto bendito para reparar los daños del primero :

*Quando pomi noxialis
In necem morsu ruit,
Ipse lignum tunc notavit
Damna ligni ut solveret... (1)*

Si de allá nos vino la plenitud de la muerte, honorarios horrendos del pecado: *Stipendia peccati*, ¿por qué de este bocado,, en que se come el cuerpo de Dios, no nos vendrá “la vida eterna, en Cristo Jesús Señor nuestro?” (2). La Eucaristía es, además, el “pan de los fuertes”.

Es la “Hostia de salud, que da la fuerza”: *O salutaris hostia... da robur*. Es, como dicen los teólogos, el Sacramento de la plenitud de la vida espiritual: “El efecto de este Santísimo Sacramento, dice Franzelin, es la conservación y perfección de la vida sobrenatural, por la unión con Cristo fuente de todas las gracias.” (3). Manjar de los hombres ya hechos como dice san Agustín, *cibus grandium*, debe tener el más alto valor nutritivo en el orden espiritual. El mismo Verbo, que es el pan que nutre las inteligencias angélicas, *panis angelorum*, se esconde en el Sacramento, con su vigor infinito, capaz de sostener la vida, agitada, ruda y fatigosa de los pobres viadores: *Factus cibus viatorum*

Por fin, la misma frecuencia con que podemos tomar este pan pingüe, *pinguis panis Christi*, es decir, pan de gordura sintético, en que el amor de Dios ha escondido toda la fuerza vivificadora de su vida substancial, divina, le constituye en alimento soberano de las almas. Cada día puede

(1) *Offic. de Pass.*, Hymn. ad Matut.

(2) ROM. 6, 23.

(3) FRANZELIN: *De Euchar.* I. p., cap. III.

el alma saciarse de Dios, adquirir fuerzas espirituales, reparar pérdidas, curar sus heridas con el bálsamo de la gracia que consigo lleva en el Sacramento el Buen Samaritano. Cada día puede rumiar este manjar. “memorial de la muerte del Señor, que comunica la vida al hombre”:

*O memoriale mortis Domini,
Panis vivus, vitam præstans homini...*

Cada día le es dado embriagarse del licor divino de la Sangre de Dios, vigor del mundo. Cada día puede el alma beber, no a sorbos, como en los demás sacramentos sino aplicando sus labios sedientos a este manantial de agua viva, el divino licor de la gracia que brota del pecho de Cristo y que salta hasta la vida eterna.

5. LA EUCARISTÍA Y LAS LEYES DE LA BIOLOGÍA SOBRENATURAL. — Es intención de Cristo darnos la vida sobrenatural por la manducación de su Cuerpo en la Eucaristía: “El que me come vivirá por Mí”: no tendremos vida en nosotros si no comemos la carne del Hijo del hombre. Primera condición para vivir la vida de Dios es, pues, comer, ingerir a Dios; como es la condición normal de la vida natural ingerir los alimentos destinados a la nutrición de nuestro cuerpo. Por ello llaman los griegos a la Comunión *Metalepsis*, es decir, *assumptio*; lo que equivale a “recepción” o “toma”, porque nos hace tomar la divinidad del Hijo, de la que la Eucaristía nos hace participantes (1).

Notemos, antes de concretar los efectos generales de la manducación eucarística en nuestra vida espiritual, que el efecto definitivo de la nutrición de nuestra vida divina no es por la asimilación de Cristo en nosotros, sino por la

(1) D. THOM. *Summ. Theol.* 3, q. 73. a. 4. c.

absorción de nosotros en Cristo. Claudica en este punto el paralelismo, tantas veces notado por santo Tomás, entre la vida física y la sobrenatural. Para aquélla, es condición precisa que el organismo humano trabaje sobre los alimentos, extraiga de ellas los jugos que contienen la materia asimilable, y los convierta luego en su propia substancia.

No es así en la Eucaristía. Ya analizaremos su acción en nuestro espíritu. Baste indicar aquí que el fin de la manducación eucarística, como lo es de la redención y de la gracia, es nuestra transformación en Cristo, la “absorción”, es palabra del Apóstol, de todo lo que hay en nosotros de mortal, por la vida de Dios que se nos da con el Cuerpo de Cristo. “La participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, dice san León, no hace en nosotros más que hacernos pasar a aquello que tomamos: *Ut in id quod sumimus transeamus.*” (1). Más claro es aún san Agustín, quien hace decir a Cristo: “Yo soy el alimento de los fuertes: ten fe, y cómeme. Pero tú no me mudarás en ti, sino que serás tú quien te transformes en mí” (2). Y santo Tomás, con su habitual claridad, ha concretado en estas palabras la misma doctrina: “El principio para llegar a comprender bien el efecto propio de un sacramento, es juzgar por analogía con la materia del sacramento... La materia de la Eucaristía es un alimento; es, pues, preciso que su efecto sea análogo al de los manjares. El que toma alimentos corporales los transforma en él: esta conversión repara las pérdidas del organismo y le da el crecimiento conveniente. Pero la comida eucarística, en vez de transformarse en aquel que la toma, transforma a éste en ella. Síguese de aquí que el

(1) S. LEO M. *Serm.* 63, *de Pass.* 12 c 7.

(2) *Confess.* Lib. 7, c. 4. Esta frase, con tanta frecuencia alegada para demostrar este efecto de la Comunidad eucarística, la escribió el Santo propiamente de la comunicación con la Sabiduría.

efecto propio de este Sacramento es una tal transformación del hombre en Cristo, que puede en realidad decir: Yo vivo; pero no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí." (1).

Fuera de esta inversión en lo que podríamos llamar término de nuestra nutrición espiritual, la Eucaristía hace en nuestra vida divina lo que el alimento material en nuestra vida física. El Concilio de Trento declaró la semejanza de ambos alimentos con estas palabras: "Quiso Cristo que fuese este Sacramento tomado como espiritual manjar de las almas, por el que se nutran y robustezcan los que viven la vida de Aquel que dijo: "Y el que me come, vivirá por Mí." (2). No es esta fórmula más que el eco de la tradición patristica que, como dice el P. Petavio, no sólo consideró siempre la Comunión como fuente de vida, sino como base incontestable de demostración cuando los Padres querían proclamar el poder vivificador de la carne de Cristo. Era san Cipriano quien decía: "De la misma suerte que el pan de cada día es la vida del cuerpo, así el Pan que está sobre toda substancia es la vida del alma y la salud del espíritu." (3). "Nuestra vida se sostiene por el Cuerpo de Cristo", decía san Ambrosio: *In Christi corpore vita nostra consistit* (4).

"Os comemos, Señor, y os bebemos, decía san Etrén, no para aniquilaros, sino para vivir de Vos." (5).

Santo Tomás, insistiendo en su principio de la analogía entre el orden espiritual y corporal, que quiso Jesús resplandeciera en la admirable economía de los sacramentos, sienta esta tesis fecunda. "La Eucaristía hace, en orden a la vida espiritual, todo efecto que en la vida material producen

(1) *In 4 Sent. D, 12, q. 2, a. 1*: Cfr. MARMION. *ob. cit.*, p. 414.

(2) CONC. TRID. *Sess. 12, cap. 2*.

(3) *De Cæna Domini*, 15.

(4) *Serm. Dom. 4 Adv.*

(5) Cfr. BELLAMY: *Les Effets de la Communion*, p. 7.

el manjar y la bebida, es decir: *Sustenta, desarrolla, restaura y deleita.*" (1).

a) LA EUCARISTÍA SUSTENTA LA VIDA SOBRENATURAL.

— Primera ley de la vida y primer efecto del alimento que tomamos es la sustentación o conservación. Mientras dure la vida, debe nutrirse; y esto en todos los órdenes de la vida. Toda vida "mortal", y lo es toda vida orgánica, como lo es la vida sobrenatural en la tierra, no por su misma naturaleza, sino por las fuerzas contrarias que pueden debilitarla y extinguirla, necesita un sostén, que es el alimento. Hasta los mismos espíritus angélicos se nutren del Verbo de Dios, que es su Pan. Dios es la Vida de las vidas, y, al par que se alimenta de su propia esencia, da a toda vida creada el alimento que le conviene según su naturaleza.

Nuestra vida sobrenatural, mientras no llegue al estado de inmortalidad definitiva, en el que se saciará de Dios por la visión y el amor, necesita un pan provisional que la conserve para que pueda llegar a la inmortalidad. Este pan es la Eucaristía. La fórmula de que se vale la Iglesia para administrarla encierra toda la economía del Sacramento en orden a la vida que suministra: "Que el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo conserve tu alma para la vida eterna." Desde el siglo sexto se había adoptado la fórmula: *Corpus Domini nostri Jesu Christi conservet animam tuam.*

La Eucaristía es el pan del alma, y el primer efecto del pan es el mantenimiento del que le come. Es el efecto señalado por Jesús en el sermón de la promesa eucarística: "Este es el pan que viene del cielo, a fin de que el que le coma, no muera... Si alguien comiere de este pan, vivirá para siempre." El mismo Jesús se llama a Sí mismo "pan vivo" y "pan de vida".

(1) *Summ. Theol.* 3, q. 79, a. 1.

Viene la muerte sobrenatural por la separación del que es la vida del espíritu, y esta vida es Jesús: *Ego sum vita*: no morirá quien no se separe de Jesús. La Comunión, dice santo Tomás, es la “conjunción” del alma con Dios, y esta conjunción mantiene en el alma la vida de Dios: “Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y Yo en él.”

¡Delicioso banquete de los hijos de Dios! exclamaba Bossuet. Siendo Dios la vida por esencia, Él es quien debe prometer, Él es quien debe dar la vida. La santa humanidad que tomó tocando tan de cerca la vida, de tal manera participa de su virtud que brota de ella una fuente inagotable de vida... Y ¿no es un pan de vida, o mejor, un pan vivo el que comemos nosotros para tener la vida? Porque este Pan sagrado es la santa carne de Jesús, esta carne viva, esta carne unida a la vida, esta carne toda llena y toda penetrada de un espíritu vivificante. Si el pan común, que no tiene vida, conserva la de nuestros cuerpos, ¿de qué vida admirable no viviremos los que comemos un pan vivo, los que comemos la misma vida en la mesa de Dios vivo? (1).

Nos quejamos de la anemia espiritual como de mal gravísimo que padece el mundo; languidece la vida de Dios en el hombre, en todos los órdenes; las grandes manifestaciones de la vida cristiana, que revelan un corazón fuerte y cálido, de latir firme y lleno, la abnegación, la caridad, el apostolado, el martirio son ya raras. Quizás podríamos decir con el Profeta: “Mi corazón se secó, porque olvidé de comer “mi” pan.” (2). Pan “nuestro” es la santísima Eucaristía, porque para nosotros lo amasó Jesús: pan sobresubstancial, que debiéramos comer cada día, porque cada día nos

(1) BOSSUET: *Sermón para el Sábado Santo*.

(2) Ps. 101, 5.

lo hace pedir el Señor : *Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie...* (1).

b) LA EUCARISTÍA DESARROLLA LA VIDA SOBRENATURAL. — Otra ley de la vida, en el orden natural como en el sobrenatural, es la ley del desarrollo o crecimiento. Una semilla se transforma, con tiempo y en un medio apropiado, en un árbol frondoso; el niño en hombre; los órganos y facultades de la vida orgánica, sensitiva y espiritual, adquieren acuidad, fuerza, dominio. ¿Hay también en la vida sobrenatural un proceso, de menos a más, una evolución progresiva de un estado rudimentario a otro de mayor perfección? Sí, lo hay; más aún que en la vida natural en sus grados inferiores; porque la vida orgánica y sensitiva de los individuos se desarrolla en parábola, con una rama de crecimiento, que lleva al cuerpo y sus facultades hasta un punto culminante de plenitud y perfección, para luego seguir la línea de descenso que conduce a la debilidad y decadencia, a la decrepitud y a la muerte. No así la vida divina del espíritu.

Porque la vida sobrenatural no conoce, en cuanto a su naturaleza, la ley del retroceso. Si lo sufre, es que se lo ha impuesto la ley de la muerte, es decir, la ley del pecado que, en expresión de san Pablo, palpita en nuestros miembros. Es la vida sobrenatural como el grano de mostaza, dice Jesús, que siendo la menor de todas las semillas se convierte en árbol frondoso cuyas ramas cobijan a todas las aves del cielo. Nacidos a la vida sobrenatural por el agua y el Espíritu Santo, somos después del Bautismo como infantes recién nacidos : *Sicut modo geniti infantes* (2). Somos

(1) MT. 6, 11.

(2) 1 PETR. 2, 2.

la “nueva criatura”, “creados en Cristo Jesús” (1), con vida delicada, tierna, que necesita de los cuidados maternales, no pudiendo apacentarse más que de “leche suave y sin dolo”. Pero esta vida está destinada a desarrollarse, con fuerte empuje y sin retrocesos, hasta llegar a “la edad de la plenitud de Cristo” (2); es decir, hasta la total expansión de la vida individual y social en el cielo con Cristo. Fuerza tiene en sí esta semilla para llegar a maravillosos crecimientos. Es la misma fuerza de Dios, porque es semilla de Dios: *Semen Dei*.

Son apremiantes las invitaciones de los escritos apostólicos al crecimiento en la vida espiritual: “Para que crezcáis en salud espiritual en Jesús”: “Creced en la gracia del Señor”, decía san Pedro (3). San Pablo, que tan maravillosamente habla del desarrollo individual y social, de los hombres en Cristo, nos invita a que crezcamos en el Señor, como crece y se levanta la construcción de un templo; que nos desarrollemos creciendo en Dios, *in augmentum Dei*, como crece un cuerpo unido a su cabeza con la que forma un todo orgánico. Y después de haber contemplado la maravilla de la vida de Dios, que corre por toda juntura a robustecer todo el organismo, prorrumpe en el famoso epifonema, que es ley fundamental en nuestra vida divina: *Crescamus in illo per omnia, qui est caput, Christus*: “Crezcamos, en todas las cosas, en Cristo, nuestra cabeza” (4). Hasta el mismo Jesús “lleno de gracia y de verdad”, en el que habitaba substancialmente la divinidad, quiso sujetarse, debió sujetarse, a esta ley del crecimiento en orden a la vida sobrenatural, no en el don mismo de la vida, que tuvo des-

(1) EPH. 2, 10.

(2) *Ibid.* 4, 13.

(3) 1 PETR. 2, 2; 2 PETR. 3, 18.

(4) EPH. 2, 21; COL. 2, 19; EPH. 4, 15.

de su concepción en toda su plenitud, sino en el ejercicio, en las obras, que si no aumentaban su virtud, acrecían su mérito.

La Eucaristía, como es pan de manutención, es asimismo pan de crecimiento y gordura. Pruébanlo las mismas razones alegadas para demostrar la abundancia de vida sobrenatural que por la Eucaristía nos viene. La Eucaristía, en el espíritu de quienes la reciben bien dispuestos, es capaz de producir lo que en fisiología se llama "sobrealimentación", cuyo efecto es el desarrollo del organismo y de la fuerza física. Lleno como está de vida divina el Cuerpo de Cristo, sólo espera, al llegar al pecho del comulgante, poner esta vida de Dios en contacto con el alma para impregnarla, para absorberla en la vida de Dios. Una sola Comunión bastaría para divinizar el alma, si entre ella y Cristo no se interpusiera la humana miseria. Y esto por ley mismo de la vida divina, que es invasora y no reconoce más obstáculo que el pecado, desviación del amor, y la tibieza, que es su enfriamiento.

Santo Tomás, consecuente con la doctrina de la asimilación eucarística, que no tiene más fin que la transformación del que comulga en Cristo, tiene esta frase: "El cuerpo de Cristo aumenta a medida que se le come": *Corpus Christi, cum manducatur, augmentatur*. Es la conquista de la vida humana por la vida divina: es el "aumento de Dios" *incrementum Dei*, de que nos habla el Apóstol: y el aumento de Dios no es de Dios, infinito en su Ser, sino de la vida divina del hombre que se deja invadir por Dios. Toda la teoría del Cristianismo está aquí: en que el hombre sea hecho Dios, es decir, en que Dios suplante toda miseria humana, substituyéndola por las magnificencias de la vida divina. Para ello, dice san Agustín, se hizo Dios hombre,

para que el hombre fuese hecho Dios. Para ello el Hombre-Dios quiere entrar en el pecho de cada uno de los hombres, para llevar con su santísimo Cuerpo al fondo de las almas la plétora de vida divina que con su Pasión trajo al mundo.

El mismo Doctor Angélico considera al Bautismo como el acto inicial de la vida divina en el hombre, y a la Eucaristía como su perfección y complemento: "Por Bautismo, dice, se da el primer acto de la vida espiritual: pero por la Eucaristía se da el complemento de la misma vida." (1). Más aún; el mismo Angélico nos ofrece la Eucaristía como punto culminante de la vida de la gracia, por cuanto toda la vida divina del hombre depende de este Sacramento: "Nadie tiene gracia antes de la recepción de este Sacramento sino por algún voto de recibirlo, hecho por sí, como en los adultos, o por voto de la Iglesia, como en los párvulos. Por lo mismo, es tal la eficacia de su poder, que sólo el voto de recibirlo confiere gracia por la que el que lo hace sea espiritualmente vivificado. De donde resulta que cuando se recibe realmente el mismo Sacramento, se aumenta la gracia y se perfeciona la vida espiritual." (2).

Concuerda la santa Liturgia con estos principios de la teología. Toda ella respira este sentido de la plenitud espiritual que por la manducación eucarística nos viene. "Nutriólos de la gordura del trigo, y saciólos de la miel de la piedra", canta la Iglesia en el *Introito* de la Misa del *Corpus*. En el *Postcommunio* de la misma se dice: "Haz, Señor, que un día nos veamos repletos de la eterna fruición de tu divinidad, que está prefigurada por la percepción temporal de tu precioso Cuerpo y Sangre". Y en la de la Misa del Domingo *infraoctava*, se le pide al Señor: "Rogamos, Señor, recibidos los dones sagrados, que con la fre-

(1) 4 *Sent.* dist. 8, q. 1, a. 2.

(2) *Summ. Theol.* 3, q. 79, a. 1 ad 1.

cuentación del misterio crezca el efecto de nuestra salvación”.

¿Cómo no debiera ser así, cuando la Comunión eucarística es la máxima función de la caridad de Dios para con el hombre, como debiera serlo del hombre para con Dios, y la caridad es la que nutre la vida divina en el hombre, porque es la que establece más íntima unión con él, Caridad esencial? “El Sacramento de la Eucaristía, dice Suárez, tiene en sus efectos un carácter que le es esencialmente propio. Los demás sacramentos no se ordenan directamente a nutrir la caridad, para que crezca ésta en el alma y nos una más estrechamente con Jesucristo. Cada uno de ellos tiene su fin especial, en vista del cual confiere particulares socorros con un aumento de gracia. Por lo que atañe a este Sacramento, está ordenado por sí mismo a completar la unión de los fieles con Cristo y el Cuerpo de Cristo” (1).

¡Qué dilatados horizontes se descubren a la luz de estos principios de la teología católica! El cuerpo de Cristo vivo, la Carne viva de Cristo y su Sangre viva, dispuestos perennemente sobre nuestros altares y en nuestros tabernáculos, no tanto para que reciban nuestras rendidas adoraciones como para que vayan los hombres, hambrientos de vida divina, con esta hambre que ha sido la característica de todos los pueblos y civilizaciones, a comer, a saciarse de la vida misma de Dios, escondida en este Pan vivo. Y luego, nutridos hombres y pueblos con esta carne que los aglutina con Dios, hartos de este pan que da “la gordura del espíritu”, como canta la Liturgia (2), hacer lo que hace toda vida pletórica, invadir, dilatarse, ir a la conquista de todo lo que engrandece al hombre, crecer, con la savia de Dios, en expresión del Crisóstomo, como crecen estos árboles gigan-

(1) SUÁREZ: *De Euchar.* d. 63, s. 1.

(2) *Offic. in Festo Corp. Christi*, Invitat.

tescos, cuya cima toca los cielos y que producen frutos incorruptibles en tiempo oportuno.

c) LA EUCARISTÍA, REFECCIÓN DE LA VIDA ESPIRITUAL. — Tiene la vida sobrenatural, como la física, sus pérdidas o desgaste. El esfuerzo, muscular o intelectual, importa una disminución equivalente, en el depósito de las energías vitales, en el orden fisiológico: es preciso reponerlas por medio de alimentos sanos y nutritivos. La vida sobrenatural sufre análogos desfallecimientos, no por el uso o ejercicio de la misma vida sobrenatural, que no hace más que acrecer su fuerza según la medida en que actúa; sino por la acción contrapuesta de la libertad, más o menos aliada, con los elementos de pecado que hay en el fondo de nuestro ser, o de la simple inactividad de las fuerzas sobrenaturales que, en este caso, son paulatinamente anuladas por las fuerzas múltiples que la concupiscencia tiene a su servicio. Es apotegma de la vida espiritual que el que no aprovecha, desfallece: *Qui non proficit, deficit*. Precisa, pues, en el orden de la vida divina, como en el de la orgánica, evitar la lenta desnutrición, que abre la puerta a toda infección, que puede agravar las dolencias y acarrear la muerte.

Para ello sirve maravillosamente el Pan de la vida. Es pan de refección, como lo es de sustento y desarrollo.

Primera razón de ello es que la comunión eucarística es fuente inagotable de gracias actuales: y si gracia es equivalente de vida divina, diremos que la Eucaristía es un fuerte estimulante de esta vida. No basta vivir: es preciso actuar la vida, vivirla. La falta de ejercicio atrofia el organismo; quien no se ejercita en el amor, ve languidecer su facultad de amar; la prudente gimnasia de la memoria o del entendimiento es condición indispensable para que no se enmohezcan y eclipsen estas facultades del espíritu. Es

análoga la economía de la vida espiritual: creyendo, se robustece la fe; la esperanza se dilata esperando; la caridad se enardece a medida que brotan del corazón chispas de amor.

Jesús es vida: por la Comunión viene a darnos su vida: quien le come, vive por Él: por ello la Comunión debe dar enérgico impulso a todo principio de vida sobrenatural. ¿Cómo podría Jesús estar ocioso, al ponerse en contacto de nuestra alma, viéndola debilitada por el roce continuo de la vida, por la tremenda lucha que sin cesar sostiene con sus enemigos? “Esta es la brasa ardiente, el cuerpo de Cristo, dice san Buenaventura, que no sólo *gratifica*, es decir, nos hace gratos a Dios, sino que *inflama y ayuda* en múltiples formas” (1). “Medicina de la diaria debilidad”, la llama Pedro Lombardo; y santo Tomás, después de notar la característica de la nutrición del alma por la Eucaristía, que es la transformación del hombre en Cristo, añade: “De donde se sigue un doble efecto: el aumento de la cantidad espiritual por el aumento de las virtudes, y la *restauración de las pérdidas* por la reparación de todos los precedentes defectos” (2).

Hay, además, una causa tremenda de la atonía espiritual, polilla de la vida divina en el hombre, verdadera carcoma de la caridad que es el sostén de nuestra vida sobrenatural: es el pecado venial. Es éste, cuando es frecuente y crónico, como el polvo que empasta las finas articulaciones y dentaje de una máquina delicada; como estas sustancias extrañas de las que no se purga la sangre, y que lentamente se depositan en las arterias, en los órganos vitales, y producen graves trastornos y la misma muerte del individuo. Es

(1) *In* 4, dist. 8, p. 1, dub. 2.

(2) D. THOM. *In* 4, dist. 12, q. 2, sol. 1.

el estado de la tibieza, que inspiró al Apóstol estas tremendas frases, reveladoras de un temible estado psicológico-sobrenatural: "Conozco tus obras, y sé que no eres frío ni caliente: ojalá fueses frío o caliente; pero, porque eres tibio, y ni frío ni caliente, te empezaré a vomitar de mi boca" (1).

"Por la Eucaristía se nos borran nuestras faltas diarias", dice el Tridentino (2): "Por el hecho de que la Eucaristía vuelve la caridad más ardiente, ayuda a destruir el moho del pecado venial... Por esta ascua divina se fortalece el vigor de la caridad, y, fortalecida, borra los pecados veniales" (3). No hacemos más que insinuar un efecto de la Eucaristía, sobre el que deberemos volver.

De ello se sigue que la Eucaristía no sólo mantiene expedito el funcionamiento de todo el organismo de nuestra vida sobrenatural por la eliminación de todo elemento morboso que pudiera dificultarla y comprometerla; sino que, como un alimento concentrado, como un reconstituyente de rápida eficacia, aumenta y vigoriza los latidos de la vida espiritual, reforzando el corazón de ella, que es la caridad, y llevando con ello la salud, y la inmunidad que de ella deriva, a todo el sistema de la vida divina. "Todos los que vivís trabajados y cargados, venid, que yo os refo-cilaré", decía un día Jesús (4). En ninguna parte mejor que en la Comunión eucarística se realiza esta promesa. En ella y por ella se nos propinan enérgicos socorros en las continuas crisis que nos producen los agobios de una lucha sin tregua.

Este sentido de "refección" o de "restauración", como efecto de la Eucaristía, se halla repetidamente expresado en

(1) APOC. 3, 15-16.

(2) Sess. 13, cap. 2.

(3) S. BONAV. 4, d. 12, p. 2, a. 1, q. 3.

(4) MT. 11, 28.

las oraciones de la Misa: "Señor, que la santa degustación de tu Sacramento nos restaure..."; "Te rogamos, Señor Dios nuestro, que los sacrosantos misterios que nos concediste para asegurar nuestra reparación, sean para nosotros remedio presente y futuro"; "Sean, Señor, nuestro auxilio los misterios que hemos recibido; y por la intercesión de san Esteban, mártir tuyo, nos aseguren con protección sempiterna"; "Que la libación de tu Sacramento, Señor, irrigue los secretos de nuestro corazón, y nos haga poderosamente partícipes de sí mismo"; "Te rogamos, Señor, que la participación salvadora de tu Sacramento sea para nosotros purificación y remedio"; "Saciados estamos, Señor, de tus dones: concédenos que su efecto nos limpie, y nos proteja su socorro"; "Que el celestial misterio sea para nosotros, Señor, restauración del espíritu y del cuerpo..." (1). Las voces *munimen*, *auxilium*, *subsidium*, *remedium*, *protectio*, *medela*, nos señalan los dos conceptos capitales que la Iglesia ha querido concretar en la oración clásica de los efectos psicológicos de la comunión eucarística, que es el *Postcommunio*, de la Misa, a saber: refección y medicina, que es lo mismo que restauración de pérdidas espirituales, sea por desgaste o por heridas que hayamos recibido en las luchas contra nuestros enemigos.

d) LA EUCARISTÍA, GOZO DE LA VIDA. — La salud rebosante, el vigor juvenil, dan una sensación de bienestar que es inútil buscar en los achaques de una salud quebrantada, de un temperamento enfermizo o de la edad senil. El decaimiento físico repercute en la vida moral del individuo. La sangre, viciada o empobrecida, produce la misantropía,

(1) Missa in Fer. 6 Quat. Temp. Adv.; Sabb. id.; In Fest. S. Stephani. Sabb. post Dom. 2 Quadr.; Fer. 2 post Dom. Pass.; Dom. 6 et 8 post Pent. *Postcommunio*.

el pesimismo, la tristeza. El santo Job, agarrotado por cruel dolencia, sintió el tedio de la vida: *Tædet animam meam vitæ meæ...* (1).

Por la Eucaristía viene al alma el goce de la plenitud de la vida espiritual. Es de notar que la profecía, la historia de la institución de la Eucaristía y la tradición cristiana hayan dado siempre a la comunión eucarística el nombre y el carácter de un "banquete": y el banquete importa la idea del bienestar, de la alegría comunicativa, del goce del vivir. En todos los pueblos, las grandes fiestas, en la vida doméstica o social, se coronan con un banquete; bautizo, bodas, pactos, aniversarios, fiestas cívicas o religiosas, se sellan con un ágape: es el goce común que se manifiesta por esta "convivencia", que nunca se aplica mejor esta palabra que al tratarse de un convite, *convivium*; porque en él hay comunicación mutua de los mismos sentimientos, que con la comunicación se acrecen; participación en los mismos bienes; mancomunidad de vida, simbolizada en la identidad de los manjares y bebidas que a los comensales se sirven.

Y la Eucaristía es el gran banquete de la historia. Lo vió ya Isaías en la espléndida visión del monte Sión: "Y hará el Dios de los ejércitos en este monte, para todos los pueblos, un convite de manjares pingües, convite de vino, convite de gruesos tuétanos, convite de vino depurado" (2). Es el pan de la tribu de Aser, "que es delicia de reyes" (3): El cáliz glorioso que embriagaba al Salmista: *Et calix meus inebrians quam præclarus est!*" (4).

(1) JOB. 10, 1.

(2) IS. 25, 6.

(3) GEN. 49, 20.

(4) PS. 22, 5.

Cuando Jesús anuncia la institución de la Eucaristía lo hace bajo la figura de un gran banquete: "Un hombre preparó una gran cena..." Y cuando la instituye, lo hace entre las fraternales delicias del convite pascual, en la conmemoración de la gran fiesta civil y religiosa del pueblo de Dios, entre libaciones de vino y en las más íntimas expansiones de su pensamiento y de su amor, para las que aguardó la oportunidad de un banquete.

La tradición cristiana consideró siempre la Eucaristía como un banquete: demuéstranlo la historia de los primitivos ágapes, la de los *eulogia*, pan bendito que se llevaba a los ausentes del sacrificio, para que de él, hasta cierto punto, participaran, y las reproducciones artísticas de la Cena. Todo este proceso, figurativo e histórico, parece quiso condensarlo la Iglesia en la antífona: *O, sacrum convivium*: "¡Oh! Sagrado convite", seguida del verso clásico de la Eucaristía: "Les diste un pan del cielo, que encierra en sí todo deleite": *Panem de cælo præstitisti eis...*

Es especial el símbolo del vino, como representativo del placer, de la alegría desbordante: "El vino alegra el corazón del hombre" (1). Se ha dicho que hay una misteriosa afinidad entre el licor de la vid y el alma del hombre: cuando éste acercó por vez primera sus labios a la copa del generoso líquido, sintió que se descorría el velo de la melancolía que interiormente nos cubre después del pecado, ha dicho Lacordaire. El vino eucarístico produce, en el orden espiritual, este placer exultante, pero sin el rebajamiento y las vergüenzas de la embriaguez. Es en todo caso la embriaguez espiritual, de purísimo amor de Dios, la que produce el vino eucarístico, dice santo Tomás; y ésta es la que levanta al alma a las alturas de Dios mismo, como la embriaguez fisiológica rebaja al nivel del bruto. Es el efecto del abuso

(1) ECCLI. 40, 20.

de la bebida que jamás se da en el orden espiritual; porque siempre es legítima la sed del amor de Dios que siente el hombre.

La razón teológica de este fenómeno de la exultación espiritual que el simbolismo eucarístico nos denuncia, la señala santo Tomás. Es el amor de unión y de posesión, hasta donde pueda lograrse en esta tierra de miserias, de la bondad de Dios. "En virtud de este Sacramento, el alma se rehace espiritualmente, por razón del deleite espiritual y como de cierta embriaguez que le produce la dulzura de la bondad divina, según aquello de los Cantares, 5, 1: "Comed, amigos, y bebed, y embriagaos, carísimos" (1). Es el fervor o "hervor" de la caridad, del que con tanta elocuencia habla nuestro Lugo, que dilata el corazón y le hace derramarse en todos sentidos, no sólo en lo que es de necesidad, sino en obras de supererogación, como se dilata y rebosa el agua del vaso a fuerza del calor, y que produce el inenarrable goce del espíritu, por la satisfacción del bien que se hace y de la expedición con que se hace: "De este fervor, que la Eucaristía en su tiempo excita, proceden el deleite y la dulzura; y la razón parece ser que el deleite es consecuencia natural del amor y de la percepción de la cosa amada presente...; a más de que en vista del mismo Sacramento se nos dan auxilios para los actos de fe y de amor que preceden al deleite y dulzura" (2).

Por todo ello la Liturgia, especialmente en la festividad del *Corpus*, prorrumpe en gritos de alegría clamorosa y expansiva: "Que los hijos de la Iglesia circunden, como retoños de olivo, la mesa del Señor"; "El Señor, que pone en paz los confines de la Iglesia, nos sacia con la gordura

(1) D. THOM. *Summ. Theol.* 3, q. 79, a. 1, ad 2.

(2) LUGO: *De Euchar.* disp. 12, sect. 5, n. 92-93.

del trigo”; “Congregónos el Señor, no en la sangre de los novillos, sino en la comunión del cáliz en que se recibe el mismo Dios”: “Clamen con voz exultante los que banquetean en la mesa del Señor”. “De tu altar, Señor, tomamos a Cristo, que hace saltar de gozo nuestro corazón y nuestra carne”. Y luego canta la Iglesia esta antífona, en la que se expresan las íntimas dulzuras de los hijos que han gustado ya el pan del Señor. “¡Oh, Señor, qué lleno de suavidad es tu espíritu, que para demostrar tu dulzura para con tus hijos, con pan suavísimo venido del cielo llenas a los hambrientos de bienes y dejas vacíos a los ricos hastiados!” (1).

Los mismos *Pange lingua, Lauda Sion, Verbum supernum*, son, más que monumentos de la teología, del simbolismo, de la historia de la redención y de la institución de la Eucaristía, los efluvios del corazón cristiano, saturado de las delicias eucarísticas y que el genio de santo Tomás supo condensar en aquellas inmortales estrofas. Y ¿qué menos podían hacer el pensamiento y el amor de los hijos de Cristo al cantar “el excelso y venerable Sacramento en el que se gusta todo deleite y toda suavidad del sabor, y se paladea la misma dulzura de Dios?” (2).

6. LA EUCARISTÍA Y LAS LEYES DE LA PSICOLOGÍA SOBRENATURAL. — No hemos estudiado hasta aquí más que la totalidad del organismo sobrenatural en cuanto está sometido a la acción vivificadora de la Eucaristía. Ésta es la carne de Cristo que da la vida al mundo y que la da abundante: y al dar vida abundosa al espíritu produce en él los mismos efectos que el manjar material en la vida del cuerpo, la conserva, desarrolla, restaura y deleita.

(1) *Offic. in Festo Corp. Christi: Antiphonæ.*

(2) URBANO IV, Bula. *Transiturus*.

Pero el espíritu humano, si es simple en su naturaleza, es maravillosamente múltiple en sus fuerzas, en las formas de conjugarlas y en sus manifestaciones vitales. Tiene el alma, en el orden natural, su *ser*; sus *facultades*, que son como los instrumentos de que se vale para obrar; las *reservas* de energía, acumuladas a fuerza de trabajo, como son los hábitos, el saber, la experiencia; y, sobre todo, lo que llamamos *dominio*, esta fuerza, única y simple, que tiene en su mano todos los hilos de la actividad anímica y que los mueve en un momento dado para producir la resultante que, aplicada a un punto u otro objetivo de la vida, la hace buena o mala, remisa o recia, concertada o desquiciada, consigo misma, con Dios, con el medio ambiente.

La vida sobrenatural del hombre se pliega a esta multiplicidad de aspectos de su vida natural. En la vida divina del hombre hay que considerar el *ser*, la “criatura nueva”, participación de la naturaleza de Dios, que nos constituye en una relación especial respecto de Él: la de hijos de Dios, que vivimos una vida análoga a la suya, hechos conformes a la imagen de su Hijo primogénito y con Él coherederos de la gloria. término definitivo de la vida sobrenatural.

Ser y fin sobrenaturales del hombre reclaman en él la existencia de unas *fuerzas*, o principios de operación, también de orden sobrenatural. Sin ello el ser sobrenatural del hombre sería mutilado y raquítico. ¿Cómo podría el hombre, elevado en su ser a la altura de la vida divina, con un destino sobrenatural y eterno, hacer obras correspondientes a su ser y dignas de la vida eterna a que es llamado, si no tuviese como injertadas en su propio ser las fuerzas sobrenaturales que le consintiesen poner su actividad vital en el mismo plano en que puso Dios su vida y sus destinos? Dios, que ha sido tan generoso con el hombre en el

orden natural, dotándole de múltiples y maravillosas facultades por las que se manifestase la energía inicial que está como concentrada en el fondo de su ser, el pensamiento, la voluntad, la sensibilidad, la memoria, con los matices variadísimos que a cada una de estas facultades ha dado el mismo Dios en cada individuo, o que el mismo individuo ha podido conquistar con su personal esfuerzo, ¿habría sido escaso en el orden sobrenatural, no dándonos más que un ser rudimentario en lo que precisamente nos hace más semejantes a Él, que es la filiación de adopción? "Hay que atender que, para el hombre, hay un doble bien, dice santo Tomás: uno que es proporcional a su naturaleza racional; otro que sobrepuja incomparablemente las fuerzas y las exigencias de esta misma naturaleza. Pero, todo lo que está ordenado a un fin lo está por su obrar; y, por otra parte, es cosa manifiesta que los medios deben tener una proporción real con este fin. La conclusión que rigurosamente deriva de estas tres verdades es que el hombre, ordenado a un fin sobrenatural, debe tener en sí mismo perfecciones que rebasen en fuerza los principios y las perfecciones propias de su naturaleza. Lo cual fuera imposible si Dios, por su acción todopoderosa, no le infundiese, fuera y por encima de los principios naturales, otros principios de operación esencialmente superiores a sus energías nativas" (1).

Son estos principios de energía, en primer lugar, las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; la fe, para iluminar el alma con ciertas verdades sobrenaturales, que son, en este orden, lo que en el orden de la naturaleza los principios naturalmente conocidos; la esperanza y la caridad, para inclinar y mover el alma a la adquisición del bien sobrenatural, hacia el cual la voluntad puramente humana no está suficientemente ordenada. Y de la misma manera

(1) D. THOM. *De virtut, in comm.*, q. unic., a. 10.

que además de los principios naturales, se requieren hábitos de virtud que perfeccionen al hombre según su modo de ser natural, así el hombre, a más de los sobredichos principios, logra, por la influencia divina, algunas virtudes infusas de carácter moral que le perfeccionan en orden a dirigir sus acciones a la vida eterna.

Tal es la enseñanza del Angélico sobre este punto fundamental de la vida cristiana: al recibir el hombre el *ser sobrenatural* de amigo e hijo de Dios, recibe de la largueza del mismo Dios, como principios motor de toda la vida sobrenatural, las *virtudes infusas teologales*, fe, esperanza y caridad; y, junto con ellas, las *virtudes infusas morales*, las cardinales ante todo, prudencia, justicia, fortaleza y templanza; y otras de inferior categoría, pero no menos necesarias para la perfección de la vida cristiana, que se agrupan alrededor de las cardinales: piedad, castidad, modestia, sobriedad, humildad, todo el cortejo, en fin, de aquellas virtudes o hábitos que un hombre de virtud natural pudiese lograr por el propio esfuerzo, y que la bondad de Dios derrama, junto con la gracia, en el espíritu del cristiano.

Como complemento de nuestro ser sobrenatural y de las facultades normales de operación en el mismo orden, infunde Dios con la gracia en nuestro espíritu los *Dones del Espíritu Santo*, sabiduría, entendimiento, fortaleza, consejo, ciencia, piedad y temor de Dios; reducidos a siete en la nomenclatura teológica, pero que el Espíritu fecundísimo de Dios multiplica y matiza de mil maneras en cada uno de nosotros, para que no sólo sea armónico nuestro ser sobrenatural, sino que en su obrar pueda siempre disponer de la fuerza de Dios que, aglutinada a la actividad natural, hagan la vida del hombre natural y sobrenaturalmente perfecta.

Son los *Dones* sagradas *reservas* de fuerza divina que

deposita el divino Espíritu en el fondo de nuestro ser sobrenatural y que dan al alma ductilidad y facilidad para seguir los divinos impulsos. Virtudes y Dones son los dos motores o generadores de la vida cristiana: las primeras sirven para el funcionamiento normal, lento si se quiere, de nuestro ser sobrenatural: los segundos representan el *Dedo de Dios* que, sin intermediarios, nos empuja en un sentido determinado a la conquista de la virtud y del cielo. Tal es el ejemplo del soldado, que propone el P. Terrien, quien, en el campo de batalla, se mueve a guerrear por razones de necesidad, de patriotismo y honor, que previamente ha pesado en su interior; o que se mueve, casi sin darse cuenta, por la fogosa arenga de su general: en el primer caso es Dios, que se vale de los normales resortes de la vida sobrenatural para mover al cristiano, que son las virtudes infusas; en el segundo, es el mismo Dios quien, general en jefe de todo principio de actividad sobrenatural en el hombre, dispone directamente, por sus Dones, de la energía del cristiano para moverle a su voluntad.

De esta suerte queda el hombre no sólo transformado, por la elevación de toda su vida a un orden superior, sino robustecido y elevado en todo principio de actividad, soberanamente enriquecido de energía divina, que cura sus debilidades de todo orden, y que con sapientísima fuerza, con suavísima eficacia, le empuja a la acción.

Sólo a la luz de estos principios, que hemos expuesto como episodio necesario para la demostración de nuestra tesis, y por la ignorancia en que vive el pueblo cristiano en cosas tan fundamentales de la vida cristiana, aparece en toda su grandeza la hermosísima, fortísima y, sólo por nuestra culpa, fragilísima constitución de nuestra vida sobrenatural. Sólo así se alcanza el sentido de frases tan trascendentales como éstas, en orden a nuestra vida sobre-

natural: "Sois todos dioses, e hijos del Excelso" (1): "Nos predestinó para que fuésemos conformes a la imagen de su Hijo" (2): "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (3): "Estáis sellados con el sello del Espíritu Santo" (4).

¿Cuál es la eficacia de la Eucaristía en orden a la maravillosa constitución de nuestro organismo sobrenatural?

Ella tiene por fin, en primer lugar, la perfección de nuestra filiación adoptiva, o lo que es lo mismo, la perfección de nuestro mismo *ser espiritual*. No es la Eucaristía, como el Bautismo, la que nos engendra en el ser de hijos de Dios, sino la que nos conforma definitivamente, cuanto debemos ser conformados en esta tierra, con el mismo Dios, por la reproducción en nosotros de la imagen de su divino Hijo. La filiación divina es en nosotros la vida sobrenatural: el punto de partida de esta vida, su primer vagido, es en la regeneración bautismal: su crecimiento y robustez, según los principios ya expuestos, se verifica por la Comunión eucarística. Comparando la adopción divina con la adopción legal, podríamos decir que el Bautismo es el hecho o el pacto de la adopción: la Eucaristía es el trabajo de Dios que se esfuerza en producir en nosotros una viril semejanza con Él; como el hijo de adopción, en el seno del hogar y con los eficaces medios que tiene en su mano el padre adoptante, adquiere el aire de familia y llega a adquirir la fisonomía moral de quien le adoptó.

Y ¿cómo no debiera ser así, cuando por la comunión eucarística nos ponemos en inmediato contacto con el Hijo natural de Dios, según su naturaleza humana, que es el tipo según el cual somos adoptados por Dios, y participamos de

- (1) Ps. 81, 6.
- (2) Rom. 8, 29.
- (3) Col. 3, 3.
- (4) Eph. 1, 13.

su naturaleza divina que es el origen fontal de toda semejanza con Dios? Allí, en el abrazo íntimo de la Comunión eucarística, se perfecciona la vida espiritual del hombre, de tal manera que sea en su ser perfecto por su unión con Dios, dice el Angélico (1).

Pero la perfección radical del ser sobrenatural importa la perfección de todo principio vital que en él esté injertado. Por ello la Eucaristía es sacramento de plenitud y perfección para los *hábitos sobrenaturales infusos* y para los *Dones* del Espíritu Santo. Todo es solidario en nuestra vida sobrenatural, como todo lo es en nuestra vida orgánica. En el orden fisiológico, un corazón robusto, con sangre generosa y rica, comunica vida rebosante a todos los órganos. Mayor solidaridad hay entre el ser y los principios sobrenaturales de vida; porque Dios no claudica en la constitución y en el funcionamiento de nuestra vida divina, si nosotros no resistimos a su acción, como puede claudicar un órgano de nuestro ser físico por defectuosa conformación del mismo. La gracia es justificación: es decir, es rectificación fundamental de nuestra vida con respecto a Dios: de toda la vida y, por lo mismo, del ser y de toda fuerza operativa que el mismo pueda utilizar. Si aumenta la gracia, aumenta asimismo la justificación, lo que lleva por consecuencia un aumento de rectificación en toda la complejidad de nuestra constitución sobrenatural.

Esto por lo que atañe a las *virtudes infusas*, teologales y morales.

En cuanto a los *Dones*, baste insinuar que acompañan siempre a la gracia santificante y siguen sus fluctuaciones. Con ella vienen al alma, y con ella desaparecen; a medida que la vida sobrenatural crece, crecen ellos por una mayor infusión del Espíritu Santo, de quien son riquísimo don.

(1) *Summ. Theol.* 3, q. 79, a. 1, ad 1.

De aquí la decisiva influencia de la Eucaristía sobre ellos: como es el Pan que nutre el ser sobrenatural en su principio, que es la gracia, así es el Pan de las virtudes y de los Dones del divino Espíritu; pudiendo decirse que el árbol espléndido de nuestra vida divina alarga su raigambre hasta meterse en el mismo Corazón de Cristo, que a nosotros viene por la Eucaristía, y absorber en él la vida del Verbo al que está hipostáticamente unido. "Todos participamos de la plenitud de Cristo", dice el Apóstol: podemos añadir que en cada uno de nosotros todo participa de la misma plenitud: Tronco y ramas, corteza y hojas, flores y frutos de este árbol de la vida divina, todo se abreva de la savia de Cristo en la sagrada Comunión, verdadero lazo de unión por donde la vida de Dios se introduce en la vida del hombre para comunicarle, en todas las cosas, los crecimientos en Cristo de que nos habla el Apóstol.

Tiene aún otra eficacia la Comunión eucarística en nuestra psicología sobrenatural. Si la Eucaristía robustece todo el sistema de la vida espiritual en la forma que acabamos de indicar, es por la misma acción del Sacramento: tiene éste una eficacia causal, por institución del mismo Cristo, en orden al aumento solidario de toda la vida sobrenatural. Es lo que los teólogos llaman efecto del sacramento por la acción sacramental cumplida: *Ex opere operato*. Pero esta eficacia está condicionada, hasta cierto punto, y en orden al crecimiento de la vida divina, por nuestra disposición personal, *ex opere operantis*. La Comunión eucarística es una obra meritoria, y lo es tanto más cuanto más nos acerquemos en ella al ideal de la comunión perfecta; cuanto más removamos todo óbice a la acción vivificante de Jesús; cuanto más cooperemos con Él, haciendo desaparecer en nosotros todo lo que es nuestro, para que nos substituya

Él en lo que es suyo, según la ley de la asimilación eucarística ya apuntada. Y esto es un mérito personal; y el mérito da un derecho al crecimiento de la vida divina en nosotros. Derecho inviolable, porque se funda en las promesas de Dios mismo y en los méritos de Jesucristo; derecho al que sigue infaliblemente el hecho de la nueva infusión de la vida divina; porque Dios es fiel, y en el mismo instante en que se ha consumado la obra meritoria nos aumenta la vida sobrenatural, en el ser, en las virtudes y en los Dones, según la medida de nuestros merecimientos.

Nada se pierde en la vida sobrenatural. Una acción no es un desgaste, si la informa la gracia y la buena intención, sino que es aumento de vida. En nuestro organismo, la función de un miembro puede ser en perjuicio de otro; la preponderancia de la vida física puede acarrear un desequilibrio en el orden moral o espiritual. En la vida sobrenatural todo está ponderado, no quedando nada rezagado en las conquistas de la gracia: el progreso de la vida divina en nosotros es total y solidario, *per omnia*, como dice el Apóstol. De aquí la fuerza imponderable de la Comunión para determinar en nosotros el crecimiento según Cristo. Ella es un acto complejísimo, comprensivo de muchos otros actos meritorios: los sacrificios que el comulgar nos importa; las humillaciones de la confesión sacramental y del mismo acto de la Comunión; el ayuno; las ansias de recibir a Jesús; los actos de las virtudes teologales y morales que a la Comunión acompañan; la rectitud de intención que reclama: todo hace de la Comunión eucarística un complejísimo acto de piedad personal al que corresponde un mérito; y éste es siempre una carta de crédito que paga Dios inmediatamente con aumentos de su vida en nosotros.

Apuntemos otra razón, que a su tiempo tendrá más

amplio desarrollo, de la que no puede prescindirse al tratar de la eficacia general de la Eucaristía sobre nuestro organismo espiritual: es la acción de la caridad en la vida divina del hombre. La caridad no es sólo la reina de las virtudes, “el vínculo de la perfección y la plenitud de la ley”, como la llama el Apóstol (1); sino que las informa todas: “Sin ella, las demás virtudes no se reputan tales; y de ella nace en nosotros todo lo que es bueno” (2). El amor de caridad no es sólo el acto supremo, el acto-rey de la vida divina, sino el que da orientación a todos los actos de la vida sobrenatural, los conduce a todos y los vivifica todos. “Sin la caridad somos nada”, dice el Apóstol: “Haced todas las cosas en caridad” (3). Ella es el eje central de la vida divina, roto el cual no quedan en nuestra alma más que vestigios de la vida de Dios. La caridad es la vida divina, porque es el punto de unión del espíritu con Dios. La falta de caridad es la muerte, porque es la excisión del alma del tronco divino de donde le venía la vida. El sarmiento, separado de la vid, se seca, dice Jesús. Hemos dicho que sobre el ser y facultades del hombre natural está el *dominio*, que le consiente disponer de toda la vida para utilizarla en un sentido. La caridad nos da el *dominio* de la vida sobrenatural, porque es la voluntad divinizada.

La Eucaristía es el sacramento de la caridad. Su fin es aumentarla, no sólo en cuanto es virtud radical de carácter sobrenatural, sino en cuanto es ejercicio del amor: “El efecto de este Sacramento, dice el Angélico, es la caridad, no sólo en cuanto al hábito, sino en cuanto al acto, que se excita en este Sacramento” (4). Es la Eucaristía el sacra-

(1) Rom. 13, 10.

(2) S. HIERON. *In cap. 3 ad Gal.*

(3) 1 COR. 13, 2: 16, 14.

(4) *Summ. Theol.* 3, q. 79, a. 4.

mento de la "inmanencia" por el amor, en el sentido en que habló Jesús en el discurso de la promesa: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él". Sacramento de la unión, como le llama san Buenaventura, su fin primordial es estrechar, por el contacto íntimo de la Comunión eucarística, el vínculo de caridad que a Jesús nos une y por el que nos viene la vida divina y la fuerza del dominio: *Omnia possum...*

Tales son las líneas generales de la economía de la vida divina que nos viene del "Pan de la vida", en cuanto lo tomamos como manducación sacrificial. Del sacrificio de Cristo brotó la vida divina; y en este Sacramento la encerró Jesús para producir en cada uno de nosotros los mismos efectos que la Pasión de Cristo produjo en el mundo, como dice santo Tomás; es decir, la vida en toda su plenitud y en sus formas variadísimas.

Puntualizaremos, en los siguientes capítulos, los especiales efectos que la Eucaristía produce al ponerse en contacto con cada uno de los principios de la humana vida, para deducir de aquí la imponderable eficacia de este Santísimo Sacramento en nuestra conformación según Cristo, fin de toda la ascética y de toda la pedagogía cristiana.

Pero antes, dando una mirada retrospectiva a cuanto hemos expuesto, rindamos espíritu y corazón ante las estupendas maravillas obradas por Dios para dar a los hombres una participación de su propia vida. Esta vida sobrenatural, que trasciende sobre toda vida y de la que no es más que pobre remedo la vida de las criaturas en el orden natural, la comunicó Dios en toda su plenitud a Cristo: la vida divina se hizo *cristiana*. Cristo, con el precio de su muerte, pagó la deuda de vida que ante Dios teníamos contraída y

que nos hacía nacer en la muerte. Por este hecho, toda la humanidad quedaba, en derecho, incorporada a la vida del Cristo de Dios. La muerte de Cristo se reproduce a través de los siglos en los altares cristianos para personalizar los frutos de vida que logró Jesús con su única oblación cruenta del Calvario; y esta reproducción es la Santísima Eucaristía: EUCARISTÍA-SACRAMENTO, sagrada reserva de nuestros altares, en que adoramos “la vida de Dios que está en su Hijo”: EUCARISTÍA-SACRIFICIO, fuente copiosísima de vida, equivalente a la que brotara un día del Calvario, y función central de nuestra religión, por la que sube a Dios nuestra vida sobrenatural de adoración, acción de gracias, expiación e impetración: EUCARISTÍA-COMUNIÓN, por la que el mismo Cristo, Dios vivo y hombre vivo, penetra dentro de nuestra propia vida, para nutrir personalmente la vida sobrenatural del hombre, para darnos vida abundante, sustentándonos, acreciéndonos, reparándonos y dándonos el goce de la vida divina; y todo esto acomodándose maravillosamente a las leyes de una psicología divina que Él mismo creó en nosotros al hacernos sus hijos de adopción.

¡Dios mío! Un latido de vuestra vida soberana vale inmensamente más que todas las maravillas de la vida que esparció por el mundo vuestra mano creadora. Y Vos la escondéis cada día en mi pecho, porque en él metéis por la Comunión vuestra Carne viva: no para que sea mi pobre pecho un relicario donde adore, en el estupor de mi espíritu, a mi Dios y Señor; sino para que ella sea el pan de que se nutra la vida divina que con amor de Padre me comunicasteis: *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita*. ¡Dios mío! Cuando vengáis a mí por la Comunión, id a través de vuestra carne divina y de mi pobre carne, que se ha puesto en contacto con las sagradas especies que la

contienen, a buscar a mi espíritu, prisionero en las redes de mi cuerpo; y absorbedle, mi Dios, haciéndole vivir vuestra propia vida: *Ut absorbeatur quod mortale est, a Vita*. Sólo así me transformaré en Cristo, realizándose en mí la ley fundamental de la vida cristiana: sólo así mi vida estará escondida con la de Cristo en vuestro seno divino. Y sólo así, transformado en Vos de claridad en claridad, podré un día, *revelata facie*, sin velos y sin sacramento, abreviar mi vida en los torrentes de delicias con que apagáis la sed de las vidas bienaventuradas.

CAPÍTULO V

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA

I. — La Eucaristía y el don de la fe

SUMARIO

1. LA INTELIGENCIA: LEY DE SU VIDA Y DE SU MUERTE SOBRENATURAL. — *Función de la inteligencia en la vida del hombre. — La inteligencia vive de la verdad. — La facultad y la función intelectual en Adán. — El pecado en orden a la vida intelectual sobrenatural. — La fe, substitutivo de la revelación paradisíaca.*

2. EL DON DE LA FE, FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA. — *Naturaleza de la fe, en su aspecto psicológico y objetivo. — La fe, don de Dios. — La fe, ley esencial y fundamental de la vida cristiana: la razón: la Escritura. — La Eucaristía, pan de fe, en su triple acepción de don, ejercicio y luz práctica de la vida.*

3. LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA Y EL DON DE LA FE. — *Bautismo y Eucaristía en orden a la infusión de la fe. — La doctrina de la fe en el discurso de la promesa de la Eucaristía. — Conveniencia altísima, en la economía de nuestra vida sobrenatural, de la eficacia de la Eucaristía en nuestra vida de fe.*

4. EL VERBO DE DIOS, PAN DE ÁNGELES Y MANJAR DE VIADORES. — *El Verbo de Dios, alimento de toda inteligencia.* — *La Eucaristía, manjar de viadores, como es pan de ángeles.* — *Ecce panis angelorum...* — *Doctrina de san Agustín.*

5. EL MAGISTERIO DE CRISTO EN LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA. — *Jesucristo, Verdad y Vida.* — *La Comunión es la individualización del magisterio de Cristo.* — *Testimonios.*

6. LA EUCARISTÍA, ALIMENTO DE FE PORQUE ES SACRAMENTO DE AMOR. — *A la verdad por la caridad.* — *Gustate et videte...* — *Razones de este hecho en la vida del espíritu.* — *Razón de historia: Testimonio de la Escritura: Razón de conveniencia.* — *La crisis actual de la fe y la Eucaristía.*

Ego sum panis vitæ: qui credit in me, non sitiet unquam.

Yo soy el pan de la vida: el que cree en mí no tendrá sed jamás.

(IOH. 6, 35.)

I. LA INTELIGENCIA: LEY DE SU VIDA Y DE SU MUERTE SOBRENATURAL. — La inteligencia es la facultad culminante del espíritu del hombre y la que más le acerca a Dios: "Os conjuro, dice san Agustín, que examinéis si hay en el hombre algo más sublime que la inteligencia, esa cabeza, ese ojo del alma". Es ella nuestra facultad específica y la que nos clasifica en un rango superior al de todos los seres de la creación visible.

Por ello la vida de inteligencia es la más noble vida del ser humano. Ella es la que ordena y gobierna, por derecho nativo, la complicada trama de nuestras facultades y de

nuestro obrar. La libertad, la conciencia, el sentimiento, las pasiones, serían fuerzas fatales para el hombre si no iluminara sus caminos la inteligencia. Ella es el espejo poderoso que refleja y condensa en el fondo de nuestra alma la luz de toda verdad, y hace presentes a nuestro espíritu las realidades del mundo visible e invisible. Ella participa, hasta cierto punto, de la inmensidad y de la actividad del mismo Dios: sube a los cielos, baja a los abismos, y vuela por los anchos espacios del mundo: interroga a los seres, a las esencias, a las leyes, a las fuerzas, y, aunque lentamente, les arranca sus misterios. Ella les domina y sujeta. Por ella se levantan los pueblos y corren a la conquista de su grandeza y de su gloria.

Nútrese la inteligencia del pan de la verdad, y de ésta vive, como los ojos viven y se nutren de la luz del sol, dice san Agustín. Y como viven los ojos del cuerpo vida raquítica cuando les falta el pábulo de la luz, así languidece la inteligencia, ojo del alma, cuando le falta el divino manjar de la verdad (1).

Dios, inteligencia y verdad substancial, es el alimento normal de toda inteligencia creada, en el orden natural como en el sobrenatural. "Dios es todo luz", porque es todo verdad: "En Él no hay tinieblas" (2). Con un rayo de esta luz, derivada de Dios, se ha llenado la creación de toda la verdad que contiene. Esta luz es la que busca nuestra inteligencia, y de ella, vive, en el orden natural.

Pero nuestro Hacedor quiso que de su misma purísima y luminosísima substancia partiera otro rayo que fuese a iluminar directamente los senos de nuestra pobre inteligencia: es la luz de la revelación, por la que vive nuestra

(1) S. AUG. *In Ioh.* Tr. 13, n. 5.

(2) IOH. 1, 5.

inteligencia la vida sobrenatural de la misma Verdad divina.

En la creación del primer hombre, fué Dios soberanamente pródigo en luz de verdad para nuestra inteligencia. Adán fué de entendimiento prócer en el orden natural. Pero, sobre todo, fué elevado a una perfección extraordinaria y sobrenatural en la facultad y en la función intelectual. Nunca como entonces se ha realizado la profunda palabra de san Juan. "La Vida era la luz de los hombres": *Et vita erat lux hominum* (1). Vivía la humana inteligencia vida divina, porque Dios le había inoculado una savia divina, y le apacentaba con la luz sobrenatural de su propio Verbo. "Cuando salió el hombre de las manos de Dios, dice Bossuet, no había para él cuestión alguna. Dios le había dado una razón recta, que consistía en una luz divina, por la que conocía a Dios directamente como un Ser perfecto y Todopoderoso. Este conocimiento era una perfección media entre la fe y la visión beatífica. El hombre no veía a Dios "cara a cara"; pero tampoco le veía, como nosotros, "a través de un enigma y como en un espejo" (2). Término y complemento de esta vida sobrenatural de luz, debía ser la *visión*, estática, *beatífica*, de la esencia misma de Dios, Luz substancial de la que se nutre todo espíritu bienaventurado.

Así, nuestra inteligencia, atada a la Inteligencia infinita por el hilo de la verdad divina y por ella vivificada, hubiese recorrido la órbita de la vida mortal hasta que un día hubiese traspuesto los horizontes mezquinos de la tierra y se hubiese sumergido, sin perder su personalidad, en el océano de la "luz intelectual, llena de amor", que es Dios.

(1) **JOH. I, 4.**

(2) **BOSSUET: Elevat. 7 sem. 3 élév.**

Pero el pecado cortó esta atadura del pensamiento de Adán con la Inteligencia de Dios: y la inteligencia del primer hombre murió a la vida sobrenatural. El hombre quedó en tinieblas y muerte. *Eratis tenebræ* (1).

Ya no fué la verdad divina el pasto del pensamiento humano. A la ciencia sucedió la ignorancia: a la visión clara de las verdades del cielo y de la tierra, la ignorancia de las cosas divinas y la reducción de los conocimientos humanos: a la intuición, vasta y comprensiva, el trabajo extraordinario con que hemos de ir a la conquista parcial del reino de la verdad. Y sobrevino la invasión del error, más persistente y más universal que las conquistas de la verdad, y cuya permanencia en la historia de la humanidad es la señal evidente de su caída primitiva.

Pero, sobre todo, este “ojo del alma”, la inteligencia, ya no podrá vivir la vida de Dios, ni podrá ver a Dios “cara a cara”, vivificada por la misma Luz de Dios en el reino deiforme de la gloria.

Dios vivificará de nuevo la inteligencia del hombre. En el plan de restauración universal de la vida sobrenatural, Dios le hará a la inteligencia del hombre la misericordia de una luz nueva, que será la vida nueva del humano pensamiento y el manjar nuevo de que deberá nutrirse la vida divina en todo espíritu redimido. Es la luz y el pan intelectual de la fe.

2. EL DON DE LA FE, FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA. — La fe es un principio de energía sobrenatural y divina que concede Dios a la inteligencia del hombre. Es la divinización del pensamiento humano, por la comunicación que Dios le hace de una fuerza de orden intelectual que le es indebida. Es la primera misericordia que nos hace

(1) EPH. 5, 8.

Dios, en orden a la vida divina, injertando nuestra pobre inteligencia en su Inteligencia infinita, para que viva nuestro pensamiento de la savia del suyo. Esto es lo que atañe a la “facultad” y a la “función” sobrenatural de nuestro pensamiento elevado por Dios. “Ya somos luz”, dice el Apóstol: *Nunc autem lux in Domino*.

Con respecto al “objeto” de la fe, o campo de visión de la inteligencia sobrenaturalizada, lo constituyen las divinas verdades que a Dios plugo revelarnos, las mismas para todos; comunicación, hecha por Dios mismo al pensamiento humano, no de su propia esencia, sino de fórmulas o enigmas, cuya certeza viene garantida por la autoridad y la veracidad de Dios, y que encierran una porción de la verdad sobre el Ser y la vida misma de Dios. Así el pensamiento vivo de Dios es luz y manjar, fuerza y pábulo, vida y sostén, en el orden sobrenatural, de la inteligencia del hombre.

Don de Dios es la fe, no conquista de la razón humana. Toda la vida natural es incapaz de producir un solo latido de vida sobrenatural: todo el esfuerzo del humano pensamiento es impotente para ponerse al nivel del pensamiento de Dios y vivir de su propia vida. A la gracia divina debemos esta virtud o hábito que nos inclina a adherir nuestro pensamiento a la inteligencia de Dios, es decir, a creer: “La gracia os salvó por la fe, y esto no por vuestro esfuerzo, porque es un don de Dios” (1). Dios mismo es el que con su misericordia lleva ese fermento de la vida sobrenatural a lo más profundo de nuestra inteligencia. El testimonio de la historia, el milagro, la profecía, la misma armonía de las verdades de la fe, no bastan para doblegar nuestra voluntad, inclinar nuestra frente y des-

(1) EPH. 2, 8.

atar nuestros labios para pronunciar el *Credo*, de nuestra fe. Si así no fuese, el hombre podría salir de la esfera de su actividad natural y sumergirse, por su propio esfuerzo, en la atmósfera de lo sobrenatural y divino. Podríamos salvarnos fuera de Dios: y escrito está que “no hay otro salvador que Dios” (1).

Y este don de Dios, don subjetivo de energía para crecer y don objetivo de verdades que creamos, es la ley fundamental y esencial de la vida cristiana.

La vida sobrenatural se pliega, en su economía ordinaria, a las leyes que regulan nuestra vida natural. La inteligencia es la facultad radical y específica del hombre: es el fondo luminoso de donde arranca el impulso y la dirección de su vida: en ella debía echar su raigambre el árbol de la vida sobrenatural. Por ella, que es lo más alto del hombre, debía establecerse el primer contacto con Dios, cuando Dios quiso acercarse al hombre para comunicarle su propia vida: *Credere oportet accedentem ad Deum* (2).

Como la inteligencia se halla en la base, y en el centro, y en la cúspide de la vida humana, y el que carece de ella no puede producir actos humanos; así la fe lo invade todo en la vida cristiana, y al que carece de ella le falta una condición esencial para vivir la vida divina. Ella es el “principio de la vida sobrenatural”, dice el Concilio de Trento. Sólo los creyentes son admitidos al Cristianismo: *Si credis ex toto corde, licet*. “Sin la fe es imposible agradar a Dios”. “Por la fe viene la santidad de Dios a los hombres”. Ella nos hace hijos de Dios: “Sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”. La muerte eterna es la sanción de la

(1) OS. 13, 4.

(2) HEBR. 11, 6.

incredulidad: "Quien no cree, será condenado". Sólo el que guarde incólume el depósito de la fe cristiana, hasta el último aliento de su vida, podrá ser partícipe de la gloria de Cristo en la vida bienaventurada (1).

El Apóstol, en un trazo profundo, como acostumbra su genio, tan embebido en los secretos de nuestra psicología sobrenatural, nos describe el misterio de la vida y de la muerte de nuestra inteligencia: "Os conjuro en el nombre de Dios, dice, que no viváis como los gentiles, en la vacuidad del espíritu, con la inteligencia entenebrecida, sin la vida de Dios... Vosotros habéis aprendido la doctrina de Cristo: habéis sido educados en la escuela de Jesús, en el que hay toda la verdad... Renovaos, pues, en el espíritu y en la vida de vuestra inteligencia" (2).

Y san Juan manifiesta, en una fórmula admirable, la naturaleza de esta vida sobrenatural de nuestra inteligencia: "El Verbo de Dios es la vida de Dios: y esta vida es la luz de los hombres: luz verdadera que ilumina — es decir, vivifica — la inteligencia de todo hombre. Los hombres que la reciben son hechos hijos de Dios": esto es, viven la vida misma de Dios: y son hijos de Dios porque tienen en su inteligencia el "principio de la substancia de Dios que es la fe" (3).

Toda vida tiene su alimento normal. La Eucaristía, pan de la vida sobrenatural, debe ser el Pan de la fe. La Iglesia llama a este Sacramento *Mysterium fidei*, misterio de fe. San Pablo, escribiendo a Timoteo, le decía: "Cuida que los diáconos guarden el misterio de fe en pureza de conciencia" (4). Y en el acto de la consagración, el sacerdote

(1) CONC. TRID. *ses.* 6, cap. 8: ACT. 8, 37: HEBR. 11, 6: ACT. 3, 32: GAL. 3, 26: MT. 16, 16: HEBR. 3, 14.

(2) EPH. 4, 17-23.

(3) IOH. 1, 4. 9. 12: HEBR. 3, 14.

(4) I TIM. 3, 9.

pronuncia sobre el Cáliz estas palabras: "Éste es el cáliz de mi Sangre... *Misterio de fe*" (1).

Veamos la relación que hay entre la Eucaristía y la fe, considerando a ésta:

I. Como don de Dios.

II. En su ejercicio.

III. Como luz práctica de la vida cristiana. Serán estos tres temas el objeto de este capítulo y de los dos siguientes.

3. LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA Y LOS DONES DE LA FE.
— Dios no le niega al hombre el don de la fe: ¿cómo nos hubiese mandado, imperiosamente, que creyésemos, si no hubiese Él ayudado nuestra incredulidad? "Éste es el precepto de Dios, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo" (2). Dios, que nos impone un precepto que rebasa la medida de nuestras fuerzas naturales, será el que obre, junto con nuestra voluntad, el casto abrazo de nuestro pensamiento con su pensamiento, la fusión misteriosa de la pobre luz de nuestra inteligencia con la luz eterna con que ilumina a los creyentes: *Æterna lux credentium*...

¿Dónde y en qué medida derrama Dios en el alma el don inestimable de la fe?

Esta virtud, como todas las infusas, sigue a la infusión de la gracia. Ellas son como el sagrado cortejo de la

(1) No pocos intérpretes creen que estas palabras están tomadas de las del texto anterior de san Pablo. "Ni los Evangelios, ni la carta de San Pablo a los Corintios han conservado esta expresión, *Mysterium fidei*, dice Landrieux. Sin embargo, la Liturgia romana la ha mencionado siempre. Es verosímil que venga ella del mismo Jesús: porque, en semejantes materias, se concibe mejor una abreviación que una adición. Ni en san Mateo ni en san Marcos se halla ya el inciso *qui vobis datur*, que san Lucas y san Pablo han transmitido oficialmente." — Cfr. LANDRIEUX, *De la Trinité a l'Eucharistie*, p. 108.

(2) 1 IOH. 3, 23.

santificación o justificación del hombre, es decir, de la vida divina del hombre. Al dar Dios el abrazo de su paternidad a los hijos de adopción, es cuando les da una participación radical de su vida. Y junto con esta vida, que diviniza la esencia misma de nuestro espíritu, nos da Dios las virtudes infusas que levantan y disponen a las funciones de la vida sobrenatural los principios naturales de nuestra fuerza anímica, el pensamiento, la voluntad y hasta los mismos resortes de la sensibilidad y de las facultades ejecutivas. Todo queda en el hombre divinizado, apto para vivir vida de Dios, ya que Dios le ha hecho partícipe de la suya, en expresión de santo Tomás.

Bajo este aspecto, el Bautismo parece tener una excelencia o eficacia especial sobre la Eucaristía en orden a la fe. Por él se nos da la primera gracia y, por lo mismo, se nos infunde por vez primera en el hábito de la fe. La tradición cristiana ha visto siempre en el primer sacramento una relación especial con el don de la fe. El mismo Jesús parece fundar esta relación en la promulgación del Bautismo: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo" (1). Es que por el Bautismo entramos en el reino de la fe; por él somos incorporados corporalmente a Cristo, como mentalmente lo somos por la fe, dice el Angélico (2). Es por excelencia el sacramento de la iniciación cristiana; y ésta se hace por la fe, porque la vida cristiana ante todo es verdad, y el hombre se inicia en la verdad por el pensamiento. A más de que la fe es el principio y la puerta de la justificación; de modo que, por la brecha de la inteligencia, irrumpe, mediante el sacramento del Bautismo, la vida de

(1) Mc. 16, 16.

(2) *Summ. Theol.* 3, q. 69, 5, 1.

Dios en el alma: "Si crees de todo corazón, puedo bautizarte", le dijo Felipe al eunuco de la reina Candace (1).

Fuera de estas analogías entre la fe y el Bautismo, que han fundado la denominación especial de "sacramento de fe" en favor del primero de los sacramentos, la Eucaristía lleva la ventaja sobre todos los medios que tiene el hombre a su alcance para el logro de los dones de la fe.

No insistimos en el argumento general, ya apuntado en el capítulo anterior, del crecimiento solidario de la gracia y las virtudes sobrenaturales. El sacramento de la gracia, *Eucaristía*, es el sacramento de las virtudes. Prescindiendo de la dignidad de las virtudes infusas en lo que podríamos llamar constitución del organismo sobrenatural, es lo cierto que todas ellas, cada una en su esfera, crecen armónicamente con el crecimiento de la gracia, como los dedos desiguales de la mano, usando una bella comparación del P. Billot, crecen simultáneamente con el individuo. La Eucaristía, que da el crecimiento radical de la vida sobrenatural, debe dar el crecimiento de la fe.

Más aún. En el Bautismo se nos da el comienzo de la vida de fe; la consumación nos la da la Eucaristía, porque, en frase del Angélico, ella nos da la perfección de la vida espiritual. La fe es una luz que alborea en el Bautismo, pero que llega a inundar la inteligencia con resplandores vivísimos cuando ésta se somete a la acción iluminativa de la Eucaristía. Llamaron los antiguos al Bautismo, *photismos*, "iluminación": con mayor razón lo es la Eucaristía, que nos hace crecer de claridad en claridad, porque nos hace crecer en la gracia, hasta que en la suprema gracia de la gloria el Dios-Luz de la Eucaristía, *revelata facie*, sin

(1) Act. 8, 37.

el velo del sacramento, inunde la inteligencia con la purísima e infinita luz que brota de su esencia.

El mismo Jesucristo, en su discurso a los cafarnaítas, en que promete la institución de la Eucaristía, y en que amenaza con la pena de muerte espiritual a los que no quieran comer su carne divina, parece indicar la relación profunda que hay entre la fe sobrenatural y la recepción de su Cuerpo y Sangre. “Yo soy el pan de la vida, dice Jesús: el que viene a mí no sentirá hambre, y el que *creyere* en mí, no tendrá sed...” “La voluntad de mi Padre es que los que vieren al Hijo y *creyeren* en él, logren la vida eterna...” “Y serán todos *adoctrinados* por Dios. Quien oye al Padre, y *aprende*, y viene a mí...” “En verdad os digo: el que *cree* en mí, tiene la vida eterna” (1). En la comunión con Cristo, en este contacto íntimo del pensamiento humano con la inteligencia de Cristo, es cuando se sacia de la luz de la fe, que es su vida espiritual, la facultad más alta del hombre, que es la inteligencia.

Et nos credidimus!!, podemos decir, en los regalados momentos de la Comunión eucarística, mejor que san Pedro cuando le invitaba Cristo a que abandonara su escuela: “¡¡Nosotros hemos creído!! Señor, tienes palabras de vida eterna” (2). Nosotros hemos sentido mil veces, en la comunión de tu Sacramento, caer las palabras de tu fe sobre nuestra inteligencia, de la que son vida, como viene el rocío del cielo sobre el cáliz abierto de la flor.

Lo que insinuaba Cristo Jesús en el discurso de la gran promesa, esa relación íntima del *Misterio de fe* y de la vida de fe en nuestras almas, es una conveniencia altísima de nuestra psicología sobrenatural.

(1) IOH. 6, 35, 40, 45, 47.

(2) *Ibid.* 68-70.

Nuestra vida divina se regula por principios análogos a los que gobiernan nuestra vida natural, salvando siempre la distancia que hay de una vida a otra, su origen diverso, y los caminos extraordinarios que pueda seguir Dios en la economía de su gracia. Santo Tomás discurre siempre sobre la vida cristiana paralelamente a las leyes de nuestra vida humana. Es “un Dios oculto nuestro Dios Salvador” (1); y escondido, por decirlo así, dentro la trama de nuestra vida, obra de ella, acomodándose a las leyes que regulan su expansión, las maravillas de la vida sobrenatural.

Pues bien; Dios, para apoderarse del hombre, se apodera ante todo de su inteligencia: “Nadie va a Cristo si Dios no le atrae” (2); y Dios llama y atrae a los hombres con el grito de la verdad que pronuncia sobre sus inteligencias: *Euntes, docete*; “Id, y enseñad”. La fe es la llave con que la vida divina franquea las puertas de la vida humana. Es la savia de Dios que vivifica nuestra inteligencia y que, desde esta raíz profunda de la vida humana, se reparte a todo órgano y a todo principio de vida espiritual. De la fe proceden la esperanza y el amor sobrenaturales, que no son más que nuestro corazón aplicado habitualmente a esperar y amar el bien divino revelado, es decir, vivido en la inteligencia por la fe. La razón, iluminada por la fe, es pues, el eje de nuestra vida sobrenatural.

La Eucaristía debe tener una eficacia particularísima sobre la inteligencia cristiana. Ya no es la voz de Dios que, “penetrando por el oído”, como dice el Apóstol, lleve la semilla de la fe, que es la semilla de la vida divina, a nuestras inteligencias. Es el mismo Dios, es su Verbo, es la Humanidad santísima de Cristo, instrumento de la vida divina en los hombres, que se pone en contacto con nuestra

(1) Is. 45. 15.

(2) Ion. 6. 41

alma, que viene a hacer latir nuestra vida al compás de la suya. Es Dios que viene, por la fuerza del Sacramento, a realizar en nosotros el plan que su pensamiento ha preconcebido, a saber: la santificación, por las vías que nos trace la divina economía de su gracia. ¿Cómo Dios, en este trabajo íntimo, podría prescindir de la colaboración de nuestra inteligencia, que es “la cabeza y el ojo de nuestra alma”, y cómo nuestra inteligencia podría colaborar con Dios, si Dios no robusteciera su fe con la infusión de esta luz sobrenatural que la pusiera al nivel de la vida divina que Dios produce en nuestra alma por el Sacramento?

“Sería muy fuera del orden natural, y contra la justicia del orden sobrenatural, que en el hombre justo fuesen muy intensos los hábitos de la caridad y otros que corresponden a la voluntad, y fuese débil y remiso el hábito de la fe que corresponde a la inteligencia. Porque, como el apetito procede del conocimiento y pide un conocimiento del mismo orden, y por ello el apetito espiritual reclama un conocimiento espiritual, y el apetito sobrenatural un conocimiento sobrenatural, así la fuerza y la potencia apetitiva exige una fuerza y potencia cognoscitiva del mismo orden...: por lo que la gracia se hallaría en un estado muy violento si, puesto un aumento de caridad y de los hábitos infusos de la voluntad, permaneciese la parte cognoscitiva y el hábito de la fe en estado diminuto e imperfecto” (1).

Así veía el Apóstol crecer y robustecerse la fe en los fieles de Corinto, en cuya Iglesia tan asiduamente se frecuentaban los divinos misterios: “*Spem autem habentes crescentis fidei vestræ*” (2). En las grandes crisis por que ha pasado la fe en los pueblos, la Iglesia ha llamado a sus hijos

(1) LUGO: *De virt. fid. divin.*, disp. 16, sect. 4, 80.

(2) 2 COR. 10, 15.

a que coman este Pan de la fe. Es el fermento que, introducido en lo más recóndito y substancial de nuestra vida, y al ponerse en contacto con nuestra inteligencia, la hace crecer con la verdad de Dios. Es *Luz de Luz* que, velada por los accidentes sacramentales, inunda con sus destellos al alma que recibe su contacto. "La luz engendra luz", ha dicho el poeta: *De lumini lumen prodit* (1).

4. EL VERBO DE DIOS, PAN DE ÁNGELES Y MANJAR DE VIADORES. — Llámase a la Eucaristía *Pan de ángeles*, y lo es primero, porque así llaman las divinas Escrituras al maná: "Comió el hombre pan de ángeles"; "Alimentaste a tu pueblo con manjar de ángeles, y les diste un pan del cielo que tenía en sí todo deleite y todo gusto suave". (2). Y el maná es figura de la gran realidad de la Eucaristía. El mismo Jesús, en el discurso de la promesa, comparaba la Eucaristía al maná: "No fué Moisés quien os dió el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo (3). Pero más principalmente es la Eucaristía el Pan de los ángeles porque hay en ella el Verbo de Dios humanado; y el Verbo de Dios es el alimento de las inteligencias angélicas.

¿Nutre el Verbo de Dios la humana inteligencia por la sagrada Comunión, como alimenta a los espíritus bienaventurados en el cielo? El arcángel Rafael le decía a Tobías: Yo uso un manjar y una bebida invisibles que los hombres no pueden ver" (4): ¿Podemos decir nosotros que usamos el mismo manjar y la misma bebida para alimento de nuestras inteligencias? San Pablo, en su carta primera a los

(1) S. PROSP. *Lib. Epigram*: in 26.

(2) PS. 77, 25; SAP. 16, 20.

(3) IOH. 6, 32.

(4) TOB. 12, 19.

Corintios, al querer hablar de la Eucaristía, dice: "Nuestros padres comieron el mismo manjar espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual: (porque bebían de la piedra espiritual que esperaban; y la piedra era Cristo)." (1). Pero Cristo es el Verbo de Dios hecho carne: si los judíos nutrieron su espíritu con la esperanza del Cristo futuro, ¿no nutriremos nosotros nuestras inteligencias teniendo por la Comunión en nuestros pechos el *Verbum caro*, piedra espiritual sacratísima y fundamental de donde brotan las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna?

Del verbo de Dios se nutre toda inteligencia. Es la Inteligencia soberana de Dios la Imágen de Dios con respecto a Dios mismo; el Ejemplar substancial de todas las cosas para las inteligencias creadas. Es el Verbo la síntesis simplicísima de toda verdad, y no hay verdad fuera del Verbo, porque toda verdad, la creada y la increada, está en Él. Y porque el pan de toda inteligencia es la verdad, por ello el Verbo es el pan de que necesariamente debe nutrirse todo espíritu. El Verbo es luz: luz para el cielo y para los hombres: "En Él está la vida y la vida era la luz de los hombres" (2): y en esta atmósfera de luz del Verbo debe moverse toda inteligencia que no quiera morir. Fuera del Verbo no hay más que tinieblas, y las tinieblas son la asfixia del pensamiento, que no tiene otro manjar que la luz.

Por esto los ángeles se apacientan del Verbo, como nuestras pobres inteligencias, en el orden natural, se nutren de las migajas de la verdad que a la Verdad infinita, que es el Verbo, le plugo diseminar por este mundo de las criaturas.

Mas, si Dios nos llama a la verdad sobrenatural, que es la vida divina de la inteligencia, como llamó a los ánge-

(1) I COR. 10, 3, 4.

(2) IOH. 1, 4.

les, no para anegarnos, como ellos, en el piélago de luz que es el Verbo de Dios, sino para dejarnos entrever, en la fórmula de la fe, algo de la verdad divina que en el seno de Dios se esconde, ¿no podrá el Verbo ser manjar de viadores como es pan de ángeles?

No es esto una hipótesis: es un hecho maravilloso y misericordioso: Santo Tomás contemplaba la Hostia divina de nuestros altares, y decía en el estupor de su espíritu:

Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum...

“He aquí el pan de los ángeles convertido en manjar de los hombres viadores.”

San Agustín comenta así esta maravilla del poder y la benignidad de Dios: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Éste es el alimento eterno. De Él se sacian los ángeles: De Él participan las Virtudes: los espíritus celestes de Él se nutren. Todos estos convidados lo comen. Lo comen y engordan. ¿Pero qué hombre podría tomar este manjar, y qué corazón sería capaz de este alimento? Era preciso que esta comida se transformase en leche para poder llegar a los pequeños. ¿Cómo del mismo pan nos pudo alimentar la sabiduría de Dios? Haciéndose el Verbo carne: *Quia Verbum caro factum est.*” Y ponderando el Santo Obispo la dignación de Dios que no sólo se hace carne, sino que esconde su Verbo bajo las apariencias de pan para que le coma el hombre a su manera, como le comen los ángeles, exclama: “Mira su humildad, que ha hecho que el hombre comiera el pan de los ángeles: *Vide ergo humilitatem, quia panem angelorum manducavit homo.*” (1).

(1) S. AUG. *In Psal.* 33, Serm. 1.

¡Estupenda traza de Dios en la comunicación de la vida divina a nuestra inteligencia! Ha triunfado de nuestro pensamiento, haciendo que redujéramos a cautividad nuestra inteligencia en obsequio de Cristo (1): y a trueque de esta hegemonía sobre nuestro pensamiento ha inoculado en él la savia de la vida divina, “haciéndonos renacer — es decir, vivir una nueva vida —, no por una semilla corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo” (2), que no es más que una participación de orden intelectual de la vida del Verbo. Porque el primer fruto de nuestro renacimiento y adopción de hijos de Dios es fruto de inteligencia: es una relación del Verbo de Dios, del pensamiento de Dios que conoce a sus elegidos, con la inteligencia del hombre que conoce al Dios que se ha dignado elevarle a una filiación sobrenatural: “Y ahora que habéis ya conocido a Dios; más aún, habéis sido conocidos por Dios...” (3). Es la acción soberana de Dios que, al tratar de restaurar al hombre, ha querido ante todo apoderarse de su inteligencia con la atadura de la fe.

Y para que esta atadura no se rompiera, para que no se debilitara esta vida, para que la Cara de Dios, que es su Verbo, se iluminase cada día con nuevos fulgores en el fondo de nuestro espíritu creyente, nos ha dado el Pan de la fe, alimento de nuestras almas en la Eucaristía, como lo es de los ángeles en el cielo, porque en él, dice Orígenes, hay el Verbo de Dios: Este pan, que el Verbo de Dios llama su Cuerpo, es la palabra, el Verbo que nutre las almas: *Verbum est nutritorium animarum*. (4).

(1) 2 COR. 10, 5.

(2) 1 PETR. I, 23.

(3) GAL. 4, 9.

(4) ORIG. *Homil.* 35 in Mt.

Ecce panis angelorum, factus cibus viatorum! Ya el Pan de los ángeles, el Verbo de Dios, es manjar de los hombres. Sólo la forma difiere en que este manjar opulento se ofrece a la visión radiante de los ángeles y a la visión oscura de nuestra fe. Para ellos, es ya *la Luz*, que envía directamente sus rayos a las inteligencias de los ángeles para hartarlas de verdad. Para nosotros, es *una luz*, la luz de la fe, participación de la divina Luz, de la que es presagio y enigma; luz subobscura, porque llega hasta nosotros ceruida y opaca por la envoltura de la fórmula, por el tamiz de la palabra reveladora. “Dulce pasto es la palabra, exclama el dulcísimo Bernardo, y sobremanera opulenta es la verdad. Tengo yo también una Palabra, el Verbo, pero en carne; se me sirve también la Verdad, pero en el Sacramento. Hártase el Angel de la grasa del trigo y engorda con el grano limpio: yo debo contentarme con la corteza del Sacramento, con el salvado de la carne, con la paja de la letra, con la veladura de la fe.” (1). Pero aun así, ¡oh Jesús! habéis hecho de vuestra Eucaristía un opulento banquete de luz para las inteligencias de vuestros hijos. Vuestra carne es la carne del Verbo: y si el Verbo, al tomar esta carne, os transformó en luz verdadera que ilumina a todo hombre, si os hizo el Hombre-Luz: *Ego lux* (2). ¿no iluminará nuestras inteligencias cuando nuestro espíritu se junte con Él en los brazos de la santa Comunión?

5. EL MAGISTERIO DE CRISTO EN LA COMUNION EUCARÍSTICA. — Descendamos de estas alturas de la teología, y consideremos la acción de Cristo sobre la inteligencia del que comulga a la luz más diáfana del hecho histórico que vino a realizar Jesucristo sobre la tierra.

(1) S. BERNARD. *Serm.* 33 *in Cant.*

(2) IOH. 12, 46.

Jesucristo es la verdad. Él mismo lo ha dicho: "Yo soy la verdad." (1). Jesucristo vino para enseñarnos la verdad: "Nosotros sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado inteligencia para hacernos conocer al verdadero Dios y estar en su Hijo verdadero." (2). Jesucristo vino para darnos la vida, y dárnosla en abundancia, y la vida eterna es ésta: "Que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste." (3). Éste es el hecho histórico que brilla con luz meridiana en la narración de los Evangelios: ésta es la función histórica de Cristo, que se complace en poner de relieve los escritos sagrados.

Jesucristo es, ante todo, un Maestro: *Rabbi, Magister*, le llaman sus discípulos. Él habla como quien tiene plena posesión de la verdad: habla en forma asertiva, categórica: Sus palabras, ora están "llenas de vida eterna" (4); ora promulgan la condenación eterna para quien no las creyere (5). A veces su palabra orea, como blando céfiro, las inteligencias cautivas de sus oyentes, y: "Nunca, dicen, hombre alguno habló como este hombre" (6): otras veces, como la acerada garra del águila, hace presa y destroza las conciencias hipócritas de sus enemigos (7). Discursos doctrinales, parábolas, ejemplos; los símbolos, de que usa en público, como las diáfanas doctrinas que les da en privado a sus discípulos; en el monte, en el mar, en campos y ciudades; en las dulces efusiones de su alma, como en el tono levantado de la cátedra más sublime que hubo en el mundo: llamando a contribución de su doctrina las aves y las mieses y los lirios, las costumbres de la ciudad y de la playa, anti-

(1) IОН, 14, 6.

(2) I IОН. 5, 20.

(3) IОН. 17, 3.

(4) *Ibid.* 6, 69.

(5) Мс. 16, 16.

(6) IОН. 7, 46.

(7) Мт. 23, *passim*.

guas profecías y milagros estupendos: siempre es Jesús el Maestro de la verdad, siempre parecen en Él vivas aquellas palabras que pronuncia en ocasión solemne: "Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy": "No tenéis más que un Maestro único, Cristo." (1).

Este magisterio soberano, amoroso, fecundo, lo continúa Jesucristo en la Comunión de su Cuerpo y Sangre. No es consideración piadosa, sino realidad feliz: "Todo efecto que intentó producir Cristo en su vida mortal, y de un modo especial en la Pasión, es efecto propio y especial de la Eucaristía en el que comulga", dice el Angélico.

¿Dónde mejor que en la Comunión eucarística puede el alma instruirse en lo que llamaba san Pablo, en lenguaje profundamente psicológico, el "sentido de Cristo": *Nos autem sensum Christi habemus?* (2). Y qué es este sentido de Cristo, sino la comunión con el pensamiento de Cristo, la vibración unísona de nuestra pobre inteligencia con la inteligencia de nuestro Maestro divino? La voz de Cristo, dulce, reposada, de suavísima elocuencia, arrebatava las multitudes y abría de par en par las puertas de su inteligencia, y Cristo se posesionaba de ellas por la fe: "Muchísimos creyeron en Él por su palabra" (3): y este Maestro, que vino a sojuzgar las inteligencias a su fe; que es el maestro de luz y Señor del pensamiento humano; el gran Celador de las almas que vino a la tierra "para abrir los ojos de las inteligencias de los hombres, y hacerlas salir de las tinieblas a la luz de la fe" (4), ¿no aprovechará los momentos de la Comunión, para Él deliciosos, porque son la prolongación de su magisterio en favor de un alma, abriendo

(1) Ioh. 13, 13: Mt. 23, 10.

(2) 1 COR. 2, 16.

(3) Ioh. 4, 41.

(4) Act. 26, 18.

amorosamente los senos de su inteligencia para apacentar en su luz el pensamiento del cristiano?

¡Ah! Jamás comemos este Pan de la Sabiduría en gracia de Dios sin que se aumenten en nuestra alma las luces de la fe. Es “el pan de la vida y de la inteligencia”: *Panis vitæ et intellectus*, con que Dios nutre el espíritu de los justos; y el justo, radicalmente, “vive de la fe” (1). “Es el cáliz que nos embriaga, dice san Cipriano, para iluminar nuestras inteligencias con la sabiduría del Espíritu Santo.” (2). Y el gran Bossuet, después de haber discurrido admirablemente sobre *Jesucristo, nuestra luz*, exclama: “Amemos la verdad: amemos a Jesucristo, que es la verdad misma. Vivamos de la verdad: nutrémonos de ella. Para esto se nos ha dado la Eucaristía: en el Cuerpo de Jesús, en su Humanidad santísima, está el purísimo candel de los elegidos, la pura substancia de la verdad.” (3).

Sí: comamos la verdad y nutrémonos de ella. Pero que nuestra alma abra generosamente sus senos, como la flor sus pétalos a la luz del sol, para que la luz de Cristo la ilumine. Comprendamos nuestras tinieblas, y la verdad de Cristo nos iluminará. Humillemos nuestras frentes, y Cristo pronunciará sobre nuestras cabezas, en la Comunión santa y humilde, su palabra divina. Y “la palabra de Dios es verdad”, les decía Jesús a sus Apóstoles en la primera Comunión de su Cuerpo y Sangre: *Sermo tuus veritas est.*” (4).

6. LA EUCARISTÍA. ALIMENTO DE LA FE PORQUE ES SACRAMENTO DEL AMOR. — La Eucaristía, hemos dicho ya con el Angélico, es sacramento de la caridad: la produce

(1) ECCLI. 15, 3; ROM. 1, 17.

(2) S. CYPR. *Epist.* 70, ad Cæcil.

(3) BOSSUET: *Méditations sus l'Évangile*, 81 jour.

(4) IOH. 17, 17.

como hábito y como acto, informándonos de la caridad y excitando en el alma los movimientos del amor. No insistimos ahora en la demostración de este concepto de la Eucaristía. Basta consignar el principio para derivar de él la conclusión de que la fe brota, lozana y fuerte, en el campo del amor.

De Pascal es este pensamiento, que resume lo que vamos a decir sobre este punto: "Es diferente el camino que siguen para persuadirnos la verdad divina y la humana: ésta nos viene por el entendimiento; aquélla por el corazón; de aquí que "a la verdad se va por la caridad", dicen los Santos." (1).

¡A la verdad se va por la caridad! Es éste un profundo principio de nuestra psicología sobrenatural. Dios es caridad y es verdad. La vida eterna, que es la posesión de Dios, importa la unión con Dios en caridad; pero esta unión es la visión suprema de la verdad. Es el "amor contemplativo", en su expresión más alta; el *Lumen amabile*, Dios, el océano en que se anegan el entendimiento y la voluntad de los bienaventurados. Y si la vida de gracia es la incoación de la vida de gloria ¿por qué no deberán crecer las iluminaciones de la fe cuando suben de grado los ardores del amor?

En el cielo, quien ama más a Dios, más le ve: a medida que se ensanchan los senos del amor en el bienaventurado, se ahonda más y se dilata más su visión intelectual en el horizonte infinito de Dios. Los más abrasados serafines son en el cielo las inteligencias más encumbradas. Y si la fe es el principio de la substancia de Dios, fórmula incomprendida de lo que un día veremos con claridad en la gloria, ¿por qué el amor no puede hacer más penetrante el ojo de

(1) PASCAL: *Pensées: L'art de persuader*.

la fe, más ancho el campo de visión, más claro el objeto de nuestras creencias?

Gustate, et videte: “Gustad, y ved...”: estas dos palabras del Salmo (1), que no tienen atadura lógica en el orden de las ideas, tienen profundo nexo en el proceso de nuestra vida sobrenatural: significan la “experimentación” de la fe por el amor (2). Cuando los discípulos de Emaús hubieron comido el Pan eucarístico que Jesús les dió, “se abrieron sus ojos y le conocieron” (3). San Pablo, al señalar la característica de la caridad, dice: *Caritas omnia credit*: “La caridad lo cree todo.” (4). Es que el amor purifica el alma y levanta a Dios, y se ve más puro el cielo de la verdad y es más intensa la luz que de Dios nos viene. “Dios, ha dicho Pascal, derrama en los espíritus los torrentes de su luz cuando ha domeñado las rebeliones de la voluntad con las dulzuras del amor.” Esta fórmula del gran pensador no es más que la traducción de aquella exhortación de san Pablo a los fieles de Colosa: “Portaos en todo de modo que seáis gratos a Dios: y creceréis en la ciencia de Dios mismo.” (5). Ser grato a Dios es ser amigo de Dios, y ser amigo de Dios es tener, como lo tienen los amigos, un título a esta luz amorosa que nos permite penetrar en las cosas de Dios.

¿Razones de este hecho trascendental en nuestra vida de

(1) Ps. 33, 9.

(2) El Salmo 33 fué adoptado por la antigua Iglesia como cántico de la Sagrada Comunión (CONSTITUT. APOSTOLIC., 8, 3; S. CYRIL, *Catech. Myst.*, 5, 17); por esto no dudamos en aplicar a la doctrina del texto el *Gustate et videte*, de dicho Salmo. San Pedro, en su Carta primera, 2, 3, cita al Salmista en este lugar, después de hablar del *Lac, sine dolo*, en que muchos intérpretes han visto simbolizada la sagrada Eucaristía.

(3) Lc. 24, 31.

(4) I COR. 13, 7.

(5) COL. 1, 10.

espíritu? Hay la razón de "historia", que nos dice que los que más han sabido de Dios y de las cosas divinas no son los sabios, sino los santos, es decir, los amadores de Dios. Esta historia de santo Domingo, que nos cuenta que, preguntando un día el Santo de Guzmán dónde había aprendido las maravillas de su ciencia, respondió: "Hijo mío, yo no tengo más libros, después de las Escrituras divinas, que el de la divina caridad".

Hay el testimonio de la "Escritura", que nos dice que "por el corazón se cree", y que los limpios de corazón, los que le han purificado en el crisol del amor, verán a Dios (1). San Juan, el discípulo amado, es el águila que más se remontó en el cielo de la verdad divina: de su pluma brotaron estas palabras regaladísimas: "Que la unción (de la caridad) que recibisteis permanezca en vosotros. Y ya no tendréis necesidad de maestro, porque la unción os enseñará todas las cosas." (2). Y san Pedro no es constituido piedra fundamental en que descansen la fe de las futuras generaciones sino cuando Cristo ha arrancado de sus labios la triple profesión de su amor (3).

Y hay la razón de "conveniencia" con los principios de la psicología sobrenatural. Lo que bien se ama, bien se comprende. El amor es lince: nadie comprende mejor al hijo que la madre; el amigo tiene intuiciones que le permiten penetrar en el alma del amigo. "Hay un *sentido de la amistad*, dice un autor, que nos revela más, aunque de una manera oscura, de la vida interior del amigo, que el más minucioso análisis intelectual." (4). Así sucede en el conocimiento sobrenatural de Dios: la fe nos le hace conocer es-

(1) ROM. 10, 10; MT., 5, 8.

(2) 1 IOH. 2, 27.

(3) IOH. 21, 15-17.

(4) GILLET: *La virilité chrétienne*, p. 313.

peculativamente; por la caridad, “sentimos” a Dios. “El Dios que conocemos por la caridad no es sólo el Dios que se esconde en las definiciones dogmáticas, sino el Dios que habita personalmente en nosotros y que hace de nosotros su morada.”

Comamos el Pan del amor, “para que crezca en nosotros la ciencia de Dios según la fuerza de la claridad de Cristo”, que se pondrá en contacto con nuestra vida (1). “El amor es un ojo; y amar, es ver”, dice Ricardo de San Víctor: “La caridad conoce la verdad”, ha dicho san Agustín (2). La Eucaristía, al encender en nuestros pechos la llama de la caridad, hará que reverbere en las cumbres de nuestro pensamiento la luz de la verdad: y “aumentando la verdad en la caridad, creceremos en Cristo, que es nuestra Cabeza” (3), como es regalado alimento del corazón y de la inteligencia.

¡Oh! La verdad de Dios, la luz bendita de la fe, sufre en nuestros días crisis tremenda. La luz está entre nosotros, pero no es capaz de disipar nuestras tinieblas, porque los hombres cierran los ojos a esta luz. ¡Luz de Cristo! luz dulce, luz fuerte, “más luz que la misma luz”, como dice Bossuet: entrad en el corazón de los hombres, y desde allí invadid sus inteligencias.

¡Oh, hombres! el Padre común de los fieles os llama a la Sagrada Mesa. A todos llama, hasta a los niños: inteligencias robustas, que podéis señalar a la humanidad nuevos caminos, inteligencias débiles; almas todas, racionales e inteligentes, acercaos a Cristo, sentaos a su Mesa, “y se-

(1) COL. 1, 10-11.

(2) RICH. A S. VICT. *De gradib. charit.*, cap. 3; AUGUST. *Conf. Lib. 7*, cap. 10.

(3) EPH. 4, 15.

réis iluminados" (1); no por la ciencia que hincha, fuego fatuo, movedizo, que no es capaz de guiar los pasos de la vida; sino "por la caridad que edifica" (2), porque nos lleva a todos a Dios, a los sabios y a los ignorantes, a los genios y a los de mente mezquina, por este rastro luminoso de la fe cristiana, patrimonio de luz que trajo Cristo a todo hombre que viniese al mundo.

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA

II. — La Eucaristía y el ejercicio de la fe

SUMARIO

1. LA EUCARISTÍA Y LA VOLUNTAD DE CREER. — *Inteligencia y voluntad en el acto de fe. — Eficacia de la Eucaristía en la voluntad de creer.*

2. LA EUCARISTÍA Y EL ORGULLO DEL ESPÍRITU. — *El orgullo del espíritu, gran enemigo de la fe. — La Eucaristía, escuela de humildad de espíritu. — El arte y la Liturgia. — Fecundidad de la humildad de espíritu en orden a la luz de la fe.*

3. LA EUCARISTÍA Y LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD: EL HECHO DE LA EUCARISTÍA. — *Oscuridad de la fe y claridad de los motivos de creer. — La Eucaristía, enigma incomprensible y hecho histórico luminosísimo.*

4. LA EUCARISTÍA Y LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD: LOS MILAGROS EUCARÍSTICOS. — *Divina pedagogía en la imposición de la fe en la Eucaristía. — Tres órdenes de milagros eucarísticos:*

a) MILAGROS EN EL ACTO SACRAMENTAL. — *La transubstanciación. — Multiplicación de la presencia real. — Conservación de las especies sacramentales sin su substancia. — El sentido no contradice a la inteligencia. — Maravillas en la manducación del Sacramento.*

b) MILAGROS EN EL ESTADO SACRAMENTAL. — *En la Eucaristía está "todo Cristo". — Manera de estar Cristo en el Sacramento: fórmula del Angélico. — El Cuerpo de Cristo no ocupa lugar. — Falta de correlación entre el Cuerpo de Cristo y las sagradas especies. — El Cuerpo de Cristo inmóvil, impasible, imponderable en la Eucaristía.*

c) MILAGROS EN LAS MANIFESTACIONES SACRAMENTALES. — *Los milagros históricos de la Eucaristía. — El milagro, obra de Dios. — Su fuerza sobre la inteligencia del hombre. — Aparición de un Niño en la sagrada Hostia. — Y de los misterios de la Pasión del Señor. — Otros milagros.*

5. LA EUCARISTÍA Y LAS GRACIAS ACTUALES DE FE. — *La vida sobrenatural es acción. — Diferencia radical entre las manifestaciones de la vida natural y las de la vida divina en el hombre. — La gracia actual y la Eucaristía. — La gracia actual de fe, excitante y medicina del humano pensamiento.*

6. LA FE, PREMIO DE LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA: LA LEY DEL HÁBITO EN LAS VIRTUDES INFUSAS. — *Juego de la libertad en las virtudes sobrenaturales. — El mérito de la Comunión sacramental en el orden del pensamiento. — La ley moral del hábito y las virtudes sobrenaturales. — La Comunión frecuente y los frutos de fe.*

*Instructi in caritate, et in imnes dici-
tias plenitudinis intellectus.*

Unidos en la caridad, sean llenos de todas las riquezas de una perfecta inteligencia.

(COL. 2, 2)

1. LA EUCARISTÍA Y LA VOLUNTAD DE CREER. — *Hasta aquí hemos tratado de las relaciones de la Eucaristía con el "don" de la fe, virtud o hábito sobrenatural que radica*

en la inteligencia del hombre, que es el primer contacto de Dios con el alma y el principio de la vida cristiana, por cuya virtud el alma se siente inclinada a aceptar la verdad divina, por la autoridad del Dios que la revela. El "acto" de fe, hijo de esta virtud, es una "convicción", es decir, una ligadura, una adhesión del pensamiento humano al pensamiento divino. "La fe, dice el Apóstol, es el argumento de lo que no aparece" (1); o, como comenta un eximio teólogo, "una fuerza divina que hace que el entendimiento humano asiente a la verdad que no ve." (2). Por el acto de fe el entendimiento humano, sin ver la verdad divina, se adhiere a ella: "¿Qué es la fe, dice san Agustín, sino creer lo que no ves?" (3).

Ésta es la obra de Dios en la inteligencia cristiana: la hace fácil, dócil, fuerte para abrazar las verdades de un mundo sobrenatural que no comprende. La Eucaristía es el gran recurso de Dios y del hombre para "adaptar" la inteligencia humana al pensamiento de Dios. Pan vivo que bajo del cielo para dar la vida sobrenatural al mundo, es la Eucaristía el fermento divino que, al ponerse en contacto con el alma, hace llegar a la inteligencia del hombre la vida misma de la Inteligencia de Dios.

Pero la fe, en su ejercicio, exige el juego de la voluntad humana. "Nadie cree si no quiere", ha dicho san Agustín: *Credere non potest nisi volens* (4). Hay una profunda diferencia entre la verdad natural y las verdades de la fe en orden a la inteligencia: la primera entra en el campo de nuestra visión intelectual; las segundas, no. Nosotros "vemos" la verdad natural; "creemos" las verdades de la fe. La adhe-

(1) HEBR. II, 1.

(2) MAZELLA: *De virtut. inf.*, 304.

(3) S. AUG. *Tract. 27 in Ioh.*

(4) *Ibid. Tract. 26 in Ioh. n. 2.*

sión de la inteligencia a una verdad natural no es libre, cuando la conocemos, como no es libre el ojo abierto para ver o no la luz que brilla; pero el asentimiento a las verdades de la fe depende de nuestra libertad, porque la verdad no se nos presenta con su propia luz, sino que, oscura como es, la ofrece a nuestra inteligencia otro ser inteligente, cuya autoridad podemos rechazar y cuya veracidad podemos desconocer. Porque es libre la fe, es meritoria: "Premio de la fe será la *visión* de lo que, sin verlo, hayamos creído." (1). ¿Cómo, si la fe no fuese libre, habría Dios prometido una bienaventuranza a los creyentes: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron" (2); y hubiese sancionado la incredulidad con la condenación eterna: "El que no creyere se condenará?" (3).

Todo se traba y se sostiene en una maravillosa armonía en nuestra psicología sobrenatural. Como en nuestra vida fisiológica, como en nuestro mundo anímico, hay en nuestra vida sobrenatural un encadenamiento tal de fuerzas, de leyes, de facultades, de funciones, que todas juntas forman un todo compacto, y cada una de ellas repercute en las demás, por ley de una simpatía cuyos secretos están en la acción viva y maravillosa de la gracia en nuestro ser espiritual.

He aquí por qué la acción de la Eucaristía debe ser *integral*. Si la fe florece en las cumbres del pensamiento, pero arranca del fondo de la voluntad, siempre informada por la virtud de Dios, ¿por qué la Eucaristía, como es vida y luz de fe en el entendimiento, no deberá ser vida y fuerza de fe en la voluntad? Y si la fe, en el orden intelectual, como dice santo Tomás, resiste a sus contrarios, el error,

(1) S. AUG. *Tract. 27 in Ioh.*

(2) *IoH. 20, 29.*

(3) *Mc. 16, 16.*

la duda, la ignorancia, y la Eucaristía es el gran auxiliar de la fe en este combate intelectual, ¿por qué la Eucaristía, al empujar a la voluntad en el sentido de la fe, no deberá asimismo protegerla contra todo elemento morboso que pudiera dificultar el movimiento de la voluntad en orden a la misma fe, las pasiones, el egoísmo, las conveniencias, la cobardía, el orgullo?

Dios no es raquítico en sus dones: Él, que da la voluntad de abrazarla, como da fuerza para traducir en obras sus dictámenes: "Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar." (1). Si así no fuese, habría en nuestra psicología sobrenatural un desequilibrio profundo; la fe, en las alturas de la inteligencia, sería un relampagueo sin eficacia en la realidad de la vida; y la voluntad, en desnivel con el pensamiento, haría estéril en nosotros este "principio de la substancia de Dios".

Y ésta es una razón general, fundada en una profunda exigencia psicológica, que nos obliga a admitir la eficacia de la Eucaristía en orden a la voluntad de creer.

2. LA EUCARISTÍA Y EL ORGULLO DEL ESPÍRITU. — En esta acción integral de Dios que, por la gracia del Sacramento, dispone paralelamente todo principio de actividad psicológica en orden a producir y robustecer el acto y la vida de fe, encuentra la acción misericordiosa de Dios, que trata de infiltrar su propia vida en nuestra vida intelectual, un gran enemigo de la fe: es el orgullo del espíritu.

Dios llama repetidamente a las puertas de la inteligencia para que se abran: quiere entrar en ella para iluminar sus tinieblas con luz del cielo: pero la inteligencia oye a veces impávida, irreductible, la voz de Dios. "Los hombres

(1) PHIL. 2, 13.

quieren más las tinieblas que la luz." (1). ¡Tremendo crimen que se consuma en lo más substancial de nuestra vida, en la facultad "especial" del hombre, en las alturas de nuestro espíritu, de donde el orgullo humano arroja a Dios, quien, como ha dicho un filósofo, "difícilmente se abaja de nuevo a estas cumbres!" Es el pecado contra la luz: es el crimen de los herejes, de los apóstatas, de los racionalistas, de los librepensadores; es el crimen de los impíos; es, salvando las debidas conveniencias, el gran pecado de los que cierran sus ojos a la luz de la fe que brilla en su espíritu, que, importuna, categórica, les denuncia sus deberes, y, ante ella, creen y tiemblan, pero pecan. Es la derrota de la fe; es la extinción o la debilitación de su luz; es la fe rechazada, perdida o muerta: y, en todo caso, es el gran golpe asestado a la vida cristiana, cuya savia debe subir de las honduras de la inteligencia unida en santo consorcio con la fe.

La Eucaristía es escuela de humildad de espíritu. La Comunión, si es una gran dignación de Dios, que se nos da en comida, y un encumbramiento maravilloso del hombre, que puede ponerse en contacto íntimo con Dios, es también un obsequio profundo, un total acatamiento que prestamos a la verdad divina. Si la ley del sacramento es la humillación del hombre, según santo Tomás, en ningún sacramento como en el del Altar llegan nuestras facultades de orden espiritual a una abnegación tan profunda. La Eucaristía es síntesis doctrinal y objetiva de nuestra fe, a más de ser un estupendo compendio de milagros y una traza, profundamente misteriosa, de comunicarnos Dios su propia vida.

Representa el arte cristiano esta abnegación de la inteli-

(1) IOH. 3, 19.

gencia por una matrona que, los ojos vendados, lleva en su diestra el Cáliz y la Hostia, símbolo de la Santísima Eucaristía. Los ojos son la inteligencia; la venda es la fe, que nos manda aceptar lo que no vemos; el Cáliz y la Hostia representan la Eucaristía, Misterio de los misterios. Toda la teología se concentra alrededor de esta síntesis de las revelaciones divinas.

La Liturgia, en el culto de la divina Eucaristía, expresa el mismo sentimiento de humildad de espíritu. Mientras el sacerdote hace llegar al Tabernáculo el incienso de la adoración que envuelve en sus espirales a la Hostia divina, el pueblo, de rodillas, la frente inclinada al suelo en señal del acatamiento de la inteligencia, canta la estrofa de la humildad:

*Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui;
Præstet fides supplementum ..
Sensuum defectui.*

“Adoremos, rendidos, al gran Sacramento; que la fe supla al testimonio de los sentidos...”

En la Misa de la fiesta de *Corpus*, en el *Lauda, Sion*, himno triunfal del Santísimo Sacramento, se proclama la impotencia de la razón y la grandeza de la Eucaristía, cuya verdad rebasa los naturales límites de la inteligencia:

*Quod non capis, quod non vides,
Animosa firmat fides,
Præter rerum ordinem...*

Y ¿qué hay de más profundo, en orden al abatimiento de la inteligencia, que el hecho de tantas generaciones de genios, de sabios, conocedores de las cosas divinas y humanas, que se han postrado ante la apariencia de un pedazo

de pan y le han adorado como a su Dios, diciendo con la Liturgia :

*Adora te devote, latens deitas
Quæ sub his figuris vere latitas...*

“Te adoramos, Dios oculto, que te escondes bajo el velo del Sacramento?”

La humildad de la inteligencia es fecunda en luz de fe. Cuando el hombre se abaja, Dios le eleva; cuando se vacía de su saber en obsequio a su Dios, Dios le llena de la divina sabiduría de la fe: “Yo, luz substancial, vine al mundo, para que los que en Mí crean no vivan en tinieblas.” (1). San Agustín, creyente profundo e inteligencia altísima, buscaba la mayor altura de su pensamiento en la mayor humillación de su fe: “*Credo, ut intelligam*”. ¿Por ventura, decía el gran Obispo, Dios fuera Dios si, al mandarle al hombre el acto, de fe, se aprovechara de este abajamiento de su inteligencia para mutilar su obra, rebajando su cualidad especial, y más aún no siéndonos posible creer sin tener alma racional? (2). Así, por la humildad nos viene la verdad; por el pequeño don que a Dios hacemos de nuestro pensamiento, Dios nos hace, como premio a nuestra rendida voluntad de creer, la gran merced de la fe; y al asentir a una verdad oscura, viene a nosotros, en recompensa, la luz del cielo a llevar la vida de Dios a nuestra inteligencia.

“¡Oh, luz incomprensible, decía Bossuet, por la que ilumináis a todo hombre que viene a este mundo, y de una manera especial a aquellos de quienes se ha escrito: “Andad como hijos de la luz! (3). A más del homenaje que os

(1) IOH. 12, 46.

(2) S. AUG. Epist. 120 ad Cres. n. 3.

(3) EPH. 5, 8.

debemos por haber recibido de Vos toda la luz que hay en nosotros, porque Vos sois el verdadero Padre de las luces, os debemos aún otro homenaje; y es que nuestra luz debe aniquilarse delante de vuestra luz. Sí, Señor: toda luz creada, y que no sea Vos mismo, aunque venga de Vos, os debe el sacrificio de aniquilarse en vuestra presencia.” (1). Pero este sacrificio no es para anonadaros, sino “para que el mismo Verbo de Dios sea nuestra sabiduría” (2); y “la vida del Verbo sea la luz — es decir, vida intelectual —, de los hombres.” (3).

3. LA EUCARISTÍA Y LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD: EL HECHO DE LA EUCARISTÍA. — Ponderemos la fuerza extrínseca, de orden moral, que el Sacramento de la Eucaristía puede ejercer sobre la voluntad, engendrando en ella, con la gracia de Dios, el piadoso afecto que la incline al acto de fe.

Exige la fe por parte de la inteligencia un asentimiento “oscuro”, fuera de la ley que regula su actividad en el reino de la verdad; “firme” y profundo, más que el que se presta a la misma verdad matemática, porque ante la verdad de Dios que afirma es débil toda demostración de la ciencia humana; “universal”, hasta el punto de que la inteligencia que rechaza una sola verdad divina ha naufragado en la fe y queda excluída del reino de la verdad que Cristo fundó en la tierra.

Pero la fe es “racional”, dice el Apóstol: *Rationabile obsequium vestrum* (4). Al supremo asentamiento de la fe se llega por un discurso que nos trae como de la mano, en el

(1) BOSSUET: *Traité de la concupiscence*, chap. 32.

(2) 1 COR. I, 30.

(3) IOH. I, 4.

(4) ROM. 12, 1.

orden del conocimiento natural, hasta el mismo dintel del mundo de las verdades divinas. La razón halla en la historia sobrados motivos de creer. El milagro, la profecía, el asentimiento firme, hasta el martirio, de millones de inteligencias a las verdades de la fe, son rayos de luz que hieren la inteligencia del hombre y solicitan su adhesión a la verdad divina. Y el hombre de pensamiento leal y de recto querer, cree. "Creer es, pues, asentir discurriendo", dice santo Tomás (1). Es "conocer" unas verdades de orden humano que nos llevan a "creer" otras de orden divino. Es "ver" la estela de luz que acompaña a la verdad divina en su manifestación histórica, para admitir "a ciegas" las verdades incomprendidas del orden sobrenatural. Es admitir el "enigma" de unas fórmulas cuya verdad divina garantizan, no demuestran, "hechos clarísimos" de la historia (2).

La Eucaristía, como dogma y como hecho, es una fórmula sublime de nuestra fe. Como dogma, un enigma incomprensible. Dios se ha complacido en acumular en ella milagros y misterios, en recoger en ella las grandes verdades de la revelación y concentrarlas, como en sol luminosísimo, en la sagrada Hostia.

Pero la Eucaristía es al mismo tiempo un hecho histórico, claro, visible, que viene perpetuándose desde la última Cena, día por día, hace ya veinte siglos. Hecho trascendental en la vida de Cristo, testimoniado por hombres probos,

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 2, art. 1.

(2) Claro que nos situamos en el punto inicial de la fe, cuando el alma no es aún creyente, o se desarrolla en la inteligencia el proceso mental cuyo término puede ser el asentimiento a las verdades de la fe. Pero puede decirse lo mismo de un creyente con respecto a los actos ulteriores de fe: "La fe, dice santo Tomás, está entre dos indagaciones, de las que la una inclina la voluntad a creer, y ésta precede a la fe; y la otra tiende a la inteligencia o visión de lo que ya cree, y ésta coexiste con el asentimiento o estado de fe."—*Summ. Theol.* 3, 23, q. 2, art. 2, q. 1, ad 2.

y más que probos, santos. Hecho luminoso que es el punto céntrico a cuyo alrededor se ha desarrollado, durante estas veinte centurias, la vida religiosa de los pueblos más grandes y más civilizados de la humana historia. "Esto es mi Cuerpo", dijo Cristo la noche antes de morir, tomando un pedazo de pan: "Éste es el cáliz de mi Sangre", añadió, distribuyendo a sus discípulos una copa de vino. Y un sacerdocio glorioso, del que forma parte la aristocracia del saber y de la santidad del mundo, repite todos los días, desde la muerte de Cristo, en todo lugar del mundo, las palabras misteriosas sobre el pan y el vino: "Éste es mi cuerpo... Éste es el cáliz de mi Sangre..." Así, a la faz de los pueblos se repetirá y se "anunciará la muerte de Cristo hasta el fin del mundo" (1). Los hijos de Cristo, desde la misma cuna del Cristianismo, han demostrado en mil formas, en el culto, en el arte, en la literatura, en las costumbres religiosas y populares, que es ley fundamental de su pensamiento la creencia en el hecho de que en la Eucaristía vive, se inmola, se come al mismo Dios a quien adoran.

Es, pues, la Eucaristía un abismo de misterios, es verdad; pero es un sacramento y un Sacrificio en que se encierra la misma persona histórica de Cristo. Es el memorial de su Pasión. Ante la Eucaristía reviven los treinta y tres años de la vida de Jesús: su nacimiento, su vida oscura, su predicación, sus milagros, profecías, pasión y muerte. Ante ella parecemos oír los acentos, ora dulces, ora terribles, de la voz de Cristo: las bienaventuranzas, las parábolas, los preceptos, consejos y amenazas, las revelaciones sublimes del mundo sobrenatural. Parécenos oír la voz y ver el gesto de Cristo que, señalándose a Sí mismo, dice:

(1) I COR. II, 26.

“Yo soy la verdad.” (1). Y luego, en confirmación de su doctrina divina, y de la realidad del Sacramento, vemos pasar ante nuestros ojos los enfermos curados, los muertos que revivieron, las turbas saciadas con pan milagroso, el desconcierto de la naturaleza en su muerte afrentosa, las profecías cumplidas, los milagros de la Eucaristía en la historia de la Iglesia, la fuerza del martirio, el genio de la ciencia y del arte que la confiesan y glorifican, la vida progresiva y espléndida de unas sociedades que creen y comen al Dios de la Eucaristía.

Y abrumados por el tremendo peso de tanta verdad, iluminados por tanta luz, caemos de rodillas ante Jesús Sacramentado, y decimos con la Iglesia: Señor, creo: la vista, el tacto, el gusto, en Ti me engañan; pero el testimonio de la historia es demasiado abrumador para que, aun no viendo la verdad, mi inteligencia abraza, cubierta con el velo de la fe, la verdad que el Hijo de Dios trajo a la tierra:

*Visus, tactus, gustus in te fallitur,
Sed auditu solo tuto creditur:
Credo quidquid dixit Dei Filius,
Nil hoc Verbo veritatis verius.*

4. LA EUCARISTÍA Y LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD: LOS MILAGROS EUCARÍSTICOS. — Pasma de la humana inteligencia y motivo para inclinarla a la fe en la realidad de la Eucaristía, son los estupendos milagros en ella y por ella realizados. No intentamos explicarlos, ni siquiera enumerarlos. Son incontables y de todo punto incomprensibles. Pero Dios, junto con la esplendorosa manifestación de su poder que ha transformado gran número de leyes de orden físico para que tuviésemos entre nosotros la presencia real

(1) Ioh. 14. 6.

de su Santísimo Hijo, nos ha manifestado su misericordia, garantizando los fueros de nuestra inteligencia con la repetida producción de hechos milagrosos de orden histórico, que caen por lo mismo bajo la acción de los sentidos, para confirmar los prodigios de orden meramente sacramental que en la Eucaristía se realizan.

Es la misma pedagogía de Cristo en su vida mortal. Dar la doctrina; y, como si no fuera ella bastante, por su profundidad y pureza, para justificarse a sí misma e imponerse al humano pensamiento, confirmarla con milagros de orden fenomenal que den la sensación de un poder divino que refrenda la verdad de unas doctrinas divinas. Cuando el Bautista envió a dos de sus discípulos a Jesús para preguntarle si era el Cristo que debía venir o habían de esperar a otro, Jesús, en presencia de los legados de Juan, curó muchos enfermos, y llagados, y espiritados, y ciegos, y les dijo en respuesta a los mensajeros: "Id, y anunciad a Juan lo que oísteis y visteis: que los ciegos ven, andan los cojos, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, resucitan los muertos y los pobres son evangelizados." (1).

Jesús hace el milagro solidario de su doctrina: anunciad lo que "oísteis y visteis": *Quae audistis et vidistis*. La radiante luz del prodigio suple la oscuridad de la doctrina. El pensamiento, por su debilidad e impotencia, no ve la doctrina que se le propone; pero ve el signo milagroso que es la marca de su verdad. Ve que debe creer; y se humilla, y cree. Así ha obrado Dios en la Eucaristía.

Redúcense los milagros eucarísticos a tres órdenes, según la conocida división que de ellos hacen los autores: milagros en el *acto* sacramental, en el *estado* sacramental y en las *manifestaciones* sacramentales. Los milagros que tie-

(1) Lc. 7, 22

nen lugar en el acto y en el estado sacramental se realizaron por vez primera en la Última Cena, cuando Jesús, con su impotente palabra, transubstanció el pan en su propio Cuerpo, y el vino en su propia Sangre. Cúmplense cada vez que el sacerdote consagra la materia del pan y del vino en el sacrificio, y no tenemos de ellos experimentación alguna: la fe nos los impone: la razón, por la fe iluminada, los deduce del hecho trascendental de la transubstanciación. Pero los milagros de la tercera categoría, los que corresponden a las manifestaciones sacramentales, son absolutamente históricos, se han realizado en el decurso de los siglos cristianos según la Providencia de Dios ha dispuesto, y pertenecen al mundo de los fenómenos que pueden ser atestiguados por los sentidos, en todo campo de experimentación externa. Son el refrendo de los primeros; es el sobrenatural histórico que delata la existencia del sobrenatural teológico; y un motivo irrecusable, bajo el punto de vista de una razón serena e imparcial, de la adhesión de la inteligencia a las realidades, estupendas y ocultas, que tienen lugar en el acto y en el estado sacramental.

a) MILAGROS EN EL ACTO SACRAMENTAL. — Es el primero de todos la transubstanciación, de qué nos hemos ocupado ya. Es “la conversación admirable, dice el Catecismo Romano, en virtud de la cual toda la substancia del pan, por el poder divino, se convierte en toda la substancia del Cuerpo de Cristo; y toda la substancia del vino, en toda la substancia de la Sangre de Cristo, sin ningún cambio o mutación de Nuestro Señor. Porque Cristo no es engendrado, ni sufre cambio ni aumento, sino que permanece íntegro en su substancia” (1).

Lo que parece pan, ya no es pan, después de la consagra-

(1) CAT. ROMANO, q. 35.

ción. Bajo aquellas apariencias está el mismo Cuerpo histórico de Cristo, nacido de María, inmolado en la Cruz, glorioso hoy en el cielo. "Esto (el pan) es mi Cuerpo", dijo Jesús: y sin aniquilamiento del pan y sin una nueva creación del Cuerpo del Señor, por un cambio substancial del pan en el Cuerpo vivo de Jesús, se hace éste presente, sin dejar el lugar que ocupa, en el pan consagrado. La acción sacerdotal es la misma de Jesús: "Haced esto en memoria mía."

No hay acción semejante en la naturaleza: es absolutamente milagrosa: "Esta conversión no es semejante a las conversiones naturales, sino que es totalmente sobrenatural, obra exclusiva del poder de Dios." (1). ¿Quién sería capaz de llamar a la substancia del pan, desalojarla, por decirlo así, de sí misma sin reducirla a la nada, y, en un momento, transformarla substancialmente en el Cuerpo vivo y glorioso del Hijo de Dios, sin que este Cuerpo sufra en sí mismo mutación alguna en sus constitutivos esenciales?

Consiguiente a esta maravillosa conversión, es la multiplicación de la presencia real del mismo y único Cuerpo de Cristo dondequiera se multipliquen las sagradas especies. "Punto el más difícil de todos, dice Belarmino, que un solo cuerpo esté en muchos lugares." (2). Como no hay más que un Cristo Redentor, así no hay más que un Cuerpo de Cristo: el que está glorioso en los cielos, adonde subió el día de la Ascensión. El efecto de la transubstanciación es producir la presencia real del mismo Cuerpo bajo las especies del pan transubstanciado. Es un dogma formal la identidad numérica del Cuerpo del Salvador en el cielo y en el Sacramento. Cuando yo comulgo, recibo "idéntico" Cuerpo que el que a

(1) D. THOM. 3. q. 75, a. 4.

(2) BELARM. 1, 3, c. 3.

mi lado comulga, no un Cuerpo semejante o diferente: cuando le adoro, adoro el “único” Cuerpo que adoran los ángeles en el cielo y a quien rinden sus homenajes mis hermanos del hemisferio opuesto de la tierra. Nos enreda y turba la imaginación, cuando nos representa a Cristo multiplicado según se multiplican las especies bajo las que se esconde. No se multiplica el Cuerpo de Jesús, sino “la presencia real del mismo Cuerpo”, porque se transubstancia en él el pan que existe en distintos lugares. Sólo que en el cielo está el Cuerpo de Jesús según propias dimensiones, como nuestro cuerpo; y en el Sacramento, sin perder nada de su cantidad ni de sus accidentes, estando entero, bajo las especies del pan, no ocupa el espacio que puede llenar con su extensión real, por un milagro único que se realiza en la “presencia sacramental”.

Y he aquí la realización de otro milagro estupendo: la conservación de las especies sacramentales separadas de su substancia. Es la cantidad, el sabor, el color, el olor y el tacto del pan sin el pan. La substancia es algo a cuya naturaleza se debe no existir en otro, sino en sí misma: un accidente, color, sabor, sonido, dimensiones, no existe en sí, sino en la substancia: es ésta el soporte natural y necesario de los accidentes, que desaparecen siempre con ella. Cuando el sacerdote toma el pan y el vino del sacrificio, toma en sus manos y pone en la copa la substancia y los accidentes del pan y del vino: son humanamente inseparables, como no puede el hombre hacer que una substancia soporte los accidentes que son propios de otra. La conversión natural de una substancia implica por necesidad la mutación de accidentes. Un bocado de pan no se ha transformado en jugo vital, sometido al proceso químico de la digestión, sin haber perdido, junto con su naturaleza de pan, los accidentes que le son propios.

En la admirable conversión de la substancia del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y Sangre de Cristo que en la Eucaristía se opera, no sucede así. Las palabras de la consagración llevan en sí la omnipotencia de Dios, que no sólo obra esta profunda y misteriosa conversión de una substancia en otra, sino que sostiene milagrosamente los accidentes o especies cuyo natural sostén es la propia substancia. A esta maravilla de unos accidentes que, sin apoyarse en el Cuerpo de Cristo, ni en el medio ambiente, ni en otro cualquier sujeto, existen en la misma realidad de antes de la consagración, como nos da de ello infalible testimonio el sentido, la llama Lesio el primer milagro de la Eucaristía. Es todo un edificio de fenómenos que se mantiene ante nuestros ojos atónitos sin su natural fundamento, que es la substancia. En vez de ella, está la mano poderosa de Dios que, como dió el ser a los accidentes, así les da en la Eucaristía el que existan contra su modo de ser: *Accidenti datur divinitus ut per se sit* (1).

¿Luego engaña Dios al hombre poniendo sus sentidos en contradicción con su inteligencia? No: El sentido no juzga de la substancia, sino de los accidentes: la vista, de los colores; el gusto, del sabor; el olfato, del olor; el tacto, de la cantidad. En la Eucaristía no hay engaño del sentido; porque la realidad de los accidentes le consiente apacentarse de su propio objeto. A la inteligencia la libra del engaño la fe: el razonamiento natural, que nos hace juzgar de una substancia por los accidentes que el sentido percibe, se ha sustituido la palabra de Dios, que categóricamente nos dice: "Esto es mi Cuerpo: Ésta es mi Sangre". Más firmeza de verdad de la palabra de Dios que la deducción, mil veces falaz, de nuestra inteligencia. "No hay en este Sacramento

(1) D. THOM. *Summ. Theol.* 3, q. 77, a. 2, ad. 1.

engaño alguno, dice santo Tomás : hay en él, en toda su realidad, los accidentes, de los que los sentidos juzgan : la inteligencia, cuyo objeto propio es juzgar de la substancia, es preservada del error por la fe." "Ni hay inconveniente, dice en otro lugar, que el entendimiento, sin la fe, yerre en este Sacramento como en los demás que pertenecen a la fe." (1).

¿En qué forma obra Dios el prodigio de sustentar en toda su realidad los accidentes sin la propia substancia? Sólo Él lo sabe. Pero hay un accidente que es como el aglutinante que los traba a todos y que sirve de intermediario para unirlos a todos a la substancia : es la cantidad o extensión. Ella es la cualidad fundamental de todo ser material ; sobre la extensión podríamos decir que descansan todas las demás cualidades de la substancia corporal, y ella es la que, a su vez, viene sostenida por la substancia. Este orden no se altera por la transubstanciación : en la Eucaristía es asimismo la extensión el vínculo natural de las especies sacramentales ; sólo que en este admirable Sacramento no es la substancia del Cuerpo de Cristo ni otra alguna la que soporta la cantidad, sino el poder de Dios. Así no hay necesidad de destrabar este armónico conjunto de las especies sacramentales, ni de multiplicar los milagros para sostener por separado cada una de las cualidades del pan.

Fijémonos, por fin, en otro milagro de la acción sacramental, en el que hallamos la explicación de la naturaleza de la manducación eucarística. ¿Se come por la Comunión el Cuerpo de Cristo y se bebe su Sangre? ¿Nutren el Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro organismo físico? ¿Son las

(1) *Summ. Theol.* 3, q. 75, a. ad 2; In 4, dist. 12, q. 1, a. 1, sol. 2, ad 2.

especies sacramentales las que se comen y nutren nuestro cuerpo?

Sin duda se come el Cuerpo de Cristo y se bebe su Sangre: ¿Cómo no sería así, cuando el mismo Jesús pone la manducación de su Cuerpo y la bebida de su Sangre como condición indispensable para que tengamos vida en nosotros? Quien no come a Cristo no vive de Cristo: "Si no comiereis la carne del Hijo del hombre no tendréis vida en vosotros", dijo Jesús.

Es asimismo indudable que se comen y beben las especies sacramentales del pan y del vino. Pero la Eucaristía, como tal, en cuanto encierra el Cuerpo y la Sangre de Cristo bajo las especies sacramentales, no nutre nuestro organismo físico: es manjar espiritual, *cibus spiritualis*, *cibus mentis*, como le llaman los teólogos. Las especies eucarísticas son el vehículo por el que el Cuerpo y la Sangre de Cristo entran en nuestro pecho para ser la divina refección de nuestra alma. La conservación de las sagradas especies importa la permanencia de Cristo en nosotros, porque importa la perduración del Sacramento: pero, en este estadio de la Comunión, sólo el alma recibe las divinas influencias de la Eucaristía. Se opera entonces la nutrición del espíritu. Las influencias de orden orgánico son secundarias, y derivan de la acción de Cristo en la región superior de nuestro ser.

Ni el cuerpo de Cristo ni las especies sacramentales podrían nutrirnos físicamente. ¿Cómo un Cuerpo glorioso y en un estado sacramental podría proporcionarle a nuestro cuerpo, terreno y caduco, los elementos orgánicos que su vivir reclama? ¿Cómo podrían ser alimento para nuestros músculos y nervios, para nuestros huesos y sangre, las simples especies sacramentales, es decir, las solas aparien-

cias o cualidades del pan y del vino, sin lo que nutre del pan y del vino, que es la substancia?

Pero he aquí el estupendo milagro. La corrupción de las especies sacramentales incluye la destrucción del Sacramento: Jesús cesa de estar en nosotros según su presencia sacramental: y el poder de Dios, que hasta entonces había sido el soporte de los accidentes eucarísticos, o de la cantidad, que los sostiene a todos, hace que se restaure el orden natural, interrumpido por la acción transubstanciadora de las palabras de la consagración, y que aparezca de nuevo, no la substancia del pan, que ha desaparecido para no volver, sino la substancia o substancias que correspondrían a las especies alteradas o disueltas por la digestión. Y entonces viene la acción nutritiva, en el orden corporal y orgánico, de lo que había sido especies sacramentales. Por esto, dice san Buenaventura, la Comunión no quebranta el ayuno natural ni el eucarístico: ya porque el Sacramento, cuando se recibe, no es manjar corporal, ya también por razón del Cuerpo de Cristo que el Sacramento encierra, que sólo es comida del espíritu (1).

Tales son las principales maravillas que se obran en el acto sacramental. ¡Bondad inefable de Dios! El poder divino, superior, si cabe, al mismo poder del brazo creador que sacó los mundos de la nada, se pone al servicio del amor de Dios en esta función trascendental de la conversión del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y Sangre del Redentor, de donde arrancan todas las demás maravillas de esa gran función de nuestros altares.

“Hay en esta conversión, dice el Angélico, cosas más difíciles que en la creación. La dificultad única de la creación es sacar el ser de la nada, y éste es precisamente el

(1) S. BONAV. 4, dist. 11, p. 1, a. 2, q. 1.

modo de producir propio de la Causa primera, que nada supone anterior a su actividad. Pero en la conversión eucarística no está sólo en cambiar todo el ser, hasta el punto de que nada quede del primero, lo cual ya sobrepuja el modo común de producir, sino también en hacer que permanezcan los accidentes cuando ha desaparecido la substancia, y una multitud de otras maravillas." (1).

¡Y todo para llevar al pecho de un pobre hombre, de un hijo suyo, tal vez ingrato o criminal, el bocado de la vida divina, de cuya difusión siente ansias el corazón de Dios! ¡Y todo en el misterio de una acción invisible, que escapa al sentido; en la humildad de una palabra humana en la que ha escondido su propia fuerza; en la pobre apariencia del pan y del vino, que no se alteran a la voz vivificadora y potente de la palabra sacerdotal! ¡Como si temiera el amor de Dios que la mezquindad de su criatura sufriera temores de aniquilamiento ante las magnificencias de su poder!

b) MILAGROS EN EL ESTADO SACRAMENTAL.—Hay en la Eucaristía algo transeunte y fugaz, como la transubstanciación, la comunión y la destrucción de las especies sacramentales; y hay algo permanente, como es el mismo Sacramento, lo que en él se contiene, la manera de ser del contenido, los efectos que produce. Indicados algunos milagros en lo que el Sacramento tiene de movedizo o inestable, veamos los principales que se realizan en la permanencia del Sacramento.

Ya hemos dicho, al tratar de la Eucaristía como objeto del culto, que en ella está "todo Cristo", en frase del Tridentino, y esto en su misma realidad. "Si alguien negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se con-

(1) *Summ. Theol.* 3, q. 75, a. 8 ad 3.

tiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente todo Cristo; o dijere que está en el mismo solamente como en un signo, o en figura, o por su poder, sea anatema." (1).

La presencia real de todo Cristo en la Eucaristía es consiguiente a la transubstanciación, pero no es efecto directo de ella. Por la palabra sacramental se pone en el Sacramento la substancia del Cuerpo y la substancia de la Sangre del Redentor. Esto trae una derivación necesaria que da lugar al primer portento de la Eucaristía como Sacramento permanente; a saber, que el Cuerpo y la Sangre del Señor vienen al Sacramento tal como son, y no de otra manera: el Cuerpo, informado por el alma, lleno de actividad y vida; y cuerpo y alma unidos hipostáticamente a la segunda persona de la Trinidad Beatísima: esto es todo Cristo. La palabra sacerdotal no podría obrar en Cristo una mutilación o un desgarró que afectaría al mismo ser de Cristo, y que sería contrario a la misma naturaleza y a los fines que se propuso Dios al instituir el admirable Sacramento.

Pero ¿cómo está todo Cristo en el Sacramento? Si la palabra sacerdotal produce la presencia real de Jesús bajo las especies sacramentales, de Jesús vivo y glorioso, de Jesús radiante de luz y hermosura, como está en el cielo ¿por qué no aparece ante nuestros ojos atónitos, como le ven los ángeles de la gloria, cuando acaba de decirse la fórmula de consagración?

Empecemos por afirmar que nada de lo que tiene Cristo en el cielo falta en el Sacramento de los altares. Ni la substancia, ni los accidentes; y, por lo mismo, el Jesús de la

(1) *Sess.* 13 cap. 8, can. 1.

Eucaristía es, por lo que atañe al Cuerpo, y ya no hay que hablar del alma y de la divinidad que le acompañan, un cuerpo orgánico perfecto, vivo, glorioso, con los mismos miembros, igual belleza, idénticos órganos e igual vida que en el cielo. Más aún, y en ello estriba la mayor dificultad y la más grande maravilla para nuestra inteligencia, casi siempre condicionada y muchas veces inducida a error por la imaginación: el Jesús de la Eucaristía tiene la misma cantidad e igual extensión que el Jesús inmortal de los cielos.

¿Cómo, entonces, no aparece Jesús en su estatura natural, ocupando el lugar que le corresponde, como lo ocupan nuestros cuerpos? ¿Cómo se le transporta como una leve hostia, y se le encierra en un diminuto tabernáculo, y se le recibe en la estrecha cárcel del pecho?

No faltaron quienes explicaran la maravilla por un milagro de condensación o de contracción de las partes del Cuerpo santísimo de Cristo, que quedaría así reducido, por el poder de Dios, a las estrecheces de una pequeña hostia o de parte de ella. Doctrina absurda, que nos da un cuerpo de Cristo deformado, sin la propia extensión, con unas partes metidas dentro de otras, contra el sentir de toda la tradición cristiana, así formulado por el Cartusiano: "Cristo en este Sacramento es corpóreo, con sus dimensiones, tan grande como cuando trataba con los hombres en la tierra, como en la cruz y en el cielo, ni menos glorioso y refulgente en las manos del sacerdote que en el trono y en el seno del Padre Altísimo." (1).

La explicación, cuanto cabe darla de tales maravillas del humano pensamiento, nos la ofrece la fórmula del Angélico: "La cantidad dimensiva del Cuerpo de Cristo está en este Sacramento, no según su manera peculiar, es decir,

(1) DION. CARTUS. *Elem. Theol.*, prop. 135.

toda en el todo, y cada una de las partes en cada una de las partes, sino *a manera de substancia*, de cuya naturaleza es estar toda en el todo y *toda en cada una de las partes*." (1).

Hay en todo cuerpo, y por lo que dice relación a ocupar un lugar, tres elementos que distinguir: la *substancia* del cuerpo: el pan, por ejemplo, el vino, la piedra, el oro; la *natural exigencia* de la extensión, porque toda substancia corpórea se nos ofrece como algo que reclama las tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad, y sin ellas no se da cuerpo alguno en la realidad; y el *hecho* de la extensión de la cantidad en partes, cada una de las cuales ocupe un lugar relativo en el espacio. Así, en el orden natural, toda substancia corpórea exige la cantidad, como toda cantidad reclama la extensión y la consiguiente localización.

En la Eucaristía hay la substancia, la cantidad y la extensión del Cuerpo de Cristo: pero por un milagro de la omnipotencia de Dios, esta extensión no se despliega con relación al espacio; ni hay el contacto de las partes del Cuerpo del Señor con la extensión correlativa del lugar que ocupa. La santa Cabeza, el tronco, los miembros, no ocupan el volumen que por su naturaleza y dimensiones debieran ocupar, sino que todas las partes del organismo de Cristo se hallan en toda su integridad en toda la Hostia y en cada una de sus más mínimas partículas. Es que la cantidad del Cuerpo del Señor no se pone en la Eucaristía en virtud de la acción transubstanciadora, que termina en la propia substancia del divino Cuerpo; sino por concomitancia con la substancia, de la que es naturalmente inseparable; y, por lo mismo, la cantidad no sigue las leyes de su naturaleza, que reclamarían, "de hecho", la situación de sus partes en partes correspondientes del espacio, sino que sigue las leyes de la substancia, estando por lo mismo toda la cantidad,

(1) *Summ. Theol.* 3. q. 76. a. 3.

como toda la substancia, en todas y cada una de las partes de las especies consagradas.

Éste es el sentido de la fórmula católica cuando se afirma que la cantidad del Cuerpo de Cristo está en la Eucaristía “a manera de substancia”. Es una especie de espiritualización o de simplificación, en el sentido filosófico, de la cantidad. Como el alma, simple porque es espiritual, está toda entera en todas y cada una de las partes del cuerpo; como la substancia está ente en todas y cada una de las partículas del pan, porque en cada una de ellas hay todo lo que se requiere para la substancia, así la cantidad dimensiva del Cuerpo adorable del Señor se halla toda en toda la Hostia y toda en cada una de las moléculas de la misma. Como en la transubstanciación se ha separado la substancia de la cantidad, así se ha suspendido por un milagro, del que no hay otro ejemplo, el natural efecto de la cantidad misma que es desarrollarse en el espacio, tomar de él un lugar proporcional a sus dimensiones y desalojar del mismo lugar todo otro cuerpo.

De aquí derivan una serie de portentos que no haremos más que insinuar.

Si en la Eucaristía la cantidad que es propia del Cuerpo de Cristo no produce más que la extensión en orden a la substancia del mismo Cuerpo, pero no su desarrollo en las partes equivalentes del espacio, luego el Cuerpo del Señor “no ocupa su lugar”, es decir, el lugar que se debe a su extensión natural, sino que “está en un lugar”, que es el mismo que ocupa la Hostia consagrada.

Por lo mismo, no hay correlación entre la extensión del Cuerpo del Señor y la extensión de las sagradas especies. Éstas no están sostenidas por substancia alguna; pero la cantidad tiene en el espacio la extensión real que tendría

la substancia del pan si no se hubiese convertido en el Cuerpo de Cristo. Por ello pueden dividirse las sagradas especies sin que se parta o divida el Cuerpo del Señor, como se parte el pan o la piedra sin que pueda dividirse la substancia, que queda entera en las partes que de la división resultan. "Al romperse el Sacramento, dice gráficamente el Angélico, es decir, al partirse el pan, se rompe sólo el signo, no la cosa, que es el Cuerpo de Cristo: con lo que no amengua ni la situación ni la estatura del mismo Cristo":

*Nulla rei fit scissura,
Signi tantum fit fractura,
Qua nec status nec statura
Signati minuitur.*

Ni puede el Cuerpo del Señor estar sujeto directamente a movimiento local. Sólo se mueve de lugar aquello que ocupa lugar. Lo que no ocupa extensión en el espacio no puede recorrer la extensión misma, en lo que consiste el movimiento local. Son las especies las que cambian de lugar, porque ellas son las que ocupan en el mismo una extensión. Consiguiente al cambio de lugar de los accidentes de pan y vino, es el cambio de lugar del mismo Cristo: "Al trasladarse las especies, se traslada también el mismo Cuerpo", dice santo Tomás (1).

Como el Cuerpo del Redentor es inmóvil en la Eucaristía, así es impasible. Lo es bajo un doble aspecto; porque es glorioso y porque es inaccesible a todo contacto. Fuera sacrilegio horrendo el pisotear o escupir la Hostia Santa. Ella es el Santísimo Sacramento, porque es el signo bajo el cual se esconde la Humanidad y la Divinidad del

(1) *Summ. Theol.* 4, q. 1, n. 3.

Redentor; pero las injurias no llegan al mismo Cuerpo de Cristo. La acción física de orden corporal de un cuerpo sobre otro supone la extensión de las partes de ambos en el espacio. Por lo mismo, el sacerdote que toca la Hostia Santa no toca el Cuerpo de Cristo, sino los accidentes del pan bajo los que se oculta el mismo venerabilísimo Cuerpo.

Por fin, el Cuerpo de Cristo no pesa por la doble razón de su estado glorioso y de su estado sacramental. Un cuerpo glorioso no está sometido a la acción de la gravedad, origen del peso, por la espiritualización de la materia, *corpus spiritale*, de que nos habla el Apóstol (1). Ni aun no siendo glorioso pesaría el Cuerpo de Jesús en su estado sacramental, como no pesó en las manos santísimas del Salvador cuando en la Última Cena consagró el pan por vez primera, convirtiéndolo en su Cuerpo mortal y pasible; porque la substancia corpórea, como tal, no pesa, sino la cantidad; y la cantidad del Cuerpo de Jesús está en la Eucaristía a manera de substancia, como hemos dicho.

¡Oh, prodigios inenarrables del Santísimo Sacramento! ¡Cómo compiten el poder y el amor de Dios en la Eucaristía; o mejor, cómo el poder y el amor colaboran para la realización de este memorial de las maravillas del Señor: el poder, para realizar, sin mengua de la grandeza de Dios, las imperiosas exigencias del amor, que quiere que el Redentor de los hombres conviva con ellos, se sacrifique cada día por ellos y les sirva de divino alimento; y el amor, buscando trazas con que salvar los obstáculos que la naturaleza y sus leyes oponen a la realización de la grande obra!

¡Oh, Jesús! Ya estáis aquí, sobre el altar, en el tabernáculo, en mi pecho miserable. Vuestro sacerdote ha pro-

(1) I COR. 15, 44.

nunciado unas palabras; y ellas, porque son hijas de vuestro poder y de vuestro amor, han roto el equilibrio de las leyes sobre que vuestro pensamiento fundara el mundo de la materia. Y aquí estáis, con toda la hermosura del Verbo humanado, y con las pobres apariencias de un pedazo de pan: Hombre Dios, como os vieran vuestros contemporáneos, como os ven los ángeles en la gloria, sin que se os vea en vuestra presencia real en el Sacramento.

Todo Vos, Jesús: vuestros dulces ojos, vuestra noble frente, vuestra santa faz, vuestro Corazón vivo, vuestra Sangre salvadora. Todo Vos, en todas las Hostias del mundo, en cada partícula de ellas, idéntico y entero en la división microscópica de cada una de ellas.

Todo Vos, vivo como Hombre y como Dios, con cuerpo y alma, pero inmóvil, impasible, impenetrable, intangible. Os habéis escondido bajo esta blanca Hostia, que parece pan y no lo es, porque el pan se ha convertido en Vos. Y así, en este ser sacramental, habéis convertido en un hecho vivo lo que ni podía imaginar el hombre: estar en el cielo y en la tierra; vivir glorioso y sacrificaros cada día; ser robusta comida de los ángeles y leche suavísima para el hombre; llenar los cielos con los resplandores de vuestra gloria y ocultaros en la oscura soledad de nuestros sagrarios; vivir realmente entre los hombres, Vos solo Santo, Vos solo Señor, Vos solo Altísimo, Jesucristo; y vivir de suerte que los hombres no mueran de pavor a la visión de la grandeza de vuestro poder y de vuestra gloria.

c) MILAGROS EN LAS MANIFESTACIONES SACRAMENTALES. — Nos referimos en este epígrafe a las manifestaciones históricas de carácter milagroso que se han producido, en todos los siglos cristianos, en el Sacramento de la Eucaristía. No intentamos siquiera enumerar estos milagros: ni

entra en el carácter de este estudio un análisis crítico del valor histórico de los documentos en que se refieren los hechos milagrosos. Lo indudable es que se han producido en número extraordinario, y que la mayor parte de ellos pueden desafiar todos los ataques de la crítica más sagaz. (1). Santo Tomás los admite como indudables y se hace cargo de ellos accidentalmente para resolver esta cuestión teológica sobre la Eucaristía: "Cuando en este Sacramento aparece milagrosamente carne o un niño, ¿hay allí en realidad el Cuerpo de Cristo?" (2).

Tratándose de las relaciones entre la Eucaristía y el ejercicio de la fe, no podemos hacer más que utilizar el hecho de los milagros históricos que en la Eucaristía y por la Eucaristía se han producido, como un motivo de credibilidad de las incomprensibles realidades del Sacramento que acabamos de insinuar. Es el milagro externo que viene a confirmar los milagros de orden intrínseco que en la Eucaristía se obran, en el acto y en el estado sacramental.

Obra de Dios es el milagro: es éste "un hecho sensible y extraordinario, que sobrepuja todas las fuerzas de la naturaleza creada"; y sólo Dios puede sobrepujar la fuerza de toda la creación. Por esto el milagro es argumento irrefragable de la verdad de la doctrina o hecho que es objeto del milagro; porque el poder de Dios, Verdad esencial y suma, no puede ponerse al servicio del error o de la mentira. Todos los pueblos lo han creído así.

(1) Se leerá con provecho la narración de numerosos milagros eucarísticos en las siguientes obras: *Prodigios eucarísticos*, coleccionados por el P. MANUEL TRAVAL Y ROSET, de la Compañía de Jesús: se refieren en este libro hasta 150 prodigios eucarísticos. — *Le meraviglie del SS. Sacramento*, P. PEDRO LAURENTI, S. J. — *Magnum speculum exemplorum*, por JUAN MAYOR, S. J. — *Les miracles historiques du Saint-Sacrement*, P. COUET. — *Intimidades de la Eucaristía*, por CARLOS SAUVÉ, elevación 36 y siguientes.

(2) *Summ Theol.* 3, q. 76, a. 8.

Sin duda la inteligencia del hombre puede resistir a la fuerza de convicción que consigo lleva el milagro. La fe es hija del pensamiento y de la voluntad: y Dios mismo respeta los fueros de la libertad del hombre, porque quiere que su fe sea meritoria. Ni puede el hombre creer sin la gracia de Dios: la fe, ya lo hemos dicho, es don de Dios.

Pero no puede negarse que el milagro tiene gran fuerza sobre el pensamiento del hombre. Es, después de la gracia y junto con ella, el más eficaz instrumento de apología y proselitismo de que pueden disponer una doctrina, un sistema, un hecho. Dios, como se ha complacido en multiplicar los milagros intrínsecos de la Eucaristía, así ha querido poner al servicio de aquellas verdades, que se escapan al pensamiento del hombre, multiplicados hechos milagrosos que fuesen como la marca externa de la verdad, el divino refrendo, en el orden sensible e histórico, de la oculta verdad que en el Sacramento nos impone.

La realidad del misterio eucarístico se ha manifestado en portentosas y variadísimas formas. Muchas veces ha aparecido en la Hostia un Niño: Tales son los hechos atestiguados por los campeones del dogma eucarístico, Pascasio Radberto y Guitmundo (1), y los ocurridos en Soissons, en 1115, en Angers y en Fécamp, 1182, y en Caravaca en 1227, donde la Hostia se transformó en un Niño radiante de luz, lo que determinó la conversión del príncipe moro Zeyt Abuzeit, que reinaba entonces en Valencia. El sabio y piadoso Hugo de San Víctor refiere que se le apareció en la Hostia un Niño, quien le invitó a que le comiera.

Otras veces no es el nacimiento de Jesús en manos del sacerdote lo que el milagro revela, sino los sangrientos misterios de su Pasión. Así ocurrió en Ferrara, en 1171, cuando en el sacrificio de la Misa salió de la hostia consagrada

(1) *Patrol. Lat.* CXX, 1320; CXLIX, 1480.

un verdadero arroyo de sangre. En Bolsena, 1263, un sacerdote celebra, y en el acto de partir la Hostia, se convierte ésta en sangre, excepto la partícula que el celebrante tenía aún entre los dedos, y se empapan de sangre misteriosa los corporales y varios purificadores que se emplean para detener el milagroso derrame. Examinaron este milagro santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, a quienes Urbano IV envió a Bolsena desde Orvieto; y Rafael de Urbino lo escogió como asunto de uno de sus más famosos cuadros.

No faltan milagros eucarísticos en que, sin transformaciones que se revelen a los humanos ojos, se demuestra la divinidad y realeza del Dios que en el Sacramento se esconde. Son célebres en este orden el milagro de la mula que, en presencia de los herejes, adora la Hostia Santa que le presenta san Antonio de Padua; y el que refiere Pedro de Cluny de unas abejas que labran una custodia de blanca cera en que depositan una Hostia consagrada que había robado un sacrílego, y que se le cayó en su fuga precipitada.

De esta suerte, añade Dios a la misericordia de la luz oscura de la fe la gran misericordia de esta luz radiosa del milagro, que se ha producido en todos los siglos y en diversos lugares. Luz a la que no pueden negarse los ojos del alma, aunque puede la voluntad resistir a sus imperiosas solicitudes. Así vienen los milagros de orden extrasacramental a dar una gloriosa nota de autenticidad a los que se producen, más allá del horizonte de los sentidos, en las misteriosas profundidades del mismo Sacramento.

¡Oh, benignidad y humanidad de nuestro Dios Salvador!, podemos decir con el Apóstol. Nos lo habéis dado todo

para cautivar nuestra inteligencia y nuestro corazón en vuestro obsequio: vuestra persona, vuestra verdad y vuestro poder. Vuestra persona, encerrándoos en el Sacramento en identidad personal y substancial con vuestro ser glorioso e inmortal en los cielos: vuestra verdad, porque nos habéis dado vuestra palabra, iluminadora de nuestro pensamiento: “Esto es mi Cuerpo”: y vuestro poder, porque todo él se necesitaba para obrar la gran maravilla de la Eucaristía, más grande que la misma maravilla de la creación de los mundos, en frase del Angélico. Pero porque el hombre carnal no tiene el sentido de las cosas de Dios y se encierra en el reducto de sus sentidos, desde el que resiste a la verdad “que no se ve”, Vos, Dios de luz, que no sois avaro de ella, y menos cuando se trata de iluminar a los hombres, pues para ello vinisteis al mundo, le habéis dado al hombre la luz del milagro “que se ve”, para que, siguiendo su brillante estela, llegue su inteligencia a abrazarse con la verdad oscura de la fe. Así, Dios mío, “luz mía y misericordia mía”, como os llamaba el profeta Rey, habéis querido que nos fijáramos, no en lo temporal que se ve, sino en lo eterno que no se ve: “No contempléis lo que se ve, sino lo que no se ve: porque lo que se ve es temporal, y lo que no se ve es eterno.” (1). Y por la Eucaristía es la vida eterna la que queréis darle a nuestra inteligencia.

5. LA EUCARISTÍA Y LAS GRACIAS ACTUALES DE FE. — Veamos ahora la actividad vital, intrínseca, de la Eucaristía para excitar nuestra voluntad al ejercicio de la fe.

La vida sobrenatural importa algo más que la gracia santificante y las virtudes teologales y morales que la acompañan: esto es lo que da el ser sobrenatural al hombre y los principios del mismo orden necesarios al funcionamiento

(1) 2 COR. 4, 18.

de la vida divina en nosotros. Pero ésta, como toda vida, exige el ejercicio regular de las funciones que le son propias. Se conoce el vigor de la vida sobrenatural por el vigor de la acción; como en el orden natural se mide la intensidad de la vida por la fuerza con que se despliegan las potencias del ser vivo.

Y aquí hay que notar una diferencia radical, profunda, entre las manifestaciones de la vida natural y las de la vida divina en el hombre.

Fijémonos en la vida de inteligencia. En el orden natural, la robustez del acto intelectual depende de la perfección de la facultad y del esfuerzo que realiza en su función. En el orden sobrenatural, el acto de fe no difiere, como función psicológica, de un acto de creencia natural: creemos el dogma de la Trinidad, cuanto a la actividad subjetiva de nuestra inteligencia, no en cuanto a los motivos externos de creencia, como creemos en la existencia de los antípodas o de San Petersburgo (1). Pero entre ambos actos la distancia es infranqueable: para la fe natural, o para la invención de un sistema científico, se basta el hombre; para el acto de fe sobrenatural más sencillo se necesita una excitación sobrenatural de nuestra inteligencia, es decir, una "gracia actual" de Dios, sin cuyo auxilio no nos es dado creer. Por esto hallamos sabios que no creen, y rústicos con una fe capaz de trasladar los montes; creyentes remisos, cuya fe languidece en la inacción, porque su voluntad se hace remisa a los requerimientos divinos y cristianos que viven con el pensamiento sumergido en la atmósfera de Dios, "caminando de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas", como dice el Apóstol (2).

(1) Cfr. BAINVEL: *La foi et l'acte de foi*, p. 169.

(2) COL. 1, 10.

La comunión eucarística es el gran excitador de las virtudes. En ella todas las facultades sobrenaturales son vivamente percutidas por el mismo Dios, agente indispensable en nuestra vida sobrenatural. Ciertamente que Dios da sus gracias cuando quiere y en la forma y medida que quiere, *prout vult*: pero no es menos cierto que la Comunión es una condición, impuesta por el mismo Dios, sin la que es imposible la expansión de la vida cristiana: "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros".

Y esta ley, que preside al desarrollo dinámico de todas las virtudes, infusas y adquiridas, es la que regula, de un modo especial, el movimiento vital de la inteligencia que se adhiere a Dios por la fe. Ésta, como acto racional y libre que es, radica en el entendimiento y en la voluntad: como la razón y la libertad en sus relaciones mutuas son el eje de la vida humana, así lo es la fe en la vida cristiana. Por ello el Sacramento de la vida, al entrar ésta en ejercicio por el acto culminante del pensamiento, debe entrar como agente y estimulante divino de la fe. Dios es el divino Pedagogo que debe despertar las fuerzas latentes de nuestro pensamiento ya informado por la gracia santificante, como el padre o el maestro percuten con la palabra, con el gesto, con las lecciones de cosas, la inteligencia rudimentaria del niño: ¿cuándo mejor podría hacerlo que cuando está en contacto con nuestro espíritu por la Eucaristía, *cibus mentis*, como la llama el Angélico?

Pero la gracia actual no es sólo excitante de la vida espiritual: es medicina. No hay virtud cristiana que no tenga su enemigo en la naturaleza humana, como todas ellas pueden abreviarse en los recursos de esta naturaleza, tan pobre

lo puede en aquel que me conforta" (1). La fe divina tiene en la naturaleza humana formidables enemigos: con razón ha notado Bossuet que en el fondo de la voluntad humana hay, en todos los hombres, creyentes o incrédulos, un principio de oposición y repugnancia a todas las verdades divinas; hasta el punto de que el hombre abandonado a sí mismo no sólo no quiera oírlas, sino que ni aun las pueda sufrir, llegando en el estado agudo de resistencia de su voluntad a una especie de necesidad de combatirlas (2). Es el "espíritu de desconfianza"; es el "espíritu de incredulidad", de que nos habla san Pablo (3), hijos de la ignorancia y del orgullo humanos, que combaten el espíritu de fe creado en nosotros por la virtud de la gracia divina.

¡Cuánto necesitamos de la medicina del pensamiento, que rompa las resistencias de nuestro espíritu de incredulidad, que nos inmunice contra el virus de la irreligión que de fuera nos viene, del libro, de la conversación, del ejemplo, del mismo ambiente espiritual que respiramos! ¡Oh! Nosotros ya creemos, por dicha nuestra; pero nuestra fe es remisa vaga, poco ilustrada, sin fuerza para traducirse en actos de vida cristiana somos los "hombres de poca fe." (4). Al tener en nuestras entrañas a Cristo, "autor y consumidor de la fe" (5), digámosle aquella palabra, fuerte y luminosa, de aquel padre del Evangelio: *Credo, Domine*: "Señor, ya creo"; pero al sondear nuestro pobre corazón y ver la escasez de nuestra fe, y al tener a Cristo dentro de nuestro pecho, añadamos: Dadme, Señor, la medicina de vuestra

(1) PHIL. 4, 13.

(2) BOSSUET: *Sermon pour le Dimanche après la Pentecôte*.

(3) EPH. 2, 2. COL. 3, 6.

(4) MT. 6. 30.

(5) HEBR. 12, 2.

gracia; "Ayudad mi incredulidad": *Adjuva incredulitatem meam* (1).

Y ¿por qué no deberá darnos Jesús esta medicina de la fe que excite y sane nuestro pensamiento? La fe es el último baluarte del reino de Cristo en la región de los espíritus: ¿qué poder mayor que el de Cristo sobre nuestras almas en la Comunión, y qué celo mayor que el suyo, que "nos hizo reino de Dios" por la fe? (2) ¡Cómo trabajará Jesús, en las horas de nuestra comunión con Él, en las profundidades de nuestra alma, para rehacer nuestras pérdidas cotidianas en el frío ambiente de incredulidad y escepticismo en que vivimos: para agitar y avivar este principio de la substancia de Dios que su largueza ha puesto en nosotros; para darnos el "vigor de la fe" (3) con que resistimos al espíritu de infidelidad en sus múltiples manifestaciones.

6. LA FE, PREMIO DE LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA: LA LEY DEL HÁBITO EN LAS VIRTUDES INFUSAS. — La Eucaristía es en la Comunión el gran excitante de nuestra fe, y este fruto de vida eterna, porque "el justo vive de la fe" (4), es debido a la misma eficacia del Sacramento, al *opus operatum*, de los teólogos.

Pero las iluminaciones de nuestro pensamiento por la fe no son independientes de nuestra voluntad. La cooperación de la libertad a esta grande obra de nutrición y ejercicio de la fe que en nosotros empieza Jesús en la Comunión, es un factor con que el mismo Dios cuenta para acrecer en nosotros los frutos de la vida divina de la misma fe: lo que puede en general afirmarse de todas las

(1) Mc. 9, 23.

(2) APOC. I, 6.

(3) I PETR. 5. 10.

(4) ROM. I, 17.

demás virtudes infusas. No es que los actos de fe tengan eficacia para producir mayor fe, en el sentido de que sean la causa de ella: sólo Dios puede causar en nosotros nuevos aumentos de vida divina; pero sí que son un mérito a cuya cuantía corresponde infaliblemente Dios con nuevos aumentos de virtud (1). Así el acto de virtud engendra en nosotros mayor virtud, como dijo el poeta cristiano, san Próspero:

Virtutem virtus parit...

Cada triunfo es un peldaño para llegar a mayores alturas, y, como dice san Agustín: “Es deuda que tiene Dios con el creyente de aumentar su fe, siendo así el progreso en la fe del premio de anteriores conquistas”: *Ut sit merces fidei captæ, fides aucta* (2).

La Comunión sacramental importa un gran acto de fe; o, por mejor decir, es el acto de fe más grande, más comprensivo, complejo y profundo que pueda exigirse a nuestra razón y a nuestra voluntad. Dios, a trueque de este acto, debe premiarnos generosamente, dándonos grandes tesoros de esta virtud fundamental de la vida cristiana.

Hay aún más. Existe una ley moral que, como preside a nuestra vida psicológica natural, así es la ley dominante de la vida sobrenatural: es la ley del hábito, que se traduce en la fuerza de la costumbre. “Nada se pierde en nuestra vida psicológica, ha dicho un filósofo: la naturaleza es un contador minucioso. Nuestros actos, los más insignificantes en apariencia, a poco que los repitamos, forman con las semanas, los meses, los años, un enorme total, que se inscribe en nuestra memoria orgánica bajo la forma de hábitos

(1) Cfr. BILLOT: *De virt. inf.*, p. 40 y siguientes.

(2) S. AUG. *De prædest. Sanct.*, cap. 2.

indestructibles". De estos hábitos nace la facilidad en el obrar: ellos destruyen las tendencias opuestas y las resistencias de todo orden al ejercicio de la virtud correspondiente: sellan las potencias correlativas con una marca propia y les dan una proclividad en el sentido de la producción de actos homogéneos.

Esta facilidad en el obrar, hija del hábito, como es fruto del hábito natural, así lo es de las virtudes infusas. "Indudablemente, dice Billot, los actos de las virtudes infusas no sólo tienen fuerza meritoria para lograr el aumento de las mismas en sí propias, sino que tienen fuerza eficaz para producir hábitos por los que se disciplinen las potencias para ejecutar con presteza y facilidad sus propios actos... Es decir, que los actos sobrenaturales no tienen otra manera de tender a sus objetos que la que tienen sin la "sobrenaturalidad" (1). Equivale esto a decir que quien más cree, más fácilmente cree; que a medida que aumenta la fe, en la intensidad y en el cúmulo de sus actos, logran la inteligencia y la voluntad, donde radica la fe, mayor fuerza para vencer a los enemigos interiores y exteriores de la misma fe y mayor soltura en el ejercicio de ella; llegando a sentir el alma profundo placer de orden espiritual sujetándose a las duras exigencias de una fe que tiene contra ella, en nuestra propia naturaleza, elementos innatos de hostilidad y rebeldía.

Alguien ha dicho que el sentimiento religioso viene mediante la práctica de los actos que podemos ejecutar, cualesquiera que sean nuestros sentimientos interiores. Podrá parecer paradójica esta aserción; pero es la manifestación de un fenómeno psicológico de gran trascendencia en nuestra vida moral. Si la ley o la creencia determinan un movimiento en el espíritu del hombre, recíprocamente este movimien-

(1) BILLOT: *De virt. inf.*, pág. 62.

to, por ley natural de reversibilidad, da nuevo vigor al mismo principio que lo produce.

Aplicando estos principios a la Comunión, y de un modo especial a la Comunión frecuente, ya aparece que tenemos en ella, aun bajo el punto de vista meramente psicológico, un medio poderoso para robustecer nuestra fe. “Se prepara la mesa eucarística, dice un Obispo orador; el festín está dispuesto, y se os espera entre los comensales del Señor. Vosotros vaciláis unas veces, porque os creéis indignos y no hacéis nada para revestiros de la dignidad que os falta; otras veces deploráis la languidez de vuestra fe, y no queréis robustecerla con el Pan de los fuertes y con el vino que engendra vírgenes. Id a Dios, y le gustaréis en este pan, que ya no es pan, y le beberéis en este vino que ha embriagado al mundo y lo ha llenado del espíritu de sabiduría y de sacrificio. Le veréis a través de estos velos que, si son tupidos fuera del santuario, se hacen transparentes a medida que nos acercamos al altar, y que serán rasgados por la mano de la muerte en la acción de gracias de la última Comunión. Comulgad con frecuencia y creeréis en el Dios de la Eucaristía” (1).

¡Sacramento admirable el de la Eucaristía! Es el sacramento consumativo de la vida cristiana, porque es el sacramento de la caridad; pero como la caridad arranca de las profundidades del pensamiento porque, como dice el Angélico, “la primera unión del hombre con Dios es por la fe” (2), Dios ha querido darnos en la Eucaristía un “Pan de inteligencia”, para que en ella se basara de una manera más firme el edificio del amor. Es ley de la vida cristiana, que

(1) BESSON: *El Sagrado Corazón del Hombre Dios*, II, p. 200.

(2) In 4, dist. 39, a. 6, ad 2.

proclamaba el Apóstol cuando quería que toda nuestra vida cristiana se fundara en la fe: *In fide fundati* (1).

Y ¡qué sabia y amorosa manera de amasarnos este Pan de la fe! Es el pan sintético del pensamiento cristiano, porque en él se encierra toda la verdad que trajo el Hijo de Dios al mundo. Es el Sacramento-Verdad, porque hay en él la Verdad suma, y porque es como el foco luminosísimo en que converge todo el dogma cristiano. Es fermento de verdad, capaz de vivificar nuestra inteligencia con la verdad de Dios. Cada uno de nosotros, al comulgar, puede decir la palabra del Apóstol: *Est veritas Christi in me* (2): “Tengo en mí la verdad de Cristo”; y la verdad de Cristo es la vida del pensamiento del hombre: *Veritas, vita*. Es la Eucaristía la suma Verdad que viene a nosotros en el envoltorio de la suma humildad. Sacramento profundamente divino y humano, que nos lleva a la región luminosísima de las verdades más encumbradas por esta puerta oscura de una acción y un estado sacramentales que escapan a la sagacidad de la ciencia y al testimonio de los sentidos. Es el esfuerzo gigantesco que ha realizado Dios para captar, en el fondo del espíritu humano, todo el jugo de nuestro pobre pensar, porque todo él lo necesita Dios para que íntegramente vivamos según Él.

¡Oh, Jesús! ¡Qué bien supiste juntar, en la noche de la Cena, la misericordia con la verdad! Haced que cuando comulgue se realicen en mí todos los designios de vuestra misericordia y toda la eficacia de vuestra verdad. Hartadme misericordiosamente de verdad, Señor: venced todas las tinieblas de mi pensamiento, y toda valla que a vuestra acción oponga mi libertad. Hartadme y atadme, unciendo

(1) COL. I 23.

(2) 2 COR. II, 10.

mi inteligencia al yugo de vuestra fe. ¿Qué más quisiera yo que estar lleno de vuestra verdad y ser esclavo de vuestro pensamiento? Porque ello sería gaje de la liberación de toda mi vida: “Conoceréis la verdad, y la verdad os liberará (1): porque la verdad lleva a la plenitud de la redención”: *Sanctifica eos in veritate...* (2).

CAPÍTULO VII

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA

III. — La Eucaristía y la fe, luz de la vida

SUMARIO

1. LA FE Y LA VIDA CRISTIANA. — *La fe debe vivirse. — Catolicismo y protestantismo. — Proceso de la actividad humana. — ¿Qué es el Cristianismo?*

2. LA EUCARISTÍA, ESTÍMULO Y REGLA DE LA VIDA CRISTIANA. — *La Eucaristía, síntesis del Cristianismo. — El Sacramento del Hombre-Luz. — Poder de la fe en Cristo para vivificar al hombre. — Contacto espiritual entre el alma y Cristo por la Eucaristía. — Empeño de Cristo en hacer de la Eucaristía la continuación de su convivencia con los hombres. — Superioridad de los pueblos católicos sobre los demás, debida al contacto con Cristo.*

3. LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA Y EL “SENTIDO DE CRISTO.” — *El “sentido cristiana” en las Escrituras. — ¿Qué es el sentido de Cristo? — El Sacramento de comunión. — La verdad en caridad y los Dones del Espíritu.*

4. LA EUCARISTÍA Y LOS DONES DE INTELIGENCIA. — *La promesa del Espíritu en el discurso de la Cena. — Lo que es el divino Espíritu en nuestra vida sobrenatural.*

a) LA SABIDURÍA. — *La produce la Eucaristía: razones extrínsecas. — Eficacia íntima del Sacramento.*

b) INTELIGENCIA. — *Naturaleza de este Don. — La Comunión y la Inteligencia.*

c) CONSEJO. — *Necesidad y naturaleza de este Don. — Pedagogía de la Comunión.*

d) CIENCIA. — *¿Qué es? — Es la característica del pueblo cristiano. — La Eucaristía y la ciencia de Dios. — El Maestro interior. — Efectos del Don de ciencia. — Conclusión.*

Et erunt omnes docibiles Dei. Omnis, qui audivit a Patre, et didicit, venit ad me.

Y serán todos enseñados de Dios. Todo el que oyó del Padre, y aprendió, viene a Mí.

(IOH. 6, 45)

I. LA FE Y LA VIDA CRISTIANA. — La Eucaristía nos da el don magnífico de la fe, y hace fácil su ejercicio.

Ello no basta. La fe se debe *vivir*. Si la vida cristiana fuese tan sólo la profesión de la creencia en el espléndido sistema de las verdades divinas que son el objeto de la fe católica, el Cristianismo no sería más que una escuela, en que se formaría y perfeccionaría el pensamiento de sus adeptos por la investigación de sus altas verdades. No es esta la misión de la fe. No tiende por su naturaleza a formar genios, sino santos; ni tiene por fin último fundir todo pensamiento en el mismo troquel de la verdad, sólo por la verdad, sino trazar a todas las inteligencias una línea de luz, por la cual corran ellas, y tras ellas toda la vida.

Quiere esto decir que las verdades de la fe tienen una finalidad práctica. Iluminan el pensamiento, no para deleitarle en una estéril visión de su belleza, sino para hacer

entrar en juego la libertad, y por ella adueñarse de toda la vida. Cuando el ciego de nacimiento, al salir de la sinagoga, de la que le echó la rabia de los fariseos, se encuentra con Jesús, éste, que conoce su expulsión, le dice: ¿Crees en el Hijo de Dios? — “¿Quién es, Señor, para que crea en él?” responde el que fué ciego: — “Es el que te habla”, contesta Jesús. Y el que fuera pobre ciego corporal abre los ojos de su inteligencia, acepta voluntariamente la verdad que Cristo le revela, y prosternándose en tierra, “hace” lo que la verdad revelada le exige: Confiesa su fe y adora: “Creo, Señor; y prosternándose, le adoró”: *Credo, Domine, et prociens adoravit eum* (1). Abraza la persona de Cristo, dice un autor, y con Cristo abraza toda su obra, hasta sus últimas consecuencias.

Nos separa en este punto una distancia infranqueable del protestantismo: y es ésta una cuestión capital, de incalculable trascendencia en orden a la vida individual y social. No es sólo un punto de doctrina que nos divide de nuestros antiguos hermanos: es todo un sistema de pedagogía por la religión: es todo un proceso de orden vital, que hacemos arrancar nosotros de las alturas del pensamiento para acomodar a él todo nuestro obrar; y que hacen ellos también arrancar del pensamiento, para hacer después lo que quieran, lo que la pasión les exija, lo que la libertad, aunque torcida, les reclame. “Creer y traducir en obras vivas nuestra fe”: he aquí el lema de la vida católica. “Creer y obrar, aunque la obra contradiga a la fe, aunque haya una profunda vivisección entre la acción y el pensamiento”: he aquí el principio de la vida religiosa protestante.

¡Como si Cristo hubiese venido al mundo para trocar los polos de la vida y actividad humana y trastornar, en el

(1) Ioh. 9, 38.

orden de la vida religiosa, el gran principio de solidaridad que informa nuestra acción en los demás órdenes: “entender”, “querer”, “obrar”! ¡Como si no fuera verdad que “el árbol se conoce por sus frutos”, en frase de Jesús (1); que “no son justos los que oyen la ley; sino los que la cumplen” (2), que “la fe sin las obras es muerta!” (3).

Conforme con estos principios de la revelación, y de la razón misma, porque nunca se le pudo sorprender a Dios, en su obra de sobrenaturalización de nuestra vida, fraguando la destrucción o mutilación de nuestra naturaleza, es el principio que alguien ha sentado de que el “Cristianismo no es más que la aceptación, en todas sus consecuencias doctrinales y prácticas, aun las más lejanas, de la divinidad de Cristo en su Encarnación”. Los cristianos son los “cooperadores de la verdad”: *Cooperatores veritatis*; es decir, los que prolongan la eficacia de la verdad hasta el orden práctico de la vida: los que “hacen la verdad”: *Facientes veritatem* (4); que saben hacer de su vida una tesis-hecho, la “profesión” de una “confesión”, la “obra” expresión de una “idea”.

2. LA EUCARISTÍA, ESTÍMULO Y REGLA DE LA VIDA CRISTIANA. — Ninguna verdad, ningún hecho tan eficaz, tan ordenador de la vida como la Eucaristía. La Eucaristía es luz; pero es luz que no se satisface con iluminar las altas cumbres del pensamiento, sino que es como la luz del sol que, radiante y lleno de fecundidad, se levanta hasta el zenit para inundar toda la tierra con sus rayos y producir en ella el movimiento y la vida. Es más que un dogma la Eucaristía: es la síntesis del Cristianismo, de su verdad, de su

(1) MT. 7, 16.

(2) ROM. 2, 13.

(3) IAC. 2, 26.

(4) 3 IOH. 8; EPH. 4, 15; IOH. 1, 6.

moral, de su historia: por lo mismo, es ella, sobre todo en la Comunión, una imposición de la totalidad de la creencia y de la moral cristianas. Y así como, en expresión de santo Tomás, sería un sacrílego quien doblara la rodilla ante Cristo sin creerle Dios (1), así sería un ser sobrenaturalmente mutilado quien, aceptándola en su vida de comunión con Dios en Cristo-Dios, no hiciese ley de su voluntad, y por lo mismo, de toda su vida, la totalidad del sistema cristiano.

Todo en la Eucaristía es luz, a pesar de la tremenda oscuridad del Sacramento: luz de fe, luz de la ley, divina y eclesiástica, que nos impone la Comunión; luz de los altísimos ejemplos de la vida de Cristo que en ella se esconde; luz de historia, de esta historia maravillosa de las transformaciones que la Santa Comunión ha obrado en la vida de los cristianos y en la vida social de veinte siglos; luz que ilumina toda la historia, es decir, la vida práctica de toda la humanidad, desde la caída hasta la redención, desde la redención hasta la santificación personal, y cuyos frutos, *fructus enim lucis* (2), perdurarán hasta la consumación de los siglos, hasta la vida eterna.

Es en verdad la Eucaristía el Sacramento del Hombre-Luz, que se impone con los brillantes resplandores de toda verdad y con la fuerza iluminadora y eficaz de todos los grandes ejemplos. ¿Cómo el alma podría sustraerse a la acción de esta luz fecundante, que se le ofrece con el resplandor de las cosas divinas, pero con todo matiz de las cosas humanas, penetrando hasta los más recónditos repliegues de la conciencia, hasta los más nimios detalles de la vida, con la fuerza de adaptación que tienen nuestras facultades operativas a todo principio religioso libremente acep-

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 19, a. 5.

(2) *EPH.* 5. 9.

tado y que ha llegado a tomar en nuestro espíritu la forma y el estado de una convicción?

Esto bajo el punto de vista general de la psicología, es decir, atendiendo sólo la eficacia que en el orden de la acción tienen los grandes principios, especialmente de orden religioso. Y más si se nos ofrecen en una síntesis tan absoluta y compleja como es la Eucaristía. Y más todavía si la aceptación de la síntesis religiosa se hace no por un acto meramente intelectual de creencia, sino por una función sacramental y hasta cierto punto obligada del culto, como es la Comunión. Ni consideramos aquí la fuerza intrínseca del Sacramento, la acción divina que acompaña siempre a su digna recepción, la eficacia prepotente de la gracia de Dios que por el Sacramento recibimos y que es maravilloso resorte de nuestro bien obrar.

Aún hay otro aspecto que atender en la fe y la Eucaristía en orden a la vida cristiana. Es, prescindiendo asimismo de la acción propiamente sacramental, aunque de hecho resulta siempre ésta la más eficaz, el poder de la fe en Cristo para vivificar al hombre, para hacerle vivir según Cristo. La fe es un contacto espiritual con Cristo, dice san Agustín: *Tangit Christum qui credit in Christum* (1): y nadie toca a Cristo sin que se transforme en Cristo.

¡Poder divino que concedió Dios a la Humanidad santísima de Cristo, a su Persona histórica, para atraer a las almas, para vincularlas a Sí! Es, si podemos hablar así, el poder simpático de Jesús, el magnetismo espiritual, usando una metáfora de un santo Padre, del Hijo de Dios con que ha aglutinado alrededor de su pensamiento, de su historia, de su bondad, a una gran porción de la humanidad hace ya veinte siglos. ¿Quién fuera capaz de resistir el poder de atracción de un Dios que se hace hombre precisamente para

(1) S. AUG. *Serm.* 243, cap. 2.

atraer los hombres a Dios? Si la piedra imán, dice san Jerónimo, tiene la propiedad de atraer a sí los cuerpos ligeros homogéneos, ¿por qué este imán poderosísimo que es Dios hecho hombre, centro universal de la historia y de la vida humana, que se ha hecho “benignidad y humanidad” para robar el pensamiento y el corazón del hombre, no deberá absorber la vida de todos los que le conozcan?

Es este poder de absorción del pensamiento de Cristo, que se revelaba en su palabra, el que hacía exclamar a san Pedro, cuando le invitaba Jesús a que dejara su escuela: “¿Adónde iremos si tienes tú palabras de vida eterna?” Es esta misma fuerza la que arrastraba a las multitudes al desierto, olvidándose hasta del sustento; la que formaba este séquito de Cristo, que arrancaba este grito de despecho a sus enemigos: “¡He aquí que todo el mundo va tras Él!” (1).

En ninguna parte se establece por la fe un contacto espiritual tan profundo entre el alma y Cristo como en la Eucaristía. Ni por la lectura de su Evangelio, que es su palabra; ni por la meditación de sus misterios; ni por la predicación; ni por la oración misma, hay tanta aproximación entre nuestro pensamiento y el pensamiento de Cristo como en este adorable Sacramento, aun prescindiendo del contacto espiritual por la gracia que el mismo nos confiere. La Eucaristía es más que el Verbo, porque éste es la palabra del Verbo: *Verbum Verbi*; y aquélla es el mismo Verbo hecho carne: *Verbum caro*. Es más que la meditación de sus misterios; porque ella es el memorial vivo y real de su vida y de su Pasión: *Recolitur memoria passionis ejus*, y es el mismo Cristo el que se toma y se introduce en el corazón: *In quo Christus sumitur*. Es más que la

(1) IOH. 12, 19.

predicación, cuando Cristo es ya conocido, porque más vivo que en la palabra evangélica, que no es más que el desarrollo del tema eterno de la persona y de las doctrinas de Cristo, es el mismo Cristo en persona y en admirable síntesis de su doctrina. Es más que la oración misma, porque si oración es elevación del espíritu a Dios, contacto espiritual con Dios mismo, la Eucaristía es el nudo vital entre Dios y el hombre; es el velo transparente detrás del cual está Dios; y entendiendo al Cristo de la Eucaristía en cuanto es co-eterno con el Padre, tocamos a Dios, dice san Agustín: *Intellige Christum ubi est Patri coæternus, et tetigisti* (1).

Notemos de paso el empeño de Cristo, revelado en el discurso de la promesa y en la hora solemne de la institución de la Eucaristía, de que sea ella la perpetuación de su convivencia con los hombres, en la carne humana que por ellos tomó, en la vida humana que vivió por ellos, en la pasión y muerte que sostuvo para darles la vida: "Haced esto en memoria mía..." "Quien come mi carne y bebe mi sangre...", El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo..." Es la Encarnación que se perpetúa; es el Emanuel que nos acompaña; es el Profeta, el Doctor, el Mártir, el Rey, el Sacerdote, que quiere ponerse en contacto con toda la humanidad de todos los siglos, en todas las formas humanas con que Dios puede conquistar el espíritu del hombre.

A esta presencia real de Jesús en la Eucaristía, y a la convicción católica de que tenemos entre nosotros personalmente al mismo Jesús de la Palestina, se debe, según un protestante, la superioridad de los pueblos católicos sobre los demás. Es una demostración *ex inimicis*, que aña-

(1) S. AUG. *Ibid.*

dimos a los dos aspectos de la eficacia vital de la Eucaristía que acabamos de dar.

He aquí cómo Lord Fitz-William, resumiendo unas atinadísimas observaciones sobre la perfección de los pueblos católicos en comparación con los protestantes, las reduce a dos aforismos sociales, sobre los que es preciso meditar: "La virtud, dice, la justicia, la moral, deben servir de base a todos los gobiernos. Es imposible establecer la virtud, la justicia y la moral sobre bases un poco sólidas sin el tribunal de la penitencia, porque este tribunal, el más temible de todos los tribunales, se apodera de la conciencia de los hombres y la dirige de una manera más eficaz que ningún otro tribunal. Y este tribunal pertenece exclusivamente a los católicos romanos. Es imposible establecer el tribunal de la penitencia sin la creencia en la presencia real, base principal de la fe católica romana, porque sin esta creencia el Sacramento de la comunión pierde su valor y su consideración. Los protestantes se acercan a la sagrada mesa sin temor, porque no reciben allí más que el signo conmemorativo del Cuerpo de Jesucristo; los católicos, por el contrario, no se acercan a ella sino temblando, porque ellos reciben el mismo Cuerpo de su Salvador. Así, en todas partes donde se destruyó esta creencia, cesó con ella el tribunal de la penitencia. La confesión vino a ser inútil, como es necesaria donde quiera que exista la misma creencia; y este tribunal, que se encuentra por necesidad establecido juntamente con ella, hace indispensable el ejercicio de la virtud, de la justicia, de la moral. Por consiguiente, es imposible formar un sistema de gobierno cualquiera, que pueda ser permanente o ventajoso, a no ser que se funde sobre la religión católica romana. He aquí, pues, la solución de la cuestión más importante, después de la inmortalidad del alma, que pueda presentarse a los hombres. ¿Cuál es el mejor de los gobiernos? Cuanto más se estudie, más se

verá que esta creencia en la presencia real se extiende no sólo sobre todos los gobiernos, sino sobre todas las consideraciones humanas, que ella es como el “diapasón” de la vida; y que ella es, con relación al mundo moral, lo que es el sol con respecto al mundo físico: *Illuminans omnes homines*” (1).

¡Oh, Jesús de la Eucaristía! Nosotros creemos en este poder extraordinario de transformación que ejerce sobre nuestra vida la contemplación de vuestra santa Humanidad por la fe: poder que transformaba a la Magdalena, a la que perdonabais por su mucha fe: “Tu fete ha salvado” (2): poder que era represado por la incredulidad de los nazaritas, vuestros paisanos: “No hizo allí muchos milagros por su incredulidad” (3). Dadnos esta fe transformadora, en cuanto es la imposición de todo el sistema de vida que al mundo trajisteis, y en cuanto es el contacto con Vos, con vuestra Humanidad santísima; y el que os toca, Señor, hace salir una virtud de Vos (4): es la virtud de atracción y de asimilación que tiene vuestro pensamiento sobre el pensamiento y la vida de los que creen en Vos. Para ello nos disteis la santísima Eucaristía, Sacramento de fe práctica, por el que realizáis las palabras que pronunciasteis en el gran discurso en que prometíais al mundo la entrega de vuestro Cuerpo y Sangre en espiritual comida para vuestros hijos: “Ésta es la voluntad del Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga la vida eterna” (5). Y la

(1) Cfr. GERBET: *Considerations sur le dogme de l'Eucharistie*, p. 85.

(2) Lc. 7, 50.

(3) Mt. 13, 58.

(4) Lc. 6, 19.

(5) IoH. 6, 40.

vida eterna no se logra si la fe queda fría y muerta en las alturas del pensamiento.

3. LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA Y EL “SENTIDO DE CRISTO”. — No es infrecuente en las Escrituras del Nuevo Testamento hablar de un “sentido” cristiano, que a veces se contrapone al “sentido” pagano y anticristiano: “Sabemos, dice san Juan, que vino el Hijo de Dios y nos dió *un sentido* para que conozcamos al Dios verdadero y *seamos* en su Hijo verdadero” (1): “Nosotros tenemos el *sentido de Cristo*”, clamaba santamente enorgullecido el Apóstol (2): “Que no haya en vosotros cismas, les decía a los Corintios; os lo ruego por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo: decid todos lo mismo, y sed perfectos en el mismo *sentido*, en la misma sentencia” (3): A los Romanos les decía: “Los que son según la carne, tienen la sabiduría de la carne: los que son según el espíritu, *sienten* las cosas del espíritu” (4): Conocida es la exhortación a los de Filipo: “*Sentid* en vosotros lo que en Cristo Jesús” (5).

¿Qué es ese “sentido de Cristo”? Es el pensamiento de Cristo, es decir, la fe, que se infiltra hasta las últimas derivaciones de la vida, hasta toda reconditez del espíritu y del corazón, de la inteligencia, de la sensibilidad, de la misma carne. Es la orientación de toda la vida a Jesús; la inmersión de todo nuestro ser en el ser de Cristo Jesús. Este sentido sobrenatural responde a la constitución de nuestra naturaleza racional y a las exigencias de nuestra psicología. No le basta al hombre el pensamiento: es preciso que éste

(1) I IOH. 5, 20.

(2) I COR. 2, 16.

(3) *Ibid.* 1, 10.

(4) ROM. 8, 5.

(5) PHIL. 2, 5.

encarne e ilumine todo principio de vida, para que ésta se dirija según sus iluminaciones. Todo lo que no es inteligencia en el hombre es vago e impreciso: la luz del pensamiento, sea cual fuere, débil o fuerte, verdadera o falsa, vacilante o fija, es la que concreta las aspiraciones de ese mundo de facultades que le están subordinadas. Ella es, por lo mismo, la que "especifica" la vida, la que le da un "sentido" cuando llega a informar todos los resortes de la máquina espiritual. ¿Qué piensa el hombre? La respuesta es lo que nos da la llave para descifrar el sentido que tomará la vida del hombre, si éste es sincero y consecuente.

El gran triunfo de Cristo sobre el hombre es que éste "consienta" con Él: ¿no es éste el triunfo de todos los apóstoles, de todos los pedagogos, de todos los que han hecho del proselitismo una ley de su vida? Cuando vino Jesús al mundo no había en él el sentido de Dios: había el "sentido depravado", de que nos habla el Apóstol; es decir, un descentramiento de toda la vida, que estaba desgajada del polo de Dios. Tenía el hombre el "gusto pervertido", de que nos habla el Angélico al comentar las palabras de san Pablo: "Reformaos en la novedad de vuestro sentido" (1). "Como el hombre que tiene el gusto pervertido, dice santo Tomás, no tiene recto juicio de los sabores, sino que a veces aborrece los que son suaves, y apetece otras lo aborrecible; pero el que tiene sano el gusto, tiene recto juicio de los sabores; así el hombre que tiene corrompido el afecto y como conformado con las cosas mundanas, no tiene juicio recto del bien; pero el que tiene el afecto sano, remozado su *sentido* por la gracia, tiene recto juicio del bien" (2).

En ningún sacramento, en ninguna práctica podremos

(1) ROM. 12, 2.

(2) D. THOM. *In Epist. ad Rom.*

alcanzar el sentido de Cristo como en la Eucaristía. Es el Sacramento de la conmoración de nosotros en Cristo y de Cristo en nosotros. Es una colaboración con el pensamiento de Cristo sobre nosotros; una substitución de nuestro pensamiento por el de Cristo, a quien hacemos dueño de nuestra actividad: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él" (1). Esta permanencia y conmoración mutuas dan al que comulga este "sentido", que no es más que la razón práctica, como dice santo Tomás, la prudencia cristiana, el "juicio" cristiano, que dispone siempre de toda la vida según el sentido y la dirección de Cristo, hasta el punto de que Cristo sea nuestro vivir, según frase recia del Apóstol: *Mihi vivere Christus est* (2).

Por la Eucaristía se nos da la verdad en caridad: y quien tiene la caridad, dice el Angélico, tiene recto juicio de todas las cosas, de las altas, como un buen general, y de las bajas, como un buen zapatero, en frase del gran teólogo (3). Es el pensamiento de san Juan, cuando nos dice que la caridad es el fundamento de las revelaciones de Dios: "Quien me ama, será amado de mi Padre; y Yo le amaré, y me le revelaré a mí mismo" (4).

Por la Eucaristía, como vamos a ver, se nos comunican copiosamente los dones del Espíritu Santo, que es el Espíritu del mismo Jesús; y el Espíritu Santo nos da, no solamente el *intelligere*, el conocimiento de la verdad, sino el *sapere recte*, la sabiduría del vivir en cristiano, de ajustar toda vibración de nuestra vida en armonía con el pensamiento de Cristo, de no movernos sino según el ritmo y la dirección de las intenciones de Cristo. Es el "instinto

(1) Ion. 6, 57.

(2) Prima. 1, 21.

(3) D. THOM. *In Phil.* lec. 2, in medio.

(4) Ion. 14, 21.

del Espíritu Santo”, que comunica el Sacramento a todo principio de energía en nosotros y que nos da la sabiduría espiritual de tender rectamente a nuestro fin, dice el Angélico (1).

¡Oh, Verbo de Dios, Luz de Luz, que para enseñarme los caminos de la vida os hicisteis Hombre-Luz, y “consentisteis” conmigo, “tomando la forma de esclavo”, que es la mía, sin dejar la “forma de Dios”, que es la vuestra; y haciéndoos “en todo semejante a mí, menos en el pecado”(2). para que yo “consintiera” con Vos! ¡Ni os contentasteis con ello; sino que habéis querido que os comiera en el Sacramento, para realizar personalmente en mí lo que en los días de vuestra carne mortal hicisteis para con todo el mundo! Dadme vuestro sentido ¡oh, Cristo! Iluminad con vuestro resplandor los senos de mi espíritu, y así os buscará toda mi vida, como toda planta busca, ávida, la luz del sol: *Et sit splendor Domini Dei nostri super nos*. “¡Que brille la luz del Señor nuestro Dios sobre nosotros: enderezad de lo alto las obras de nuestras manos; sí, enderezad la obra de nuestras manos!” (3).

4. LA EUCARISTÍA Y LOS DONES DE INTELIGENCIA. — Es cosa digna de notarse que Jesús hablara del Espíritu Santo Paráclito que debía enviar al mundo, con amorosísima insistencia, en el discurso de la Cena, cuando sus discípulos acababan de recibirle sacramentalmente por vez primera. “Yo rogaré al Padre, les decía, y os dará otro Paráclito, para que permanezca eternamente con vosotros:

(1) *In Epist. ad Rom.* 8, 6. — Cfr. AUGS. S. J.: *In Epist. ad Rom. ibid.*

(2) HEBR. 4, 15.

(3) PS. 89, 17.

Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce. Pero vosotros le conoceréis, porque permanecerá ante vosotros, y estará en vosotros". "El Espíritu Santo Paráclito que el Padre os enviará en mi nombre, continuaba Jesús, os lo enseñará todo, y os sugerirá todo lo que yo os enseñaré". Y seguía: "Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré desde el Padre, Espíritu de verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí; y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio" (1).

Ya hemos indicado la naturaleza de los Dones del divino Espíritu y su relación con la Eucaristía. Ellos son los resortes de que se vale Dios directamente para gobernarnos; por lo mismo, son eminentemente operativos, aun los que residen en las más elevadas regiones del espíritu. La Eucaristía tiene eficacia directa sobre ellos, porque son como órganos regulares de orden superior en nuestra vida sobrenatural, y se intensifican y perfeccionan solidariamente con la misma vida. El Pan de vida es, por lo mismo, el Pan de los Dones del divino Espíritu. Parece indicarlo el hecho de que Jesús, junto con su Cuerpo y Sangre, les dé a sus discípulos la doctrina del Espíritu. Lo demuestra el hecho de que el Espíritu Santo sea el Espíritu de Jesús, el que le santifica, es decir, el que le da la plenitud de la vida de Dios; y de la plenitud de Cristo todos nosotros recibimos, especialmente por la Eucaristía.

No podemos detenernos en la exposición de la regaladísima doctrina de la misión y de la inhabitación en nosotros del divino Paráclito, "cuyo conocimiento, decía amargamente León XIII, es demasiado menguado en muchos cristianos: emplean su nombre con frecuencia en los ejercicios de piedad, pero su fe está rodeada de espesas tinie-

(1) Ioh. 14, 16-17, 26; 16, 26-27.

blas" (1). Sólo hemos de fijarnos un momento en la Eucaristía en función de los Dones de inteligencia.

El Espíritu Santo es el "dulce Huésped del alma"; en expresión de la Liturgia, centro de expansión de nuestra vida sobrenatural; "espiritual unción" que se infiltra, como el aceite, hasta la raíz misma de nuestra actividad, para comunicarle sus caracteres: luz, dulzura, consuelo, suavidad, fuerza, magnanimidad, pureza, docilidad, todo, en fin, lo que puede robustecer y acelerar nuestra tendencia y nuestra unión a Dios. La naturaleza de su acción en nosotros la expresa admirablemente esta palabra litúrgica: *Lumen cordium*: es luz cordial, claridad amorosa, iluminación fecundante. En cuanto es luz, es rectitud, orientación, faro de la vida: en lo que tiene de cordial e íntimo: *O, lux beatissima, reple cordis intima...*, es la fuerza que empuja la vida y le da expansión en el sentido de Dios. Es el corazón del corazón, alma del alma en la vida sobrenatural: "Sin tu protección nada hay inocuo en el hombre. Lava lo manchado; riega lo que es árido; sana lo que está enfermo. Doblega lo que es rígido; calienta lo que está frío; endereza lo torcido. Da el mérito de la virtud, el éxito de la salvación, el perenne gozo" (2).

Ya se ve por todo ello el carácter activo, trabajador, urgente, profundamente vital del Espíritu Paráclito en nosotros: *Spiritus est qui vivificat* (3). Toda la Trinidad habita en nosotros por la gracia: Padre, Hijo y Espíritu Santo hacen su morada en los que son sus hijos de adopción: "Vendremos a él, y haremos en él nuestra morada", decía Jesús en el discurso de la Comunión (4). Pero la obra de

(1) LEO XIII: Enclíc. *Divinum illud munus*, 9 mayo de 1897.

(2) *Misa del Domingo de Pentecostés*; Secuencia.

(3) IOH. 6, 61.

(4) *Ibid.* 14, 23.

nuestra personal santificación, porque es obra de unión, de amor y de consumación, se atribuye al Espíritu Santo, que allí queda, en el fondo de nuestro espíritu, como "Dedo de la diestra del Padre", *Digitus paternæ dexteræ*, para arrancar de todo nuestro ser, espíritu y materia, las divinas armonías de la vida sobrenatural.

Los Dones de Dios, dice el Angélico, son ciertos hábitos que perfeccionan al hombre para que siga con prontitud y docilidad el instinto del Espíritu Santo. Todo principio de energía humana que puede ser causa de actos humanos, está informado por los Dones de Dios. La razón y el apetito los tienen. Fijémonos sólo aquí en los Dones que perfeccionan la inteligencia. Ésta tiene dos funciones capitales: hallar la verdad y juzgar de ella. Para hallar la verdad sirve, en el orden especulativo, el Don de Inteligencia, y en el práctico, el de Consejo: para juzgar rectamente de ella, nos ayuda especulativamente la Sabiduría, y prácticamente la Ciencia.

Todos los Dones se refieren a las virtudes teologales, a cuya perfección ayudan. Pero los Dones de la inteligencia dicen una relación especial y fundamental a la fe. Son hábitos o principios de energía que acopla Dios a las altas facultades de orden intelectual para que con facilidad se orienten en el sentido del Espíritu de Dios, viviendo con robustez y holgura la vida divina que Dios inocular a nuestro pensamiento al admitirnos a su fe. Analicemos someramente la acción de la Eucaristía sobre los Dones de inteligencia.

a) SABIDURÍA. — El primero y más encumbrado de los dones es el de la *Sabiduría*. Es don intelectual y práctico, en cuanto ilumina con la luz del conocimiento a Dios y a las cosas de Dios; pero da al propio tiempo el gusto de

las mismas cosas, que las hace apetecibles, y solicita hacia ellas a todo nuestro ser. Es la Sabiduría “iluminación de unción”, dice el Angélico (1). Nos transporta, no por la investigación o el estudio, sino como por salto y por la atracción soberana del divino Espíritu, a las alturas mismas de Dios, para juzgar de Él y de todas las cosas bajo el punto de vista divino, con el mismo espíritu del Señor, porque “el que se adhiere al Señor forma con Él un mismo espíritu” (2). Tal es la sabiduría de los santos, quienes, a veces iliteratos y rudos, tienen de Dios un conocimiento más alto, más claro y sereno que el que dan la filosofía y la teología. Sabiduría que hace apetecer lo divino, que arrastra hacia Dios, que da las delicias de la convivencia y de la colaboración con Dios. Es el don excelso que hacía exclamar al Profeta: “Señor, ¡qué deliciosos son vuestros tabernáculos! mejor es un día pasado en vuestra casa que años enteros lejos de Vos” (3).

Y “la Sabiduría edificóse una mansión, preparó el vino y dispuso la mesa”, canta la Liturgia en el Oficio del Corpus: es la Eucaristía. Aun prescindiendo de su divina e interior eficacia, la Eucaristía nos coloca en el punto más alto de la humana historia, porque nos coloca en el punto de la Pasión y de la Redención, que son la llave de los humanos hechos, y que nos permiten juzgar de las cosas humanas en sus relaciones con Dios, bajo el punto de vista de Dios: “Memorial de la Pasión” y recuerdo real y vivo del sacrificio de la Cruz, nos da la Eucaristía esta “sabiduría de la cruz”, que engendra en nosotros el sentido de la política de Dios en el mundo y de sus exigencias con respecto a cada uno de nosotros.

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 45, a. 5.

(2) 1 COR. 6, 17.

(3) Ps. 83, 2.

La misma presencia real de Jesús en la Eucaristía, acompañando en su peregrinación a la humanidad a través de la historia, ha atado el pensamiento de las generaciones humanas al clavo de Dios, dándole la sabia firmeza y el gusto intelectual que ha sentido siempre el hombre al hallarse en contacto con la divinidad. Es una de las aspiraciones incoercibles del espíritu del hombre. Por ello se ha notado con razón que es muchísimo más frecuente la locura, negación radical de toda sabiduría, entre los países protestantes que en los católicos. "El precepto que obliga estrictamente al católico a entrar cada semana a lo menos, por la asistencia al culto público, en relación con Dios y los hombres, lo arranca a esta soledad fatal, donde su razón podría extraviarse, para transportarle a una sociedad de razón, de quietud y de amor. La conciencia le obliga reiteradamente a ser hombre para mantenerse cristiano; y esta atracción poderosa, frecuentemente renovada, contribuye, más de lo que ordinariamente se cree, a prevenir o detener el desarrollo de la locura" (1).

Pero fuera de estas consideraciones de carácter histórico y social, y ciñéndonos a la eficacia de la Comunión eucarística para producir en nosotros esta altísima sabiduría, participación del "Don del Dios Altísimo", *Altissimi Donum Dei*, es indudable que por la Comunión sacramental lo recibimos copioso. Es Sacramento de adhesión íntima al Señor, de estrecho abrazo con la Sabiduría encarnada, de transformación en aquel Hombre que estaba lleno del Espíritu de Dios, de pensamiento trascendental, identificado con el mismo pensamiento de Dios y su colaborador en la política y en la historia de la rectificación de la humani-

(1) GERBET: *Considerations sur le Dogme de l'Eucharistie*, página 80.

dad con respecto a Dios. Y como Jesús, y el Espíritu de que estaba lleno, no vinieron solamente a ordenar las grandes líneas de la restauración humana, sino a rectificar la vida de cada uno de sus hijos, de aquí que Jesús y su Espíritu vengán a nosotros en esta comunicación íntima por el Sacramento, para darnos esta sabiduría amorosa que sojuzgue a su dulce yugo a todo principio vital y lo enderece todo a Dios, siguiendo el surco de cálida luz que en nosotros traza.

¡Oh, Jesús, huésped dulcísimo de mi alma, como el mismo Paráclito que Vos y el Padre enviasteis al mundo! Cuando moréis en mí por la Comunión eucarística, dádmele abundante este Espíritu que el Padre hace venir a mi pecho en vuestro nombre y por vuestra plegaria. Que llene mi mente con el Don de Sabiduría, que me enseñe los secretos de Dios, que me dé el gusto suavísimo de las cosas de Dios, y me levante sobre todo nivel de las cosas de la tierra para que las juzgue todas bajo el punto de vista de Dios; y, sobre todo, me enseñe a mover los resortes complicados de mi vida de modo que toda ella sea armonía para Dios. “No ama Dios a nadie sino a aquellos con quienes inhabita la sabiduría (1); vuestro Sacramento que es de amor, lo es de sabiduría de Dios; junto con la caridad, dad a mi mente este “instinto intelectual del Espíritu Santo”, que es la más elevada prudencia que puede apetecer el alma cristiana.

b) INTELIGENCIA. — Sigue el Don de *Inteligencia* al de Sabiduría. Cada uno de los Dones es la perfección sobrenatural de una potencia o principio operativo de orden natural, para que pueda el divino Espíritu moverlo fácilmente. Como el Don de Sabiduría perfecciona la facultad de conocer las cosas por sus altas razones, haciendo que

(1) SAP. 7. 28.

Dios sea como el “punto de mira” del humano pensamiento, así el de Inteligencia perfecciona la razón para que pueda ahondar en el conocimiento de las cosas de Dios, de su naturaleza, de sus misterios, de sus revelaciones y de la manera de regular la vida según las exigencias de la fe. La Sabiduría da el *recta sapere*, el recto y alto saber y el gusto y atracción de la sabiduría: la Inteligencia da la penetración, la intuición, la claridad de la visión intelectual de las cosas a que no llega nuestra inteligencia: *Intus legere*.

Es asimismo el de Inteligencia don especulativo y práctico: especulativo, en cuanto amplifica y profundiza el campo de visión; práctico, en cuanto regula la vida por las razones eternas que descubre en las cosas y verdades de la fe. ¡Cuántas veces habremos pasado y repasado, en la lectura, en las Escrituras divinas, en la predicación, sobre una verdad, un precepto o un consejo, sin que nos hayan impresionado; y, de pronto, un resplandor divino, claridad de relámpago o luz persistente, ha pasado sobre la frase, hablada o escrita, y la hemos visto iluminarse con viveza, y dilatarse sus horizontes, e imponerse con fuerza tenaz o avasalladora a nuestra inteligencia! Es el Don divino de este nombre, que hacía pasar días enteros a santa Catalina de Sena en la “visión meditativa” del versículo: *Deus in adiutorium meum intende...*; que “abrió el sentido de los discípulos para que entendiesen las Escrituras” (1); que ha iluminado a los santos Doctores de la Iglesia y a los teólogos y a los Santos para que pudiesen “escudriñar las profundas cosas de Dios” (2). Es esta fe simple, pero profundamente iluminada, de los tiempos heroicos del Cristianismo y de ciertas almas privilegiadas que, en expresión de Ter-

(1) Lc. 24, 45.

(2) 1 Cor. 2, 10.

tuliano, es *debitrix martyrii* (1), que obliga al martirio, por la luz incontrastable con que se impone al pensamiento en forma de convicción, casi diríamos de intuición religiosa. Es este conocimiento, tan clásicamente cristiano, porque no se da en ningún otro orden de conocimientos, de las admirables conveniencias de dogmas y misterios; de la incomprendible, pero clarísima relación que los une; de las exigencias que importan con respecto al ordenamiento de nuestra vida.

¿Quién podría dudar de que en la contemplación de la Eucaristía, y sobre todo en la Comunión sacramental, se le comunican a nuestra inteligencia estas iluminaciones de orden sobrenatural que arraigan y ensanchan nuestra fe e intensifican la luz de sus verdades? Ya hemos dicho que la luz del corazón da atisbos que no produce la luz de pensamiento, si es lícito expresar así uno de los misterios más inexplicables de nuestra psicología. Es el corazón, y valga la vulgar metáfora, la lente que recoge los rayos del pensamiento, y los concentra, aumentando el poder de su luz y calor y escondiéndolos en el seno mismo de la vida para que ésta no pueda huir su viva luz, ni le sea dable hurtarse a sus influencias.

Y ¿dónde mejor que en la Eucaristía, Sacramento de luz y de amor, se puede lograr este saber de corazón, esta claridad cálida que nos permite adentrarnos en las profundidades de Dios y de las cosas de Dios? ¿Cuándo podríamos decir mejor que cuando nos visita Jesús en la Comunión aquellos regalados versos de la Liturgia:

*Quando cor nostrum visitas,
Tunc lucet ei veritas...
Et intus fervet caritas...?*

(1) TERTULL. Scorp., n. 8.

El conocimiento de Jesús es la llave para conocer a Dios: "Si me conocieseis a mí, conoceríais a mi Padre", les decía a sus discípulos después de su primera Comunión. Es Jesús la espléndida epifanía de Dios; el libro donde se lee a Dios mismo. San Pablo, tan admirable conocedor de las amorosas profundidades del dogma católico, prodigioso sistematizador del pensamiento cristiano cuando éste acababa de revelarse al mundo, "juzgaba saberlo todo por nuestro Señor Jesucristo", y fuera de Él no sabía nada (1); porque Jesús es la cifra de Dios, el punto céntrico del pensamiento de Dios en el mundo. Y a Jesús se le conoce por la Eucaristía, en cuanto es Sacrificio y Sacramento, porque es así la prolongación histórica de la manifestación personal de Jesús; pero especialmente en la Comunión, de incomparable fuerza iluminativa con respecto a la misma persona de Jesús. Los discípulos de Emaús no le conocieron sino por la Comunión: "Y entró con ellos en la aldea: y sucedió que mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo rompió y se lo dió a comer. Y se abrieron sus ojos y le conocieron" (2).

¡Oh, almas que sentís avidez de la verdad de Dios, de una fe recia e ilustrada, de una amplia visión de la religión que profesáis, y, sobre todo, que deseáis conocer lo que esta fe exige de vosotras en el ejercicio cotidiano de la vida! Comed al Dios de la Eucaristía, a Jesús, "en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios" (3): allí se aumentará vuestra caridad, efecto específico del Sacramento, y con la caridad, la inteligencia de las cosas de Dios, ambas indefectiblemente unidas: "Que vuestra caridad sea cada día más copiosa en ciencia y en todo sa-

(1) 1 COR. 2, 2.

(2) LC. 24, 29-31.

(3) COL. 2, 3.

ber..." (1) "Llenaos del conocimiento de su voluntad y de toda sabiduría e inteligencia espiritual" (2). No haréis con ello más que continuar la historia del Cristianismo, que tuvo siempre en la Eucaristía el Pan de la inteligencia espiritual, de esta inteligencia que, por su penetración, unidad, robustez y eficacia operativa, es el ejemplo único que nos ofrece la historia de las religiones y de la ciencia de Dios. Es que ningún otro pueblo se nutre de este "pan de vida y de inteligencia": *Panis vitæ et in intellectus...*

c) CONSEJO. — A los dones de Sabiduría e Inteligencia sigue el de *Consejo*. No le basta a la razón sobrenaturalizada remontarse a las alturas de Dios para ver las cosas por su razón más elevada, que es Dios mismo. Ni basta esta mirada escudriñadora de la inteligencia que nos permite penetrar hasta en las profundas cosas de Dios: ésta es la base del recto vivir, y como las profundas estribaciones y fundamentos del edificio de la vida cristiana. Pero este edificio debe erigirse piedra por piedra; y cada piedra debe labrarse y colocarse en forma oportuna. Sin metáfora: la vida la forman los actos, y para cada acto debe haber un pensamiento y una dirección. Cada acto de la vida es una "obra", aunque parezca pleonismo; y esta obra debe estar ajustada, en su tendencia y ejecución, al pensamiento de Dios.

¡Triste condición del hombre, en medio de las solicitudes diversas de su propio espíritu; en la fluctuación de pensamiento que van y vienen, como las encontradas olas; de la complicada casuística de la vida, que se nos ofrece a veces como mar de arrecifes que no puede orillar el pobre esquife de nuestra alma sin un pulso firme y un tino consumado! Es entonces cuando la inteligencia busca instintiva-

(1) PHIL. I, 9.

(2) COL. I, 9.

mente otra inteligencia: cuando nuestra perplejidad u obscuridad buscan la luz y el impulso de un consejo.

No hay mayor indigencia que la del pensamiento que no ve lo que debe hacer. Es obra de misericordia dar buen consejo a quien lo ha menester. Por ello, en nuestra vida sobrenatural, y especialmente para los casos arduos y aquellos en que Dios quiere movernos directamente y no por el medio normal de la virtud de la prudencia, debía subvenirse a esta pobreza espiritual con un Don del divino Espíritu, que diese orientación práctica a nuestro pensamiento y nos dictase la forma de obrar en cada caso: es el Don de Consejo. El Espíritu Paráclito, es decir, el divino abogado, el Padre de los pobres, *Pater pauperum*, nos socorre con este altísimo Don del Consejo en la miseria lamentable de nuestras tinieblas.

Por el Don de Consejo el Espíritu Santo se convierte en sapientísimo director espiritual de nuestras almas; en la regla interior, inmediata y casi homogénea de nuestra actividad sobrenatural; en habilísimo estratega que sabe burlar todas las astucias de nuestro espíritu; en hábil Orfeo que mueve los registros de nuestra actividad para que se ajuste ésta a las exigencias del momento y se produzca la armonía de la vida. De aquí la serenidad, la firmeza, el equilibrio de las vidas de los santos, cada uno dentro de su temperamento y del marco histórico en que se desarrolló su actividad.

Este Don de Consejo se nos aumenta copiosamente en la Comunión eucarística. Jesucristo es el gran Consiliario de la humanidad, no sólo porque es el Verbo de Dios a quien debe adaptarse todo para que no se rompa la armonía que Dios ha querido producir, en el mundo de los espíritus como

en el de la materia (1); sino porque estaba lleno de la plenitud de la ciencia de consejo que le vino por la plenitud de la unción del Espíritu Santo: "Se llamará... Consejero": "Y descansará sobre Él el Espíritu del Señor; espíritu de Consejo..." (2).

La Comunión es obra de transformación espiritual; ¿por qué no deberemos recibir en ella una participación de ese espíritu de consejo de que estaba colmado el Hombre-Dios? Contacto con Jesús como es la Comunión sacramental, ¿por qué no deberemos recibir en ella las lecciones de la vida práctica, los impulsos que no pueden darnos la diplomacia y prudencia según la carne, pero que puede darnos el Espíritu de Jesús? Jesús es el modelo del Hombre prudente que no obra según capricho, sino según los dictámenes de Dios: "Nada puede el Hijo hacer por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (3). ¿No aprenderemos en la Comunión a despojarnos de prejuicios, a poner nuestra libertad en manos de Dios, a decirle a este Jesús, que no quiere más que dominar nuestra vida: "Señor, ¿qué queréis que haga?"

¡Oh, cuán sabia ha sido la Iglesia al asociar todos los grandes actos de la vida cristiana a la Comunión, a la íntima comunicación con el sapientísimo y rectísimo Consejero de los hombres, en quien mora la plenitud del Espíritu con la plenitud del Don de Consejo! ¡Qué oportuna al mandar que se acerquen a la Mesa sagrada los niños para quienes alborea la vida, llena de peligros, a fin de que el Espíritu Santo, que con Jesús entra en sus almas tiernas, conjugue los resortes de su vida según su altísima prudencia, y les dé la ciencia práctica del bien vivir antes de que se tuerzan sus facultades en el sentido del mal!

(1) HEBR. II, 3.

(2) IS. 9, 6; II, 2.

(3) IOH. 5, 19.

No hay pedagogía como la de la Comunión. Porque si la pedagogía tiene por objeto el máximo rendimiento de las facultades del hombre en orden al bien, no hay factor tan poderoso para el bien como esta acción íntima que se acopla a nuestras facultades y las mueve, con la fuerte y amorosa sabiduría de Dios, para que en un momento dado de la vida hagan lo mejor que pueda hacerse, ~~que~~ es amoldarse a la estrategia del mismo Dios. Es lo que llama el Angélico “el movimiento del espíritu aconsejado, determinado por otro que aconseja”: *Motio mentis consiliatæ ab alio consiliante* (1). Si un hombre puede mover a otro con su consejo ¿no nos moverá Jesús con el suyo, que es el de su Espíritu, Él, que es el gran Celador y Abogado de las cosas de Dios, para que vivamos para Dios?

d) CIENCIA. — Por fin, con la gracia de Dios viene al alma otro Don: el de *Ciencia*. Este don hace que el alma conozca a Dios por sus criaturas. El Espíritu Santo ilumina por él la mente, en tal forma, que al contemplarnos a nosotros mismos y a la creación lo veamos todo bajo el punto de vista de Dios; como si la luz del Espíritu divino pasara por nuestra inteligencia y se proyectara sobre la obra admirable de Dios.

No es igual la ciencia que del mundo tienen un naturalista o un astrónomo, que la que tenía un san Francisco de Asís. Aquéllos no admiran en la creación sino la multiplicidad de formas, la sabiduría de las leyes, el misterio y el poder incontrastable de las fuerzas de la naturaleza, pudiendo, con todo, llegar a la misma negación de Dios. El Pobre de Asís, en cambio, no veía en la creación más que un reflejo de Dios, como una palabra, múltiple, sonora, amorosa con que las criaturas hablaban a Dios, una tendencia

(1) *Summ Theol.* 2, 2, q. 52, ad 1.

universal de todo ser y de todo movimiento al soberano y amorosísimo Señor de todas las cosas.

Por el Don de ciencia recibimos la facultad de juzgar rectamente de las cosas de Dios y de las del mundo con respecto a Él. Don especulativo y práctico a la vez, como dice el Angélico, nos enseña a discernir lo que debemos creer de lo que no debe ser objeto de nuestra fe; pero influye también en nuestros actos, en cuanto la ciencia de las cosas de la fe, y lo que con ellas se relaciona, da dirección a nuestra vida.

Es este Don la ciencia característica del pueblo cristiano, que se ha distinguido en todos los siglos, en comparación con los demás pueblos, por este instinto que le hace orientar en el sentido de las verdades divinas y en el de la forma de vida que estas verdades reclaman. En esta "ciencia del Señor", de que con tanto énfasis habla Isaías, en la gran visión de los tiempos mesiánicos: "Se llenó la tierra de la ciencia del Señor, con la plenitud de las aguas del mar" (1).

¿No es el pueblo cristiano, *populus acquisitionis*, incluyendo en él a la jerarquía, a la Iglesia docente, quien ha recibido el depósito de las verdades de Dios, y quien ha manifestado, ora en forma clamorosa, ora en un estado de conocimiento impreciso que con los siglos se ha ido aclarando, fijando, expansionando, una especie de instinto intelectual que ha venido a concretarse en una fórmula universalmente admitida o de un dogma que la autoridad ha impuesto?

Y esta ciencia del Señor que informa el pensamiento cristiano no es sólo de "especulación", sino de "operación", valiéndonos de las mismas palabras del Angélico (2). Es este

(1) Is. 11, 9.

(2) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 9, a. 3.

instinto sagaz del pueblo cristiano en orden a la práctica de la vida, y que llega a imponerse a la colectividad con la fuerza de un precepto. Es esta delicada conciencia católica, que es el timbre máspreciado de nuestra religión y una prueba irrefragable de su excelencia sobre todas. Es la ciencia de los santos, de que nos habla la Sabiduría: “El Señor llevó al justo por las rectas sendas, y le dió la ciencia de los santos” (1).

¡Qué fácil y placentero sería discurrir sobre esta sensibilidad del pueblo cristiano en aquilatar lo que es o no es de Dios, lo que es o no es de buena ley en el servicio de Dios! ¡Qué delicioso estudio el de las costumbres, poesía, sentencias populares, arte cristiano, en orden a la concreción del pensar y del vivir de nuestro pueblo, sobre todo en las épocas clásicas de la fe, a que le ha llevado lo que santo Tomás llama el “instinto del Espíritu Santo”!

¿Puede afirmarse que la Eucaristía ha sido siempre la fuente inagotable donde las generaciones cristianas han bebido las aguas purísimas de esta ciencia de Dios? ¿Es la Comunión eucarística, para cada uno de nosotros, la divina escuela donde conozcamos por las criaturas la ciencia de Dios y la ciencia, aún más difícil, de servir a Dios?

No puede desconocerse una verdad que es básica cuando se trata de los efectos, individuales o sociales, de la Santísima Eucaristía. Es ella la que perpetúa, en sus más altas funciones, la obra de Jesús; la que individualiza los efectos de la redención. Ella es, por lo mismo, la que hinche el pensamiento cristiano de la ciencia de Dios, como las aguas de un mar que se desborda: *Quasi aquæ maris operientes*. En la Eucaristía se adquiere la “ciencia de la salvación”, *sciencia salutis*, que veía el profeta Simeón derivar a la

(1) Is. 11, 9.

“plebe de Dios”, por la acción del Niño Redentor que en sus brazos sostenía. “Estáis llenos de toda ciencia”: “Sabemos que todos tenemos la ciencia”, decía con santo énfasis el Apóstol (1). Nunca puede esto decirse mejor que de aquellos que se nutren con frecuencia del Cuerpo del Hombre-Dios, quien, al prometer a los hombres este manjar divino, señalaba como uno de sus efectos el que serían los hombres adoctrinados por Dios: *Et erunt omnes docibiles Dei* (2).

El don de ciencia debe ser el más universal, el más diluido de todos los Dones del Espíritu Santo en el pueblo cristiano; porque si Dios debe ser la atmósfera de nuestra alma, no podemos prescindir en nuestra vida del contacto de las criaturas. Por esto dice el Angélico que al don de ciencia corresponde la beatitud de las lágrimas: “Bienaventurados los que lloran”; porque al ver la luz de Dios que ilumina las criaturas, vemos al propio tiempo la fuerza de sollicitación que tienen ellas para apartarnos de los senderos de Dios; y esto, que nos lo da a conocer el Don de Ciencia, lastima nuestra alma y la aflige. *Ingemiscimus gravati*, decía el Apóstol con dolor (3): Lloramos como agobiados por nuestro propio peso y por el de las criaturas; y necesitamos toda la ciencia del Señor, que está en nosotros y en ellas, para no inclinarnos, ni en nosotros ni en ellas, fuera de los caminos de Dios.

Y esta ciencia la recibimos en la Comunión eucarística. Ya no es sólo el Redentor que personaliza en nosotros este fruto de ciencia que trajo al mundo para los que de su redención participasen. Ni es solamente el Maestro “que enseña en la verdad el camino de Dios” (4), y que nos la re-

(1) ROM. 15, 14; I COR. 8, 1.

(2) IOH. 6, 45.

(3) 2 COR. 5, 4.

(4) MT. 22, 16.

cuerda por su sacramental presencia y por la acción meditativa que debe acompañar siempre a la buena Comunión. Es el Maestro interior, el divino Espíritu, que con la gracia de la Comunión nos viene, y reproduce, en el secreto de nuestro pensamiento, las mismas lecciones evangélicas que Jesús nos da. “Nos era necesario un Maestro interior, dice Bossuet, que hiciese en nosotros dos cosas: la primera, hacernos oír en el interior lo que exteriormente se nos había enseñado; y la segunda, recordárnoslo, y hacer que jamás se nos olvidara. Jesucristo y el Espíritu Santo no nos enseñan, con todo, dos cosas distintas: uno enseña por fuera, y otro por dentro: y cuando se dice que el Espíritu Santo enseña interiormente, es necesario saber que también Jesucristo enseña por dentro, porque Él es quien envía el Espíritu Santo y quien está lleno de él” (1).

Así por la Comunión prolonga e intensifica Jesús su magisterio. Al predicar su Evangelio en la Palestina, lo hizo en tal forma que arrancó de sus oyentes esta expresión: “Nunca hombre alguno habló como habla este hombre.” Tampoco habla nadie en nuestro interior como este Hombre-Dios. Habla por su Espíritu, y el Espíritu de Jesús tiene “el saber de la palabra” *Scientiam habet vocis*; de la palabra íntima, sugestiva, elocuentísima y eficazísima que nos enseña a armonizar nuestra vida con las exigencias de la vida de Dios, en medio de la baraúnda de las criaturas entre las que debemos vivir.

La Eucaristía es la que da a los apóstoles y predicadores esta ciencia, alta y llana al mismo tiempo, que les permite envolver el pensamiento de Dios en fórmulas acomodadas a la capacidad del pueblo; porque no es la misma la ciencia de los doctores que la de los misioneros.

En la Comunión es donde las almas grandes, a las que

(1) BOSSUET: *Méditations sur l'Évangile*, 95 jour.

destina Dios a ser instrumentos de las renovaciones sociales, de las restauraciones religiosas, de las grandes empresas de la caridad cristiana, aprenden la ciencia difícil de plantear entre la sociedad en que viven los problemas que afectan a los intereses de Dios, sin chocar con las humanas cosas, ni exponerlos al fracaso. Claridad y justeza, energía y prudencia, tenacidad suave y oportunista, conocimiento de los propios recursos y de los factores externos que deban conjugarse: esto es lo que da la Comunión a los que tienen en la sociedad cristiana grandes cosas que cumplir.

Y a los simples cristianos les hace ver a Dios en todas partes; y les da el criterio justo de sus deberes y derechos en la vida cotidiana; “saber del bien y del mal”, que para desgracia de sus hijos no supieron sacar Adán y Eva del fruto del árbol del Paraíso, y que nosotros podemos atesorar, copioso, comiendo este bendito fruto que se nos brinda en el Sacramento.

Vayamos a Jesús, comámosle, y abramos los ojos. Para ver la luz y los objetos por ella iluminados, basta que abramos la pupila y dejemos que los rayos de luz formen en nuestra retina, y la hagan presente a nuestra alma, la imagen del mundo que nos rodea. La luz no engaña a los ojos sanos. Y ¿qué es Jesucristo sino la luz de la verdad que viene a nosotros, que se oculta bajo una forma acomodada a nuestra naturaleza, para manifestarse tanto como puedan los ojos de nuestra alma soportarla?

“Venid, pues, ¡oh, verdad! gritaba Bossuet: en Vos misma sois mi vida; y acercándoos a mí sois mi camino. El mismo camino viene a ofrecérsenos, dice san Agustín; el mismo camino viene a nosotros. Ven, pues, a vivir de la verdad, alma racional e inteligente. ¡Qué luz en la doctrina de Jesús! Es tanto más hermosa cuanto que brilla en las

tinieblas. ¿De qué me servirá, dices, una luz que no hará sino descubrir mi fealdad y mi vergüenza? Retírate, oh luz: yo no puedo sufrirte. ¡Santa doctrina del Evangelio, verdad eterna, espejo demasiado fiel, me haces temblar! Mudémonos, pues, nosotros: nosotros no podemos cambiar la verdad: y ¿quién sería el desdichado que quisiese que la verdad no existiera? Nosotros mismos no existimos sino por un rayo de verdad que en nosotros está. Amemos, pues la verdad: amemos a Jesucristo, que es la verdad misma: transformémonos nosotros para serle semejantes. Pongámonos en estado de no odiar la verdad. Que nada haya falso en quien es discípulo de la verdad. Vivamos de la verdad: nutrémonos de ella. Para ello se nos ha dado la Eucaristía: en el Cuerpo de Jesús, en su santa Humanidad se halla el puro candel de los elegidos, la pura substancia de la verdad, el pan de la vida. Si Jesús es nuestro camino, no andemos por los caminos del siglo: entremos en el camino estrecho por donde Él anduvo. Sobre todo, seamos humildes y dulces. Lo que tiene de falso el hombre es el orgullo; porque en verdad es nada el hombre, y sólo Dios es. Conocer que Él sólo es la pura y sola verdad" (1).

CAPÍTULO VIII

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR

I. — Es signo de la caridad de Dios para con el hombre

SUMARIO

1. INTELIGENCIA Y VOLUNTAD: FE Y AMOR. — *Naturaleza del amor y tendencia amorosa. — El amor en Dios. — Doble amor en el hombre. — Amor racional. — Su fuerza.*

2. LA DIVINA CARIDAD. — *Naturaleza de la caridad. — La caridad en la vida cristiana. — El Pan de la caridad.*

3. LA GRAN DÁDIVA DE LA CARIDAD DE DIOS. — *La caridad es dadivosa. — La Eucaristía, don máximo de la caridad de Dios. — Razonamiento del Angélico: Ad omnimodam unionem.*

4. AMPLITUD DE LA DÁDIVA. — *La Hostia, síntesis de todo Dios y de todos los dones de Dios.*

5. EL PODER DE DIOS TRIBUTARIO DE SU CARIDAD DADIVOSA. — *Trastorno de las leyes biológicas en la Eucaristía. — La intimidad por la humildad. — La multilocalización. — Un mismo Pan para todos.*

6. “LA CARIDAD ES BENIGNA...” (1 Cor. 13, 4). — *Triunfo del amor de Dios sobre su gloria. — Ocúltase en la Eucaristía la grandeza divina y humana de Cristo.*

7. UNIVERSALIDAD DE LA DÁDIVA. — *La Eucaristía, Pan de todos y de siempre.*

8. SUPREMA ASPIRACIÓN DE LA CARIDAD DE DIOS. — “*El amor traza un círculo.*” — ¿Hay en el amor de Dios este movimiento circular? — *Aspiración del amor de Dios en la Eucaristía.* — *El sermón de la Cena “Que todos sean uno...”*

O. Sacramentum pietatis!

Oh, Sacramento de la piedad!

(S. Aug. *Tract. in Ioh.*, 26, n. 13)

1) INTELIGENCIA Y VOLUNTAD: FE Y AMOR. — La inteligencia es la facultad específica del hombre. Se nutre de la verdad, luz de la vida. “Ojo del alma”, como la llama san Agustín, es la que señala el rumbo a la actividad del ser humano, para que no yerre el camino que debe llevarle a sus destinos. Ella es la que, como atalaya altísima, permite a nuestro espíritu escudriñar todo horizonte de verdad, de Dios, del mundo, de nosotros mismos, dilatando, con las conquistas de la verdad, el mismo campo donde se mueve la vida del hombre.

Tan alta como su dignidad fué profunda la miseria de nuestra inteligencia al salir, por el primer pecado de la atmósfera sobrenatural en que Dios la colocara, y en que la consintió viviera de su misma divina verdad. De aquí la ceguera del humano pensamiento, principalmente en orden a los problemas fundamentales de nuestra vida y destinos. Con razón ha notado Bossuet que los pueblos más grandes han sido los más desdichados en lo que atañe al conocimiento de las verdades religiosas, es decir, divinas: el sol de la inteligencia no les alumbró.

Jesucristo, Luz de Luz, porque es el pensamiento de Dios, Verdad esencial, "Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo", Hombre-Luz, al sobrenaturalizar la vida del hombre, con ella la de su inteligencia, trajo al mundo, para manjar y sostén de la misma, la verdad de Dios. Los que le oyeron pudieron decirle: "Tú enseñas el camino de Dios en la verdad" (1). Esta verdad es la fe; verdad "velada" en cuanto nuestra inteligencia ni pudo hallarla ni puede verla en esta vida; verdad "revelada", en cuanto el Hijo de Dios nos manifestó la fórmula que la contiene. Luz bendita la de la fe, de la que se nutre la inteligencia sobrenaturalizada; divino faro que le señala al pensamiento del hombre las playas venturosas donde está Dios y donde podrá la inteligencia verle "tal cual es". La fe, que es lo más radical de la vida divina en el hombre, es regla de su vida: siguiéndola, se amoldará al pensamiento de Dios; su vida será "santa en la verdad": *Sanctifica eos in veritate* (2); y Dios le admitirá un día a la visión deiforme de su gloria.

No sólo nos dió Jesucristo la palabra de la verdad y la vida sobrenatural de la inteligencia: nos dió un Pan de vida intelectual sobrenatural: *Panis vitæ et intellectus*. Es la Eucaristía. Por ella nos vienen los dones riquísimos de la fe: ella nos facilita el ejercicio de la fe: ella es la que nos da la luz práctica de la fe: porque no basta la especulación en las cosas divinas, sino que es necesario "vivir" la verdad que se cree.

Pero el hombre no es sólo inteligencia: sobre una facultad del hombre, por encumbrada que sea, dice santo Tomás, está su naturaleza: y es ley universal de toda naturaleza

(1) Lc. 20, 21.

(2) 1oH. 17, 17.

estar sometida a una tendencia, a un fin que la solicita con fuerza incoercible, y que no es otra cosa que "su bien". El mismo Dios no se substraе a esta ley; o, por mejor decir, toda criatura participa de esta ley de la tendencia que es condición esencial e íntima de la misma vida de Dios. "Es cosa común a toda naturaleza, dice el Angélico, tener alguna inclinación, que es el apetito natural o amor: y esta inclinación es diversa según la diversidad de naturaleza, cada una según su manera. Por donde, en la naturaleza intelectual se halla esta inclinación según la voluntad; en la naturaleza sensitiva, según el apetito sensitivo; y en la naturaleza desprovista de todo conocimiento, según el solo orden de la naturaleza hacia algún objetivo (1).

Dios, que no puede tender a un fin que no sea Él mismo, tiene una inclinación, de fuerza infinita, a Sí propio; inclinación rectísima, es decir, santísima, en el objeto y en la manera de la tendencia. En el objeto, porque es el Bien Sumo, "motivo" esencial e infinito de la voluntad de Dios; en la manera, porque Dios santísimo es para Sí su propia "regla". Esta tendencia inefable de Dios a Sí mismo es el Amor substancial de Dios; y este amor, personal e infinito como Dios mismo, es el Espíritu Santo.

Fuera de Dios no hay amor alguno substancial; pero la ley del amor es tan universal como la misma creación. Toda criatura tiene su amor, desde el ángel, naturaleza intelectual, que ama a Dios con amor de voluntad, hasta la simple materia, que tiene su gravitación, peso o tendencia, a la que llama gráficamente el Angélico el "amor natural" del cuerpo grave (2); como el amor racional del hombre es llamado por san Agustín el "peso de la vida": *Pondus meum*.

Por lo que atañe al hombre, ser dotado de razón y de

(1) *Summ. Theol.* I, q. 60, a. 1.

(2) *Ibid.* I, 2 q. 26, a. 2.

estar sometida a una tendencia, a un fin que la solicita con fuerza incoercible, y que no es otra cosa que "su bien". El mismo Dios no se substraer a esta ley; o, por mejor decir, toda criatura participa de esta ley de la tendencia que es condición esencial e íntima de la misma vida de Dios. "Es cosa común a toda naturaleza, dice el Angélico, tener alguna inclinación, que es el apetito natural o amor: y esta inclinación es diversa según la diversidad de naturaleza, cada una según su manera. Por donde, en la naturaleza intelectual se halla esta inclinación según la voluntad; en la naturaleza sensitiva, según el apetito sensitivo; y en la naturaleza desprovista de todo conocimiento, según el solo orden de la naturaleza hacia algún objetivo (1).

Dios, que no puede tender a un fin que no sea Él mismo, tiene una inclinación, de fuerza infinita, a Sí propio; inclinación rectísima, es decir, santísima, en el objeto y en la manera de la tendencia. En el objeto, porque es el Bien Sumo, "motivo" esencial e infinito de la voluntad de Dios; en la manera, porque Dios santísimo es para Sí su propia "regla". Esta tendencia inefable de Dios a Sí mismo es el Amor substancial de Dios; y este amor, personal e infinito como Dios mismo, es el Espíritu Santo.

Fuera de Dios no hay amor alguno substancial; pero la ley del amor es tan universal como la misma creación. Toda criatura tiene su amor, desde el ángel, naturaleza intelectual, que ama a Dios con amor de voluntad, hasta la simple materia, que tiene su gravitación, peso o tendencia, a la que llama gráficamente el Angélico el "amor natural" del cuerpo grave (2); como el amor racional del hombre es llamado por san Agustín el "peso de la vida": *Pondus meum*.

Por lo que atañe al hombre, ser dotado de razón y de

(1) *Summ. Theol.* I, q. 60, a. 1.

(2) *Ibid.* I, 2 q. 26, a. 2.

sentido, hay en él dos amores: el racional y el sensible; el que sigue a la inteligencia y el que corre tras el bien que el sentido le ofrece; el que arranca de la voluntad y el de pasión. Profundamente trabados como están estos elementos de la vida del hombre, el racional y el sensible, hasta el punto de que sea casi imposible señalar, en el hecho de la vida, la divisoria que los separa, es compleja la cuestión del amor humano.

Dejemos para su lugar el estudio de amor pasión, y fijémonos aquí solamente en el amor racional o de voluntad.

¡Grandeza incomparable la de nuestro amor! "Todas las riquezas son nada en comparación del amor" (1). Él es quien da su valor a la vida: ésta, sin él, no vale el ser vivida. Sólo entre la vida y el amor se establece una ecuación: "No hay amor más grande que el que sabe dar la vida por sus amigos" (2). El amor es una fuerza tremenda: "Lo vence todo", decían los antiguos: *Omnia vincit amor*. Tan grande es el amor humano, que Dios no quiere del hombre más que el amor: el vaso del amor es el corazón, y Dios nos lo pide: "Hijo mío, dame tu corazón" (3). Más aún: "El hombre, dice Bossuet, no puede corresponder a Dios más que con el don de su amor" (4). Tan grande es la fuerza del amor, que Dios, al regular nuestra vida de seres libres, no quiso regular más que el amor: "Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo." El orden del amor es el orden de la vida: la Esposa es amada de Dios por la rectitud de su amor: "Ordenó en mí el amor" (5).

(1) CANT. 8, 7.

(2) IOH. 15, 13.

(3) PROV. 23, 26.

(4) BOSSUET: *Discours sur l'union de Jésus-Christ avec son épouse*.

(5) CANT. 2, 4.

2. LA DIVINA CARIDAD. — Es el amor sobrenaturalizado. Cuando Dios crió al hombre dióle una participación de su propio amor. “Dios es caridad” (1): y como le plugo dar al hombre una participación de su inteligencia y una chispa de su verdad divina, así le hizo partícipe de su vida de amor. Por esto fué Adán justo y santo: “Lo creó Dios en justicia y santidad de verdad”(2). La infracción del precepto divino, como mató en Adán la vida divina de la inteligencia, así rompió la atadura de su voluntad con Dios en el orden sobrenatural.

Jesucristo, restaurador de la vida sobrenatural de la humana inteligencia por la fe, es asimismo el restaurador de la vida sobrenatural de amor por la caridad.

Y ¿qué es la caridad? Es una virtud sobrenatural, consiguiente a la infusión de la vida divina en el hombre, que nos constituye en una verdadera relación de amistad con Dios. Por la gracia santificante vivimos la vida de Dios: por la caridad, dice el Angélico, Dios viene a nosotros y nosotros entramos en Dios. Participación de la misma caridad de Dios, es el nexo profundo que ata nuestra voluntad sobrenaturalizada al Sumo Bien y a toda criatura racional que participa o puede participar de la vida de Dios mismo. Es como la extensión de este Amor substancial, amabilísimo lazo que une entre sí las personas divinas, *Nexus amabilis*, a la voluntad de la criatura racional a quien Dios quiere conceder el don riquísimo de su amor. Y como la gracia es una sublimación de la naturaleza, y la vida cristiana no invierte los valores de la vida humana, sino que los consagra en el plano superior de la vida divina, siendo el amor racional el rey de la actividad humana en el orden natural y el que informa y dirige a un fin toda la vida, así la caridad es

(1) I IOH. 4, 8.

(2) ЕРН. 4, 24.

la reina de toda la vida sobrenatural, a la que consigo arrastra en su tendencia a Dios y en su unión con Él.

Está la divina caridad, tanto como la fe, y en un orden de mayor unión con Dios, en la base, y en el centro y en la cúspide de la vida cristiana. Deriva ésta, como de su fuente, “de un exceso de caridad de Dios con que nos amó y convivificó en Cristo” (1): su esencia es la caridad: “Quién no ama, no vive” (2): es la misma “caridad de Dios que se compenetra en nuestras almas”(3). Toda la fuerza de la vida cristiana arranca, como de su raíz, de la santísima caridad: *In caritate radicati* (4). Sin la caridad, es nada la vida cristiana, es decir, no hay vida cristiana: “Aunque hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque fuese profeta y sabio profundo, soy nada sin la caridad”, decía el Apóstol (5).

Tal es la ley, elemental y profunda, de la vida cristiana, como lo es de la vida natural: *Amar*.

Toda vida tiene su alimento normal, del que se nutre. Dios se nutre y se sacia de la visión y del amor de su propia esencia. El espíritu sobrenaturalizado del hombre se nutre, en esta vida, de la fe y de la caridad: la fe, que es el pan de la inteligencia; la caridad, que es el pábulo de la voluntad. La Eucaristía, como es alimento de la fe, es asimismo el *Pan de la caridad*: “Pan de Dios que bajó del cielo para dar la vida al mundo; y el mundo no vive de Dios sino por la caridad.

No nos movamos de este punto cardinal, a cuyo rededor se desarrolla toda la economía de la Eucaristía. Es Pan de la caridad porque lo amasó Dios en lo más alto del cielo

(1) EPH. 2, 2.

(2) IOH. 2, 14.

(3) ROM. 5, 5.

(4) EPH. 3, 17.

(5) 1 COR. 13, 1-3.

y en las profundidades divinas de su piedad. Es pan de la caridad porque, bajado del cielo, nutre la vida de amor de los hijos de Dios que moran en la tierra.

¡Pan de Dios *que bajó del cielo* y que *da la vida al mundo*! El genio de santo Tomás ha condensado en una fórmula clásica este pensamiento de Cristo: "La Eucaristía, dice el Angélico, es un sacramento que expresa la caridad de Cristo y que produce en nosotros la caridad: *Sacramentum quasi figurativum caritatis Christi, et caritatis nostræ factivum* (1). Y san Agustín, en el sublime epifonema que encabeza estos tres capítulos sobre LA EUCARISTÍA Y EL AMOR, y que les servirá de base, añade el concepto de unidad que resulta de esta mutua comunicación de la caridad: ¡Oh, sacramento de la piedad; Oh, vínculo de la caridad; Oh, signo de la unidad!

Y, realmente, la Eucaristía es:

- I. El gran signo de la caridad de Dios para con nosotros.
- II. El pan de la caridad del hombre para con Dios.
- III. El sello de la unidad de caridad en que se juntan el cielo y la tierra.

3. LA GRAN DÁDIVA DE LA CARIDAD DE DIOS. — El amor sobrenatural es uno: es la caridad; y la caridad es Dios o una participación de Dios (2). El reino de la caridad es universal: se sienta la caridad en el mismo trono de Dios, porque es Dios mismo, y de allí irradia y se comunica a todo espíritu creado. La caridad es el lazo que une a todo espíritu que vive de Dios: es el aglutinante divino que hace de

(1) *Summ. Theol.* 3, q. 86, 3.

(2) *Ibid.* 2, 2, q. 23, 2, ad 1.

los ángeles, de los bienaventurados y de los justos un solo pueblo: es el pueblo de los hijos de Dios (1).

La caridad, como todo amor, es dadivosa. Es el amor la gravitación del amante al amado: y esta fuerza secreta hace que el amor se traduzca en don o dádiva. Esta es como el símbolo y la cristalización externa del amor. Y cuando el amor ha llegado a su grado máximo, la dádiva es el mismo amante que se entrega al amado. Dios, que se ama infinitamente, es Don altísimo de Sí mismo: amándonos a nosotros, se nos dió personalmente para nuestra redención: "De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito" (2). El mártir se da a Dios: el martirio es el símbolo más expresivo del amor del hombre a Dios.

Tal es el reino de la divina caridad, y tal es su ley, desde el momento en que quiso Dios fundarlo no en la obligación unilateral del hombre que en virtud de su tendencia natural buscase a Dios, sino en el hecho inaudito de que empezara el mismo Dios por entregarse al hombre. Es reino universal, que abarca los cielos y la tierra; reino de amor mutuo, regulado por este flujo de riquísimos dones que bajan del cielo a la tierra y por el reflujo de otros más mezquinos que de la tierra suben a Dios.

La Eucaristía es el don máximo de la caridad de Dios para con los hombres, porque es la entrega de Dios a nosotros "hasta unírseles completamente", en frase del Angélico: *Ad omnimodam unionem*.

"Al Bien Sumo le corresponde la suma liberalidad, dice santo Tomás; y la Eucaristía es el gran signo de la liberalidad de Dios, porque no tiene mayor don que darnos" (3).

(1) *Summ. Theol.* a. 5.

(2) *IOH.* 3, 16.

(3) *Opusc.* 51, c. 5.

Sigamos el razonamiento del Angélico. Un día creó Dios los cielos y la tierra, y de ellos hizo entrega a los hombres: "Dios hizo que el sol y la luna y los astros del cielo sirvieran a todos los hombres" (1). Más nobles que el mundo visible son las substancias angélicas; y nos las dió Dios para nuestro servicio: "Todos son ministros espirituales que Dios envía como auxiliares del hombre" (2). Sobre todo el mundo está Dios: y Dios se nos da a Sí mismo, como compañero de nuestra peregrinación: "Él mismo se dignó señalarmos los caminos de la vida, y se le vió en la tierra y convivió con los hombres" (3). Óptimo compañero, dice el Angélico, que confortó a sus cansados compañeros de viaje con óptimas palabras, librólos de los peligros, curó los enfermos y los resucitó muertos. Se nos dió a Sí mismo como siervo que acude a nuestras necesidades: "Se anonadó, tomando la forma de siervo": "El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir": "Yo estoy en medio de vosotros para servirlos" (4).

Así se iba acercando Dios a la humanidad, gravitando hacia ella con el peso de su amor inmenso. Pero éste no se ha saciado aún; y se nos da en precio de nuestra redención; "Porque nos amó, se entregó a Sí mismo a nosotros en oblación a Dios" (5). Éste es, para el hombre, el mayor límite concebible del amor dadivoso. Pero hay aún más amor y mayor don en el pensamiento de Dios: "Hay todavía alguna separación entre el que muere y el rescatado por la muerte", dice el Angélico: y Dios salva esta distancia: el peso inmenso de su amor le solicita hasta aglutinarse con el hombre, y se da Él en la Eucaristía *ad omnimodam unio-*

(1) DEUT. 4, 19.

(2) HEBR. I, 14.

(3) BAR. 3, 37-38.

(4) PHIL. 2, 7; MT. 20, 28; Lc. 22, 27.

(5) EPH. 5, 2.

nem, para unirse a nosotros de una manera perfecta y total, como se une el alimento al que de él se nutre.

Ésta es la gran dádiva de Dios. No se satisface con hacernos dueños de una creación espléndida: *Dominamini, subjicite*. Ni le basta ser compañero, amigo, siervo y hostia de su amado; sino que Él, “el Criador y Vivificador de todo espíritu, por una admirable dignación de su amor, se junta al alma pobrecilla del hombre, y con toda su divinidad y humanidad sacia su hambre”(1).

¡Caridad insondable e incomprensible la de nuestro Dios! Parece que no puede haber no ya contacto, sino aproximación entre Dios y su criatura. Hay entre ambos distancia infinita en el ser, en los pensamientos, en las preocupaciones, en la “visión” de las cosas. La amistad supone cierta igualdad. La unión íntima que por la Eucaristía se realiza representa una asimilación total entre Dios y el hombre.

El amor hace salir de sí al amante, dice el Angélico: la caridad de Dios le hace salir de Sí con todo el peso con que la criatura puede solicitar el amor de Dios, y le lleva a juntarse, a unirse físicamente con su amado el hombre. La madre besa al hijo con efusión: es el contacto de la carne con la carne; por él se juntan los espíritus en la forma que les es dable: si la madre pudiese, “se comería a su hijo”, dice Bossuet, comentando una frase vulgar: así se realizaría la fusión de los espíritus en la íntima unión de los cuerpos. Dios no puede comer a su criatura: pero ha realizado el estupendo prodigio de que la criatura coma a su Dios. Así se ha verificado la suprema aspiración de la caridad de Dios: juntarse al hombre *ad omnimodam unionem*.

(1) *De imit. Christi*, Lib. 2, cap. 3.

4. **AMPLITUD DE LA DÁDIVA.** — La grandeza de la caridad de Dios en la Eucaristía se calcula no sólo por el esfuerzo realizado por el amante en anular la distancia que le separa del amado, sino por la amplitud y generosidad del don.

En la Eucaristía Dios nada se reserva. Es toda la caridad de todo un Dios, hecho hombre por caridad al hombre. Es la fuerza de Dios que, no satisfecho con salvar la inmensa distancia que le separa del hombre, concentra en un foco casi imperceptible, como sólo Dios pudo hacerlo, todo lo que Dios podía darnos, y lo pone en nuestras manos, y lo introduce en nuestros pechos miserables.

“Cuanto es más diestro un escultor, dice el Angélico, tanto más sutiles y delicadas son las imágenes que labra: es la Eucaristía la demostración de la grandeza de la sabiduría del Espíritu Santo que supo encerrar tan grandes cosas en una pequeña apariencia de pan” (1). La Hostia Santa es la síntesis divina de todo Dios y de todos los dones de Dios. Es la divina miniatura que contiene la infinita realidad del mismo Dios. Ante ella podemos decir con toda el alma: *Deus meus et omnia*: “Dios mío y todas las cosas”, porque nada puede darnos Dios que en algún modo no se encierre en este Sacramento.

“Dios ha reunido sus dones precedentes: la naturaleza y el mundo, su palabra y su gracia, su perdón y su sacrificio, y a Sí mismo. Ha casi concentrado todos sus estados: el estado de su divinidad; es decir, todas sus perfecciones adorables y sus eternas procesiones: los estados de su humanidad, su infancia, su vida oculta, su vida pública, sus misterios, sus milagros, su doctrina, sus sufrimientos, su muerte, su resurrección, su ascensión, su vida celeste: todas sus plegarias, todas sus acciones, todas sus virtudes, todos

(1) D. THOM. *pusc.* 51, cap. 13.

sus méritos; todo, absolutamente todo. Y de todo esto ¿qué ha hecho? Un Sacramento; es decir, una realidad única, substancial, viva, divina, oculta bajo una forma que nos es familiar. Una cosa que, en su esencia, no tiene otra proporción que Dios y que, en su apariencia, puede ser abarcada de una mirada, contenida en nuestras manos, tocada por nuestros labios. ¡Un Sacramento! Y no un sacramento como el Bautismo o la Penitencia, que no tienen más duración que la del acto que les da el ser; sino un Sacramento estable, permanente, en señal no sólo de la inmutable fijeza del amor que le inventa, sino de la perpetuidad, en nosotros, de las necesidades a que responde" (1).

5. EL PODER DE DIOS, TRIBUTARIO DE SU CARIDAD DADIVOSA. — Dios ha salvado en la Eucaristía la distancia que de Él nos separa y nos lo ha dado todo. Pero estas maravillas del amor no se realizan sin las maravillas del poder. Es éste una fuerza que se suma siempre a la fuerza del amor. Dios debía poner los inmensos recursos de su poder al servicio de su caridad inmensa. Así lo ha hecho Dios en las grandes obras de su amor. Habacuc saludaba, atónito, la maravilla del Verbo encarnado como la obra clásica del poder de Dios: "Señor, decía, ésta es tu obra": *Domine, opus tuum* (2). La Virgen canta el *Fecit mihi magna qui potens est*, "hízome grande el que es poderoso", reconociendo en las dádivas del amor el concurso extraordinario del poder de Dios. Para dar a sus hijos el alimento espiritual de la Eucaristía, Dios ha hecho de ella, como del maná, no sólo una maravilla, sino el compendio de las más admirables obras de su poder: "El Señor misericordioso y

(1) Mgr. GAY: *Fragments eucharist.*, II.

(2) HAB. 3, 2.

4. **AMPLITUD DE LA DÁDIVA.** — La grandeza de la caridad de Dios en la Eucaristía se calcula no sólo por el esfuerzo realizado por el amante en anular la distancia que le separa del amado, sino por la amplitud y generosidad del don.

En la Eucaristía Dios nada se reserva. Es toda la caridad de todo un Dios, hecho hombre por caridad al hombre. Es la fuerza de Dios que, no satisfecho con salvar la inmensa distancia que le separa del hombre, concentra en un foco casi imperceptible, como sólo Dios pudo hacerlo, todo lo que Dios podía darnos, y lo pone en nuestras manos, y lo introduce en nuestros pechos miserables.

“Cuanto es más diestro un escultor, dice el Angélico, tanto más sutiles y delicadas son las imágenes que labra: es la Eucaristía la demostración de la grandeza de la sabiduría del Espíritu Santo que supo encerrar tan grandes cosas en una pequeña apariencia de pan” (1). La Hostia Santa es la síntesis divina de todo Dios y de todos los dones de Dios. Es la divina miniatura que contiene la infinita realidad del mismo Dios. Ante ella podemos decir con toda el alma: *Deus meus et omnia*: “Dios mío y todas las cosas”, porque nada puede darnos Dios que en algún modo no se encierre en este Sacramento.

“Dios ha reunido sus dones precedentes: la naturaleza y el mundo, su palabra y su gracia, su perdón y su sacrificio, y a Sí mismo. Ha casi concentrado todos sus estados: el estado de su divinidad; es decir, todas sus perfecciones adorables y sus eternas procesiones: los estados de su humanidad, su infancia, su vida oculta, su vida pública, sus misterios, sus milagros, su doctrina, sus sufrimientos, su muerte, su resurrección, su ascensión, su vida celeste: todas sus plegarias, todas sus acciones, todas sus virtudes, todos

(1) D. THOM. *pusc.* 51, cap. 13.

sus méritos; todo, absolutamente todo. Y de todo esto ¿qué ha hecho? Un Sacramento; es decir, una realidad única, substancial, viva, divina, oculta bajo una forma que nos es familiar. Una cosa que, en su esencia, no tiene otra proporción que Dios y que, en su apariencia, puede ser abarcada de una mirada, contenida en nuestras manos, tocada por nuestros labios. ¡Un Sacramento! Y no un sacramento como el Bautismo o la Penitencia, que no tienen más duración que la del acto que les da el ser; sino un Sacramento estable, permanente, en señal no sólo de la inmutable fijeza del amor que le inventa, sino de la perpetuidad, en nosotros, de las necesidades a que responde" (1).

5. EL PODER DE DIOS, TRIBUTARIO DE SU CARIDAD DADIVOSA. — Dios ha salvado en la Eucaristía la distancia que de Él nos separa y nos lo ha dado todo. Pero estas maravillas del amor no se realizan sin las maravillas del poder. Es éste una fuerza que se suma siempre a la fuerza del amor. Dios debía poner los inmensos recursos de su poder al servicio de su caridad inmensa. Así lo ha hecho Dios en las grandes obras de su amor. Habacuc saludaba, atónito, la maravilla del Verbo encarnado como la obra clásica del poder de Dios: "Señor, decía, ésta es tu obra": *Domine, opus tuum* (2). La Virgen canta el *Fecit mihi magna qui potens est*, "hízome grande el que es poderoso", reconociendo en las dádivas del amor el concurso extraordinario del poder de Dios. Para dar a sus hijos el alimento espiritual de la Eucaristía, Dios ha hecho de ella, como del maná, no sólo una maravilla, sino el compendio de las más admirables obras de su poder: "El Señor misericordioso y

(1) Mgr. GAY: *Fragments eucharist.*, II.

(2) HAB. 3, 2.

compasivo ha hecho un memorial de sus maravillas : ha dado un manjar a los que le temen" (1).

Enumeremos algunas de estas maravillas.

Dios ha hecho que las sustancias vivas, en su origen y desarrollo, se sujeten a complicadas leyes biológicas. La materia orgánica no se transforma en materia viva sino a fuerza de un principio vital que la somete a una acción misteriosa y lenta. En la Eucaristía, el poder de Dios prescinde de las leyes de la vida ; y la sustancia del pan, instantáneamente, por la sola fuerza de unas palabras, se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, vivo ; y no sólo vivo, sino glorioso. Una palabra de Dios cambia una sustancia inerte de la tierra en la sustancia material y viva más encumbrada de los cielos.

Gústale las intimidades al amor. Y ¿qué intimidad pudiese haber entre el hombre, flaco y paupérrimo, y Cristo, glorioso y tremendo, si apareciese con la majestad con que se sienta a la diestra del Padre ? Se mudará, pues, la sustancia del pan en la del Cuerpo de Cristo : pero el poder del Hijo de Dios sólo se manifestará allí para sostener los pobres accidentes del pan, sin su sustancia propia, contra todas las leyes de la naturaleza. La caridad de Dios y su don máximo allí estarán, tras la veladura de los accidentes ; y el hombre sentirá la fruición de la presencia de Dios, sin el espanto que hacía exclamar a los israelitas que veían la majestad de Dios desplegarse en la

(1) Ps. 110 4-5. — El maná, figura de la Eucaristía, del que literalmente debe interpretarse este versículo, no sólo fué una obra milagrosa de Dios en su realización histórica, sino que, guardado en un vaso dentro del Arca santa (Exod. 16, 33 ; Hebr. 9, 4), fué memorial perpetuo de los prodigios obrados por Dios en favor de su pueblo. Lo mismo puede decirse de la Eucaristía.

cumbre del Sinaí: "No queremos oír jamás la voz de nuestro Dios y Señor, ni ver este vivísimo resplandor, no sea que muramos" (1).

La multilocación de un cuerpo, ya lo hemos dicho, es un gran milagro: un cuerpo sólo puede estar en un lugar. Pero el Cuerpo de Cristo, si no está en todas partes, porque la ubicuidad y la inmensidad son atributos exclusivos de Dios, se halla dondequiera le llame el sacerdote, dondequiera se lleve el Sacramento. Es que el amor que nutre reclama un poder que lleve el bocado divino donde haya un alma hambrienta. "La caridad es madre", dice san Agustín: *Caritas mater est* (2): ¿Cómo el Dios de la caridad hubiese podido dar su carne a sus hijos, que lo son todos los hombres, de todos los siglos, sin este milagro estupendo de la multiplicación de la presencia de su Cuerpo único?

Más aún: el Pan de la vida debe ser el mismo para todos: ¿no tenemos un mismo Dios, una misma fe, una sola Redención? Partamos este pan divino: comámoslo: y cuando lo hayamos roto en nuestras manos, el cuerpo de Cristo quedará íntegro en cada fragmento; y cuando lo hayamos comido, el Cuerpo de Cristo, entero, habrá entrado en mi pecho y en el de millones de hermanos míos, el mismo para todos. Y aún quedará íntegro para saciar las generaciones de los siglos venideros:

*Sumit unus, sumunt mille,
Tantum isti quantum ille;
Nec sumptus consumitur* (3).

(1) DEUT. 18, 16.

(2) S. AUG. *In Epist. Ioh.*, Tract. 2, n. 4.

(3) Miss. in fest. Corp. Chr. *Seq.*

Es lo que llama el Angélico la “inconsuntibilidad del Cuerpo del Señor. Se le come, pero no se le disminuye: *Dum manducatur, non minuitur* (1).

La Eucaristía es un compendio de maravillas; pero es al propio tiempo un memorial de las más altas obras del amor de Dios. En ella se renueva en cierta manera el hecho de la creación por un “fiat” de la omnipotencia divina; se reproduce la obra incomprensible de la Encarnación; reaparece Cristo vivo sobre la tierra; se repite el gran acto del sacrificio del Hijo de Dios por el que la humanidad fué redimida. Y como si no fueran bastantes las maravillas del Sacramento y las que en él se renuevan, la Eucaristía es un gaje de aquella comunión inefable en la que todos los hijos de Dios, sumergidos en el océano de la caridad divina, se saciarán en la visión clara y en el amor ardiente del Dios que se oculta en el Sacramento: *Pignus æternæ gloriæ*.

6. “LA CARIDAD ES BENIGNA...” (1 Cor. 13, 4). — La caridad de Dios, para dárseos totalmente, ha triunfado de la distancia y de su propio poder. Añadamos que ha triunfado de su gloria, dándosenos en la forma más benigna y humilde que imaginarse pueda. Dios es celoso de su gloria: no quiere compartirla con otro: “No cederé a otro mi gloria” (2): es el *Summum Magnum* que, como en frase enérgica dice Tertuliano, “por carecer de émulos, se cierne en cierta soledad que le da su singular transcendencia sobre todo ser” (3): soledad augusta en que la gloria de Dios brilla tan profunda y tan inmensa como Dios mismo.

En la Eucaristía esta gloria cede a los dulces requeri-

(1) D. THOM. *Opusc.* 51, cap. 14.

(2) Is. 48, 11.

(3) TERTULL. *Adv. Marcion*, 1, 1, n. 4.

mientos del amor. Ya no aparece como el Ser trascendente y único: se ha multiplicado su presencia y se ha puesto en la categoría de una simple apariencia de pan. La armonía inenarrable de los mundos es la pobre voz que canta su gloria: y Él en la Eucaristía ya no aparece como "Señor de toda fuerza": *Dominator virtutis* (1); se ha escondido en esta pobre tierra, bajo una pobre forma, sin brillo, sin poder, sin majestad.

El Apóstol le decía a Tito, indicándole la excelsa figura de Cristo que, situado entre ambos Testamentos, es el punto de partida de la humana restauración: "Apareció la benignidad y la filantropía de nuestro Dios Salvador" (2). ¡Benignidad y filantropía incomprensibles las de un Dios Omnipotente y Altísimo, que "mira a la tierra y la hace retremblar"; y que, no obstante, viene a la tierra *in similitudinem carnis peccati*, hecho en todo semejante al hombre, niño, adolescente, obrero, predicador de las multitudes, varón de dolores.

Pero esta benignidad de Dios no anulaba toda su majestad. Al Niño de Belén le cantaban los ángeles del cielo y le servían los astros: el Tabor se iluminó con los resplandores de su gloria: cuando moría, desfalleció el sol, y los sepulcros sintieron en sus entrañas estremecerse la vida, y la tierra tembló. La misma belleza de Cristo en carne mortal debió avasallar los ojos y los espíritus. A través de la santa Humanidad del Verbo, dice Gay, en la luminosa mirada de Jesús, en la serena placidez de su frente, en la inefable hermosura de su rostro, en la armonía de su palabra, en la trascendente perfección de su incomparable carácter, en esta virtud indefinible que de Él irradia, en la

(1) SAP. 12, 18.

(2) TIT. 3, 4.

majestad de su fuerza, en la imperturbabilidad de su paz, en la portentosa inmensidad de su dolor, en la soberana libertad de su muerte, ¿quién no percibe la divinidad que en el interior irradia?

Ni esta grandeza humana, signo de la divinidad que Él moraba, consiente Dios que aparezca en el Sacramento. Aquella gloria humana que había fascinado a las multitudes de la Palestina desaparece aquí: la benignidad de la caridad de Dios ha apagado todo resplandor de su presencia, la gloria divina y la gloria humana. La estrella de los Magos, los fulgores del Tabor, la imponente nobleza del predicador y taumaturgo, no están en el Sacramento: como no aparece la gloria inmortal del Rey de los siglos a quien adoran actualmente miríadas de espíritus en el cielo. Lo que de Él se ve allá; lo que de Él se vió en la tierra; todo lo ha anonadado su amor en la Eucaristía.

7. UNIVERSALIDAD DE LA DÁDIVA. — El peso de la caridad le ha llevado aún a Dios a mayores profundidades. Ha querido ser el alimento “normal” de la vida divina de “todos” los hombres.

Es el hombre nobilísima criatura, considerado en su naturaleza: “En su frente reverbera la luz del rostro de Dios”: de su corazón ha dicho san Gregorio Nacianceno que “es un mundo mayor que el mezquino mundo de la creación” (1). Esto fué el día en que salió el hombre de las manos de Dios, santo, rectísimo e inmortal. Pero hoy, después de la gran ruina, ¡Dios mío, qué miseria la del hombre! Espíritus mezquinos, corazones estrechos, pasiones desenfrenadas, caracteres endebles o extraños, raquíticas y torcidas inteligencias: éste es el patrimonio de todos los hombres, hasta de los grandes hombres. Indiferencia, hipo-

(1) Ps. 4, 7; S. GREG. NAZ. *Orat.* 38, n. 17.

crecía, pecados, dureza de entrañas, sacrilegios: éstas son las miserias de los hijos de Dios, hasta de aquellos que se nutren de la carne y de la sangre de su Hijo.

Niños, mujeres, artesanos, multitudes de pobre pensamiento, de imaginación embotada, de callosos sentidos. Todos éstos, es decir, toda la humanidad, con el séquito de sus miserias, son los que se sientan a la mesa de Dios y pretenden saciarse del Sacramento de su caridad misericordiosa. ¿Lo querrá Dios? ¿No reservará su pan y su amor para la aristocracia del talento o de la virtud, para estos nobles espíritus, gloria de la humanidad, que viven en las alturas, en las regiones de la luz, de la justicia, del arte inmortal, de los gloriosos anhelos? No: el Sacramento de la caridad de Dios es para todos: *Caritas nutrix est*. dice san Agustín (1); y el Dios de la caridad se hace en la Eucaristía “leche suavísima e inocente para nutrir a los niños y a los débiles”: *Sine dolo lac concupiscite* (2). Así, “come al Señor el pobre, el siervo, el humilde”:

*...manducat Dominum
Pauper, servus et humilis* (3).

Para las almas grandes, los corazones robustos, las inteligencias poderosas, es el Pan de los fuertes. Para los buenos es la vida: juicio y muerte para los malos:

*Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inæquali.
Vitæ vel interitus* (4).

Así el pan de la caridad de Dios es el pan de todos los

(1) S. AUG. *De chatech. rud.*, c. 15.

(2) 1 PETR. 2, 2. — Algunos intérpretes entienden este versículo de la Eucaristía la cual se simbolizaba antiguamente por un vaso de leche.

(3) In fest. Corp. Chr. *Hymn. ad Mat.*

(4) *Ibid. Seq. in Miss.*

espíritus; no una vez a la vida, sino de cada día; llegando la profunda piedad de Dios a la certeza de ser estrujado en la boca sacrílega de unos Judas, con tal de poder llevar una gota de vida divina a los que, aun siendo miserables, han purificado su corazón y han deseado vivir de la savia de Dios.

8. SUPREMA ASPIRACIÓN DE LA CARIDAD DE DIOS. — ¿Qué intenta Dios con tanto prodigio de piedad, de poder y de abnegación? El amor es unitivo: es una lazada, dice san Agustín: pone al amado en el amante y a éste en el amado, dice profundamente santo Tomás. ¿Querrá Dios unirse al hombre? ¿podrá el hombre ser aglutinado a Dios? Si el amor pone al amante fuera de sí ¿cómo Dios puede salir de su infinitud, de su inmensidad para buscar a un amado?

Es profunda la filosofía del amor: es la tendencia a un bien: es el “apetito”, racional o sensible, que quiere saciarse del bien, poseyéndolo. “Traza un círculo el amor”, decían los antiguos: hay en el bien apetecido una fuerza de atracción que solicita el apetito, poniendo en él la “intención” o inclinación al bien, dice el Angélico. Por esta atracción se “dispara” el apetito, corriendo hacia el bien, para saciarse de él, con toda la fuerza del amor: y el apetito descansa en la posesión del bien apetecido. El amado ha movido al amante; y éste, completando el círculo del amor, ha salido de sí para descansar en el amado.

¿Puede realizarse en Dios este movimiento circular del amor, movimiento de vaivén cuando el amado se ha convertido en amador del amante? ¿Quién sería capaz de mover a Dios fuera de Dios? ¿Cómo una criatura podría “disparar” la voluntad de Dios y atraerla a sí, determinando, por un absurdo, un círculo de amor fuera de la inmensa órbita del amor de Dios?

Y no obstante son terminantes las palabras de Jesús, Hijo de Dios, en el sermón de la promesa de la Eucaristía: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en mí y yo en él” (1). Ésta, y no otra, es la suprema aspiración de Dios al darnos la Eucaristía: permanecer en nosotros por el amor, y atraernos para que nosotros le amemos y permanezcamos en Él.

Dios no puede querer nada, como amor definitivo, fuera de Sí mismo: pero puede quererlo todo “para Sí mismo”, como para Sí mismo lo hizo todo (2). El fin de un ser es su bien supremo: para Dios no puede haber más fin que Él mismo, porque Él mismo es su Bien. ¡Bien substancial e infinito y Amor asimismo infinito y personal! ¡Círculo infinito que recorre el amor en el seno inmenso de Dios, arrancando de Sí mismo y no pudiendo terminar más que en Sí mismo! Fuera de Dios hay también bienes amados de Dios, salidos de su amorosísimo seno: está mi pobre alma, a la que quiere Dios “para Sí”; está la pobre humanidad, que Dios quiere absorber, hasta cierto punto, dentro de su divinidad. Y Dios, que ve todo bien en su propia esencia, que lo ama todo en Sí mismo, sale fuera de Sí dejando escapar de su seno el río de su amor, la divina caridad, cuyas aguas penetren hasta las entrañas de todo amado, no para descansar definitivamente en ellas, sino para arrastrarlas en su corriente y reentrar otra vez en el seno anchuroso de su Dios con el rico botín de las conquistas logradas. Ésta es toda la filosofía y la teología del amor de Dios en el mundo: *Omnia traham ad meipsum*: “Lo atraeré todo a Mí mismo” (3), dejando correr por el cauce del mundo las aguas de mi amor.

(1) IOH. 6, 57.

(2) PROV. 16, 4.

(3) IOH. 12, 32.

Y ésta es la suprema aspiración de la caridad de Dios en la Eucaristía. El fin primordial de la Eucaristía es el mismo fin de la Encarnación y de la Redención; y éste no fué otro que formar una sociedad en la que se juntaran los hombres al Hijo de Dios y por éste al Padre (1). Sociedad no de sola juxtaposición, sino de comunicación de una misma vida: "Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí." Sociedad en que el Padre, el Cristo y los hombres forman, por decirlo así, un todo orgánico, con intercambio de pensamiento y amor, con participación en una misma vida, que es la vida de Dios.

Las metáforas expresivas de la viña y del cuerpo humano, que usan Jesús y san Pablo para representar esta sociedad de Dios con los hombres, indican mucho más que el tipo de las humanas sociedades fundadas en la amistad o conveniencia: revelan un verdadero "consorcio de naturaleza", usando la célebre palabra de san Pedro; un consorcio análogo al de una misma vida que participan el padre y los hijos. Al fin, hijos suyos quiso hacernos Dios al enviarnos a su Hijo formado de mujer.

Esta aspiración suprema de Dios en la Eucaristía la concretaba en su nombre el Hijo, cuando en la Última Cena, en aquellos momentos en que acababa de entregarse sacramentalmente por vez primera a los hombres, y los discípulos, pasmados, le tenían en sus pechos, pronunciaba la sublime y encendidísima oración de la unión: "¡Que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti; y que ellos sean uno con nosotros: a fin de que crea el mundo que Tú me enviaste" (2). Es decir, "Padre mío, la señal de tu amor al mundo es mi misión, porque de tal manera amaste

(1) 1 IOH. 1, 3; 1 COR. 1, 9.

(2) IOH. 17, 21.

al mundo que 'Tú me diste a él: y la señal de que se ha realizado el fin de mi misión será la unificación de todos los hombres en Mí, y por Mí en 'Ti''. Así se realiza la gran ley de la circulación del amor: el amor del Padre que nos da a su Hijo, en la redención y en la Eucaristía: el Hijo que en nombre del Padre viene a obrar nuestra unión consigo mismo, para reentrar otra vez el Hijo en el seno del Padre, cargado con el botín de nuestro pobre amor.

...

¡Qué profundamente sugestiva aparece a esta luz la santísima Eucaristía! Ya podemos atrevernos a decir, con san Dionisio, que es una gran verdad que la Causa universal, por el exceso de su voluntad amativa, se ha puesto en cierta manera fuera de sí para atraernos a su amor. Ahí está el Dios de la Eucaristía. Es el Amante que ha salido a correr el mundo para hacer una razia de corazones y llevarlos al Padre. Es el Dios Amor que ha venido a la fría tierra a meter su divino fuego: y ¿qué quiere sino que arda, y que las llamas de la hoguera se levanten a la altura mismo donde mora Dios, y Dios y los hombres se confundan, hasta donde una criatura pueda, en la llama del mismo amor?

¡Oh, Dios!, podemos decir con el P. La Colombière: No es vuestra hermosura la que me ha encantado: es vuestro amor. El amor es un don y una fuerza: y tal ha sido la fuerza de vuestro amor, que siguiendo una ley que parecía no haber de dominaros, habéis salido de Vos y os habéis fabricado un Sacramento de vuestra piedad para convivir con nosotros. Es el don de vuestro amor. Ahí está vuestro Ser, Dios mío: todo lo que sois como Dios y lo que sois como hombre, lo habéis concentrado en esta Hostia: vuestro poder ha sido el gran tributario de vuestro amor: vuestra gloria os estorbaba para esta grande obra

de caridad, y la habéis represado tras los velos de este Sacramento. Y en la locura de vuestro amor, porque el amor embriaga, os habéis precipitado del cielo al corazón del hombre; habéis salvado la distancia que nos separaba de Vos y os habéis aglutinado, para siempre, a una humanidad llena de miserias.

¡Oh, Sacramento de la piedad de Dios! *¡O, Sacramentum pietatis!* Tú eres la cristalización viva del amor de Dios sobre la tierra: una pretensión inmensa de Dios, que por ti solicita nuestro amor. Sé, Hostia divina, el imán que atraiga hacia ti, con las dulces ataduras del amor, a todos los corazones, y realícese por tu fuerza el gran deseo de Dios: “Como se pega la faja a la cintura del hombre, así he aglutinado a mí todo Israel, para que fuese mi pueblo, y mi nombre, y mi alabanza, y mi gloria, dice el Señor” (1).

CAPÍTULO IX

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR

II. — Es vínculo que une el hombre a Dios

SUMARIO

1. LA VIDA CRISTIANA Y LA CARIDAD. — *Triple acepción de la caridad. — La caridad-esencia, virtud y acto.*

2. EL PAN DE LA DIVINA CARIDAD. — *La caridad es el motor de la vida sobrenatural. — El Pan de la vida debe ser el Pan de la caridad.*

3. EL SACRAMENTO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO. — *El dogma de la incorporación. — Biología sobrenatural del cuerpo de Cristo, según san Pablo. — La Eucaristía, Sacramento de la incorporación. — Doctrina del Angélico. — El Bautismo y la Eucaristía en orden a la incorporación.*

4. LA EUCARISTÍA, CONSUMACIÓN DE NUESTRA FILIACIÓN DIVINA. — *Divinización de los grandes amores humanos. — La vida divina en el hombre importa la filiación. — Es filiación de adopción especial. — La Eucaristía, consumación de nuestra adopción. — Es consumación de la caridad. — Es Sacramento de la santísima Humanidad del Verbo.*

5. LA EUCARISTÍA, CONSUMACIÓN DE NUESTRA FRATERNIDAD CON EL HIJO DE DIOS. — *Somos hermanos de Je-*

sús, como Verbo de Dios y como Hombre-Dios.—La Eucaristía estrecha los vínculos de nuestra fraternidad con Cristo. — Razones.

6. DESPOSORIOS DE JESÚS Y EL ALMA POR LA COMUNIÓN. — *Jesucristo quiere ser esposo de nuestras almas. — Teoría del Angélico sobre el desposorio espiritual del alma con Dios. — Su aplicación a la Eucaristía. — La Comunión nupcial. — Caracteres de este amor en algunos santos. — La carne sigue al alma desposada con el Espíritu. — Deberes que impone esta espiritual alianza.*

O, vinculum caritatis!

¡Oh, vínculo de la caridad!

(S. AUG. *Tract. in Ioh.* 26, n. 13.)

I. LA VIDA CRISTIANA Y LA CARIDAD. — Como elemento fundamental de prueba en este capítulo concretamos la relación, de concepto y de hecho, entre la vida cristiana y la caridad. ¿Puede decirse que la caridad es la vida cristiana y viceversa?

Dice el Angélico que la caridad puede tomarse en un triple sentido o acepción: como “objetivo” de la tendencia sobrenatural de nuestra voluntad a Dios, en cuanto ha de ser poseído por nosotros en la visión beatífica; como un hábito o “virtud” que sobrenaturaliza nuestra voluntad para ponerla al nivel de su objetivo y dar la facilidad de la tendencia a él; y como “acto” o ejercicio de la voluntad sobrenaturalizada que, en su funcionamiento vital, obra de hecho su aproximación a Dios, su fin sobrenatural (1).

En el primer sentido, la caridad es Dios. “Dios es ca-

(1) D. THOM. *In I.*, d. 17, a 5.

ridad"; y, por lo mismo, la caridad-objeto es el origen fontal de la vida cristiana y el término final de ella. De Dios procede, por Jesucristo, la vida "cristiana", según lo explicado ya, y en el Dios-caridad debe descansar definitivamente nuestra vida en la posesión deiforme de la gloria, plenitud y coronamiento de la vida cristiana.

En la segunda acepción, y en ello consiste la virtud teológica de la caridad, es ésta una cualidad que Dios crea en el alma, y que reside en nuestra voluntad, por la que ésta se sitúa en el plano sobrenatural a que Dios llama la vida del hombre. No le basta al hombre ser hecho partícipe de la vida divina por la gracia santificante: deben divinizarse sus potencias, establecerse un paso a nivel entre las mismas y su objeto. El pensamiento es elevado por las iluminaciones de la fe: la voluntad por la participación del amor sobrenatural o caridad.

Es ésta una profunda exigencia de la sobrenaturalización del hombre. Si Dios le llama a la participación de su misma naturaleza, a una verdadera filiación divina, a una herencia eterna que no es más que el goce del mismo Dios, a la criatura le corresponde un amor profundo al Dios que tantos bienes le dispensa. Mas no pudiera el hombre amar a Dios como es debido, es decir, con el amor sobrenatural que se debe a sus sobrenaturales destinos, si el que le llama a ellos no le diese al mismo tiempo la caridad con que corresponder a la caridad de Dios que quiere hacerle el don de Sí mismo.

Por ello la caridad es un abrazo de Dios y un abrazo con Dios. Es una adhesión a Dios; más que adhesión, es inhesión, inhabitación de Dios en nosotros y de nosotros en Dios: "El que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él" (1). Es la misma vida de Dios que,

(1) 1 IOH: 4, 16.

permaneciendo esencialmente en Dios, por una creación misericordiosa y maravillosa es comunicada al hombre y medida en las mismas entrañas de su vida: "Se ha difundido la caridad de Dios en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (1).

Pero la "caridad nos apremia", dice el Apóstol (2): ninguna virtud tiene tan fuerte inclinación a su acto como la caridad, dice el Angélico: y en fuerza de estos divinos apremios y de esta inclinación a su objetivo, que es Dios, la caridad opera, se produce en actos: es el tercer aspecto de la caridad. Bajo este punto de vista, la caridad lo es todo en la vida cristiana; o, por mejor decirlo, toda la vida cristiana es en alguna manera caridad. Ella no sólo tiende a Dios en los actos que le son propios, sino que es virtud general que orienta todas las demás virtudes a Dios. Ella es el poderoso estímulo de toda la actividad sobrenatural. Conatural con su principio, que es la virtud o hábito sobrenatural, y con su objeto, que es Dios, sobrenaturalmente conocido, el acto de caridad es acto de vida divina o cristiana en la propia acepción de la palabra.

Tales son las relaciones entre la caridad y la vida cristiana. *Caridad-esencia*, Dios, de donde brota la vida cristiana: *caridad-virtud* teológica, participación creada de la caridad increada, raíz de toda la vida cristiana, porque importa la inhabitación de Dios en el hombre: *caridad-acto*, que es la más alta manifestación de la vida cristiana en nosotros, y fuerza que empuja toda nuestra vida hacia Dios. De esta suerte, la ecuación que hay entre la vida, la caridad y la santidad de Dios, porque la vida de Dios es su caridad y su caridad es su santidad, se traduce en una ecua-

(1) ROM. 5, 5.

(2) 2 COR. 5, 14.

ción análoga en la criatura sobrenaturalizada, en la que el vivir cristiano es el amor cristiano, y el amor cristiano es la profunda rectificación o santificación de toda la vida. Es la vida, la caridad y la santidad de Dios mismo que vienen a informar nuestro ser, por medio de la vida de Jesús. causa eficiente, ejemplar y meritoria de nuestra vida cristiana, para que se manifiesten, desde las alturas de nuestro pensamiento hasta la vibración misma de nuestra carne mortal: "Que la vida de Jesús se manifieste en vuestra carne mortal": "Seamos vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (1).

2. EL PAN DE LA DIVINA CARIDAD. — Si la caridad es vida cristiana, como acabamos de ver, el "Pan de la vida" debe ser el Pan de la caridad.

En el orden físico, el corazón es el centro de la vida: con las oleadas de la sangre, lleva a todo el organismo el calor y el movimiento. En el orden moral, todo movimiento obedece al movimiento del amor: si el amor baja, desciende la vida; se eleva con las alas del amor: "Guarda con sumo cuidado tu corazón, dice la Sabiduría, porque de él procede la vida" (2).

La inteligencia da al hombre su ser, porque le especifica: el amor le da todo su valer. La vida cristiana gira alrededor de este principio fundamental de la vida humana: como no hay dos fines, así tampoco hay dos vidas para el hombre. Cristianos por la fe, virtud de la inteligencia, no vivimos ni valemos, en el reino de Cristo, sino por la caridad. El que no la posee, "tiene nombre de vivo, pero está muerto" (3). El amor es la plenitud de la vida moral; así lo

(1) 2 COR. 4, 10, 11; ROM. 6, 11.

(2) PROV. 4, 23.

(3) APOC. 3, 1.

es de la vida cristiana: "La plenitud de la ley es la caridad" (1). El amor es la cifra de la vida humana, el broche que mantiene unida toda fuerza en el hombre: y "la caridad es el vínculo de la perfección cristiana" (2).

Lo que en el orden físico es el corazón y en el orden moral el amor, lo es la caridad en la vida cristiana. Es el motor, el centro de la actividad y como la síntesis de la vida. "En esta palabra: *Caridad*, se concentra toda nuestra psicología sobrenatural. Por la gracia santificante Dios habita en nosotros, se hace huésped de nuestra alma. Por las virtudes morales infusas, sujeta a Sí toda nuestra actividad cotidiana. La virtud teologal de caridad es como el punto de penetración por el cual Dios, residente ya en la esencia del alma, invade sus potencias; es el centro desde el cual dirige Él las operaciones de las virtudes infusas. Es por el corazón que Dios empieza la divinización de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, porque el corazón contiene concentrado en sí todo lo que se despliega en la actividad del hombre. Las virtudes infusas no harán más que detallar el bien que la caridad ha metido en el corazón. Punto de contacto de la gracia con las costumbres, foco de toda la psicología sobrenatural, la caridad encarna, si así puede decirse, todo el orden sobrenatural" (3).

He aquí por qué este inefable pensamiento de Jesús en su discurso a los cafarnaítas: "Yo soy el Pan de la vida", equivale en el fondo a: "Yo soy el Pan de la caridad".

La Eucaristía es el alimento de la caridad antes que lo sea de cualquiera otra virtud o principio de vida: porque la caridad es la única virtud viva en el sentido teológico de la palabra, por razón de ser la única que nos une sin inter-

(1) ROM. 13, 10.

(2) COL. 3, 14.

(3) GARDEIL: *Les Donc du Saint-Esprit*, p. 5.

mediario a Dios y nos junta con Él realmente. La fe es la adhesión a Dios por su verdad; la esperanza lo es por su promesa; la caridad es la adhesión, la inhesión en el mismo Dios por la unión con Él en el mismo espíritu: "El que se adhiere al Señor es con Él un solo espíritu" (1). Sin fe y sin esperanza, con la sola caridad, los bienaventurados gozan de la plenitud de la vida divina en el cielo, consumación de la vida cristiana. Si la Eucaristía no es el pan de la caridad, única virtud viva y vivificadora, ¿por qué Jesús le llamaría el Pan de la vida?

El amor de Dios es activo, y obra grandes cosas donde está, dice san Gregorio: ¿por qué el amor substancial que vive en la Eucaristía no debe producir el amor? Y santo Tomás, con el laconismo y precisión de su altísima teología, dice: "Este Sacramento confiere la gracia, y la virtud de la caridad y el acto de la caridad": Es Sacramento "productor" de nuestra caridad: *Sacramentum caritatis nostræ factivum* (2).

Unida el alma espiritualmente a Dios por la Comunión, no sólo siente llenarse de la caridad de Dios, sino que esta caridad, como el viento que ha henchido la vela del esquiife, la conduce por el real camino de la vida cristiana, en sus manifestaciones espléndidas y variadas.

Y esto no lo exige solamente la naturaleza de la vida cristiana y de la virtud de la caridad: es una profunda conveniencia de la economía divina en el orden de la gracia.

El primer Sacramento debe producir la primera virtud. La Eucaristía es el más excelente de los Sacramentos: todos se ordenan a él; en él está personalmente el Autor de todos ellos; él nos pone en contacto con la misma Humani-

(1) 1 Cor. 6, 17.

(2) *Summ. Theol.* 3 q. 79, a. 2; *Ibid.* 4, c.; *In* 4, d. 12, q. 2, a. 2, q. 1, 2.

dad santísima de Cristo, instrumento de que se valió Dios para dar al mundo la vida divina; es él, al tiempo en que se produce, la reproducción del sacrificio de la Cruz, de donde brotó la vida divina para el mundo.

Por su parte, la caridad es la primera de las virtudes: es su raíz, su madre, su perfección y su forma, dice repetidamente el Angélico; nexo del espíritu humano con el Espíritu de Dios; punto de contacto y como la compuerta por donde irrumpe la vida de Dios en los senos de nuestra vida para llenarlos, y para que todo principio vital reciba la irrigación de las aguas de la caridad que saltan hasta la vida eterna. ¿Por qué la jerarquía de los efectos, en el orden de la gracia, no debe corresponder a la jerarquía de las causas?

“Hay una relación visible entre el lugar que ocupa la Eucaristía en la jerarquía sacramental y el que tiene la caridad en la economía de las virtudes. Todos los sacramentos gravitan alrededor de aquélla, como todas las virtudes convergen, más o menos, hacia ésta. La razón es sencilla. La Eucaristía y la caridad tienen un mismo fin inmediato, la unión del hombre con Dios. La Eucaristía es el don que Jesús nos hace de sí mismo; la caridad, en su acto, es el don que de nosotros mismos hacemos a Jesús. ¿Cómo extrañar que ambas sientan las mutuas atracciones de tan estrecha afinidad? En la Eucaristía, como en el amor de caridad, se encuentran y se unen el Criador y la criatura, tan íntimamente como puede hacerse en la tierra. ¿Es extraño que la Eucaristía sea el Sacramento del amor?” (1).

Es, además, la Eucaristía el Sacramento en que Dios, cuanto lo permite su infinitad, sale fuera de Sí, para comunicarse, íntima y personalmente, con la criatura racio-

(1) BELLAMY: *Les effets de la Communion*, p. 26.

nal. La caridad es asimismo la virtud que levanta al hombre fuera de sí; con las alas del amor divino se cierne el hombre sobre las altas cumbres del pensamiento más elevado. Por la fe y la esperanza Dios vive en nosotros: "por la caridad nosotros vivimos en Dios" (1). Y en este sumo descenso de Dios al hombre por la Eucaristía, al que le lleva el peso de su caridad; y en esta suprema ascensión del hombre a Dios, adonde asimismo le trae la fuerza de la caridad, ¿cómo no habrá un contacto profundo, especial, entre el Sacramento por el que Dios toca al hombre y la virtud por la que el hombre toca a Dios?

3. EL SACRAMENTO DE NUESTRA INCORPORACIÓN A CRISTO. — A estas razones hay que añadir otra, profunda, que arranca de nuestra relación con Cristo y de la eficacia de la Eucaristía en la misma.

Hay un dogma, tan hermoso como consolador, que tiene una importancia excepcional en las enseñanzas apostólicas, sobre todo en las cartas de san Pablo, y que el P. Ramière deseaba recuperase su antiguo rango, lo mismo en las lecciones de la teología católica que en las instrucciones de la catequesis popular: es el dogma de nuestra incorporación a Cristo. Las imágenes de que se vale la Escritura para expresar nuestra unión con el Verbo encarnado, no son pura metáfora. La vid, de cuya vida participan los sarmientos; el cuerpo, cuya cabeza y miembros viven al ritmo de una misma vida; el árbol, en cuyo tronco se injerta una rama que vive de la savia nueva, no expresan la sola relación moral que hay entre los miembros de una sociedad meramente humana, de un pueblo, de una agrupación de pueblos, de una religión cualquiera.

Hay algo más vital y más profundo en este cuerpo

(1) 1 IOH. 4, 16: Cfr. *Summ. Theol.* 1, 2, q. 66, a. 6.

místico que llamamos la Iglesia. Hay la caridad de Dios, participación de Dios mismo, que, después de llenar con toda plenitud a Cristo, el Primogénito de la humanidad restaurada, se difunde por todo espíritu que participe de la santificación de Cristo. Es el mismo Dios que, no satisfecho de haberse unido hipostáticamente por la Persona del Verbo a la naturaleza humana de Cristo, ha querido hacer consortes de esta unión a todos los que entren en el reino de la gracia por la fe y los sacramentos.

El lazo es profundo y divino. Es la unión física de los hombre que vivan de la caridad, con la Humanidad santísima de Cristo; como ésta vive físicamente unida a la persona del Verbo de Dios. Sólo que la unión de la naturaleza humana de Cristo al Verbo es substancial; y la de los hombres al Verbo humanado es por una cualidad o accidente que la bondad de Dios crea en ellos.

Únicamente a la luz de esta doctrina adquiere todo su relieve la fraseología del Apóstol al hablar del gran cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. "Cristo, dice, es Cabeza de la Iglesia. Él, que es el Salvador de su cuerpo" (1). "Vuestros cuerpos son miembros de Cristo", dice en otra parte (2). "Cristo es nuestra Cabeza", dice, poniendo en parangón el Cuerpo de Cristo con el organismo humano: "Es por Él que el cuerpo entero forma un todo armonioso y sólido, en que las partes se juntan y se prestan mutua ayuda... Cristo es nuestra Cabeza. Y de la cabeza viene, con el auxilio de los músculos y los nervios, que ligan y traban las diversas partes, que el cuerpo entero, recibiendo la vida, guarde la forma y estructura, y por la virtud de Dios crez-

(1) EPH. 5, 23.

(2) I COR. 6, 15.

ca y se agrande" (1). "Vosotros todos sois una sola cosa en Cristo", les decía a los fieles de Galacia (2).

Esto es sublime: es el reino deiforme de la gracia, que nos hace "concorpóreos" con el Hijo de Dios hecho hombre, en expresión de san Cirilo. Ya no es sólo la espléndida teocracia de Israel, en la que el mismo Dios había fundado "su pueblo" en su constitución orgánica, y le regía en su desarrollo histórico; es Dios mismo, en una participación de su naturaleza, el que se ha entrañado en lo más vital de la humanidad y ha formado una raza de dioses: "Dioses sois, e hijos del Excelso" (3). Por Cristo somos "injertados" en Dios, y formamos con Él un solo árbol por cuyas ramas circula la robusta savia de Dios mismo: "Has sido injertado y hecho partícipe del olivo y de su gordura" (4).

La Eucaristía es el Sacramento de la incorporación a Cristo. "El efecto propio de este Sacramento, dice el Angélico, es la unidad del cuerpo místico, fuera de la cual no puede haber salvación" (5). Y en otra parte, después de haber ponderado la maravilla de un Cuerpo que no disminuye aunque se le coma, *dum manducatur, non minuitur*, añade estos dos principios, en cuyo desarrollo demuestra el gran teólogo la fuerza aglutinante e incorporadora del Sacramento: "El Cuerpo del Señor, si no es comido, disminuye": *Si non manducatur, minuitur*: "El Cuerpo del Señor aumenta cuando se le come": *Dum manducatur, augmentatur*.

Dos cuerpos místicos hay en el mundo, dice el Santo

(1) EPH. 4, 15-16.

(2) GAL. 3, 28.

(3) PS. 81, 6.

(4) ROM. 11, 17.

(5) *Summ. Theol.* 3 q. 73, a. 3, c.; *In* 4, d. 4, 2, a. 2, q. 5, 2.

en el desarrollo del primer principio: el cuerpo místico de Cristo y el cuerpo místico del diablo. El cuerpo místico de Cristo es la santa Iglesia, Esposa pura y fiel, de la que Él es cabeza, y todo fiel en estado de gracia es miembro suyo: y cuantos reciben dignamente su Cuerpo, se convierten en miembros suyos: "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo y miembros singulares de él" (1). El cuerpo del diablo es la universalidad de los malos, madre adúltera que los nutre y de la que es cabeza. Y como Cristo trabaja siempre para cortar los miembros al diablo e incorporárselos; así el diablo se esfuerza en amputar miembros a Cristo y unirlos a los miembros de su meretriz: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Amputaré, pues, los miembros de Cristo, y haré de ellos miembros de meretriz? (2).

Cuanto al segundo principio, así razona el Angélico. Cuando se come el Cuerpo de Cristo, no se convierte, como en los otros manjares, en el cuerpo del que le come, sino que el que le come dignamente se transforma espiritualmente en Él: porque el Señor hace al que le come miembro de su cuerpo místico, e incorporándosele a sí, lo hace en cierta manera una cosa con su Cuerpo que tomó de la Virgen, según aquello: "Todos somos un cuerpo, los que de un solo pan participamos" (3). Y san Agustín dice: "Diónos Cristo en este Sacramento su Cuerpo y Sangre, con lo cual nos plasmó a nosotros: porque hemos sido con ello hechos cuerpo suyo; puesto que nuestra carne, unida e incorporada a la suya, hácese con ella una sola cosa" (4).

Cierto que el Bautismo nos injerta en Cristo, nos intro-

(1) I COR. 12, 27.

(2) *Ibid.* 6, 15.

(3) *Ibid.* 10, 17.

(4) D. THOM. *Opusc.* 51, c. 14.

duce en este reino deiforme de la gracia; pero sólo por el voto, en la intención de la Iglesia, de que se consume esta incorporación por la recepción de la Eucaristía. Es del Doctor Angélico esta doctrina, tan consoladora como admirable, por los dilatados horizontes que abre a nuestro pensamiento cristiano y por el encumbrado lugar en que, en la economía de la gracia, coloca a la Eucaristía. “Nadie recibe la gracia, dice santo Tomás, antes de recibir este Sacramento, sino mediante el voto de recibirle; voto formulado por el mismo individuo, si es adulto, o por la Iglesia, como sucede en los párvulos” (1).

Este principio del gran teólogo nos da la clave para la interpretación, en toda su amplitud, de las palabras de Jesucristo: “Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros”. El que ha sido incorporado a Cristo por el Bautismo, ya ha comido espiritualmente la Carne de Cristo; por esto se ha incorporado al Verbo humanado. Es que “la Eucaristía es la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos; ya que la gracia de todos los demás no es sino una preparación para recibir o consagrar la Eucaristía... Por el Bautismo es el hombre ordenado a la Eucaristía; y por el hecho de que los niños sean bautizados, son por la Iglesia ordenados a la recepción de la Eucaristía; y así como por la fe de la Iglesia creen, así por la intención de la Iglesia desean la Eucaristía, y por lo mismo reciben su efecto especial” (2).

A la Eucaristía confluye, pues, toda la fuerza divina de los demás sacramentos: y de ella deriva y a ella refluye toda la vida sobrenatural de los hombres. Es el nudo sagrado, el vínculo divino con que Dios ata y aglutina a la santísima Humanidad de Cristo a todos los que viven en ca-

(1) *Summ. Theol.* 3 q. 79, a. 1, 1.

(2) *Ibid.* q. 73, a. 3, c.

ridad de Dios. Por la Eucaristía formamos el *Corpus compactum et connexum* (1), este cuerpo místico de la Iglesia, unificado y vigorizado por el amor sobrenatural, en el cual Cristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros. La Eucaristía es el centro y la fragua del amor, y cuanto mejor participamos de sus gracias, más fuerte es la atadura que nos retiene unidos a Cristo, y nos “entrañamos” más en este gran cuerpo formado en la tierra por la caridad de Dios.

¡Qué pensamiento tan regalado para el cristiano el de la incorporación a Cristo por la Eucaristía! Tomamos en nuestros labios y estrechamos en nuestro pecho a Cristo que está en la Hostia. Pero Cristo está en el cielo, y sólo para nutrirnos de su carne se ha quedado en la tierra. Tenemos, pues, en el cielo nuestra cabeza, con la cual nos unimos en unidad de vida por la comunión: por ello podemos decir que “nuestra vida está en el cielo (2); y que Cristo, que vive en el cielo, es nuestra vida” (3). Es por la Eucaristía, verdadera atadura de la caridad, *vinculum caritatis*, por la que circula por nuestras entrañas la misma vida de Dios.

Esta entrañable unión de caridad entre Cristo y el alma por la Eucaristía es la que arrancaba a la pluma de Bossuet estas hermosas palabras: ¿Cuál es, pues, el efecto, la “cosa” especial, producida por este Sacramento? Ser incorporado a Cristo; estarle perfectamente unido según el cuerpo y según el espíritu; ser con Él una misma carne y un mismo espíritu, por la consumación de estos castos desposorios; ser de sus huesos y de su carne como una esposa fiel, “porque somos miembros de su cuerpo, y carne de su car-

(1) EPH. 4, 6.

(2) PHIL. 3, 20.

(3) COL. 3, 4.

ne, y hueso de sus huesos" (1): pero ser también de su espíritu, de suerte que Él goce simultáneamente de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu, de nuestro amor, como nosotros gozamos del suyo" (2): y ¿qué otra cosa quería significar Jesús cuando les decía a los cafarnaítas: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí, y Yo en él?".

¡Jesús mío! Mío, porque sois mi Cabeza; mío, porque sois mi vida, pues os dais a mí para que viva de Vos, y diga con el Apóstol: "Mi vivir es Cristo" (3); mío, porque sois en mí, como yo soy en Vos por la comida de vuestra carne y la bebida de vuestra sangre: hacedme cada día más vuestro; incorporadme más fuertemente a Vos; adentradme en vuestras entrañas; y haced que en virtud de esta incorporación, no haya en mí más vibración de vida que de la vuestra y por Vos; y que de las entrañas de vuestra caridad misericordiosa venga a empaparme de Vos vuestra misma vida, para que ésta rezume hasta en mi mismo cuerpo, como el óleo santo bajaba de la cabeza de Aarón a empapar sus vestiduras (4); y sea mi vida, para Dios y los hombres, "buen olor de Vos" (5).

4. LA EUCARISTÍA, CONSUMACIÓN DE NUESTRA FILIACIÓN DIVINA. — La ambición del hombre debiera estar ya colmada con esta incorporación amorosa de su vida a la misma vida divina; pero no lo está la ambición que siente Dios de nuestro amor. Dios está sediento de nuestro amor, dice san Gregorio; *Sitit sitiri* (6). Por esto, al consumir por la Eucaristía nuestra incorporación a su Humanidad santísima, ha querido establecer entre Él y nosotros las rela-

(1) EPH. 5, 30.

(2) BOSSUET: *La Cène*, 49 jour.

(3) PHIL. 1, 21.

(4) PS. 132, 2.

(5) 2 COR. 2, 15.

(6) S. GREG. NAZ. *Crat.* 40.

ciones de amor más profundas que hay en la tierra, pero elevadas al plano de la vida sobrenatural.

Tres amores hay, que puso Dios como base incommovible de la sociedad, al ponerlos en las entrañas mismas de la familia: el amor de padre, el de hermano y el de esposo. Sin estos amores no es posible la constitución de una familia. Sin ellos carece de base la sociedad, que no es más que la confluencia de muchas familias. Por ello los hizo Dios grandes, fuertes, universales.

La religión cristiana ha sublimado el amor sin desnaturalizarlo. Dios, que ha querido formar con nosotros una familia espiritual, *familia tua*, como la llama la Liturgia; Dios, que ha hecho latir el corazón humano a impulsos del amor de hijo, de hermano, de esposo, ha querido también para Sí estos amores, y se ha hecho nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Esposo. Por la Eucaristía se consuman estos amores.

Es ella en primer lugar la consumación de nuestra filiación divina.

La comunicación de la vida divina al hombre importa una "regeneración", un "renacimiento", y, por lo mismo, una relación de paternidad espiritual de Dios respecto de nosotros, y de filiación nuestra con respecto a Dios. Por una voluntad firme, amorosísima y libérrima, Dios ha querido que fuésemos más que criaturas suyas: ha querido que fuésemos sus hijos: "Nos predestinó hijos suyos según el propósito de su voluntad" (1). Nos ha dado una participación de su Espíritu, por la que podemos decir a Dios: *Padre*. El mismo Espíritu "da en nuestro interior testimonio de que somos hijos de Dios" (2). "Por el amor de

(1) EPH. 1, 5.

(2) ROM. 8, 16.

caridad, Dios se hace Padre nuestro", dice santo Tomás (1).

Cierto que nuestra filiación es meramente adoptiva; por esto dista infinitamente de la filiación de Jesucristo, Hijo natural de Dios bajo el doble concepto de Dios y hombre. Pero tampoco es una adopción como las que tienen lugar entre los hombres. Dios nos adopta voluntariamente: *Voluntarie genuit nos* (2), mientras que al Verbo le engendra Dios por una necesidad intrínseca de su vida.

Pero, en este acto voluntario de su amor ¡qué grandezas ha puesto Dios sobre la adopción ordinaria de los hombres! La adopción de nuestro Padre crea en nosotros la semejanza con Él; la adopción ordinaria, la supone. Aquélla produce en nosotros una verdadera filiación sobrenatural; por ella somos realmente hijos de Dios: ésta sólo importa una denominación extrínseca con efectos legales. La primera es efecto de la indigencia de los padres que no tienen hijos naturales que perpetúen su nombre, y que quieren llenar un vacío en su hogar: la segunda es una explosión del amor de Dios, infinitamente fecundo, quien, no solamente engendra eternamente a su Hijo, consubstancial con Él, y en el tiempo a Jesús, a quien llenó de su divinidad, sino que en su inmensa caridad nos ha dado una filiación adoptiva, accidental, pero que nos hace en realidad hijos de su amor: "Mirad qué caridad nos ha tenido el Padre, que ha querido que fuésemos llamados, y fuésemos en realidad, hijos de Dios" (3).

Esta adopción de hijos recibe su complemento y consumación en la Comunión eucarística. La adopción sobrenatural es obra de la caridad, como dice el Angélico: ella es la que crea en nosotros el tipo de hijos de Dios, porque

(1) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 19, a. 2, 3.

(2) *Iac.* 1, 18.

(3) *1 Ioh.* 3, 1.

crea la semejanza con el Hijo natural de Dios, Cristo Jesús. La plenitud o consumación de la caridad es, pues, la consumación de la filiación: y ¿dónde se nos da esta plenitud, sino en el Sacramento de la caridad? Es el pensamiento tantas veces repetido por santo Tomás, de que la Eucaristía es el “complemento de la vida sobrenatural” (1); es la glosa tradicional a las palabras de Jesús: “Yo soy el pan de la vida: si no le comiereis, no tendréis vida en vosotros”.

Hay aún otra razón. Nuestra filiación radica en la Humanidad de Cristo: “Por ella nos preeligió como hijos adoptivos” (2). La Humanidad santísima de Cristo, viva, con toda la plenitud de su eficacia con respecto a la filiación divina de todos los hombres, está en la Hostia divina: ¿dónde mejor que en este contacto de nuestra humanidad con la suya podrá grabarse la imagen del Hijo, causa eficiente y ejemplar de nuestra filiación adoptiva? Si la Humanidad de Jesús es el instrumento de nuestra adopción: “Nos predestinó en adopción de hijos por Jesucristo” (3): si no sólo es el instrumento, sino la causa ejemplar, el modelo de nuestra filiación, *conformes fieri imaginis filii sui* (4); ¿cuándo el Padre podrá trabajar con mayor ventaja, en esta obra de “regeneración” de sus hijos, que cuando su Unigénito, con toda su divinidad y humanidad, se une a ellos por la Comunión?

¡Oh, Dios! Por impulso libérrimo de vuestro amor habéis salido de Vos y os habéis llegado a esta pobre criatura vuestra, “hijo de ira” por el pecado, le habéis dado el beso de vuestra caridad y le habéis transformado en hijo vues-

(1) D. THOM. 4 *Sent.*, d. 8, q. 1, a. 2, q. 5, 2.

(2) EPH. 1, 5.

(3) *Ibid.* 1, 5.

(4) ROM. 8, 29.

tro: habéis querido sentir estremecerse vuestras entrañas piadosísimas al oír mi pobre voz que os decía: *Padre*. Pero habéis hecho más, Padre mío: me habéis dado a vuestro Hijo en Comunión personal e íntima, para que me abrazara a Él y en Él me transformara, sometiendo todo mi ser a esta fragua de caridad que ha traído a mi pecho, y en Él unificado, os pudiese decir con mayor razón: “¡Padre mío!” Este Sacramento ha consumado mi unión, mi unidad, con vuestro Hijo: *Ut sint consummati in unum...* Desde este momento se ha consumado mi filiación con respecto de Vos, porque no podéis separar vuestra paternidad con vuestro Hijo Jesús de la paternidad para con quien se ha hecho una misma cosa con Él.

“No hay momento en que con mayor razón podamos decir a nuestro Padre de los cielos que el de la Comunión eucarística: Oh, Padre celestial: yo estoy en vuestro Hijo Jesús, y vuestro Hijo está en mí. Vuestro Hijo, procediendo de Vos, recibe, con plenitud, comunicación de vuestra vida divina: yo he recibido a vuestro Hijo con fe: la fe me dice que en este momento estoy yo con él: y, puesto que participo de su vida, miradme en él, por él, con él, como hijo de vuestras complacencias” (1).

5. LA EUCARISTÍA, CONSUMACIÓN DE NUESTRA FRATERNIDAD CON EL HIJO DE DIOS. — Hijos de Dios, por adopción misericordiosa que se atribuye al Padre, venimos a ser por este hecho hermanos de su Hijo. Jesús es Hijo eterno del Padre, e hijo, en el tiempo, de Adán; por la generación eterna en el seno del Padre, Jesús es el Verbo de Dios, consubstancial con Dios mismo: por la generación temporal en el seno de la Virgen, Jesús es hombre, con la misma naturaleza que los demás hombres. Parece que el

(1) MARMION: *Le Christ, vie de l'ame*, p. 435.

mismo Jesús, en su trato con los hombres, al referirse a su sacratísima persona, tiene particular empeño en ofrecernos este doble aspecto de su ser. Llámase casi siempre, es verdad, "Hijo del hombre"; pero, junto con esta denominación, puntualiza su carácter de Hijo de Dios. "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios", le pregunta solemnemente Caifás: y Jesús le responde: "Tú lo has dicho: y yo os aseguro que dentro poco veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo" (1). "El Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados", dice en cierta ocasión a sus oyentes (2); y el perdonar los pecados es propio sólo de Dios.

¿Bajo qué respecto somos nosotros hermanos de Jesús? ¿Lo somos en cuanto es Verbo de Dios o en cuanto es Hombre Dios? Bajo los dos respectos.

Lo somos en cuanto es Verbo de Dios. Él es el "primogénito de toda criatura", como le llama el Apóstol: "Primogénito entre muchos hermanos" (3). Es, en verdad, el "Unigénito del Padre" (4), en cuanto es el único consubstancial con el Padre; pero es primogénito de sus hermanos, en cuanto Dios, por generación voluntaria, accidental y misericordiosa, ha dado una participación de su vida divina a las criaturas racionales, en semejanza con su Hijo, Unigénito y eterno.

"De rodillas ante Jesús, dice el P. Terrien, meditemos este nombre de Primogénito, para gustar plenamente y en su conjunto todas las significaciones que contiene. Primogénito, porque ha salido antes que toda criatura de la boca del Altísimo. Primogénito, porque es la expresión adecua-

(1) Mt. 26. 64.

(2) Mc. 2, 10.

(3) Col. 1, 15; Rom. 8, 29.

(4) Joh. 3, 16.

da del Dios invisible, por quien y para quien han sido creadas todas las cosas, existiendo Él antes que todo y subsistiendo todo por Él. Primogénito, porque tiene debajo de Él muchos hermanos, que son por imitación y de modo accidental lo que Él por naturaleza y substancialmente. Primogénito, porque estos hermanos que el Padre ha dado en el tiempo a este Hijo, cuyo nacimiento es eterno, de Él y por Él han recibido la adopción de hijos de Dios. Primogénito, porque si nosotros esperamos la herencia del Padre, coherederos como somos de su Hijo, es asimismo por Él que tenemos derecho a esperar" (1).

Hermanos de Jesús en cuanto es el Verbo Dios, lo somos asimismo en cuanto es Hombre-Dios. Una misma sangre, la de Adán, circula por sus venas y las nuestras: tiene una naturaleza semejante a la nuestra; un cuerpo y un alma como los nuestros; en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. Pero, sobre todo, Jesús, Hijo natural de Dios en cuanto hombre, porque en él no hay más que una Persona, que es divina, es el prototipo y ejemplar de los hombres que por Él han sido hechos hijos de Dios, en cuanto han participado de la plenitud de la gracia que en Él reside, por habitar en Él substancialmente la misma divinidad. Por la Humanidad de Cristo, instrumento de la gracia de Dios, nosotros venimos a ser hijos adoptivos de Dios.

¡Visión espléndida la del Verbo de Dios, ejemplar y arquetipo de todas las criaturas que participan de la vida misma de Dios, ángeles y hombres, que según el Verbo del Padre han sido hechos hijos de Dios por adopción! ¡Visión dulcísima, soberanamente consoladora, profundamente "humana", la de un Hijo de Dios que toma la carne del hom-

(1) TERRIEN: *La Grace et la Gloire*, I, 310.

bre y de ella se vale para levantar a sus hermanos según esta carne a las alturas de la divina adopción! Para hacer de los ángeles hijos de Dios no tomó el Verbo la naturaleza del ángel: ¡y la pobre criatura humana ha visto en la historia bajar del cielo a la tierra el Unigénito del Padre, hacerse hombre en las entrañas de una mujer y dar a millones de hermanos suyos la adopción de hijos de Dios: "Envío Dios a su Hijo, hecho de mujer, para que recibiéramos la adopción de hijos suyos" ... (1).

La Eucaristía estrecha los vínculos de fraternidad que nos unen con Cristo Jesús. Desde luego, según acabamos de probar, es la Eucaristía el Sacramento consumativo de nuestra adopción: luego lo es de nuestra filiación; y, por lo mismo, de nuestra fraternidad con Jesús. El Sacramento que nos hace "más hijos del Padre", si así puede decirse, nos hace "más hermanos" a todos los que participamos de la vida del Padre; porque la hermandad arranca de la filiación. El Hijo de Dios por naturaleza, Jesús, es infinitamente Hijo del Padre, porque es consubstancial con el Padre infinito: a medida que sea más intensa la filiación por una mayor participación de la vida del Padre, "de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra" (2), más nos acercaremos a la filiación del Hijo divino y más profundos serán los lazos de fraternidad que con Él nos unan.

Además, ¿qué es la Comunión sino un abrazo íntimo con Jesús, nuestro Hermano según la carne? Es la realización íntima y personal de la gran comunión de Dios con los hombres por Cristo Jesús. Y ley de esta comunión de espíritu, que entre el Padre y los hombres vino a establecer

(1) GAL. 4, 4-5.

(2) EPH. 3, 15.

Jesús por su humanidad, fué fundar la fraternidad con el mismo Jesús por la estampación de su imagen en nosotros, que nos da con Él conformidad de vida y fisonomía espiritual: "A los que preeligió, les predestinó asimismo para que fuesen hechos conformes con la imagen de su Hijo, a fin de que fuese éste el Primogénito entre muchos hermanos" (1). Es la Comunión sacramental con el Cuerpo de Cristo la individualización de la redención, con todos sus frutos, pensamiento tan caro a santo Tomás: "Todo el efecto que la pasión de Cristo vino a causar en el mundo, lo causa la participación de este Sacramento en cada uno de nosotros".

Y ¡cómo labrará Jesús, en las intimidades de la Comunión eucarística, nuestra fisonomía de hermanos suyos! Él, que con tanto ardor había hablado en su vida mortal de esta paternidad universal del Padre con respecto a Sí y a los demás hombres; que había puesto en boca de éstos la salutación más grata a Dios, porque revela esta fraternidad con su Hijo: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."; que con palabra ardiente y sublime decía al Padre universal, en la Última Cena, cuando sus Apóstoles le habían recibido en sus pechos, estas palabras reveladoras de sus íntimos sentimientos de hermano de todos los hombres: "¡Padre justo! Te ruego les ames con el mismo amor con que me amaste a Mí, porque Yo estoy en ellos..." (2); que, cuando estaba para partir de este mundo y subir al Padre, indicaba a sus hermanos la comunidad de herencia: "Subo a mi Padre y Padre vuestro" (3). ¡Cómo trabajará el gran Celador de los intereses del Padre, el mayorazgo de la gran familia de la gracia, en el interior de nuestras almas

(1) ROM. 8, 29.

(2) IOH. 17, 26.

(3) *Ibid.* 20, 17.

para acuñarlas según su propia imagen, y para que vea el Padre que le envió cómo se dilata la vida divina por el mundo!

¡Hermano Jesús! Cuando entres en mí por la Comunión, vence todas mis resistencias de hermano, más inconsciente que ingrato. Haz que ceda a tus fraternales requerimientos y que me rinda a tu dulcísimo amor de hermano. Santifícame, Jesús, porque tu santificación es hermandad, es abrazo de hermano, que nos da derecho mutuo, a Ti y a mí, de decirnos: “¡hermano mío!!” Es doctrina de tu Apóstol: “El que santifica y los que son santificados proceden todos de un mismo tronco: *Ex uno omnes*: Por lo cual no se desdeña de llamarlos hermanos” (1).

6. DESPOSORIOS DE JESÚS Y EL ALMA POR LA COMUNIÓN. — Ningún amor es más sagrado ni más inviolable que el de los esposos: “El hombre dejará a su padre y a su madre y se juntará a su esposa”(2). Así consagra el mismo Dios la fuerza y la inviolabilidad del amor conyugal.

Jesucristo no quiere que haya en la tierra un amor que aventaje al suyo, ni una ligadura más fuerte que la que ata a Él a toda la humanidad: por ello ha querido hacerse Esposo de nuestras almas. Él mismo se compara, en su vida pública, al hijo de un rey que vino a este mundo para desposarse con las almas. Un libro entero, el Cantar de los Cantares, está en las divinas Escrituras consagrado a celebrar, en forma delicadísima, los divinos desposorios de Cristo y las almas. San Pablo, después de recordar la formación de la mujer y la intimidad y fuerza del lazo conyugal, añade: “Es éste un gran sacramento; yo os digo que lo es con respecto a Cristo y la Iglesia.” “Esto es afirmar claramente, dice un teólogo, y así lo ha entendido la tradi-

(1) HEBR. 2, 11.

(2) GEN. 2, 24; MT. 19, 5. EPH. 5, 31.

ción, que la unión matrimonial representa una unión más augusta, la unión del divino esposo Jesús con las almas" (1).

Santo Tomás coloca la unión matrimonial por la gracia sobre la unión matrimonial ordinaria. Teólogo y santo, el Angélico razona admirablemente su tesis, mientras se expansiona su corazón en regalados afectos: "Cuanto es la realidad más excelente que la figura que las representa, dice el Santo, tanto el amor de Dios al alma es mayor que el del esposo a la esposa... En este divino desposorio la fidelidad es más inviolable, mayor la indisolubilidad, la posteridad más útil... Ni digas: no es el alma la única esposa de Dios... ¿Acaso el esposo no ama únicamente a su esposa porque ama en ella diversas cosas que le agradan? ¿Acaso queda disminuía la especie en un individuo porque muchos participan de la misma? Así es, oh alma mía, que se une Dios a ti por modo maravilloso: todo entero, el te ama toda entera; sin que porque ame a las otras disminuya el amor que te tiene... La muerte rompe la atadura de las alianzas humanas; pero entre Dios y tú, oh alma mía, el matrimonio que, iniciado en el Bautismo y ratificado por una vida cristiana se consume en la gloria, será para siempre indisoluble" (2).

La Eucaristía es el sacramento en que se celebran los desposorios de Cristo con el alma. "Dios, dice santo Tomás, se hace esposo de nuestras almas por la caridad" (3): el Sacramento de la caridad debe ser, pues, el que estreche y vigorice este vínculo nupcial del alma con Dios.

Y si la esencia de la unión matrimonial consiste en la

(1) EPH. 5, 32; Cfr. BELLAMY: *La vie surnaturelle*, p. 218 y siguientes, donde pueden leerse numerosos testimonios de los Padres, Liturgia, epigrafía, etc.

(2) D. THOM. *Opusc.* 9, cap. 13.

(3) *Summ. Theol.* 2, 2, q. 19, 2, 3.

donación recíproca y personal del esposo y de la esposa ¿qué sacramento realiza más que la Eucaristía esta condición? En ella no sólo se nos dan los bienes de Dios, es decir, la participación a las riquezas de su gracia, sino que se nos da el mismo Dios, y se une a nuestras almas con tan entrañable unión, que los Padres no han temido compararla a la unión hipostática.

San Pablo, escribiendo a los fieles de Corinto, les decía estas ardientes palabras: "Siento los celos de Dios por vosotros, porque os he desposado con Cristo para que seáis con Él como vírgenes castas" (1). Si la predicación del Apóstol había obrado los desposorios de aquellos creyentes con el Verbo de Dios que les había predicado, ¿dónde se estrechará mejor este nudo que en la Eucaristía, en la que alma y cuerpo del creyente se aglutinan con la Hūmanidad santísima del Verbo encarnado? "La virginidad del alma, dice san Agustín, es una fe íntegra, una esperanza robusta, un amor sincero (2): ¿por qué en la Eucaristía, que es el "misterio de la fe", la "prenda de nuestra esperanza" y el centro y manantial del amor de caridad, no deberá refundirse nuestra alma con el ser de Cristo para ser con Él "un mismo espíritu", según el Apóstol (3), como los esposos son una sola carne: *Erunt duo in carne una*?

Así, en esta unión, y excluyendo todo resabio panteísta, en esta casi unidad entre Cristo y el que comulga, en esta comunión nupcial", como la llama Teodoreto, se verifica aquella correlación de derechos y aquella reciprocidad de acciones que hay entre el esposo y la esposa y que con soberana elocuencia así describe Bossuet: "Su cuerpo ya no es suyo, sino nuestro: nuestro cuerpo ya no es nues-

(1) 2 COR. 11, 2.

(2) S. AUG. *Tract.* 13, in *Ioh.*

(3) 1 COR. 6, 16-17.

tro, sino de Jesucristo. Es el misterio del supremo goce espiritual, el misterio del Esposo y de la Esposa. Está escrito: "El cuerpo del Esposo ya no está en su potestad, sino en la de la Esposa" (1). ¡Oh Iglesia Santa, casta Esposa del Salvador! ¡Oh alma cristiana, que le has escogido por tu Esposo en el Bautismo, por la fe y con promesas mutuas! Miradle al Cuerpo sagrado de vuestro Esposo: miradle sobre la sagrada mesa en la que acaba de ser consagrado. Ya no está Él en su potestad, sino en la vuestra: Tomad, os dice: es mi Cuerpo que se ha entregado por vosotros. Tenéis sobre Él un derecho real. Pero tampoco os pertenece ya vuestro cuerpo: Jesús quiere poseerle. Así os uniréis cuerpo con cuerpo; y Jesús y vos seréis dos en una sola carne, lo que es un derecho de la esposa y la consumación perfecta de este casto, de este Divino desposorio" (2).

Y ¡cómo en la vida de los santos y en sus relaciones con el Amado aparece a veces este "espíritu de amor" (3), cuyos caracteres son la expansión ilimitada, la manifestación vehemente, la regalada familiaridad! "El amor conyugal, dice san Bernardo, desconoce este temor reverencia! que pone trabas: *Reverentiam nescit*; y es altamente efusivo: *Sibi abundat*. Suele ser atrevido, dice Tomasino, y desoye a veces lo que el derecho y la razón y la medida reclaman (4). Es un san Ligorio quien, en los días de ancianidad acude al Sagrario y golpea a sus puertas, y habla dulcemente, cariñosamente, con su Amor. Es santa Gertrudis que, al entonarse en Maitines el *Ecce Sponsus venit*, "¡que viene el Esposo!" sale en busca de su Amado, y en dulcísimo colo-

(1) 1 COR. 7, 4.

(2) BOSSUET: *Méditations sur l'Évangile*; La Cène, 24 jour.

(3) 2 TIM. I, 7.

(4) S. BERN. *Serm.* 38 in Cant.: TOMAS. *Dogm. Theol.*, cap. 2.

qu coasta le presenta su corazón como una lámpara, que llena Jesús con el aceite de su gracia, que brota de su corazón divino. "Yo soy Teresa de Jesús", decía nuestra Santa española: "Y Yo Jesús de Teresa", le respondía su celestial Esposo. ¿De dónde proceden esta familiaridad y estos atrevimientos humanos sino de este contrato conyugal, más que contrato, estrechísimo abrazo, dice san Bernardo, que en la Comunión se dan Dios y el Alma? "Contrato de espiritual y santa alianza es éste. Digo poco: es un abrazo: abrazo en que el mismo querer y no querer hace de dos un solo espíritu" (1).

Verdad es que estas manifestaciones no son comunes en la vida cristiana. Pero estas dulces expansiones del amor de Dios a su criatura, estas elevaciones y arrobamientos del alma, que parece pierde la noción de la infinita distancia que la separa de Dios; estos mutuos amores que se nutren y fomentan en la Comunión eucarística, demuestran que la Eucaristía es el *vinculum caritatis*, el nudo sagrado donde se juntan los amores del cielo y de la tierra en su expresión más ardiente: el foco ardoroso, inmenso, verdadero sol del mundo del amor, hacia el que se precipita todo el amor sobrenatural de los corazones humanos, fragua divina donde se le comunica al hombre los ardores de la caridad de Dios.

Hasta el mismo cuerpo experimenta los bienhechores influjos de estos espirituales desposorios que por la Comunión celebra el alma con Cristo: "La carne, dice enérgicamente Tertuliano, sigue al alma que se desposa con el Espíritu, como sigue a la mujer la dote: y ya no es la carne sierva

(1) S. BERN. *Ibid.*

del alma, sino del Espíritu" (1). Es la caridad de Dios que invade todo el pobre ser del hombre, y comunica su vibración y calor, es decir, las divinas influencias de la santidad, hasta a este pobre vaso de tierra en que se encierra nuestro espíritu. ¿No comunica el fuego sus ardores y sus propiedades al oro puro y al vil metal, a la luminosa atmósfera y al barro de la tierra?

Concluyamos con estas palabras de un teólogo: "La Comunión sacramental es el acto auténtico y fundamental de nuestra unión con Cristo. Es el contrato y el nudo de un maravilloso desposorio, indisoluble por su naturaleza, entre el Verbo hecho carne y vuestra alma; entre la Sabiduría eterna y vuestra alma; entre la santidad, la bondad, el amor, la bienaventuranza infinita y vuestra alma... ¿Comprendéis, oh almas cristianas, almas desposadas con Dios, los deberes singulares que os impone esta alianza? ¿Comprendéis que cuando tal socorro se os ha dado para el combate, no podéis ser vencidas sin un crimen? ¿Comprendéis que si la Eucaristía es el alimento de la vida, la vida que se os exige es la que nos impone el Evangelio? Comprendéis que, admitidas a tan íntimo comercio con la divinidad, se os pide rompáis con todo comercio vulgar? ¿Comprendéis que siendo aquí Dios no sólo vuestro Señor, no sólo vuestro Padre y vuestro Amigo, sino vuestro Esposo, estáis estrechamente obligadas a guardarle una fidelidad entera e inviolable, a permanecer con Él en una comunión perfecta y en una verdadera y sincera unidad de espíritu, de voluntad, de deseo, de sentimiento, de intereses, de bienes, de vida, de sufrimientos? ¿De sufrimientos, porque ellos han sido su herencia en la tierra donde moráis, como el goce es su herencia en el cielo donde os espera? ¿Comprendéis que el

(1) TERT. *De anim.*, n. 41.

pecado de un alma que ha comulgado, aunque no hubiese sido más que una vez en la vida, es un verdadero adulterio? Y si es execrable el adulterio que hace traición a un hombre, ¿qué será el que hace traición a Dios!" (1).

(1) GAY: *Fragments Euchard.*, p. 54.

CAPÍTULO X

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR

III. — Es sello de la unidad de caridad en que se juntan
Dios y los hombres

SUMARIO

1. LA UNIDAD, EN EL MUNDO DE LA NATURALEZA Y DE LA GRACIA. — *La unidad en Dios. — Es el sello de las obras de Dios. — El mundo de la naturaleza y de la gracia.*

2. LA EUCARISTÍA, SIGNO PERPETUO DE LA UNIDAD PERSONAL DEL HOMBRE-DIOS.—*La Encarnación, obra de unificación. — La Eucaristía la perpetúa. — La naturaleza y la gracia unificadas en la Eucaristía.*

3. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD DE LA VIDA SOBRENATURAL. — *Todas las cosas viven por el Verbo de Dios. — Diferente manera de participar las criaturas de la vida sobrenatural de Dios. — La Eucaristía, corazón de la vida divina en el mundo. — Nos une en santa hermandad de vida con los ángeles.*

4. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD ESPIRITUAL DE LA IGLESIA.—*La Iglesia, misterio de unidad.—La Eucaristía, signo de esta unidad. — La Escritura y la Tradición. — Comentario a la oración de Jesús en la Cena: Ut sint unum sicut et nos.*

5. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA FRATERNIDAD CRISTIANA. — *El amor de fraternidad.* — *El "precepto nuevo" y la Eucaristía.* — *Los primitivos cristianos y la "fracción del pan".* — *El pan de la fraternidad.*

6. EL SIGNO DE LA FRATERNIDAD POR LA CONSUMACIÓN DE LA MATERNIDAD DE ADOPCIÓN. — *El Cuerpo y Sangre de Jesús y la Madre Santísima de Jesús.* — *La Liturgia.* — *La Madre de Jesús y la Comunión sacramental.* — *San Agustín.*

7. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD DE CULTO. — *La Eucaristía, centro de nuestro culto.* — *Convergencia de todos los sacramentos en la Eucaristía.* — *El canto de la unidad.* — *Visión de Isaías.* — *Conclusión.*

O, signum unitatis!

¡Oh, signo de unidad!

(S. AUG. *Tract. in Ioh.* 26, n. 13.)

I. LA UNIDAD, EN EL MUNDO DE LA NATURALEZA Y DE LA GRACIA. — La unidad es el sello de las obras de Dios. Del mismo seno de la Trinidad Beatísima, en la que la fe nos manda adorar a Dios Uno, descende la unidad a la creación visible e invisible. Todo ser es uno, dice el Angélico, hasta el punto de que la unidad constituya la esencia de todos los seres; y esta unidad se comunica a la universalidad de las cosas que, en su variedad casi infinita, no son más que la expresión de la idea única y simplicísima de Dios, que es su Verbo.

La inteligencia humana no puede abarcar el número de los seres, ni es capaz de penetrar en el secreto de las relaciones que los unen: para ello debiera el hombre penetrar

en el pensamiento de Dios. Por esto es el hombre incapaz de hallar la fórmula expresiva de la gran unidad de la creación. Sólo a fuerza de trabajo, y por la secular contribución de los genios, llega el hombre a reducir a unidades fraccionarias las leyes, las fuerzas, las substancias que integran la unidad universal de la creación. ¿Qué son las hipótesis científicas más que tentativas del humano ingenio para sorprender los misterios de la unidad que gobierna un sector de fenómenos de la naturaleza? Y estos nombres de gravitación, gravedad, atracción, movimiento, luz y calor, con sus leyes precisas y constantes ¿qué otra cosa son sino grandes síntesis expresivas de la unidad que preside a las substancias y a los fenómenos del mundo de la materia?

El mundo de la gracia es complejo, como el mundo de la creación visible. ¿Quién es capaz de barruntar siquiera las “inescrutables riquezas de Cristo”, autor y consumidor de la gracia? Mundo maravilloso y espléndido es el mundo sobrenatural, en el que Dios entra en admirable consorcio con sus criaturas: tiene también sus fuerzas, sus leyes, su sapientísima economía. El hombre es incapaz de penetrar en sus misterios, cuanto más lo será de comprender la fórmula que pueda reducirlos a la unidad.

Pero en el mundo de la gracia ha sido Dios pródigo con nosotros, más que en el de la naturaleza ha sido afortunada la razón en sus conquistas. La Iglesia, reino de la gracia, porque es el reino que fundó Jesucristo con su Sangre, es sociedad “una”. La unidad es carácter esencial de la sociedad religiosa fundada por Cristo: y esta unidad no sólo la ha hecho Cristo palpable, visible con la realidad de un hecho social e histórico que se perpetúa a la faz de las humanas generaciones, sino que la ha sellado con un

Sacramento, nudo sagrado adonde converge toda la infinita complejidad del mundo sobrenatural: fórmula única, tan clara en cuanto es un Sacramento visible, como obscura en cuanto es un abismo de misterios, en cuya unidad se resuelven todas las fuerzas, todas las leyes, toda la economía del reino de la gracia, signo y símbolo realmente divino de esta unidad en que Cristo quería se refundieran todos los hijos del reino deiforme de la gracia: "Que su perfección sea en la unidad": *Ut sint consummati in unum* (1). Este Sacramento es el de la Eucaristía: *Oh, signum unitatis...*

2. LA EUCARISTÍA, SIGNO PERPETUO DE LA UNIDAD PERSONAL DEL HOMBRE-DIOS. — Es, ante todo, la Eucaristía el signo y memorial perenne de esta unidad misteriosa, profundamente amable, que resulta de la unión hipostática del Verbo de Dios con su criatura. La doctrina cristiana rechaza al panteísmo, por absurdo y blasfemo. No es Dios el mundo: es éste la obra de Dios, y en la perfección de su ser dista infinitamente de Dios. Pero es la obra amada del divino artífice, que ve en ella una traducción de su pensamiento, una invención de su Sabiduría, una imagen de su Verbo. El amor, dice el Angélico, arrastra fuera de sí: *Extasim facit*; y tal fué el amor de Dios a su obra, y de tal manera le hizo salir de Sí, que el Hijo de Dios, sin dejar la diestra del Padre, como canta hermosamente la Iglesia en el Oficio del Sacramento:

*Verbum supernum prodiens,
Nec Patris linquens dexteram...*

se hizo carne, juntándose personalmente, substancialmente, a la naturaleza humana.

La encarnación del Verbo es la gran obra del amor de Dios: por esto es la gran obra de la unidad, porque el

(1) Ioh. 17, 23.

amor de Dios, dice asimismo el Angélico, es esencialmente unificativo. Concretó la Encarnación en una unidad inefable, que es la Persona santísima de Cristo, lo que distaba infinitamente antes de ella. Cristo es Dios-Hombre: su ser es del cielo y de la tierra; su vida es divino-humana.

Mas todavía: el hombre es el *microcosmos*, la cifra del mundo: no sólo en cuanto siendo cuerpo y espíritu "lo es todo en cierta manera", como dice un Santo Padre, sino porque es el señor del mundo: *Omnia vestra sunt* (1), y la razón, al menos para él, de la creación. Por ello la fuerza de la unión del Verbo de Dios a la naturaleza humana trasciende, hasta cierto punto, más allá del hombre y penetra hasta el mismo mundo material. Como en la Sangre de la Redención se remozaron la tierra y los cielos y los astros y todo el *Cosmos*:

*Terra, pontus, astra, mundus,
Quo lavantur flumine...*

así en la unidad del Verbo humanado se juntaron todos los elementos de la creación. "La naturaleza humana, dice san Juan Damasceno, es el punto de unión de todos los mundos: al juntarse el Verbo a la naturaleza humana, se unió por ella a toda la creación" (2). Y el Cardenal Cayetano añade: "La Encarnación es el grado más alto de la unión de Dios con su criatura. Dios se ha comunicado así a la creación entera, y no a una criatura en particular... El hombre, por su doble naturaleza, es la reunión de los dos mundos, y la consecuencia de la Encarnación es una especie de elevación de todos los seres a la personalidad divina. Así Dios, encarnándose, se ha dado en el grado más alto de la unión a todo el universo" (3).

(1) 1 COR. 3, 22.

(2) IOH. DAMASC. *In Nat. B. M. V.*, Homil. 6, n. 1.

(3) CAIET. *In 3 Partem.*, art. 1, q. 2.

La obra estupenda de la Encarnación se perpetúa en la Eucaristía y por la Eucaristía. Hay entre ambos misterios profundas analogías. Es el Cuerpo de Cristo el que en cierta manera nace en las manos del sacerdote, y a él se juntan el alma y la divinidad, como se juntaron en el seno de la Virgen, bien que en modo distinto. Es Dios-Hombre el efecto de la Encarnación, para que viviese el Verbo encarnado y conversase con los hombres; y en la Eucaristía hay el mismo Verbo humanado que convivió con sus contemporáneos. La Encarnación tuvo por fin la redención; y la Eucaristía no hace más que prolongar en la tierra, y difundirlos a todos los espacios y a todos los siglos, los frutos de la redención. Por esto la Eucaristía es el signo y la realización de esta unidad profunda en que se abrazan Dios y el mundo.

¡Oh, Sacramento de la unidad! El Verbo encarnado, por la palabra sacerdotal, ha hecho brotar en ti su propia carne, como canta el Angélico:

*Verbum caro panem verum
Verbo carnem efficit...*

El pan se ha hecho carne: es la carne sacratísima de un hombre Dios; no muerta, sino viva; no mortal, sino glorificada; no sola, sino con su espíritu y con la Persona del Verbo que la sustenta. Los dos grandes órdenes de la creación, la naturaleza y la gracia; lo más alto de los cielos y lo más elemental de la tierra en ti se abrazan en unidad incomprendible. Unos granos de trigo, que han tomado su substancia del seno de la madre tierra, se han convertido en un Sacramento: granos minúsculos de la planta del pan, dulces granos de la vid, formados en el seno de la atmósfera por el agua y el sol y el aire, por las influencias sidéreas, por la electricidad y la luz, por las substancias múltiples y

por las fuerzas misteriosas que Dios pone en juego para elaborar esta primera materia del Sacrificio y del Sacramento, recogidos y triturados y estrujados por la mano del hombre, concurriendo en cierta manera toda la creación en la preparación de la materia que la palabra del sacerdote transformará en Santísimo Sacramento. Y en este Sacramento, que aún conserva las apariencias de la materia inanimada del pan, se esconde luego Dios, con su infinitud; la gracia, con sus maravillas; la naturaleza humana de Cristo, con su perfección inenarrable; los misterios de la vida física y los más profundos de la vida sobrenatural; la inteligencia, el amor, la santidad, la gloria: todo fundido en la unidad de un Sacramento que por esto es el Sacramento del amor, y escondido bajo la pobre envoltura de este gran signo de la unidad: *O, signum unitatis...*! (1).

3. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD DE LA VIDA SOBRENATURAL. — Como no hay más que un Ser sobrenatural y una vida sobrenatural, que son el Ser y la vida de Dios, así no hay más que una manera de participar las criaturas de esta vida divina: por la comunicación con el Verbo. “En Él está la vida”: “Como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dió al Hijo el que tuviese la vida en sí mismo” (2). San Juan le llama al Verbo de Dios “Verbo de la vida”: *Verbum vitæ* (3). Imagen substancial del Padre y

(1) Tomamos aquí el *signo* sacramental en su significación más amplia: no sólo en cuanto significa algo que es el efecto propio del Sacramento, o, como dicen los teólogos, la *res contenta*; sino en cuanto representa una cosa sagrada que está destinada a producir en nosotros la gracia, prescindiendo de su causalidad especial en orden a la misma. “Los sacramentos, dice santo Tomás, pueden significar la causa, la forma y el fin de nuestra santificación.” — Cfr. BILLOT: *De Sacramentis*, I, 23.

(2) IOH. I, 4; 5, 26.

(3) I IOH. I, 1.

causa ejemplar de todo lo que ha producido Dios fuera de Sí, todas las obras de la naturaleza y de la gracia son vida en el Verbo, en el pensamiento de Dios, y de Él la reciben, para ser en el plano y en la forma por Dios establecidos.

La vida de las cosas se atribuye al Verbo, dice el An-
gélico, en cuanto las conoce Dios por el mismo. Comen-
tando santo Tomás las palabras de Cristo: "Yo soy el ca-
mino, la verdad y la vida", dice: "La vida le conviene al
Verbo, porque todo él que ejerce por sí mismo alguna ope-
ración se llama viviente, como se llaman no vivientes los que
no se mueven por sí propios. Entre las operaciones vitales
son las culminantes las operaciones del entendimiento, por
lo cual el mismo entendimiento se llama viviente, y sus ac-
tos son una clase de vida. Pero en Dios el entendimiento y
el acto de entender son lo mismo; de donde se sigue que el
Verbo, Entendimiento del Padre, es su vida" (1). Así, como
todas las cosas han sido hechas por el Verbo, así viven
todas por el mismo, las del mundo visible y las del invisí-
ble, las del orden natural y las del sobrenatural.

Pero hay una diferencia capital en la forma con que
participan las criaturas la vida sobrenatural de Dios. Los
ángeles y el primer hombre fueron ya en su creación misma
elevados a la participación de la vida de Dios. En el estado
presente, los hombres nacemos desposeídos de la vida de
Dios, que se nos debe infundir por los méritos del Verbo
humanado. Es decir, que los ángeles reciben la vida del
Verbo, y de Él se nutren directamente contemplándole en
la bienaventuranza; mientras que nosotros recibimos la
vida del Verbo a través del velo de su Humanidad.

Y he aquí por qué la Eucaristía es el signo de la unidad
de la vida sobrenatural. Ella es el corazón de la vida divina

(1) D. THOM. *in* Iho. 14, lect. 2 in medio.

en el mundo, porque en ella está el Verbo de Dios, que llena de vida la Humanidad de Cristo, y por ésta nos vienen a nosotros las riquezas de la vida divina. Es el gran organismo de la humanidad redimida, que con tanta propiedad compara el Apóstol al cuerpo humano vivo. Cristo es la cabeza, nosotros los miembros, la gracia es la vida, vida que vino al mundo cuando el Verbo se hizo carne y llenó de gracia la humanidad de Jesús: "El Verbo se hizo carne..." "Y vimos su gloria, gloria como el Unigénito del Padre, *lleno de gracia y de verdad*" (1). Pero Cristo es "el pan vivo que bajó del cielo"; pan de la Eucaristía, que da la vida al que le come: "El que me comiere vivirá por mí", es decir, vivirá conmigo mi misma vida, como yo vivo la vida del Padre. Así la vida de Dios, que está en el Verbo, pletórica, infinita, invasora, se encierra en este Sacramento, corazón del mundo sobrenatural en la tierra, y de él en oleadas vigorosas, se propaga a todo el cuerpo místico de Cristo, que es la Santa Iglesia.

Pero es más profundo aún el misterio de esta unidad de vida de la que la Eucaristía es signo. El consorcio de la vida sobrenatural trasciende los límites de esta tierra para unirnos en santa hermandad de vida con los ángeles del cielo. En la Eucaristía hay el Verbo de Dios: y el Verbo de Dios, que es una cosa con el Padre, es el pan de que se nutren los ángeles, mundo excelso de los espíritus que comulgan en el Verbo y de cuya vida participan. Ya lo hemos dicho en otro lugar. Pero hemos de añadir aquí, para dar mayor relieve a esta gran unidad de vida sobrenatural que la Eucaristía representa, que la misma Humanidad Santísima de Cristo, en su realidad gloriosa y tal como aparece en los cielos a la diestra del Padre, es en cierta manera, como dice el Angélico, el pan de aquellas soberanas inteli-

(1) IOH. I, 14.

gencias que “no se cansan de apacentarse en la visión de aquella hermosura” (1).

En el cielo no hay la Eucaristía, porque en la patria bienaventurada no hay sacramentos, socorro de viadores: pero el mismo Dios de la Eucaristía, el Verbo eterno que, en la visión de su realidad infinita, nutre las inteligencias angélicas, es “el pan vivo que bajó del cielo” al hacerse hombre, y en su estado sacramental sirve de alimento sobrenatural a la humanidad. He aquí por qué el Sacramento de nuestros altares viene a ser el signo de la vida divina, que es esencialmente la misma en los cielos y en la tierra.

¡Carne de Cristo, que te escondes en este Sacramento, vivifícame! A través de tu envoltura, haz que mi espíritu se ponga en comunión con el Verbo que a ti está unida, y que esta espiritual comunión lleve a todo mi ser la vida del Verbo, que es la vida de Dios. ¡Vivifícame, Carne santísima de Cristo, como el Verbo a la que estás hipostáticamente unida vivifica a los encumbrados espíritus que le contemplan en la gloria! Tales debieran ser nuestros anhelos al recibir el pan de la Eucaristía. La gracia es la semilla de la gloria; y esta gracia, vida divina que el pan eucarístico comunica a nuestras almas, es la misma que un día nos abrirá las puertas del reino deiforme del cielo, en el que, sin perder su personalidad, ángeles y hombres se confundirán en la gran unidad de una misma bienaventuranza.

4. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD ESPIRITUAL DE LA IGLESIA. — “Misterio de unidad individua”, llama san Pedro Damiano a la Iglesia, en la que ni la unidad excluye la multitud, ni la multitud viola la unidad. Y san Cipriano, comparando la Iglesia a la túnica de Cristo, que no tenía costura, dice: “El pueblo de Cristo no puede dividirse:

(1) 1 PETR. 1, 12. — Cfr. D. THOM. 4, d. 9, q. 5.

su túnica, tejida en una sola pieza, no se divide entre los que la poseen: individual, sin juntura, representa la cohesión y concordia de nuestro pueblo que se ha revestido de Cristo" (1).

Un Señor, una fe, un bautismo; un Evangelio, una ley, un dogma, una jerarquía, un culto; un Redentor, una redención, una misma vida divina que de ella deriva: en una palabra, un sólo fundamento y una piedra angular, Cristo, fuera del cual no hay firmeza ni fundamento, según el Apóstol: he aquí las líneas generales de esta unidad eclesiástica, la inervación que da trabazón y unidad orgánica y vital a este cuerpo espléndido de la sociedad cristiana, único ejemplar de unidad vital-social en la historia. Unidad que arranca del Padre, que es cabeza de Cristo: de Cristo, que es cabeza de la Iglesia: del cuerpo místico de la Iglesia que forma un todo con Cristo y que por Cristo ha sido elevado por el Padre a su unidad: *Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum* (2), Tal es el arcano de la unidad de la Iglesia.

La Eucaristía es el gran signo de esta espiritual unidad. El genio de san Agustín inventó esta fórmula, que concreta la significación propia del Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo: *O, signum unitatis!* "Oh, signo de la unidad". Santo Tomás la reproduce en esta forma: "La Eucaristía es el signo de la unidad de la Iglesia": *Signum ecclesiasticæ unitatis* (3). Y el Concilio de Trento la acepta en su misma expresión: "Este Sacramento es el signo de la unidad": Es, según el mismo Concilio, "el símbolo de aquel cuerpo único, cuya cabeza es Él mismo, y al cual quiso nos uniéramos con los estrechísimos lazos de la fe, esperan-

(1) Cfr. GRÉA: *De l'Église et sa divine constitution*, p. 69.

(2) IOH. 17 23.

(3) D. THOM. 3, q. 67, 2, c.

za y caridad, para que todos profesáramos lo mismo y no hubiese cismas entre nosotros" (1).

No sólo es la Eucaristía el signo, sino la causa de esta admirable unidad espiritual de la Santa Iglesia: "La unión del cuerpo místico, dice el Angélico, es el efecto de la participación del cuerpo verdadero". Esta profunda relación entre la unidad de la Iglesia y la Eucaristía ya la había explicado clara y maravillosamente el Apóstol escribiendo a los fieles de Corinto: "¿Acaso la participación del cáliz consagrado no nos da una comunidad de sangre con Cristo? y la participación del pan que en el sacrificio rompemos ¿no es una comunicación del Cuerpo de Cristo? Somos todos un solo cuerpo, como uno solo es el pan que participamos" (2). Palabras que así comenta muy hermosamente san Pedro Damián: "Tan grande es la unidad de la Iglesia en Cristo, que en toda la redondez de la tierra no hay más que un solo pan de su Cuerpo y un solo cáliz de su Sangre. Porque así como es una sola la divinidad del Verbo que llena todo el mundo, así aunque se consagre cada día en muchos lugares el Cuerpo, no hay muchos cuerpos sino un solo Cuerpo de Cristo. Y así como el pan y el vino se convierten realmente en el Cuerpo y Sangre de Cristo, también los que en la Iglesia lo reciben dignamente, hacen sin duda un mismo cuerpo de Cristo, según lo afirma Él mismo cuando dice: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en Mí y yo en él" (3).

Ésta fué la gran ambición de Cristo sobre la tierra que expresó de manera ardiente después de la primera Comunión de sus discípulos: "Que sean una misma cosa como

(1) CONC. TRID. Sess. 13, c. 11; *Ibid.* cap. 2.

(2) I COR. 10, 16-17.

(3) S. PETR. DAM. *Lib. Dom. vob.*, c. 8.

nosotros". Ahondemos algo en el sentido de estas palabras, que contienen la quinta esencia de la vida cristiana, y que son en realidad, como se las ha llamado, el *Sancta Sanctorum* de los Evangelios.

Jesús ora al Padre: ora como hombre, y habla como Dios. Jesús está en el Padre y el Padre está en Jesús: no por una comunicación de orden meramente moral, sino por la comunión física de una misma inteligencia, de un mismo amor, de una misma vida: "Nosotros somos una misma cosa", le dice Jesús al Padre. Esta unidad profunda, esencial, que hay entre Jesús y el Padre, debe ser el modelo de la unidad que haya entre los hombres. No que la unidad del Padre y del Hijo se abaje hasta la imperfección de la criatura, como quisieron los arrianos; sino que la unidad de la criatura suba, sin llegar jamás a la absurda unificación panteísta, hasta el mismo Dios: "Que sean una misma cosa, como nosotros somos una sola cosa". Pero hay más aún: esta unidad de la tierra debe remontarse al cielo: esta unidad del cielo debe descender a la tierra: la Trinidad Una debe unirse a la humanidad una para formar la gran unidad espiritual de Dios y los hombres: "Para que ellos sean una misma cosa con nosotros" (1).

Tal es el sentido profundo de la plegaria sublime de Jesús: es una petición al Padre de que la unidad de vida que hay entre Él y el Verbo humanado, se corra y se dilate, en la medida que lo consienta la infinita distancia entre Dios y el hombre, hasta hacer vibrar el mundo espiritual de esta baja tierra con la vibración de vida divina que se produce en el seno de la Trinidad Beatísima en los cielos.

La oración de Jesús siempre es oída, cuando es la expresión de su voluntad absoluta y decidida. El Padre concede a Jesús, de una manera infalible, lo que Jesús quiere

(1) 10H. 17, 21-22.

de un modo absoluto: y la oración absoluta de Jesús es expresión de su voluntad absoluta. He aquí por qué esta unidad maravillosa que se pide en la oración de la Última Cena, no es sólo un anhelo del Corazón de Cristo, sino un hecho realizado en la historia: hecho profundo, misterioso que se consuma en la entraña viva de la humanidad por la infusión de la caridad de Dios.

Sacramento de la caridad como es la Eucaristía, es la causa íntima y el sello público de esta unidad espiritual de la santa Iglesia: "Por ella somos hechos no sólo *Cristíferos* o "portadores de Cristo", dice san Cirilo, sino *concorpóreo* y consanguíneos de Cristo" (1). Y, por lo mismo, se no aparece en el centro de la vida de la Iglesia, en su dogma en su culto, pero más que todo en la Comunión sacramental como signo visible y representativo de esta profunda unidad de la vida sobrenatural en el mundo. Recordemos que la oración de Jesús por la unión y la unidad espiritual de los hombres y Dios fué pronunciada por Jesús en los momentos solemnes de la institución de la Eucaristía, la única vez que Cristo distribuía a los hombres su Cuerpo y Sangre en comida y bebida; cuando los apóstoles, atónitos, teniendo a Cristo en sus pechos, recogían con toda la fuerza de su vibración las palabras ardientes que brotaban de los labios de su Maestro.

¡Oh, Santa Iglesia de Dios! Aquí está, sobre tus altares, el Pan divino, signo de tu unidad. Toda la vida espiritual de tus hijos brota de este Pan, en expresión de Bossuet, y está unida a este Pan, como los pequeños canales están unidos al río caudaloso de que se nutren. En tu seno, ¡oh Iglesia una!, "ya no hay gentil ni judío, bárbaro ni escita, esclavo ni libre: no hay más que Cristo que está en todo

(1) S. CYRIL. HIEROSOL. *Catech.* 4.

y en todos" (1). "No hay más que un solo corazón y una sola alma" (2): es la divina caridad, de la que el Sacramento es fuente y signo.

¡Oh, y cómo se vislumbra, a la luz que de este signo brota, el hecho posible de una sociedad que, como tiene este sello divino de su unidad, así supiese hacer de él el troquel divino que acuñará a todos los espíritus con unidad de efigie y unidad de amor; la efigie de Cristo, el amor de Cristo, para que todos fuéramos uno en Cristo: *Multi unum corpus sumus in Christo!* (3).

Y ¡qué responsabilidad moral la de los miembros que rehusan someterse a la acción de este signo unificativo, y la de aquellos otros que, si creen y comulgan, oponen suicida resistencia a ser absorbidos y uniformados con Cristo! ¿No es esto una especie de "auto-excomunión, sino de pensamiento, de amor, por ser la antítesis de lo que quiere Jesús en la "comunidad"?

5. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA FRATERNIDAD CRISTIANA. — Porque es signo de la unidad espiritual de la Iglesia, este Sacramento es asimismo el signo de la fraternidad cristiana.

El precepto del amor fraternal lo había Dios impuesto en la antigua ley; Jesucristo lo había renovado en su predicación (4). Y, no obstante, momentos antes de su Pasión promulga este precepto como cosa nueva: "Hijitos míos... Os doy un precepto nuevo: Que os améis mutuamente, como yo os he amado, para que vosotros os améis unos a otros (5).

(1) COL. 3, 11.

(2) ACT. 4, 32.

(3) ROM. 12, 5.

(4) LEV. 19, 18; MARC. 12, 31.

(5) IOH. 13, 33-34.

¿De dónde arranca este amor nuevo que deben profesarse los discípulos de Jesús? No creemos temeridad afirmarlo: arranca de la Comunión eucarística, o la que todo cristiano viene obligado.

Jesús promulga este precepto "nuevo" cuando sus discípulos han comulgado ya en el Cuerpo y Sangre de su Maestro divino; cuando Judas abandona la santa compañía del cenáculo; cuando Jesús ve, en la negra traición del discípulo, la primera infracción de este amor fraterno nuevo que debía arrancar de esta nueva generosidad de su Corazón divino. Entonces es cuando les manda un amor nuevo, cuando les acababa de dar una nueva prueba de amor: la santa Eucaristía: *Sicut dilexi vos*. Éste parece ser el sentido de las palabras de Jesús: "Os he dado, hijitos míos, todo cuanto podía daros: he venido del cielo a la tierra por vosotros, para que tengáis vida y la tengáis abundante. Os he dado mi tiempo, mi doctrina, mis fatigas y mis lágrimas, mis oraciones y milagros: pronto os daré mi vida. Y mientras dispongo de estos escasos momentos, "poco estaré ya con vosotros", os comunico mi Cuerpo y Sangre, mi vida de hombre y mi vida de Dios. Como yo os doy esta prueba nueva y profunda de mi amor, así quiero en vosotros un amor nuevo. Os amaréis, pues, no sólo como hijos de un mismo Padre, redimidos con una misma Sangre, miembros de un mismo Cuerpo, súbditos de un mismo reino, partícipes de la misma gracia, de la misma vida y de la misma gloria: sino que os amaréis como deben amarse los que comulgan en una misma mesa y comen la misma carne de su Dios. Éste es mi precepto nuevo: que os améis los unos a los otros como os he amado yo".

Así parece entendieron este precepto los cristianos primitivos, cuando los escritos apostólicos ponen de relieve la práctica de la caridad fraternal precisamente al describir

las reuniones eucarísticas. ¡Qué profundamente bello y sugestivo es este pasaje de los Hechos Apostólicos: “Perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan, y en las oraciones... Y todos los que creían estaban juntos, y lo tenían todo en común. Y vendían las posesiones y las haciendas, y las repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando diariamente unánimes en el templo, y partiendo el pan de casa en casa (probablemente la celebración de los misterios eucarísticos, por el creciente número de fieles), comían juntos con alegría y sencillez de corazón...!” (1).

San Pablo reprende ásperamente a los fieles de Corinto porque precisamente faltaban a la caridad fraterna en el banquete eucarístico (2). El Apóstol, que “deseaba ser anatema por todos sus hermanos”, tal era la caridad que a ellos le unía, exhorta reiteradamente a que sea la caridad fraterna la nota característica de aquellas cristiandades en que el Cuerpo de Cristo era el pan sobresubstancial de que se nutrían las almas cada día (3).

Y ¡cómo se amaban aquellos cristianos que todos los días veían sobre el altar y recibían en sus pechos la santa Eucaristía, signo de la fraternidad de todos los hijos de Dios! “Mirad, decían los gentiles, cómo se aman mutuamente, hasta el punto de que están prontos a dar la vida unos por otros. Parecen nacidos de un mismo padre y de una misma madre. Idiomas, naciones, costumbres, nada es capaz de dividirlos” (4). ¡Cuán regalada sería una rápida visión de la historia de la fraternidad cristiana tal como ha ido desarrollándose alrededor de la Eucaristía, que es su

(1) ACT. 2, 42-47.

(2) I COR. 11, 20 y siguientes.

(3) ROM. 12, 10: I THESS. 4, 9: HEBR. 13, 1.

(4) TERTULL. *Apolog.*, cap. 39.

centro y su factor poderosísimo! De ella brota este sentimiento, que es uno de los específicos del Cristianismo, como ella brotó de la caridad inmensa del Corazón de Cristo.

La “dulce fraternidad”, como la llama el Salmista, es la gran ambición de los tiempos modernos. ¡Qué locura la de los hombres, que buscan un lazo que los una y los estreche en los amores mezquinos de la tierra, en la ciencia fría, en la diplomacia calculista, en un ideal político o social que les aúne, y se olvidan de comer el verdadero pan de la fraternidad, que es la Santísima Eucaristía! Y ¡qué sabiduría la del Supremo Pastor de las almas que, en medio de las luchas modernas y en estas ansias de fraternidad que nos torturan, quiere que los cristianos se acerquen al santo altar con la posible frecuencia! ¿Dónde podría hallarse una fuerza más eficaz y un motivo más poderoso para engendrar en nuestros pechos el amor a nuestros hermanos. “¿No sentís al comulgar, les decía san Vicente de Paúl a sus religiosos, cómo un fuego divino abrasa vuestros pechos, y os arrastra al amor de vuestros hermanos?”

6. EL SIGNO DE LA FRATERNIDAD POR LA CONSUMACIÓN DE LA MATERNIDAD DE ADOPCIÓN. — Insistamos en este concepto de la fraternidad, ponderándolo bajo un nuevo punto de vista, regaladísimo al espíritu cristiano.

Jesucristo es el “Padre de la raza futura” (1), es decir, del pueblo cristiano; y es el mayorazgo de todos los hombres: *Primogenitus in multis fratribus*. Por la Eucaristía, según lo ya dicho, se consuma nuestra filiación de adopción y nuestra fraternidad espiritual con el Hijo de Dios, Jesús.

Pero la humanidad tiene una Madre, María, Madre de Jesús, a la que asoció éste a la obra de la redención. ¿Podríamos decir que la maternidad de adopción de nuestra

(1) Is. 9, 6.

santísima Madre se consuma también por la Comunión eucarística, siendo también por ello este Sacramento el gran signo de la fraternidad en el pueblo cristiano?

La vida cristiana se nos comunica, en la Comunión sacramental, por el cuerpo santísimo de Cristo: "Que el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna", nos dice el sacerdote en el momento de comunicarnos la santísima Eucaristía. La carne de Cristo, inmolada, sacrificada, es la que nos diviniza, siendo instrumento del Verbo en la obra de nuestra restauración universal y personal, como fué la carne la que causó la ruina de los hombres en el principio del mundo:

*Peccat caro, mundat caro,
Regnat Deus Dei caro...*

Pero el Cuerpo y la Sangre de Jesús son de María. Ella guarda sobre el Cuerpo del Señor los derechos morales que de la maternidad derivan. Ella nos da a Cristo en su ser sacramental para nutrir nuestra vida espiritual, como nos le dió en su nacimiento y en los tormentos de la Cruz. Y si en los brazos de Simeón y en los de la Cruz se asoció María, con sus dolores y con su amor, a la voluntad de Jesús para la obra de la redención universal, en la Comunión Eucarística se asocia, amorosa y activa, a la voluntad y a la acción de su Hijo que, por la virtud del Sacramento, nutre la vida divina de los hijos de su amor (1). María Santísima es la Corredentora, es decir, la cooperadora de su Hijo en la obra de la Redención; ¿por qué no deberá cooperar con Él en la obra de la Comunión eucarística, por la que se nos aplican los frutos de la Redención?

(1) Sobre la cooperación de la Virgen en nuestra santificación personal véase nuestro libro: "*María, Madre y Señora*", en el que se exponen los fundamentos y la forma de la intervención de María en la obra de nuestra santificación.

La Iglesia, en su Liturgia, parece reconocer este altísimo oficio de la maternidad de María en la Eucaristía. Ella es la que nos manda adorar sobre nuestros altares "el verdadero Cuerpo nacido de María":

*Ave, verum corpus natum
De Maria Virgine...*

Ella nos recuerda que a María debemos el Cuerpo y la Sangre que son nuestro espiritual alimento:

*Nobis datus, nobis natus
Ex intacta Virgine...*

¿Por qué no debemos reconocer en estos hechos la confirmación de este otro hecho consolador de la maternidad de María por la Comunión eucarística? Y si la Comunión nos hace hermanos de Cristo, si nos incorpora a Cristo, porque nos hace partícipes de la misma mesa y de la misma carne y de la misma vida de nuestro Dios ¿no seremos también hermanos de Cristo y mutuamente hermanos porque recibimos el don divino de la Eucaristía de las mismas entrañas de amor de nuestra Madre?

Comamos este pan divino con espíritu de amor filial a nuestra Madre: en sus entrañas de Virgen, fecundadas por la acción del divino Espíritu, se formó el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se encierran en la Hostia y en el Cáliz. Jesús en el Sacramento, como en su vida terrestre, como en su vida gloriosa, es el *fructus ventris*, de nuestra Santísima Madre: ¿Cómo podría separarse la idea de esta maternidad natural de María con respecto a Jesús, de la Maternidad de adopción para con los hijos que se nutren del Cuerpo de quien es fruto bendito de su vientre? "María es Madre, según la carne, de nuestra cabeza, que es Cristo":

“ella debe serlo, en el espíritu, de nosotros, miembros de Cristo, que nos nutrimos de la carne y de la Sangre de Jesús”, dice san Agustín: *Carne mater capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus* (1).

7. LA EUCARISTÍA, SIGNO DE LA UNIDAD DE CULTO. — Y esta unidad de espíritu y de vida en el pueblo cristiano, fraternidad universal que hace de este pueblo una gran familia, se manifiesta ante la Eucaristía en otra unidad espléndida, de la que el Sacramento del Altar es a la vez objeto y signo: la unidad de sacrificio, la unidad de culto.

“Todo adorador experimenta la necesidad de condensar en un solo amor todos sus amores”, ha dicho Hello (2); y los adoradores de Cristo recogemos en el vaso de nuestro corazón todos los puros amores, del cielo y de la tierra, y hacemos de ellos holocausto al Padre, “por nuestro Señor Jesucristo”: *Per Christum Dominum nostrum*. Jesucristo, vivo en el Sacramento, inmolado en nuestros altares, es el centro de los amores, de las oblaciones, de las plegarias, de los sacrificios de la humanidad cristiana.

Es la Eucaristía el corazón del culto más puro y profundo, más bello y universal de la historia de las religiones. Objetivamente, ni se le puede comparar el culto mosaico, con su Arca y su sacerdocio y su templo, ordenados por el mismo Dios, cuanto menos los cultos groseros, aunque espléndidos a veces, del paganismo. Sacramentos, cánticos, ritos; la misma ciencia sagrada, las artes cristianas, las públicas explosiones de la fe y de la piedad en nuestra religión; todo converge a la Eucaristía, en ella se refuerza y por ella se hace: toda la maravillosa, estupenda complejidad del culto se sostiene por la Eucaristía: todo se refunde en la

(1) S. AUG. *De S. virgine*, n. 6.

(2) HELLO: *El hombre*, Trad. de M. S. Oliver, p. 10.

unidad y se mueve, de cerca o de lejos, alrededor del gran Sacramento que es al mismo tiempo el gran signo de la fe, del amor y de la vida pública de la Iglesia.

Los sacramentos se ordenan todos a la Eucaristía; el culto es el marco espléndido del acto fundamental que es el sacrificio de la Eucaristía; el templo cristiano ni tiene razón de ser sin la Eucaristía. El altar es el centro de convergencia de todo el templo; el coro es el corazón donde se entona la *laus perennis* al Cristo de nuestros altares; las naves resuenan con la voz de las multitudes que adoran y piden ante el Sacramento. Todo es unidad en nuestro culto, y lo es por la Eucaristía, verdadero sol que ilumina, vivifica y da calor a toda esta estupenda máquina de la Liturgia cristiana.

¡Oh! Y la Iglesia, llena de júbilo, dilatados los senos de su caridad, como dice un santo Padre, la proclama esta unidad, fuerte y poderosa, que tiene por entraña viva a la Santísima Eucaristía. No solamente la proclama, sino que la canta; porque la unidad verdadera, dice Hello, tiene derecho al grito y al canto, pues es el mismo latido del corazón. *Et unam... sanctam, catholicam... Ecclesiam*: ¡La santa y universal unidad! Tal es el grito con que en su *Credo* los pueblos cristianos de todo el mundo, al pie de los altares en que se inmola la Hostia divina, cantan lo que jamás pudo cantar pueblo alguno de la historia: una sola fe, un solo amor, un solo sacrificio substancial, que tienen por centro, objeto y signo a la vez el Santísimo Sacramento del Altar.

Isaías lo había visto, inmortal y glorioso, este pueblo “uno”, que iba a buscar la unidad en un pan y en un vino únicos: “Lo juró Dios por el poder de su diestra: no comerán vuestro pan los extraños, ni beberán vuestro vino.

Vosotros lo comeréis y alabaréis al Señor: y lo beberéis en mi santa casa". He aquí la "unidad" de la Iglesia futura, y el signo de esta unidad, el pan y el vino. Llama luego el vidente a todos los pueblos a esta unidad "católica" o universal: "Entrad por las puertas, oh pueblos: allánese el camino para las multitudes, y levantad en medio de ellas el gran signo de la unidad". Y mirando la "santidad" interna de este pueblo uno y universal, exclama el Profeta: "Ya viene tu Salvador, y con Él viene su premio y su obra. Y se os llamará: pueblo Santo, redimido por el Señor" (1). ¿Cuál es el signo a cuyo derredor se congregan los pueblos, y el pan y el vino de que se nutren, y la gran obra del Señor Salvador, sino la santísima Eucaristía?

¡Qué bien la canta, pues, la Iglesia su unidad ante el gran signo de la Eucaristía! Unidad de espíritu, de vida, de fraternidad; unidad de razas y pueblos que se funden en una misma fe, en un mismo amor y en un mismo canto; unidad de santidad, que es vida sobrenatural, cuya fuerza y fecundidad les trae a los pueblos la comida sobresubstancial de la santa Eucaristía: *Et unam, sanctam, catholicam...*!"

Concluyamos. El amor es un don y una fuerza. La Eucaristía, obra clásica del amor de Dios, es el don y la fuerza de Dios. Es el gran *sacramento de su piedad*, porque es el esfuerzo máximo de Dios para acercarse al hombre: es el *vínculo de la caridad*, porque si en todos los misterios de nuestra religión se nota un objetivo de unión, según Bossuet, en el misterio eucarístico ha puesto Dios la fuerza aglutinante de la humanidad, consigo misma y con Él: es el *signo de la unidad*, porque con la Eucaristía ha sellado Dios, con sello oficial, público, sacratísimo, este hecho

(1) Is. 62, 8-12.

estupendo de la vida divina que del cielo baja a la tierra y que de la tierra sube a Dios. *O, Sacramentum pietatis; o, vinculum caritatis; o, signum unitatis...!*

¡Oh, alma! Acércate al altar, dice san Agustín, cree, incorpórate a Jesucristo, para ser por Él vivificada. No opongas tu fuerza a la fuerza del Cuerpo y de la Sangre de Dios, dice enérgicamente san Cipriano: *Vis infertur corpori ejus et sanguini* (1): y oponemos nuestra fuerza cuando no dejamos que el Cuerpo y la Sangre de Cristo lleguen, con toda su fuerza, a nuestro espíritu. Porque lo que intentó Jesús al tomar un cuerpo humano, según Bosuet, fué unirse a los espíritus humanos. Abramos de par en par nuestra alma a Cristo que viene por la Comunión: *Ecce sponsus venit...*: y “la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo serán con todos nosotros” (2). Y esta gracia, que en esta tierra miserable nos juntará a todos en unidad de fe, de esperanza y de amor, será trasunto y gaje de la unidad deiforme del reino de la gloria, donde sin velos, sin sacramento, brillará el amor como un sol que inundará con su luz y calor el mundo de los bienaventurados:

Et solis instar, sola regnet caritas...

S. CYPR. *De Lapsis*, p. 186.

(2) 2 COR. 13, 13.

ÍNDICE ANALÍTICO

	Páginas
EN LA SEGUNDA EDICIÓN	V
DEDICATORIA	VI
CARTA DE LA SECRETARÍA DE ESTADO DE SU SANTIDAD	XIII
PRÓLOGO	XV

CAPÍTULO I

PRELIMINAR.—LA VIDA CRISTIANA Y LA EUCARISTÍA

1. *El concepto de vida: Organismo y espíritu.* — Dificultad de definir la vida. — El curso de la vida. — Variedad de los seres vivos. — Vida orgánica y espiritual. — Ley de tendencia de toda vida. — 2. *La vida en Dios.* — Dios vive: la razón, la filosofía y la Biblia. — Naturaleza de la vida en Dios. — La Trinidad. — Equivalencia entre la vida y la santidad en Dios. — 3. *La vida en el mundo.* — Es forma de imitación de la vida de Dios. — Variedad y origen de la vida en el mundo. — 4. *Naturaleza y sobrenaturaleza.* — Dos órdenes de vida. — Qué es la naturaleza. — La vida natural. — La vida natural no puede llegar a sobrenaturalizarse por sí misma. — Dios puede hacerlo. — 5. *El hecho y la esencia de la vida sobrenatural.* — El hecho. — Naturaleza de la vida sobrenatural. — Es vida divina: la Biblia; la Tradición. — Razón histórica de la vida sobrenatural. — Razón metafísica: no es la Persona del Espíritu Santo: ni la fe. — Es la vocación final del hombre al consorcio sobrenatural con Dios. — Nomenclatura bíblica de la vida sobrenatural. — Trascendencia, para la vida del hombre, del hecho de su vocación sobrenatural. — 6. *La vida cristiana.* — Equivalencia, en el estado actual del hombre, entre

vida cristiana y vida sobrenatural. — Admirable traza de Dios en la restauración de la vida sobrenatural. — El Verbo. — Cristo, Verbo-Hombre y Cabeza espiritual de la humanidad. — El testimonio de Cristo y la vida cristiana. — El discurso de Jesús con Nicodemus. — Testimonio de los Apóstoles. — 7. *La comunicación de la vida divina por Cristo*. — La vida divina del hombre por la muerte del Hombre-Dios. — Teología católica sobre la virtud vivificadora de la muerte de Cristo. — Fórmula de san Agustín. — 8. *Teoría del sacramento en función de la vida cristiana*. — El derecho fundado en la muerte de Cristo. — El hecho: Ley del sacramento. — Origen y naturaleza de los sacramentos. — La Humanidad de Cristo y los sacramentos. — 9. *La Eucaristía en la economía de la vida cristiana*. — El Sacramento Santísimo. — Teoría de santo Tomás sobre su fuerza vivificadora. — El discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaum. — Es admirable razonamiento sobre *La Eucaristía y la vida cristiana*. — Conclusión

I

CAPÍTULO II

LA EUCARISTÍA, PAN DE VIDA DIVINA COMO OBJETO DEL CULTO CATÓLICO

1. *Tres aspectos de la Eucaristía*. — Sacramento y Sacrificio. — Reserva y Comunión. — El Sagrario, el Altar y la Mesa eucarística. — 2. *Religión y vida divina*. — La religión es una vida. — Aberraciones de la vida religiosa en la historia. — Ley universal del sacramento o signo en la vida religiosa. — El Sacramento del Dios vivo. — 3. *La presencia real*. — El "Pan vivo". — Presencia verdadera: real: substancial, de Cristo en la Eucaristía. — La promesa de Jesús. — La Cena. — Las prácticas tradicionales de la Iglesia. — El hecho del Catolicismo. — Razones del Angélico sobre la conveniencia de la presencia real. — 4. *La transubstanciación*. — Noción dogmática de la transubstanciación. —

Es conversión maravillosa: sobrenatural: singular. — Pruebas de la transubstanciación. — 5. *La vida del Verbo en la Eucaristía*. — La Eucaristía, prolongación de la Encarnación. — Vida divina del Verbo. — El Verbo, Hijo, Idea, Imagen del Padre. — La vida del Verbo, según san Juan. — 6. *El Verbo hecho carne*. — La vida humana del Verbo. — Noción de la Encarnación. — La vida humana de Jesús en la Eucaristía. — 7. *La vida sensitiva de Jesús en la Eucaristía*. — ¿Qué es la vida sensitiva? — Actividad espiritual del alma de Cristo en la Eucaristía. — Sin milagro no vive Jesús en la Eucaristía la vida de sentido y de emoción. — ¿Se realiza el milagro? — Razones de conveniencia en pro. — 8. *La vida divina de Jesús-Hombre*. — Doble aspecto de la vida divina en Jesús. — Cristo, Hombre-Dios por la vida de unión substancial de las dos naturalezas en la unidad personal del Verbo. — La vida divina de Jesús-Hombre por la gracia santificante. — Pasaje de Isaías. — Sobrenaturalización total de Cristo por la gracia. — 9. *La vida celestial de Jesús*. — Cristo en el Sacramento "tal cual es". — El Rey de la gloria, Cristo. — Plenitud de gracia en Cristo, que importa plenitud de gloria. — El cántico del Apocalipsis al Cordero de Dios 43

CAPÍTULO III

LA EUCARISTÍA, FUNCIÓN DE VIDA DIVINA COMO ACTO ESENCIAL DEL CULTO CATÓLICO

1. *El sacrificio, función profundamente vital*. — Noción del sacrificio. — Razón ontológica y psicológica de las ofrendas sacrificiales. — La vida humana y el sacrificio. — Substitutivos de la vida humana en los sacrificios. — 2. *El sacrificio y la vida sobrenatural*. — Adán sacrificador en su estado de vida sobrenatural. — Hecho-mentira perpetrado por Adán: *Eritis sicut dii*. — Marca de sangre de los sacrificios expiatorios. — Insuficiencia del sacrificio natural para lograr

la sobrenatural. — 3 *El sacrificio de la Cruz y la vida sobrenatural.* — La muerte de Jesús, función profundamente vital de Dios-Hombre vivo. — Jesús, Sacerdote vivo, Hostia viva y Dueño de su vida. — Frutos de la Cruz: adoración: acción de gracias: impetración: expiación. — 4. *El sacrificio eucarístico y la vida cristiana.* — La Cruz explica el misterio de vida que se encierra en todo sacrificio. — Los sacrificios legales, figurativos del de la Cruz. — La Cruz y la Misa. — Identidad entre ambos sacrificios y sus diferencias. — 5. *La Eucaristía y la adoración.* — Qué es la adoración. — Incapacidad del hombre para adorar debidamente a Dios. — Valor latréutico de la Misa. — La misa, centro de la vida cultural de la Iglesia. — La liturgia de la Misa y su sentido de *latría*. — 6. *La Misa, sacrificio eucarístico.* — La acción de gracias en la humanidad. — El rito cristiano y la acción de gracias. — Carácter eucarístico de la liturgia de la Misa. — La Misa, eucaristía viva. — 7. *La Misa y la expiación.* — La expiación y sus fases. — Universalidad de los sacrificios expiatorios. — Carácter expiatorio de la Misa. — La Misa y la virtud redentora de Cristo. — Tradición histórica y doctrinal sobre el carácter expiatorio de la Misa. — Sumario de la doctrina sobre la virtud expiatoria de la Misa. — 8. *La Misa y la impetración.* — La oración: su exigencia objetiva y psicológica. — Jesús y la plegaria. — La Misa, síntesis de la plegaria de Jesús. — Es la oración clásica del Catolicismo. — Carácter impetratorio de la liturgia de la Misa

CAPÍTULO IV

LA EUCARISTÍA, PAN DE VIDA CRISTIANA COMO MANDUCACIÓN SACRIFICIAL

1. *Sacrificio y Comunión.* — La comunión, rito fundamental de todas las religiones. — Elevación universal del rito religioso por el Cristianismo. — Excelsitud de nuestra Comunión sacrificial. — 2. *“El pan que Yo os daré es mi carne*

para la vida del mundo" (Ioh. 6, 52). — La Gran Cena, de Jesús. — La *carne*, en la Biblia y en la promesa de Jesús. — El Cuerpo del Señor. — El pensamiento de Jesús al instituir la Comunión: incorporar al hombre a su propia vida. — Transfusión de la vida cristiana por la manducación sacramental. — Trascendencia, en nuestra religión, de este pensamiento de Jesús. — 3. *Vivificación del espíritu por la manducación del Cuerpo de Cristo*. — La Carne vivificativa. — Tertuliano, el Concilio de Efeso, santo Tomás. — Dos clases de Comunión: Sacramental y espiritual. — 4. "*Yo vine para que tuviesen vida abundante...*" (Ioh. 10, 10). — Gracia y vida divina: su equivalencia. — La Eucaristía da abundancia de vida porque da abundancia de gracia. — ¿Da la Eucaristía más gracia que los demás sacramentos? — Razones en pro de la afirmativa. — 5. *La Eucaristía y las leyes de la biología sobrenatural*. — Principio fundamental: inversión, en la manducación eucarística, de la ley biológica de asimilación. — Analogías, según santo Tomás, entre los efectos de la manducación ordinaria y de la eucarística. — La Eucaristía, a) SUSTENTA la vida sobrenatural. — Es el pan del alma. — Es pan de unión con la Vida: b) DESARROLLA la vida sobrenatural. — Ésta no conoce la ley del retroceso. — Invitaciones, en los escritos apostólicos, al crecimiento en Cristo. — Santo Tomás y la doctrina del crecimiento espiritual por la Comunión. — La Eucaristía, sacramento de plenitud de vida. — La liturgia de la Misa. — La Eucaristía, sacramento de la caridad: c) REHACE la vida sobrenatural. — La vida sobrenatural y sus desgastes. — La Comunión y las gracias actuales. — La Comunión, remedio del pecado venial. — Sentido de refeción que aparece en las oraciones *Postcommunio*, de La Misa: d) DELEITA la vida sobrenatural. — El *banquete* eucarístico, en la profecía y en la historia. — El vino, representativo del placer. — Razón teológica. — La liturgia de la fiesta del *Corpus*. — 6. *La Eucaristía y las leyes de la psicología sobrenatural*. — Analogía entre la vida sobrenatural y la natural. — Multiplicidad de los principios operativos en ambas. — Las virtudes teologales. — Los Dones del Espíritu Santo. — La

Eucaristía da la plenitud a nuestro *ser* sobrenatural.—La Eucaristía y las *potencias* de la vida sobrenatural: las virtudes infusas. — La Eucaristía y las *reservas* de la vida sobrenatural: los Dones.—La Comunión como acto meritorio.—La caridad en la vida divina del hombre.—Resumen y conclusión. 117

CAPÍTULO V

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA. I.—LA EUCARISTÍA Y EL DON DE LA FE

1. *La inteligencia: Ley de su vida y de su muerte sobrenatural.* — Función de la inteligencia en la vida del hombre. — La inteligencia vive de la verdad. — La facultad y la función intelectual en Adán. — El pecado en orden a la vida intelectual sobrenatural.—La fe, substitutivo de la revelación paradisiaca. — 2. *El don de la fe, fundamento de la vida cristiana.* — Naturaleza de la fe, en su aspecto psicológico y objetivo. — La fe, don de Dios. — La fe, ley esencial y fundamental de la vida cristiana: la razón: La Escritura. — La Eucaristía, pan de fe, en su triple acepción de don, ejercicio y luz práctica de la vida. — 3. *La Comunión eucarística y el don de la fe.* — Bautismo y Eucaristía en orden a la infusión de la fe. — La doctrina de la fe en el discurso de la promesa de la Eucaristía. — Conveniencia altísima, en la economía de nuestra vida sobrenatural, de la eficacia de la Eucaristía en nuestra vida de fe. — 4. *El Verbo de Dios, pan de ángeles y manjar de viadores.* — El Verbo de Dios, alimento de toda inteligencia. — La Eucaristía, manjar de viadores, como es pan de ángeles. — *Ecce panis, angelorum...* — Doctrina de san Agustín. — 5 *El magisterio de Cristo en la Comunión Eucarística.* — Jesucristo, Verdad y Vida. — La Comunión es la individualización del magisterio de Cristo. Testimonios. — 6. *La Eucaristía, alimento de fe porque es Sacramento de amor.* — A la verdad por la caridad. — *Gustate et videte...* — Razones de este hecho en la vida del espíritu. — Razón de historia: Testimonio de la Escritura: Razón de conveniencia. — La crisis *actual* de la fe y la Eucaristía. ...

CAPÍTULO VI

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA. II. — LA EUCARISTÍA
Y EL EJERCICIO DE LA FEPáginas

1. *La Eucaristía y la voluntad de creer.* — Inteligencia y voluntad en el acto de fe. — Eficacia de la Eucaristía en la voluntad de creer. — 2. *La Eucaristía y el orgullo del espíritu.* — El orgullo del espíritu, gran enemigo de la fe. — La Eucaristía, escuela de humildad de espíritu. — El arte y la liturgia. — Fecundidad de la humildad de espíritu en orden a la luz de la fe. — 3. *La Eucaristía y los motivos de credibilidad: El hecho de la Eucaristía.* — Oscuridad de la fe y claridad de los motivos de creer. — La Eucaristía, enigma incomprensible y hecho histórico luminosísimo. — 4. *La Eucaristía y los motivos de credibilidad: Los milagros eucarísticos.* — Divina pedagogía en la imposición de la fe en la Eucaristía. — Tres órdenes de milagros eucarísticos: — a) *Milagros en el acto sacramental.* — La transubstanciación. — Multiplicación de la presencia real. — Conservación de las especies sacramentales sin substancia. — El sentido no contradice a la inteligencia. — Maravillas en la manducación del Sacramento. — b) *Milagros en el estado sacramental.* — En la Eucaristía está “todo Cristo”. — Manera de estar Cristo en el Sacramento: fórmula del Angélico. — El cuerpo de Cristo no ocupa lugar. — Falta de correlación entre el cuerpo de Cristo y las sagradas especies. — El Cuerpo de Cristo, inmóvil, impenetrable, imponderable en la Eucaristía. — c) *Milagros en las manifestaciones sacramentales.* — Los milagros históricos de la Eucaristía. — El milagro, obra de Dios. — Su fuerza sobre la inteligencia del hombre. — Aparición de un Niño en la sagrada Hostia. — Y de los misterios de la Pasión del Señor. — Otros milagros. — 5. *La Eucaristía y las gracias actuales de fe.* — La vida sobrenatural es acción. — Diferencia radical entre las manifestaciones de la vida natural y de la vida divina en el hombre. — La gracia actual y la Eucaristía. — La

gracia actual de fe, excitante y medicina del humano pensamiento. — 6. *La fe, premio de la comunión eucarística: La ley del hábito en las virtudes infusas.* — Juego de la libertad en las virtudes sobrenaturales. — El mérito de la Comunión sacramental en el orden del pensamiento. — La ley moral del hábito y las virtudes sobrenaturales. — La Comunión frecuente y los frutos de fe 191

CAPÍTULO VII

LA EUCARISTÍA Y LA INTELIGENCIA. III.—LA EUCARISTÍA Y LA FE, LUZ DE LA VIDA

1. *La fe y la vida cristiana.* — La fe debe vivirse. — Catolicismo y protestantismo. — Proceso de la actividad humana. — ¿Qué es el Cristianismo?. — 2. *La Eucaristía, estímulo y regla de la vida cristiana.* — La Eucaristía, síntesis del Cristianismo. — El Sacramento del Hombre-Luz. — Poder de la fe en Cristo para vivificar al hombre. — Contacto espiritual entre el alma y Cristo por la Eucaristía. — Empeño de Cristo en hacer de la Eucaristía la continuación de su convivencia con los hombres. — Superioridad de los pueblos católicos sobre los demás, debida al contacto con Cristo. — 3. *La Comunión eucarística y el “sentido de Cristo”.* — El “sentido cristiano” en las Escrituras. — ¿Qué es el sentido de Cristo? — El Sacramento de *conmoración*. — La verdad en caridad y los Dones del Espíritu. — 4. *La Eucaristía y los Dones de inteligencia.* — La promesa del Espíritu en el discurso de la Cena. — Lo que es el divino Espíritu en nuestra vida sobrenatural. — a) *La Sabiduría.* — La produce la Eucaristía: razones extrínsecas. — Eficacia íntima del Sacramento. — b) *Inteligencia.* — Naturaleza de este Don. — La Comunión y la Inteligencia. — c) *Consejo.* — Necesidad y naturaleza de este Don. — Pedagogía de la Comunión. — d) *Ciencia.* — ¿Qué es? — Es la característica del pueblo cristiano. — La Eucaristía y la ciencia de Dios. — El Maestro interior. — Efectos del Don de ciencia. — Conclusión

CAPÍTULO VIII

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR. I.—ES SIGNO DE LA CARIDAD DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

 Páginas

1. *Inteligencia y voluntad: Fe y amor.*—Naturaleza del amor y tendencia amorosa.—El amor en Dios.—Doble amor en el hombre.—Amor racional.—Su fuerza.—2. *La divina caridad.*—Naturaleza de la caridad.—La caridad en la vida cristiana.—El Pan de la caridad.—3. *La gran dádiva de la caridad de Dios.*—La caridad es dadivosa.—La Eucaristía, don máximo de la caridad de Dios.—Razonamiento del Angélico: *Ad omnimodam unionem.*—4. *Amplitud de la dádiva.*—La Hostia, síntesis de todo Dios y de todos los dones de Dios.—5. *El poder de Dios tributario de su caridad dadivosa.*—Trastorno de las leyes biológicas en la Eucaristía.—La intimidad por la humildad.—La multilocación.—Un mismo Pan para todos.—6. “*La caridad es benigna...*” (1 Cor. 13, 4).—Triunfo del amor de Dios sobre su gloria.—Ocúltase en la Eucaristía la grandeza divina y humana de Cristo.—7. *Universalidad de la dádiva.*—La Eucaristía, Pan de todos y de siempre.—8. *Suprema aspiración de la caridad de Dios.*—“El amor traza un círculo”.—¿Hay en el amor de Dios este movimiento circular?—Aspiración del amor de Dios en la Eucaristía.—El sermón de la Cena: “Que todos sean uno...” 267

CAPÍTULO IX

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR. II.—ES VÍNCULO QUE UNE EL HOMBRE A DIOS

1. *La vida cristiana y la caridad.*—Triple acepción de la caridad.—La caridad-esencia, virtud y acto.—2. *El Pan de la divina caridad.*—La caridad es el motor de la vida

sobrenatural.— El Pan de la vida debe ser el Pan de la caridad. — 3. *El Sacramento de nuestra incorporación a Cristo.* — El dogma de la incorporación. — Biología sobrenatural del cuerpo de Cristo, según san Pablo. — La Eucaristía, Sacramento de la incorporación.—Doctrina del Angélico.—El Bautismo y la Eucaristía en orden a la incorporación. — 4. *La Eucaristía, consumación de nuestra filiación divina.* — Divinización de los grandes amores humanos. — La vida divina en el hombre importa la filiación. — Es filiación de adopción especial. — La Eucaristía, consumación de nuestra adopción. — Es consumación de la caridad. — Es Sacramento de la santísima Humanidad del Verbo. — 5. *La Eucaristía, consumación de nuestra fraternidad con el Hijo de Dios.* — Somos hermanos de Jesús, como Verbo de Dios y como Hombre-Dios. — La Eucaristía estrecha los vínculos de nuestra fraternidad con Cristo. — Razones. — 6. *Desposorios de Jesús y el alma por la Comunión.* — Jesucristo quiere ser esposo de nuestras almas. — Teoría del Angélico sobre el desposorio espiritual del alma con Dios. — Su aplicación a la Eucaristía. — La Comunión nupcial. — Caracteres de este amor en algunos santos. — La carne sigue al alma desposada con el Espíritu. — Deberes que impone esta espiritual alianza. 291

CAPÍTULO X

LA EUCARISTÍA Y EL AMOR. III.—ES SELLO DE LA UNIDAD DE CARIDAD EN QUE SE JUNTAN DIOS Y LOS HOMBRES

1. *La unidad, en el mundo de la naturaleza y de la gracia.* — La unidad en Dios. — Es el sello de las obras de Dios. — El mundo de la naturaleza y de la gracia. — 2. *La Eucaristía, signo perpetuo de la unidad personal del Hombre-Dios.* — La Encarnación, obra de unificación. — La Eucaristía la perpetúa. — La naturaleza y la gracia unificadas en la Eucaristía. — 3. *La Eucaristía, signo de la unidad de la vida sobrenatural.* — Todas las cosas viven por el Verbo de

Dios. — Diferente manera de participar las criaturas de la vida sobrenatural de Dios. — La Eucaristía, corazón de la vida divina en el mundo. — Nos une en santa hermandad de vida con los ángeles. — 4. *La Eucaristía, signo de la unidad espiritual de la Iglesia.* — La Iglesia, misterio de unidad. — La Eucaristía, signo de esta unidad. — La Escritura y la Tradición. — Comentario a la oración de Jesús en la Cena: *Ut sint unum sicut et nos.* — 5. *La Eucaristía, signo de la fraternidad cristiana.* — El amor de fraternidad. — El “precepto nuevo” y la Eucaristía. — Los primitivos cristianos y la “fracción del pan”. — El pan de la fraternidad. — 6. *El signo de la fraternidad por la consumación de la maternidad de adopción.* — El Cuerpo y Sangre de Jesús y la Madre Santísima de Jesús. — La Liturgia. — La Madre de Jesús y la Comunión sacramental. — San Agustín — 7. *La Eucaristía, signo de la unidad de culto.* — La Eucaristía, centro de nuestro culto. — Convergencia de todos los sacramentos en la Eucaristía. — El canto de la unidad. — Visión de Isaías. — Conclusión 321

GRAN ÉXITO EDITORIAL

POR DIOS Y POR ESPAÑA

Un voluminoso tomo de cerca 600 páginas. Contiene 40 trabajos del Sr. Cardenal desde «El caso de España» hasta la última Pastoral sobre «Lecciones de la guerra y deberes de la paz.» Al final va la carta colectiva del Episcopado español.

En tela, 14 Ptas.

En rústica, 10 Ptas.

Con razón dijo Pío XII de Santa memoria, que España, en las terribles circunstancias de la guerra, había encontrado su hombre, y que éste era el Cardenal Gomá. Razones sobradas tuvo monseñor Antoniutti, Delegado apostólico de Su Santidad, cuando en marzo de 1938 afirmaba en Toledo: "No dudo que el señor Cardenal ha de pasar a la Historia, porque nadie hubiera sido capaz de promover, como él, tan eficazmente el bien de la Santa Iglesia, hermanado con los intereses de la Patria en estas circunstancias difíciles".

En efecto, el Cardenal Gomá, hombre de talla intelectual y de madera de escritor, dotada de una actividad verdaderamente prodigiosa, publicó desde 1936 hasta 1939, en unos tres años, cuarenta trabajos pastorales.

El padre Bayle que firma un breve prólogo o presentación del libro "Por Dios y por España", en que se recopilan y reproducen los cuarenta escritos del Cardenal Gomá, describe, en un

compendioso y breve párrafo, la incesante carrera de la mente del señor Cardenal en defensa de la Iglesia y de España, tan mal comprendida en los primeros meses de 1936.

Nada mejor dará idea del interés del libro, que reproducir su índice.

ÍNDICE DE LA OBRA

I. PASTORALES.

II. INSTRUCCIONES PASTORALES.

III. DISCURSOS.

IV. MENSAJES.

Publica las siguientes pastorales: El Caso de España. — Respuesta obligada; Carta abierta a Aguirre. — La Cuaresma de España. — Lo que debemos al Papa. — A nuestros Estudiantes Católicos. — Catolicismo y Patria. — Lecciones de la guerra y deberes de la paz.

De instrucciones pastorales y de artículos da el nuevo tomo los siguientes: Mensaje radiado a los héroes del Alcázar. — Alocución a nuestros diocesanos. — Prólogo al folleto oficial “Le Glorieux Mouvement Redempteur d’Espagne”. — Expiación. — Riego de sangre. — Al venerable Clero castrense. — La paz en la guerra. Fuerza y dulzura. — Prólogo al libro “Guerra Santa”. — La guerra: Providencia y satanismo. — A dos años fecha. — La madre en las horas trágicas de Toledo. — Cruz y espada. — El Día del Cruzado. Exhortación para el mes de mayo. — Corpus Christi. — Su Santidad Pío XII y España. — Punto de Meditación. — “Virgos tans super columnam”. — Significación teológica-social del Centenario del Pilar. — Sublime donum.

Discursos: Discurso de Ofrenda en Santiago. — Discurso en Bilbao. — Discurso en Budapest. — Discurso en la recepción dada en Toledo a Monseñor Alter. — Palabras de gratitud al Conde Ciano.

Mensajes: Ofrecimiento al Caudillo de 32.000 libras esterlinas. — Carta al Generalísimo sobre la victoria. — Carta agradeciendo la espada de la victoria. — Mensaje a la Exposición de París. — Mensaje a los Primados sobre niños españoles evacuados. — Mensaje al Paraguay.

Apéndice: Carta colectiva del Episcopado Español.

ALGUNAS CRÍTICAS BIBLIOGRÁFICAS

POR DIOS Y POR ESPAÑA. - Editorial Casulleras. Clarís, 15. Barcelona.

Hermoso volúmen que contiene todas las Pastorales, Instrucciones Pastorales, artículos, discursos y mensajes, del Cardenal Primado empezando por "El Caso de España", de inolvidable recuerdo, así como la dedicatoria que puso a la segunda edición, que como tantas otras escribió aquí, en Pamplona que fué el asilo tranquilo en el que vivió, y trabajó durante la guerra el ilustre Arzobispo de Toledo.

De toda esa admirable producción del Cardenal hemos hablado separadamente a su tiempo, conforme fué publicándose pero, ahora nos satisface que se haya recogido en un volúmen tan intensa como interesante labor que muchos no llegaron a conocer. Es la obra de paz, de exaltación católica, de fijación de conductas y señalamiento de deberes que durante la guerra y para después de la guerra, desarrolló la más alta figura de la Iglesia en España. El que quiera orientaciones y enseñanzas, ahí tiene donde aprender. La obra lleva un bello prólogo del sabio jesuita P. Constantino Bayle.

(«El Pensamiento Navarro» 14 Abril 1940.)

Libro oportunísimo y denso es este de nuestro Sr. Cardenal que llenará de regocijo a sus muchos admiradores.

El libro que presentamos es una recopilación de los Escritos de guerra de Su Eminencia y ha merecido este titulo jugoso: POR DIOS Y POR ESPAÑA. ¿Qué otro más adecuado podría dársele? Por Dios y por España fueron lanzados estos Escritos, de más eficacia para España que las armas más poderosas y de más fina penetración en los medios extranjeros que las misiones diplomáticas mejor preparadas. Por Dios y por España ha luchado el Cardenal Primado con su fecunda pluma, conquistando simpatías para España y su Causa Nacional y rompiendo hielos de hostilidad y desvío. Por Dios y por España se ha expuesto a críticas acerbas de parte de los enemigos abiertos o solapados de Dios y de España y ha tolerado incompresiones, bien seguro de que Dios ha de recompensar sus afanes y bien satisfecho con la

seguridad de que la Patria ha salido altamente glorificada con la vindicación que de ella gallardamente ha hecho.

El libro POR DIOS Y POR ESPAÑA es un grueso volumen de 590 páginas y está dividido en cuatro Secciones: PASTORALES. — INSTRUCCIONES PASTORALES Y ARTICULOS. — DISCURSOS. — MENSAJES, y lleva en Apéndice la CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL. En total, 40 documentos, que son un argumento irrefutable de la labor ciclópea del Cardenal Gomá en favor de España.

Ni es sólo de notar en este libro la abundancia de materia, cronológicamente dispuesta por Secciones, sino también el discreto estudio que acompaña a los principales documentos y que los situa en su verdadero marco histórico. Merced a estas notas, sobrias y documentadas, podrá el lector apreciar el valor de Patria que cada Escrito tiene; con lo cual, no solamente se da satisfacción al deseo vehemente de los católicos españoles y conocimiento exacto de la obra del Cardenal Primado a los que, por haber pasado la guerra en zona roja, tuvieron de ella referencias tergiversadas, sino también, según modestamente opinamos, se hace historia de un episodio que tiene mucho que ver con la victoria definitiva de España.

Galanamente, como sabe hacerlo, describe el P. Bayle el carácter de esta obra cuando, al final de su presentación, dice al lector: “Y ahora, lector amigo, toma y lee. Vas a revivir ratos de intensa emoción; la de los días de esperanza en los albores del Movimiento; la de los triunfos resonantes: la del porvenir halagador de la España que surge digna, cristiana, adalid de la fe. Y vas también a empaparte en ideas que son luz y calor en la obra que todos traemos entre manos. Porque los escritos del Eminentísimo Cardenal Gomá son tratados completos de ciudadanía, resumen y quintaesencia de la compenetración entre la Iglesia y la Patria, que ha de ser el blanco de nuestras aspiraciones, y el fin de nuestros afanes”.

Tomen, pues, y lean los buenos españoles este libro del Cardenal Gomá que, sobre sus muchísimos méritos, tiene el de la esmerada presentación de que hace gala en todas sus publicaciones el Cardenal Primado.

(«Boletín oficial Ordenes Militares».)